



COMPANERA CODICIADA

ALLIE
MCCORMACK

COMPAÑERA CODICIADA

LA MAGIA DE LOS DESEOS Y LOS SUEÑOS

LIBRO CUATRO

ALLIE MCCORMACK

Compañera Codiciada
Copyright (c) 2022 por Allie McCormack
Todos los derechos reservados

Compañera Codiciada / Allie McCormack

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, excepto en el caso de citas para artículos, reseñas o almacenes en cualquier sistema de recuperación, así como su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la autora.

Visite el sitio web de Allie en
www.alliemccormack.com
Portada diseñada por Dar Albert en Wicked Smart Designs
<https://www.wickedsmartdesigns.com/>
Traducción de DeepL

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

✿ Creado con Vellum

ÍNDICE

[Dedicación](#)

[Agradecimientos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Libros de Allie McCormack](#)

[Sobre la autora](#)

DEDICACIÓN

A KATHLEEN CRAPSE

Y mucho antes de que oyera hablar de los lectores beta, mi muy querido amigo, Kathleen Crapse leía mis manuscritos, me hacía críticas y comentarios. Siempre quiere leer todo lo que he escrito, y su el interés y el apoyo me hicieron seguir adelante durante años de dudas sobre mí misma... más es una artesana increíble, que me enseñó todo lo que sé sobre tejer y hacer ganchillo.

¡Gracias, Kathleen! ¡Eres la mejor!

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a mi maravilloso Equipo de Lectores Beta, que ha leído mi manuscrito y me ha enviado montones de comentarios. No podría haberlo hecho sin ellos.

Cassandra Wengewicz

Elise Wells

Heids Van Vuuren

Kathleen Crapse

Margery Tipton

Riet de Bruin-Strijker

Victoria MacDonald

PRÓLOGO



TAMERA SE ACURRUCÓ en el suelo, en el centro de la pequeña celda, con los brazos sobre las rodillas, sujetándose con fuerza mientras luchaba contra la necesidad de gritar, de arrojarle contra las paredes, de rasgar y desgarrar la pesada tela. Las paredes parecían estar cerrándose sobre ella, y el pánico crecía en su pecho, su corazón latía tan frenéticamente que casi podía oírlo, oír la sangre martilleando en sus oídos.

"Respira", se susurró en voz baja. Había descubierto que hablar la ayudaba, pero tenía que tener cuidado de que no la oyeran. Hablar consigo misma le haría ganar más tiempo en aquella pequeña habitación, pero ahora mismo los ayudantes no estaban lo bastante cerca como para oírla.

Siempre sabía cuando estaban fuera de la habitación, escuchándola. No sabía cómo lo sabía... simplemente lo sabía. Debería haberle resultado imposible oírlos llegar, con sus zapatos de suela blanda sobre el suelo pulido, pero aun así, lo sabía. Aquellos pequeños instantes le dieron la ventaja que necesitaba para recomponerse, para intentar controlar el pánico que la hacía querer gritar y arrojarle contra las paredes. Hacer eso le había costado una camisa de fuerza los primeros días que estuvo aquí, y sedantes. La reclusión involuntaria de setenta y dos horas, consecuencia de su estúpidamente ingenua petición de ayuda, se había convertido en una estancia más larga, ya que los profesionales la habían considerado un peligro para sí misma. Lo cual era ridículo, pensó indignada. Si no la hubieran confinado en una celda de seis por ocho con una puerta con barrotes en lugar de una ventana, no estaría sufriendo esos ataques de pánico en primer lugar.

Habían pasado varios días desde que cedió a la desesperación frenética de estar atrapada, a la necesidad imperiosa de liberarse. Varios días forzándose a mantener la calma, respirando hondo, contando sin parar para mantener el control. Le habían prometido dejarla salir mañana si no sufría más ataques de pánico. Sólo tenía que aguantar una noche más en aquella pequeña habitación con paredes acolchadas y un banco acolchado para dormir.

Sintió que el pánico volvía a aflorar y se obligó a contar en voz baja.

"Uno. Dos. Tres. Cuarenta y nueve".

Bendijo su adicción a los programas dramáticos de televisión. En uno de ellos... no recordaba cuál... un abogado preparaba a una chica con ansiedad para que pudiera comparecer ante un tribunal, y le había hecho recitar números desordenados. Le había explicado que el cerebro no podía retener el ataque de pánico y recitar números desordenados al mismo tiempo. En aquel momento le pareció una tontería, pero ahora sabía que era cierto.

Levantó la cabeza y olfateó el aire... ¡no! Se agarró el pelo con frustración. No olfateaba el aire. Los seres humanos no olfateaban el aire, ni sentían que se acercaba gente... gente a la que ella no podía ver ni oír.

Temblando por el esfuerzo de luchar contra la tormenta que se desataba en su interior, se puso en pie y se dirigió al banco acolchado. Se sentó mirando hacia un lado de la habitación, pero no de espaldas a la puerta. En ese tipo de cosas leerían algo e intentarían retenerla más tiempo. Apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia delante para apoyar la barbilla en las manos entrelazadas.

La reja de la ventana se deslizó hacia atrás. Fue todo lo que pudo hacer para no estremecerse, pero levantó la cabeza, volviéndose para mirar el rostro que aparecía en la ventana.

"¿Cómo te va ahí dentro?" El ayudante era un hombre mayor, su actitud general era la de alguien que lo había visto todo y estaba cansado de ello.

"Aburrida", le dijo, infundiendo a su voz tanta sinceridad como pudo... lo cual no era difícil. Quizá debería estar agradecida por la claustrofobia que la mantenía ocupada intentando controlarla, pues de lo contrario se habría aburrido como una ostra.

"Sigue portándote bien y mañana estarás fuera de aquí", le dijo.

¡Comportándose! Como si fuera una niña descarriada con una rabieta. Contuvo la ira, orgullosa de sí misma por haber sido capaz de mantener el resentimiento y la frustración en su voz mientras respondía.

"¡Bueno, después no me aburriré! Después de estar fuera un par de semanas, mi apartamento va a necesitar una limpieza de arriba abajo". Con un esfuerzo supremo, aunque notaba que los dedos se le curvaban, queriendo convertirse en garras, insertó una nota de humor irónico. "No quiero ni pensar qué aspecto tendrá el interior de mi frigorífico".

No había forma de que él supiera que ella se había mudado de aquel apartamento al salir de Houston. Había dado su antigua dirección cuando se registró aquí, diciendo que estaba de vacaciones. Pero la verdad era que había estado buscando piso en esta pequeña ciudad de Alabama cuando acudió a aquella desafortunada cita con un terapeuta que la había llevado a ese agujero infernal que llamaban psiquiátrico.

El ayudante parecía no reaccionar. "De acuerdo. La cena llegará pronto".

Su rostro desapareció de la ventana, pero ésta permaneció abierta y ella fue muy consciente de su presencia fuera de la habitación. Había un interfono por el que alguien de fuera podía escuchar cualquier sonido procedente del interior. La estaría vigilando. Esos momentos eran los más duros para ella, cuando se oía cualquier sonido que hiciera, cuando el ayudante podía pasar a vigilarla desde la ventana en cualquier momento. Tenía que tener un control absoluto y total mientras hubiera alguien fuera de su habitación. El tiempo también parecía ir más despacio, y la hora siguiente pasaba sigilosamente. La actividad física la ayudaba, aunque no había mucho que pudiera hacer en la pequeña habitación, pero los abdominales y las flexiones la ayudaban a controlar el pánico, la claustrofobia que parecía estar siempre encima de ella, lista para romperse como la ola de un tsunami sobre un pueblo de pescadores.

Cuando saliera de aquí, se juró a sí misma que se iría tan lejos y tan rápido como pudiera, lejos de este lugar, y que nunca jamás volvería a ser tan tonta, tan ingenua y confiada como para contarle a nadie estas cosas extrañas que le estaban ocurriendo.

CAPÍTULO I



ERA MEDIODÍA CUANDO Tamera abrió la puerta de la habitación de motel en la que se había registrado seis días antes; afortunadamente, había pagado con una semana de antelación. Aún le quedaba una noche, pero no iba a esperar... Respiró hondo, temblorosa, apenas capaz de creer que era realmente libre. Le aterrorizaba que no le dieran el alta, y cada minuto que pasaba esperando los papeles del alta le parecía una hora. Afortunadamente, no había encontrado un apartamento donde vivir, sino que había alquilado aquella habitación de motel con planes de buscar un trabajo y un hogar. Sin embargo, ahora ni siquiera se molestaba en recoger las cosas de la habitación del motel, simplemente lo metía todo en las maletas, las metía en el coche y se largaba de allí.

Sabía, por supuesto, que nadie vendría a por ella... le habían dado el alta legítima del hospital, pero no podía evitar observar su entorno, con los dedos agarrando con fuerza el volante cada vez que veía un coche de policía. Había una cita psiquiátrica obligatoria que habían insistido en concertar para ella, esa misma tarde, pero cuando se dieran cuenta de que no se había presentado, ya se habría ido.

Bueno, tanto pensar que empezaría de nuevo en Alabama, se castigó mentalmente. Fuera donde fuera, no iba a decir nada... ¡ni una palabra! ...a nadie sobre las cosas extrañas que le habían estado ocurriendo.

Suspirando, consideró sus opciones. Podía volver a Houston, por supuesto. Recuperar su antiguo trabajo, encontrar un nuevo apartamento. Pero desde el huracán, las cosas no habían vuelto a ser como antes, y había pensado en abrir un poco las alas y probar algo nuevo. Pues bien, ¡había cumplido su deseo! Sin duda había sido una experiencia nueva, y no quería volver a repetirla.

Sin embargo, dirigió el coche hacia el norte, hacia Tennessee, que era la frontera estatal más cercana. No estaba segura de adónde iría, pero el norte le parecía suficiente por el momento. Quizá siguiera hacia el norte y fuera a ver el cambio de hojas en los estados del noreste. Siempre había querido hacerlo, pero las vacaciones le habían salido demasiado caras. Las hojas estarían cambiando ahora, a mediados de octubre. Quizá pudiera ir a ver los colores otoñales, y si encontraba trabajo, mejor. Sus ahorros le durarían unos meses, pero cuanto antes encontrara otro lugar donde establecerse, mejor. Pero ¡iba a ser lejos de Alabama!

A medida que avanzaban los kilómetros en el cuentakilómetros, su tensión disminuyó y empezó a disfrutar del viaje. Abrió las ventanillas y respiró el aire limpio y fragante. Las colinas y los árboles eran tan diferentes de lo que había conocido en Houston toda su vida. Al atardecer

estaba en lo alto de las Montañas Blue Ridge, disfrutando plenamente. La naturaleza la llamaba como nunca lo había hecho la ciudad, los árboles proyectaban sombras moteadas que parecían rogarle que fuera a explorar.

Tras pasar la noche en Knoxville, Tamera se dirigió al norte por la I-81, en lugar de tomar la I-40 hacia el este, en dirección a Carolina del Norte. Las autopistas y carreteras secundarias la atraían, y el constante manto arbóreo era un bálsamo para su maltrecho espíritu.

Dos tardes más tarde, entró en el valle del Hudson, al norte de Long Island. Para entonces, estaba considerando seriamente las ventajas de cambiar el coche por un descapotable, excepto por el frío que hacía por las mañanas y por las noches. Pero el aire... era tan fresco y limpio, una miríada de aromas que la invitaban a detenerse y salir del coche, a explorar. Los colores de las hojas eran increíbles, todos los amarillos y dorados, con los rojos empezando a salir. Una especie de satisfacción se apoderó de ella, y casi sintió que volvía a casa.

Gracias a que la noche anterior había navegado por Internet desde su habitación de hotel en las afueras de Harrisburg, Pensilvania, mañana por la mañana tenía una cita en una clínica veterinaria no muy lejos del río Hudson. Curiosamente, cuando había buscado anuncios de empleo en las distintas comunidades a lo largo del Hudson, había sido casi lo primero en lo que se posaron sus ojos. Una clínica veterinaria local necesitaba una recepcionista. ¿Se preguntaba si sería tan fácil? Dados los años que había trabajado en un refugio de rescate durante toda la universidad, parecía casi como si estuviera destinado a ser así.

Buscaban un "Recepcionista Plus", lo que le hizo arrugar la nariz pensativamente. ¿Plus? Si no se arriesga, no gana, así que escribió una carta de presentación, adjuntó su currículum y lo envió a la dirección de correo electrónico que le habían dado. El director de la oficina le había respondido con un correo alegre y hablador, preguntándole si podía estar allí a las 10.00 h. Lo primero que debía hacer era conseguir un mapa de la zona, orientarse y encontrar un lugar donde alojarse. Primero echaría un vistazo a la clínica veterinaria y, a partir de ahí, buscaría un hotel.

El sol se ocultaba tras las colinas densamente arboladas cuando encontró la clínica, apartada de la carretera en un gran claro. El sol poniente brillaba en los cristales de la fachada. Accionando el intermitente, Tamera giró hacia el estrecho camino que conducía al amplio edificio. Era un edificio bonito, observó complacida, de ladrillo suavizado con hiedra trepando por sus paredes, las contraventanas de madera pintadas de un verde alegre. El camino de entrada se bifurcaba a izquierda y derecha, con pintorescos letreros de "Perro" y "Gato" apuntando en ambas direcciones. Siguió la bifurcación hacia la derecha, que se ensanchaba hasta convertirse en un aparcamiento. Más adelante, el camino rodeaba el edificio por el extremo, presumiblemente hasta el granero, que podía ver escondido entre los árboles, con su característico tejado elevándose por encima de la clínica principal.

Aparcó el coche, Tamera salió y se quedó mirando a su alrededor. Le gustó su aspecto. Los edificios estaban bien cuidados, el césped era frondoso y verde, y abundaban los árboles de sombra. A pesar de la tranquilidad de la escena, la clínica parecía natural en su entorno boscoso. Se mordió el labio, ensimismada. Parecía el tipo de lugar en el que podría ser feliz trabajando, al menos si los empleados eran tan agradables como ella esperaba. Así lo parecía por el correo electrónico que había recibido de Barbara, la jefa de la oficina. Pero no era Barbara quien la entrevistaría, sino uno de los socios veterinarios, un tal Dr. Troy Shelton, le había dicho.

De vuelta al coche, Tamera consultó su mapa. A unos kilómetros había un gran centro comercial con varias cadenas hoteleras importantes a su alrededor. Sin embargo, justo enfrente del centro comercial también había un hospital. Se estremeció y siguió mirando. En la otra dirección había otra carretera que se alejaba de la autopista principal, con escuelas y un parque

en el mapa. Tal vez hubiera algo más pequeño, un motel, por allí. Merecería la pena comprobarlo. Dobló el mapa y salió.

Siguió un camino largo y sinuoso que atravesaba una zona rural, con granjas de gran tamaño y casas con acres, todas divididas por muros bajos de piedra, a menudo cubiertos de hiedra. Sin embargo, en el cruce con una carretera más grande, se quedó boquiabierto. A la izquierda había una preciosa casa victoriana antigua, con torrecillas que parecían alcanzar el cielo. Estaba pintada de un suave azul Wedgwood, con brillantes ribetes blancos en contraste. Lo mejor de todo era que el cartel que colgaba a la entrada de la entrada decía "Bed and Breakfast".

Incapaz de resistirse, giró hacia la entrada, con la esperanza de que el B&B se ajustara a su presupuesto. La posada era encantadora, y su ubicación estaba a pocos kilómetros de la clínica. Aparcó en una de las pocas plazas que había delante; un camino de grava conducía a la parte trasera de la posada, donde suponía que aparcaban los huéspedes.

Al entrar por la puerta principal, se encontró en un vestíbulo pequeño pero bien iluminado. Inmediatamente ante ella había una escalera empinada y estrecha que ascendía. A su derecha, una puerta abierta daba a una sala más amplia con chimenea y amueblada con cómodos sillones y sofás. Detrás del mostrador, a su izquierda, un joven se levantó, tragando saliva nerviosamente.

"B-buenas noches", tartamudeó.

Tamera reprimió severamente su diversión. Un nuevo empleado, supuso, su primer día solo en el trabajo. Sonrió para tranquilizarlo.

"Buenas noches", respondió en tono amistoso. "Esperaba que tuvieras una vacante para esta noche".

"Sí, claro, señorita... señora", corrigió rápidamente.

De nuevo tuvo que contener una sonrisa.

"La señorita está bien", le aseguró.

Se alegró de que el precio estuviera dentro de su presupuesto y alquiló la habitación sólo por una noche. De hecho, el precio era lo bastante razonable como para que, si conseguía el trabajo mañana, tal vez pudiera quedarse aquí hasta que encontrara un lugar para alquilar. Si no lo conseguía... bueno, ya decidiría qué hacer entonces. No tenía sentido cruzar ese puente hasta llegar a él.

Siguiendo las indicaciones del joven, regresó a su coche y lo condujo al aparcamiento más grande que había detrás de la posada. Debatiéndose consigo misma, sólo metió la bolsa de viaje, el portátil y una muda de ropa para mañana. Si quería quedarse, tenía tiempo suficiente para subir todas las maletas.

Entró por una pequeña puerta trasera que daba a un estrecho pasillo hasta el vestíbulo, y luego subió las escaleras hasta el segundo piso. Su habitación era bonita, con una colcha blanca cubriendo la cama de matrimonio y un balcón con vistas al bosque que bordeaba la posada. Un ventilador de techo giraba perezosamente sobre su cabeza, moviendo el aire cálido del atardecer para crear una agradable brisa, mientras un calefactor se apoyaba en una pared. Era una habitación encantadora y cómoda, y pensó que podría ser feliz aquí... si conseguía el trabajo. Todo dependía del mañana.

Se quitó los zapatos y se tumbó en la cama con un suspiro de alivio. Tres días seguidos conduciendo habían sido agotadores, y el ruido de la carretera le producía un cosquilleo en el cuerpo no del todo agradable. Pensó que cerraría los ojos sólo un minuto y luego se levantaría para buscar un sitio donde cenar.

Cuando se despertó, el sol se había puesto por completo y la luna empezaba a salir por encima de las copas de los árboles. Echó un vistazo al reloj de la mesilla de noche y se incorporó

de un salto. ¡Había dormido tres horas! No tenía tiempo para ducharse, así que debía darse prisa para encontrar un restaurante donde cenar, a menos que quisiera conformarse con comida rápida. Y después de tres días de viaje, quería comer bien.

Sólo se detuvo el tiempo suficiente para lavarse la cara en el pequeño cuarto de baño anexo a su habitación y pasarse un cepillo por el pelo, antes de echarse el bolso al hombro y bajar las escaleras.

Al pie de la escalera, encontró a una pareja de negros mayores que discutían animadamente sobre jardinería. El hombre era alto y delgado, con el pelo ligeramente canoso en las sienes, mientras que la mujer era casi igual de alta y de complexión de reina. Dado que estaban debatiendo sobre las mejores flores para plantar junto al porche delantero antes de que cambiara el tiempo, pensó que tal vez fueran los propietarios.

Les sonrió tímidamente. "Hola".

Se volvieron hacia ella, y la mujer le devolvió una cálida sonrisa y le tendió la mano. "Usted debe de ser la señorita Austen. Soy Renee Johnston, y éste es Angus, mi marido".

"Por favor, llámame Tamera". Inclino la cabeza. "¿Eres la dueña de esta encantadora posada?"

"Claro que sí", respondió Angus, estrechándole la mano a su vez. "Yo llevo la recepción, y Renee se encarga de la cocina".

Estaba a punto de responder, cuando un movimiento cerca de la ventana delantera llamó su atención. Se quedó mirando lo que al principio le pareció una especie de alfombra de piel. Sin embargo, la alfombra tenía cola y ésta golpeaba el suelo. Al parpadear, vio que se trataba de un enorme perro blanco desgredado, desparramado sin huesos por el suelo. Tamera se echó a reír al ver que había un pequeño gato atigrado acurrucado en el espeso pelaje blanco del perro.

Renee lanzó a la pareja del suelo una mirada de cariñosa diversión. "Ésos son Tony y María".

Tamera no pudo evitar una risita. "¿Tony y María? ¿Westside Story?"

Angus sonrió, sus dientes blancos contrastaban con su piel oscura. "Me pareció apropiado".

"Antes de que se nos olvide -añadió Renee-, no sé si Martin te lo ha dicho, pero el comedor está por ahí. Servimos el desayuno desde las seis de la mañana hasta las nueve. Aunque hay bebidas disponibles a todas horas, así como fruta y dulces".

"Renee es una panadera notable", añadió Angus, con claro orgullo. "Sus galletas de chocolate están para morirse".

"Eso es exagerar un poco", dijo Renee con modestia, pero luego le guiñó un ojo a Tamera. "Pero te arruinarán para siempre todas las demás galletas de chocolate".

Tamera se rió. "¡Entonces tendré que probar seguro! Pero ahora mismo tengo que ir a cenar antes de que cierre todo. ¿Hay alguna posibilidad de que me indiques un restaurante cercano? ¿O alguno que abra hasta tarde?"

Angus asintió. "Podemos hacer las dos cosas. Justo al final de la autopista hay un centro comercial con un restaurante italiano. Si están a punto de cerrar y ya no tienen asientos, la cafetería cercana está abierta toda la noche".

"La cafetería no parece gran cosa", dijo Renee, "pero sirven comida buena y sencilla".

"Eso es todo lo que quiero", les aseguró.

Les saludó con la mano y se dirigió a buscar la cena.

CAPÍTULO 2



A LA MAÑANA SIGUIENTE, Tamera entró en el aparcamiento de la clínica veterinaria y se quedó mirando el edificio de ladrillo durante un largo minuto. Los nervios le hacían temblar la barriga y se obligó a respirar hondo. Sólo era una entrevista de trabajo. Lo peor que podía pasar era que no le dieran el trabajo. Podía afrontarlo. Pero primero tenía que salir del coche. Sí, claro. Volvió a respirar hondo, cogió el pomo de la puerta y, abriéndola, se deslizó fuera del asiento hasta pisar la acera. Podía hacerlo.

Cruzó el aparcamiento, subió por la corta acera hasta la puerta principal, en el lado Cats de la clínica, y empujó la puerta para abrirla. Entró y se detuvo bruscamente. Sentada magníficamente en el mostrador de recepción había una gran gata calicó de pelo largo, con las orejas empenachadas y unos grandes ojos dorados que parpadeaban benignamente hacia ella.

"¡Oh!" Tamera se detuvo, mirando fijamente al gato. "¡Ohmigosh, qué bonito!"

Al parecer, la gata se tomó la adulación como algo que le correspondía, se levantó y se acercó con sus patas peludas al mostrador, con la cola peluda en alto, hasta donde estaba Tamera. Tamera se acercó al mostrador y extendió una mano tentativamente, y quedó encantada cuando la gata frotó al instante la cabeza contra sus dedos. Acarició el espeso pelaje y fue recompensada con un ronroneo profundo y estruendoso.

Había una mujer sentada detrás del mostrador trabajando con un ordenador. Era una atractiva morena, algo rellenita, quizá de unos treinta años. Giró la cabeza para mirar al gato con las cejas levantadas.

"A Cat no le suele gustar la gente así. No es antipática, pero es muy particular en cuanto a quién deja que la acaricie".

Tamera dejó de admirar al gato. ¿"Gato"? preguntó, enarcando las cejas. "¿Así se llama?"

Levantando las manos en señal de rendición, la mujer se echó a reír. "¡No me eches la culpa! ¡Yo no le puse el nombre! Pertenece al doctor Shelton, consúltalo con él. Aunque tengo entendido que venía con ese nombre cuando él la consiguió, y nunca se lo cambió".

Otro gato salió del pasillo, aún más grande que el primero e igual de hermoso, con un pesado pelaje estampado con remolinos en tonos marrones y los mismos ojos anchos y dorados. Con facilidad, saltó a la encimera y se acercó. Al instante, Gata se volvió hacia la recién llegada, con las orejas erguidas y el hocico arrugado en un siseo.

El otro gato, claramente macho, parecía imperturbable. Se sentó, enroscando cuidadosamente la cola sobre las patas delanteras, con la punta agitándose suavemente, y observó a Tamera. La gata gruñó y, agachándose, avanzó sigilosamente. Saltó al igual que el macho, y se encontraron a

medio camino en un forcejeo de furia felina. Entonces el macho se arrojó desde el mostrador y salió disparado hacia el pasillo cercano, con Cat persiguiéndolo.

La mujer sacudió la cabeza, riéndose aún más.

"Hermano y hermana", le dijo a Tamera, con un fuerte acento del medio oeste en la voz. "Te juro que son tan malos como mis hijos en casa. Ahora". Su voz cambió a un tono brusco y comercial. "¿Qué puedo hacer por ti?"

"¡Oh!" Sintió que se le encendían las mejillas. ¡Había olvidado por completo por qué estaba allí! "Soy Tamera Austen. Tengo una cita para ver al Dr. Shelton sobre su puesto de recepcionista".

La mujer pareció complacida y al instante le tendió la mano.

"Estoy encantada de conocerte. Soy Bárbara, la contable y directora general de la oficina, aunque de momento hago las veces de recepcionista. El Dr. Shelton tiene un cliente con él, pero estará libre en breve. Normalmente, la Dra. MacPherson se encarga de la contratación general de la oficina, pero está fuera de la ciudad y no podemos esperar a que vuelva para empezar a hacer entrevistas. La semana pasada perdimos a un técnico veterinario, y una de nuestras dos recepcionistas va a tener un bebé y acaba de empezar su baja por maternidad. Has entrado durante una pausa justo en este momento... ¡es raro, créeme!".

Tamera soltó una risita y estrechó la mano de Bárbara por encima del mostrador. "Encantada de conocerte.

Bárbara inclinó la cabeza hacia el pasillo con la puerta entreabierta por donde habían desaparecido los gatos.

"De todas formas, pasaste la primera prueba", dijo con un poco de sorna. "Le has gustado a Cat, eso es enorme".

Sorprendida, Tamera parpadeó, conteniendo una carcajada. ¿Podrían contratarla porque le gustaba a un gato?

Bárbara se hizo eco de su diversión. "No te rías. Es verdad. La última empleada que no le gustaba a Cat resultó estar loca. Intentó matar al Dr. Shelton y a su prometida, y luego desapareció. La policía sigue buscándola".

Tamera se quedó mirando a Barbara, tragando saliva. "¿En serio?"

"Sí. Muy grave. No sé todo lo que pasó, pero yo estaba aquí cuando el Dr. McCandliss, nuestro veterinario que se ocupa de los caballos y el ganado, vino rugiendo una tarde y la despidió. Es decir, le ordenó que se marchara del local en el acto. Nos quedamos en shock, porque es un tipo de lo más simpático. Por lo visto Beatrice... era la chiflada que he mencionado... había estado amenazando a uno de los empleados, y el Dr. McCandliss la descubrió, pero se volvió loca. Fue a por el Dr. Shelton y su novia a su casa. Hablando de salvajadas".

Un poco desconcertada, Tamera no supo qué decir. Bárbara sonrió, con el rabillo del ojo fruncido.

"Pero no te preocupes", dijo tranquilizadora. "Las cosas suelen ser bastante normales por aquí".

"Oh, no es eso", se apresuró a asegurarle Tamera. "Es sólo que... uno oye hablar de esas cosas, lee sobre ellas en las noticias y demás, pero siempre le ocurren a otra persona, en algún otro lugar. No le ocurre a la gente que conoces, ¿verdad?"

"¡Exacto!" Barbara asintió. "Tener a la policía pululando por todas partes y tener que responder a docenas de preguntas sobre Beatrice... era como estar en un episodio de CSI".

Tamera se apoyó en el mostrador, con la barbilla apoyada en una mano, y asintió. "¡Me lo

imagino! ¿Pero nunca la encontraron? ¿No te preocupa un poco?".

"Bueno, al principio sí. Pero me enteré de que encontraron su coche una semana más tarde, en algún lugar de Dakota. De todos modos, el doctor Shelton no parece preocupado en absoluto, y está en estrecha comunicación con los detectives del caso, así que si hubiera algún peligro, nos lo haría saber."

Una risita lenta sonó desde el pasillo. "No la asustes antes de que la haya entrevistado, Barbara".

Tamera miró rápidamente a su alrededor y vio a un hombre enorme en la puerta. Medía más de metro ochenta, tenía el pelo oscuro y unos ojos verdes como musgo en una tez bronceada. Le sonrió, ofreciéndole una gran pata para que la estrechara.

"Troy Shelton. Tú debes de ser la Sra. Austen".

"Sí. Tamera, por favor".

Puso su mano en la de él, sus delgados dedos fueron engullidos por la gran mano de él y se estrecharon brevemente.

"Ven a mi despacho y hablaremos".

Bárbara, no muy disgustada por haber sido pillada cotilleando, le dedicó una sonrisa alentadora. "¡Buena suerte!"

Los nervios empezaron a revolotear de nuevo en su vientre cuando Tamera siguió al veterinario por el pasillo hasta un despacho agradable y bien decorado, con un escritorio de caoba pulida, actualmente enterrado bajo pilas de papeles y expedientes. Una amplia ventana daba al jardín delantero.

Se detuvo justo detrás de la puerta, y su mirada se posó en un dibujo en blanco y negro, enmarcado, que colgaba de la pared. Un collie de pelaje áspero jugaba bajo las ramas extendidas de un arce, agachado sobre las patas delanteras, con la espalda al aire y la cola plumosa en alto. Tenía el esbelto hocico abierto mientras ladraba a una impertinente ardilla que se aferraba al tronco del árbol. No pudo evitar una carcajada.

"¡Oh, qué bonito!"

El veterinario pareció hincharse de orgullo, y sus ojos se suavizaron al posarse en el boceto. "Lo ha dibujado mi prometida. Es mi... nuestra... perra, Cherie. Es una artista increíble". Se rió entre dientes. "Mi prometida, no el perro".

El Dr. Shelton le hizo un gesto con la mano para que se sentara en una de las sillas que había frente a su escritorio. No pudo contener una risita al ver la otra silla bien ocupada por el gran gato calicó, que la observaba con aquellos enormes ojos dorados. Al juntar las manos y entrelazar los dedos nerviosamente, Tamera habría jurado que el gato le guiñó un ojo.

"Ahora bien", le acercó un expediente... había estado en lo alto de una de las pilas, observó ella... y lo abrió de un tirón. "Ya he leído tu solicitud y he hablado con Sheila Anderson, que dirigía el refugio de rescate donde trabajabas. Sólo tenía elogios para ti".

Tamera se sonrojó un poco en señal de gratitud sorprendida. "Gracias", balbuceó, sin saber qué decir. "El refugio quedó destruido por el huracán del año pasado y, al final, no consiguió financiación para reconstruirlo, al menos no a corto plazo. Superamos el huracán Harvey sin problemas, pero este último destruyó todo el edificio. La financiación y todo eso tarda una eternidad, y desde entonces hemos estado trabajando en casa de Sheila, que finalmente no pudo seguir adelante. Había trabajado allí desde que tenía 17 años, y había vivido en Houston toda mi vida. Me pareció un buen momento para empezar de nuevo". Hizo una pausa, para añadir irónicamente: "Preferiblemente no en un lugar que tuviera posibilidades de ser diezmado por los huracanes".

"Ni tornados, ni ninguna otra cosa", añadió el Dr. Shelton. "Aunque en invierno tenemos ventiscas. Eso te costará acostumbrarte, si siempre has vivido en Houston".

"Puedo aprender", dijo Tamera con facilidad. De hecho, ya había investigado un poco en Internet y había estado haciendo listas de cosas de las que necesitaría abastecerse antes de que llegara el invierno. "Lo único que me preocupa mucho es conducir con nieve. Es posible que pueda conducir en Uber hasta que le coja el truco. El lugar donde me alojo ahora está a sólo unos kilómetros de aquí, un bed and breakfast que solía ser una casa victoriana".

Se oyó un extraño chirrido procedente de la silla de al lado, como si Cat estuviera tosiendo una bola de pelo. Al otro lado del escritorio, la cara del Dr. Shelton se descompuso en una amplia sonrisa. "¡Ah, habrás conocido a Tony y a María!".

Tamera se echó a reír. "¡Sí, lo he hecho! Conoces el lugar".

"No vivo tan lejos de allí. Mi prometida vivió allí durante un tiempo, mientras pasábamos por los conmovedores acontecimientos de los que te hablaba Barbara".

"Ha debido de ser horrible", aventuró, tendiendo la mano para acariciar a Cat, que se había recuperado de su ataque de tos. "Tengo una pregunta, sobre tu anuncio".

"¿Y eso es?" preguntó.

"El anuncio decía que buscabas una recepcionista 'plus'. ¿Cuál es la parte 'plus'?"

"Ah". El Dr. Shelton se reclinó en su silla, entrelazando los dedos ante sí. "Desde que Barbara te puso al corriente de la actualidad, sabes que nos falta un técnico veterinario. Es más difícil encontrar un técnico veterinario cualificado que un recepcionista, sobre todo aquí en el campo, así que esperábamos encontrar a alguien que pudiera ayudarnos un poco en la parte práctica de las cosas que normalmente serían responsabilidad del técnico: acompañar a los clientes y a las mascotas a la sala de exploración, hacer un historial, obtener el peso y las constantes vitales. No se trata de nada muy técnico, sino de aliviar un poco la presión de nuestros otros técnicos hasta que encontremos a otro".

Golpeó la carpeta que tenía delante con un dedo. "Esperaba que, con tu experiencia de trabajo en un refugio, fueras la persona que necesitamos... si estás dispuesta".

Con el corazón latiéndole un poco más deprisa, Tamera se sentó más recta en la silla. No podía imaginar una posición más perfecta. Ojalá... Se mordió el labio con inseguridad. Un peso en el muslo la hizo mirar hacia abajo, y sonrió, moviendo instintivamente una mano para acariciar y acariciar a Gato, que caminaba sobre su regazo desde la otra silla.

"Un poco sobre la clínica. La formamos yo y dos socios, Douglas McCandliss y Suzanne MacPherson. Douglas es un viejo amigo de la infancia, y conocimos a Suzanne en la facultad de veterinaria. Decidimos entrar juntos y tener nuestra propia clínica. Hasta ahora somos sólo nosotros tres, y cada uno tiene un área de especialidad. Yo me ocupo de los gatos, Suzanne de los perros y el Dr. McCandliss de los caballos y el ganado. Él sale a ver a la mayoría de sus pacientes, por supuesto, pero también tenemos un establo detrás".

"Todos veremos mascotas exóticas", continuó, "dependiendo de quién esté disponible. Barbara, a quien conociste, es nuestra directora de oficina y contable. Holly y Anna son nuestras recepcionistas, Anna es la que acaba de coger la baja por maternidad. Cada una de nosotras contrata a sus propios ayudantes y técnicos veterinarios para su sección de la clínica, y Suzanne suele encargarse de la contratación general del personal de oficina. Su marido también es veterinario, aunque trabaja en otro sitio, pero hace de suplente cuando alguien está enfermo o sale de la ciudad para una conferencia o algo así."

"Ahora", dio unos golpecitos en la superficie de su escritorio, con un aspecto extrañamente solemne. "La veterinaria de la que te habló Bárbara trabajaba para Suzanne en la parte de la

clínica dedicada a los perros, así que allí es donde tú desempeñarás la mayor parte de tus funciones. No te preocupes -sonrió de repente-. "Tenemos personal para la limpieza de las perreras. Así que... ¿Te parece éste el trabajo adecuado?"

"Sólo dos cosas". Tuvo que soltarlo antes de perder los nervios, y rezó para que no le costara aquel trabajo que parecía hecho en el Cielo para ella. "Yo... Tengo... dificultades... para ver animales sacrificados. Sé que a veces es inevitable, pero..."

Levantó una mano, deteniendo su torrente de palabras inconexas. "Lo comprendo. No hay problema, no te pediremos que nos ayudes en eso. Para ser sincero, por mucho que comprendamos que forma parte del ciclo, nunca se hace más fácil para ninguno de nosotros. Y si lo fuera -añadió pensativo-, no es alguien a quien querría trabajando en mi clínica. A ver. ¿Qué era lo otro?"

Aquí no pasa nada, pensó, respirando hondo. Pero tenía que empezar con sinceridad, o al menos con la mayor sinceridad posible. Aun así, se sonrojó profundamente y deseó estar hablando con la otra veterinaria, Suzanne, y no con un hombre. "A veces tengo que faltar uno o dos días al mes", admitió. "Tengo... um... migrañas que me mantienen en cama. No con regularidad", se apresuró a añadir. "Simplemente... puede ocurrir, y me gusta ser sincera".

"¿Migrañas?" Él sonrió comprensivo, suponiendo claramente que ella se refería al síndrome premenstrual. Era lo que ella había querido que pensara, pero se sonrojó más. "No te preocupes. Llama al servicio de contestador en cuanto lo sepas, así tendremos tiempo de preparar un sustituto para ese día. Lo más probable es que quienquiera que sea esté dispuesto a intercambiar días libres y tú puedas cubrirle, así no tendrás que agotar tu baja por enfermedad".

Hizo todo lo posible por no desplomarse de alivio. Justo entonces, el otro gato entró en el despacho como si fuera su dueño. Al instante, Cat se bajó de su regazo y cargó contra el intruso. Se produjo una fuerte pelea.

"¡Basta!" Troy se levantó y dio una palmada, y los felinos se derrumbaron. Señaló la puerta, mirando severamente de uno a otro. "¡En mi despacho no!"

Ambos gatos salieron por la puerta y él volvió a sentarse.

"Lo siento. Se llevan bien en casa, pero Cat parece haber reclamado la clínica como suya, sobre todo mi despacho, y actúa como si Kitt fuera un intruso cada vez que lo ve."

¿"Cat y Kitt"? Tamera ahogó una carcajada. "Son unos gatos preciosos. Maine Coons, ¿verdad?"

La miró con aprobación. "Sí, así es. Así que, si estamos de acuerdo, te llevaré con Bárbara para hablar de tu salario, beneficios y para rellenar todo el papeleo".

"Sí, de acuerdo. Gracias, doctor Shelton", consiguió decir. Se levantó con cuidado, el alivio hacía que le flaquearan las rodillas.

"Soy Troy", dijo, tendiéndole la mano y estrechando la suya brevemente. "Bienvenido a la familia".

CAPÍTULO 3



"HAY ALGO DIFERENTE EN ELLA".

Era la hora de comer, y Troy y Katerina se habían dirigido al lago cercano para relajarse junto a la orilla, donde a Katerina le gustaba dar de comer a los patos. En el último momento, Kester, el hermano de Katerina, había salido corriendo de la clínica y se había zambullido en el asiento trasero.

"Me invito a mí mismo", les dijo.

Katerina puso los ojos en blanco, pero Troy se limitó a reír. Se detuvieron en una charcutería de camino y, cargados de bocadillos y bebidas se dirigieron al lago. Estaban sentados junto al agua, con las bolsas abiertas mientras hurgaban en su almuerzo.

Ante la declaración de Kester, Troy, que acababa de dar un buen bocado a su bocadillo de jamón, se limitó a enarcar una ceja. Katerina, sin embargo, volvió la cabeza para mirar a su hermano.

"¿La nueva recepcionista? ¿Cómo que diferente?"

"Sí, ella. No estoy segura. Se sentía diferente. No del todo humana".

Katerina palideció, su reciente experiencia con Beatrice estaba demasiado fresca en su memoria. ¿"R-rogue"?

Troy se atragantó con el generoso bocado que había estado a punto de tragar. Los ojos de Kester, dorados como los de su hermana, brillaron de indignación.

"¿En serio, hermanita? ¿En serio? ¿Cómo voy a dejar que un granuja se acerque a mi hermana y quedarme ahí sin hacer nada al respecto? ¿Quizá sentarme y hablarlo educadamente en la comida más tarde?"

Katerina bajó la barbilla y bajó los ojos. El gran brazo de Troy la rodeó, estrechándola contra él, y ella se inclinó hacia su abrazo.

"Lo siento", dijo, mirando a Kester en tono de disculpa. "Aún tengo pesadillas... fue tan horrible. Cuando dijiste eso, mi mente fue allí automáticamente".

Su rápida irritación se desvaneció ante la evidente penitencia de ella. "No pasa nada, hermanita. Ojalá hubieras llamado, ¿sabes? Cuando pienso en ti y en Melanthe aquí solas con ese leopardo acechándoos y sin que nadie lo supiera, me vuelvo loca".

Asintió, suspirando un poco al pensar en lo que había pasado su hermana gemela con el pícaro. "En retrospectiva, con veintitantos años y todo eso, ojalá también hubiéramos llamado".

"Hola". La voz grave de Troy retumbó bajo su mejilla, y una mano le acarició el pelo mientras ella inclinaba la cabeza para sonreírle. "Ya ha pasado. Se ha ido y ahora estás a salvo".

Su mirada se desvió hacia el hermano de Katerina. "¿Qué quieres decir, más exactamente, con diferente? ¿Es una metamorfa?"

Kester arrancó algunos trozos del bollo de su bocadillo y los arrojó distraídamente al lago, observando cómo los patos convergían sobre los restos de comida.

"No estoy seguro", admitió. "Normalmente podemos distinguir a otro metamorfo cuando estamos en nuestra forma animal. ¿Y tú, hermanita? ¿Percibiste algo de ella?"

Katerina se incorporó, se soltó del brazo de Troy y cogió la bolsa de patatas fritas que acompañaban al bocadillo. Buscó una patata y la masticó pensativa durante un minuto, frunciendo el ceño al recordar lo ocurrido aquella mañana.

"No exactamente", respondió ella lentamente. "Quiero decir, nada específico, ninguna sensación de que ella fuera diferente, como la que tú tienes. Pero a Cat le gustaba... y quiero decir, le gustaba mucho Tamera. Rub-purr-pet-me-more, algo así".

Troy enarcó las cejas. "No es tu estilo habitual, ¿verdad?"

Katerina le dio un codazo a su hermano mientras Kester se reía, poniendo los ojos en blanco.

"Más bien silbar y dar un mensaje claro de que se aparten", admitió. "A Cat no le gusta que la gente se tome libertades, sobre todo los desconocidos".

"Bueno, eso de ahí es diferente", señaló Troy.

"Supe enseguida que Jacinto era un Djinn, en cuanto la vi", les dijo Katerina. "No recibí nada parecido de Tamera. Y desde luego nada que hiciera saltar las alarmas".

"Estás de broma, ¿verdad?" Kester sonrió satisfecho. "¿Que le guste a Cat no hace saltar ninguna alarma?"

Ella frunció el ceño y le lanzó una ficha. "Vale, esperad un momento los dos. Dadme un minuto para pensar".

Kester se sirvió algunas de sus patatas fritas, mientras Troy daba otro mordisco a su bocadillo. Katerina cruzó las piernas bajo ella, apoyando la barbilla en las manos, evocando el recuerdo de haber conocido a la joven aquella mañana y de lo que Cat había vivido.

"Tienes razón, allí había algo diferente", le dijo a su hermano, con palabras lentas mientras intentaba interpretar los sentimientos de su yo felino. "Lo interpreté como un fuerte agrado, pero no era tan sencillo. No es que quisiera que me acariciara, sino que quería darle el consuelo de dejar que me acariciara. Necesitaba, de algún modo, tranquilizarla. Reconfortarla". Su mirada se elevó hasta la de Troy. "Protegerla. Está triste, herida de algún modo. No físicamente, sino en su espíritu. No es la tristeza de, digamos, un día gris y nublado, sino algo profundo en el alma".

Kester la observó con los ojos entrecerrados. "Tu gato quería protegerla. Eso sí que es muy interesante".

Tuvo que darle la razón. "Y definitivamente diferente. Cat es lo contrario del tipo protector y cariñoso". Se inclinó hacia arriba, girando la cabeza para besar la barbilla de Troy, que era todo lo que podía alcanzar, sentada en el suelo a su lado. "Excepto cuando se trata de ti".

Su carcajada la recompensó. "Menos mal, dadas las circunstancias".

Katerina no pudo evitar el escalofrío instintivo que la recorrió, y sintió que su brazo volvía a rodearla.

"Se acabó", la tranquilizó. "Beatrice está donde no puede volver a hacer daño a nadie".

"Lo sé". Ella asintió, pero se acurrucó contra su costado. "Sí que lo sé. De verdad. Es decir... en mi cabeza lo sé, pero hay otra parte de mí que aún tiene miedo".

"Me tienes a mí, y está Jacinto, y tu hermano está aquí ahora. Además, con tu amigo cambiaformas herrero trabajando ahora con Douglas en la clínica, y el equipo ayudando a reconstruir nuestro granero, hay cambiaformas por todas partes".

Tuvo que reírse, apartándose de él. Kester alargó la mano y la abrazó con fuerza.

"No te va a pasar nada, hermanita. Y si tu gato cree que esa Tamera necesita seguridad, entonces todos estaremos pendientes de ella también, ¿vale?"

"¿Estás completamente seguro de que no percibes nada peligroso?". La mirada de Troy era seria cuando volvió la cabeza hacia el joven sentado junto a Katerina. "Preferiría no tener otra Beatrice en nuestra clínica".

Kester no dudó en responder. "Estoy seguro al cien por cien. Créeme, nunca me arriesgaría cerca de mi hermana. Si quieres, puedo merodear por la clínica como Kitt y tratar de obtener más información sobre ella, pero te juro que no percibí ninguna sensación de amenaza de ningún tipo".

Troy sacudió la cabeza y su rostro adoptó aquella expresión que mataba a Kester cada vez que la veía. El pobre hombre aún se estaba adaptando no sólo al hecho de saber que existían los cambiaformas, sino también que su prometida era una de ellos. Kester se mordió una sonrisa y decidió que lo mejor era distraerse.

"Entonces, ¿cuándo empieza a trabajar?"

"Mañana". Troy dio un codazo a Katerina. "Se va a alojar en ese bed and breakfast victoriano que hay al final de la calle, donde tú estuviste antes de mudarte conmigo".

Ella sonrió. "Lo sé. Estuve allí para la entrevista, ¿recuerdas? Eso sí que es una coincidencia, ¿no? De todos los garitos de ginebra..."

Kester había estado tirando más pan a los patos, pero al ver aquello miró a su alrededor. "¿El bed and breakfast? ¿Ese viejo y gran lugar victoriano que me enseñaste?"

Asintiendo, su hermana hizo una pregunta.

"Pensaba ir allí esta tarde", le dijo. "Los hoteles están muy bien para pasar un día o dos de vez en cuando, pero quiero tomarme mi tiempo para encontrar un lugar propio, así que quedarme en el B&B es mucho más atractivo como solución provisional".

"Desde luego que sí", se entusiasmó su hermana, abrazándole por el brazo. "Angus y Renee son sencillamente geniales, son los propietarios. Angus me hizo un buen descuento por una estancia más larga, así que no dejes de preguntar por ello. Además, estarás cerca de nosotros, sólo está a un par de kilómetros de la casa de Troy".

"Nuestra casa", le recordó Troy, riendo entre dientes. Ella le sonrió, con sus ojos dorados brillando.

"Correcto. Nuestra casa".

CAPÍTULO 4



"DEJA QUE TE LO TRAIGA".

Tamera exhaló un suspiro de alivio, dirigiendo una sonrisa al hombre que le abría la puerta. Estaba absolutamente derretida por el calor, la ropa se le pegaba y el ala del sombrero se le caía. Un mechón de pelo le caía sobre los ojos, y se lo apartaría si no tuviera una mano sujetando una maleta de ruedas con otra más pequeña atada a ella, y la otra en la correa de su pesada bolsa de mano, que se le resbalaba del hombro.

"Gracias", le dijo ella con verdadera gratitud.

Entró en la posada, respirando profundamente el aire benditamente fresco y acondicionado. Estaba acostumbrada al calor de Houston, incluso a cierto grado de humedad, pero la combinación de calor vespertino y humedad intensa aquí, en el norte del estado de Nueva York, era algo a lo que le iba a costar acostumbrarse.

"No hay problema".

Su voz era un barítono ligero, débilmente acentuado. Mientras él cerraba la puerta, asegurándose de que quedaba bien atrancada, ella lo estudió disimuladamente. Tendría unos veinte años, unos cuantos más que ella. Era alto y muy bronceado, y su espesa cabellera rubia estaba marcada por el sol. Parecía todo dorado... la piel, el pelo e incluso sus ojos tenían un tono de marrón tan inusual que parecían dorados, o quizá ámbar. Descubrió que le tendía una mano. Puso la maleta en posición vertical y se sonrojó ligeramente, limpiándose la mano húmeda en los pantalones antes de cogerla. Su apretón era fuerte y seguro mientras se daban la mano.

"Kester Kazakis", se presentó.

Ladeó la cabeza con curiosidad. "¿Kester?"

Los dientes blancos brillaron en una sonrisa divertida. "Oficialmente es Christopher, pero tengo dos hermanas pequeñas, gemelas, y cuando eran pequeñas no les cabía en la lengua, así que me convertí en Kester, y se me quedó. Además, si le digo a la gente que me llamo Christopher, lo siguiente que saben es que me llaman Chris".

"¡Ohmigosh, me identifico tanto!" Le sonrió. "Soy Tamera Austen. Te propongo un trato. No te llamaré Chris si tú no me llamas Tammy".

Él le devolvió la sonrisa. "Trato hecho".

Se adelantó a ella por el pasillo hacia la parte delantera de la casa, donde estaba la recepción. "Estaba registrándome cuando te vi en la puerta y pensé que necesitabas ayuda".

Inclinando la maleta más grande sobre sus ruedas, tiró de ella mientras le seguía. "Te lo imaginabas". Sonrió cuando llegaron al mostrador de recepción. "Buenas noches, Sr. Johnston".

"Angus -reprendió suavemente el anciano caballero, con los dientes blancos y brillantes sobre la piel de ébano. Las arrugas de sus ojos se hicieron más profundas cuando la observó. "Supongo que has encontrado bien el camino al centro comercial".

"Ah, sí. Gracias por las indicaciones". Se quitó el sombrero de ala ancha, dejándolo sobre la encimera, y se pasó los dedos por el pelo, sacudiéndose los mechones de la cara. "¡Uf! ¡Esto es un horno! Creía que estaba acostumbrada al calor de Houston, pero esto...".

"Estamos teniendo un Verano Indio, pero acabará pronto y las hojas se volverán", se consoló Angus. "En Houston nunca hubo nada tan bonito como el giro de las hojas aquí arriba. Nunca querrás volver".

Se rió. "Ya no quiero volver nunca. Esto es maravilloso. Estoy deseando ir de excursión al bosque..., pero no hasta que aprenda a reconocer la hiedra venenosa".

Se volvió hacia el joven, Kester. "Te dejaré que vuelvas a tu registro. Ha sido un placer conocerte y, gracias".

"Deja las maletas", le dijo Angus. "Martin vendrá enseguida y te las subirá".

No tener que arrastrar las pesadas cosas escaleras arriba, por muy agotada que se sintiera, era un gran alivio. "Gracias, Angus. Hasta luego".

Se dio la vuelta, levantando la bolsa que llevaba, además del bolso, un montón de recuerdos y guías turísticas que había comprado en el centro comercial al que Angus la había llevado. Iba a ducharse, luego se tumbaría en la cama frente al aire acondicionado y no volvería a moverse.

Bueno, tal vez después de ducharse bajaría a tomar un vaso de limonada o té helado dulce del salón. Entonces ya no volvería a moverse.

Buen plan.



VALE, quizá el plan no era tan bueno, decidió una hora más tarde, escuchando cómo le rugía la barriga. Iba a tener que hacer algo para preparar la cena. Se tumbó de espaldas en la cama, mirando cómo el ventilador del techo giraba perezosamente. Los últimos rayos del sol poniente entraban por la ventana, se derramaban por la cama y le daban ganas de estirarse perezosamente, sintiendo el calor del sol sobre su pelaje.

¡Maldita sea!

Se incorporó bruscamente, echándose el pelo hacia atrás por encima de los hombros. ¡La gente no tenía pelo! Tenía que parar. Saltó de la cama y apartó de su mente la imagen inoportuna.

Iba a celebrarlo. Un buen asador caro sería estupendo. Al fin y al cabo, ¡acababa de conseguir un trabajo! Uno que le ofrecía asistencia sanitaria, vacaciones y días de baja por enfermedad. Y lo que era más importante, el veterinario no sólo no había pestañeado cuando ella le dijo que a veces necesitaba un par de días libres al mes, sino que le había dicho que podría cambiar de turno en el trabajo. Aquello se merecía un buen filete grueso y una patata asada untada con mantequilla. Y ensalada. Quizá incluso un vaso de vino. Preguntaría a Angus o a Renee cuál era el mejor sitio para ir, ellos sabrían.

Cruzó la habitación hacia las maletas, abrió las dos y hojeó la ropa. Tendría que deshacer las maletas esta noche y prepararse algo para ir a trabajar por la mañana. De momento, sacó unos pantalones de lino color crema y un top envolvente de un amarillo dorado que combinaba bien con su pelo rojo oscuro. Los colgó en el pequeño cuarto de baño, llenó de agua el vaporizador manual y lo encendió. Cuando empezó a silbar, pasó el cepillo por los pantalones y el top,

eliminando las arrugas. Examinó los resultados con satisfacción y desenchufó el vaporizador.

"Los veinte pavos mejor gastados de mi vida", dijo al vapor en señal de aprobación. "Gracias, Amazona".

Inclinada hacia delante, se miró en el espejo que había sobre el lavabo. Unos ojos azul oscuro le devolvieron la mirada, enmarcados en una piel clara, con una pizca de pecas doradas en la nariz. Malditas pecas. Hasta ahora nada de lo que había hecho se las había quitado. Se dio la vuelta y eligió un par de pendientes de oro con gemas cetrinas que brillaban contra el oro del revoltijo de su joyero... tendría que organizarlo cuando volviera de cenar... y se los colocó en las orejas, luego se ciñó un collar a juego al cuello.

Vestida y preparada, con los pies calzados con sandalias bajas y cómodas, cogió su bolso y salió. Al llegar al final de la escalera, no había nadie en la recepción.

"¡Tamera!"

Se volvió para mirar a través de la puerta del vestíbulo hacia el salón. Angus y Kester estaban sentados en dos sillones junto a la ventana principal.

"Oh, hola", sonrió, caminando hacia ellos. "Angus, esperaba que pudieras decirme dónde puede haber un asador cerca. Estoy de celebración y me apetece una cena de bistec estupenda".

"Hay uno o dos en las inmediaciones, y algunos un poco más lejos", respondió con facilidad. "¿Qué celebramos, si se puede saber?"

Tamera sonrió, deseando saltar sobre las puntas de los pies. "¡Tengo trabajo! Empiezo mañana".

"Entonces, yo diría que sin duda hay que celebrarlo", le dijo Kester.

"Así es", convino Angus. "¿Qué vas a hacer?"

"Voy a ser recepcionista plus en una clínica veterinaria". Se rió. "El plus es que ayudaré en las salas de reconocimiento, temporalmente, porque les falta un veterinario. Pero la parte de recepcionista es permanente. Es un puesto a jornada completa, con prestaciones, vacaciones y todo eso".

"El otro día encontré un asador muy bueno", dijo Kester. Sus ojos ámbar brillaron un instante. "No está exactamente cerca, pero cumple los requisitos como lugar para una cena de celebración. De recién llegado a recién llegado, ¿puedo invitarte a cenar? Nadie debería celebrar un nuevo trabajo solo".

Tamera vaciló, mordiéndose el labio inferior como hacía cuando se enfrentaba a la incertidumbre. Parecía muy simpático, pero ella no lo conocía y era una extraña en un lugar extraño.

Angus tomó la palabra. "Puedo responder por él. Su hermana se quedó con nosotros unas semanas hace un tiempo. Sigue cerca, instalada con su prometido en su casa, a un par de kilómetros".

Tamera se ruborizó un poco por haber sido tan transparente, pero Kester miraba al negro mayor, con el rostro marcado por unas líneas serias.

"Dio a tu posada una recomendación elogiosa. Me dijo que cuidaste de ella cuando tuvo problemas con aquel acosador. Si lo hubiera sabido, si me hubiera llamado..."

Al parecer, ya se había hablado del tema antes de que ella llegara. Angus se acomodó en su silla.

"No hay por qué preocuparse. Ahora todo está bien, eso es lo más importante, ¿no?"

"Sí, supongo". Kester no parecía muy convencido, pero pareció dejarlo a un lado, ladeando la cabeza para dedicarle a Tamera una sonrisa tan encantadora que era imposible que no fuera consciente de su efecto. "Entonces, ¿qué te parece? ¿Cenamos?"

"Gracias", le dijo ella. "Me gustaría".

"Estupendo", dijo Kester, poniéndose en pie. "¿Por qué no esperas aquí con Angus y yo subo a ponerme algo más apropiado que unos vaqueros? Sólo tardaré unos minutos".

Desapareció escaleras arriba, y Angus palmeó la silla que había a su lado.

"Ven a quitarte un peso de encima. Entonces, este nuevo trabajo. Dime, ¿es en la Clínica Veterinaria Country, a unos ocho o nueve kilómetros de aquí?"

Cuando ella asintió, él soltó una risita, con los ojos oscuros brillando divertidos.

"Aquí se acumulan las coincidencias. La hermana de Kester, Katerina, está prometida a uno de los veterinarios de allí, Troy Shelton. ¿Le conoces?"

"¡Es quien me ha contratado!" Se quedó mirando a Angus un largo minuto y luego se echó a reír. "¡Caramba! El mundo es un pañuelo, ¿verdad? Tenía un boceto de su collie en la pared, dijo que lo había dibujado su prometida. Estaba bien hecho, sencillamente encantador".

Angus mostró una sonrisa reluciente. "Solía hacer su arte arriba, en la habitación de la torreta que le gustaba". Señaló con la cabeza el otro extremo de la habitación. "¿Ves allí, junto a la chimenea? Ese dibujo de Tony y María lo hizo ella".

Se levantó, se acercó a examinarlo y se echó a reír, echando un vistazo a los modelos de la vida real, el Gran Pirineo despatarrado junto a la puerta principal, el pequeño atigrado hecho un ovillo bajo la barbilla. "¡Son exactamente ellos!"

"Antes era una especie de diseñadora de ropa elegante. Decidió que quería una vida más tranquila y empezó a dibujar animales. Ahora se está haciendo un nombre, dibujando las mascotas de la gente, animales de exposición y demás".

"¡Oh, espera!" Tamera volvió a cruzar la habitación y se detuvo junto a la silla de Angus. "Kester dijo que se llamaba Kazakis, así que... ¿Katerina Kazakis? ¿La diseñadora de moda?"

"Sí, es ella".

"¡Dios mío! Nunca pensé que conocería a una diseñadora de moda famosa de verdad". Sonrió. "Incluso uno jubilado".

Unos pasos en la escalera los alertaron, y Tamera se volvió para ver a Kester bajando corriendo el último peldaño. Iba vestido sencillamente con unos chinos color crema y una camisa verde caza que favorecía mucho su color.

Le brillaron los ojos. "¿Preparada?"

"¡Claro que sí!"

Despidiéndose de Angus, siguió a Kester hasta el aparcamiento situado detrás de la posada. Levantó las cejas cuando él la condujo hasta un Chevy Malibú último modelo de color azul medio. Él vio su sorpresa y sonrió.

"¿No es lo que esperabas?"

"Eh... no. Pensé que tal vez un camión, o un descapotable".

Kester se rió y se acercó para abrirle la puerta.

"¿Un coche de tíos?"

Se sonrojó levemente, sintiendo que el color le robaba las mejillas. "Pues sí. Perdona".

Cerró la puerta después de que ella se acomodara, y se acercó para deslizarse en el asiento del conductor. "No te preocupes. Vengo de una familia numerosa, así que era lógico tener un coche familiar, pero tampoco quería un todoterreno". Le dedicó una sonrisa mientras giraba la llave y empezaba a salir de la plaza de aparcamiento. "¿Qué coche conduces?"

Ella le devolvió la sonrisa y señaló el descapotable rojo brillante aparcado a unos cuantos espacios de distancia.

Mientras él se reía, ella volvió a acomodarse en su asiento. "Oye, me he mudado aquí desde

Houston. Conducir por las carreteras secundarias, con la capota bajada... es el material del que están hechos los sueños".

"Más bien una pesadilla, cuando te toque un montón de inviernos neoyorquinos", advirtió. "Se te congelará la nariz".

"Y sobre cualquier otra parte de mí", convino ella. "Ya me imaginaba que iba a tener que cambiarlo por algo más adecuado".

Hablaron de coches y del tiempo durante el trayecto hasta el restaurante. Se sentaron enseguida y los aperitivos estaban en la mesa antes de que se reanudara la conversación. Tamera mordió un champiñón relleno, inclinándose hacia delante con interés.

"Angus me ha dicho que una de tus hermanas es Katerina Kazakis, la diseñadora de moda".

"Antigua diseñadora de moda. Lo deja para dedicarse al arte. Sabía que no era feliz desde hacía mucho tiempo, pero no sabía qué le pasaba. He estado en la Costa Oeste, haciendo mi MBA. Supongo que la parte empresarial le estaba afectando, pero de todos modos, se lesionó hace unos meses y creo que eso le hizo replantearse sus prioridades. Además, entonces conoció a Troy".

"¡Ah, sí!" Volvió a sentarse cuando la camarera se detuvo junto a su mesa, trayendo platos de ensalada y una cesta de pan humeante. "¡Es mi nuevo jefe! Al menos, es quien me ha contratado. Trabajaré en su clínica veterinaria".

"Sólo vine de California hace una semana o así, así que acabo de conocerle, pero parece un tipo bastante decente".

"Parece muy orgulloso de ella", aventuró Tamera. "Cuando vi la foto de la collie en su pared y se lo mencioné, estaba prácticamente radiante. Me di cuenta de que está loco por ella".

Kester lanzó un gruñido fingido. "Más le vale, ya que está saliendo con mi hermanita".

Ella soltó una risita ante su expresión feroz. "Creo que es más que una cita, si están prometidos. ¿Han fijado una fecha?"

"No. Unos amigos suyos se van a casar pronto y están esperando a eso antes de poner en marcha las campanas de boda. El tipo es uno de los socios de Troy, Douglas, que se ocupa de la parte equina de la consulta. Aún no le conozco oficialmente".

Le pareció una forma extraña de decirlo, y se detuvo, con el tenedor con un poco de ensalada a medio camino de la boca. "¿Hay alguna forma no oficial de conocerlo?"

Atrapado en el acto de beber un trago de su jarra de cerveza, Kester se atragantó. Ella sonrió compasiva. "Lo siento".

"Bien". Tosió un poco, bebió otro trago, más cauteloso, y se aclaró la garganta. "Para responder a tu pregunta... no, la verdad es que no".

Parecía ansioso por cambiar de tema. "¿Tú también eres nuevo en la zona? ¿De dónde vienes?"

Dio un sorbo a su agua, con la boca repentinamente seca. "Soy de Houston. Lo perdí casi todo en Harvey hace unos años, y luego hubo el segundo huracán a principios de este año, y el lugar donde trabajaba desde que tenía diecisiete años cerró. Siempre había querido venir a la Costa Este... a algún lugar que tuviera más de una estación, ¿no?"

Él se rió apreciativamente, y ella le devolvió la sonrisa.

"Así que me pareció un buen momento. Si iba a tener que empezar de nuevo en algún sitio, pensé que sería mejor hacerlo aquí que allí".

"¿Vas a buscar tu propia casa, desde que conseguiste el trabajo?"

Frunció el ceño ante su ensalada, pinchándola con el tenedor. "He estado pensando en eso. Estoy a prueba durante treinta días, así que voy a esperar para estar segura, pero aun así, he

estado pensando..."

Esperó, sus ojos ámbar parecían emitir una especie de resplandor a la luz de la vela que tenían sobre la mesa. "¿En qué piensas?", preguntó.

"Bueno. Como es una zona rural, no hay apartamentos en los alrededores a cierta distancia. No quiero la responsabilidad de una casa, aunque pudiera permitirme alquilar una. Teniendo en cuenta el coste de un apartamento, y el desplazamiento desde cierta distancia, y los servicios públicos y demás, sinceramente estoy pensando que no voy a pagar mucho más si me quedo en el B&B, con una tarifa mensual. Además, me dan el desayuno, e incluso me prepararán un almuerzo para llevar al trabajo si quiero. Además, no tendré que ocuparme de los desplazamientos cuando haya nieve en el suelo. Así que tengo que admitir que la idea de alojarme en el B&B me atrae mucho".

Kester asintió pensativo. "Ya lo veo. Y también está cerca de la clínica. Pero no tienes cocina propia, ¿qué harás para cenar?"

"Yo también lo he pensado". Dirigió una mirada algo culpable al otro lado de la mesa. "De todas formas, no sé cocinar. Hay un microondas en mi habitación, así que estaba pensando que, tal vez quedándome allí con un acuerdo a largo plazo, Renee me dejará tener un estante en el congelador de la cocina para las comidas congeladas."

Kester dejó el tenedor y la miró fijamente. "¿No sabes cocinar?"

Ella se erizó a la defensiva. "No. ¿Puedes?"

Parecía vagamente ofendido. "Por favor. Todos los que llevan el apellido Kazakis pueden cocinar, independientemente de su sexo, edad o estatus socioeconómico".

Tamera le sonrió. "¿Eso es un absoluto?"

Levantó su cerveza y guiñó un ojo. "Claro que sí. A los cinco años me regalaron mi propio delantal por mi cumpleaños. YiaYia... eso es abuela en griego... estaba haciendo baklava. Me dio una cuchara de madera y me encargó que me asegurara de que la mantequilla se derretía sin dorarse, y luego que pusiera nueces en el molinillo y girara la manivela. Estaba condenadamente orgullosa de aquel molde de baklava. Estaba totalmente convencida de que lo había hecho yo misma... y se lo decía a todo el mundo".

Encantada con la historia, Tamera se inclinó hacia delante, con los brazos apoyados en la mesa y la barbilla ahuecada sobre las manos. "¿Así que eres griega?"

"Segunda generación. Mis abuelos vinieron en barco a Staten Island. Todavía cuentan historias del viaje, si les preguntas. O incluso si no lo haces", añadió riendo.

Se rió. "Me parece encantador".

En ese momento llegó la camarera, trayéndoles la comida. Tamera miró asombrada el plato que le pusieron delante.

"¡Vaya, es enorme! Creo que nunca he comido un filete tan grande, ni siquiera en Texas".

La camarera se rió, al igual que Kester. "Te dije que este lugar era digno de una celebración".

"Lo es". Cogió el tenedor y el cuchillo y, cortando un trozo, se lo metió en la boca. Cerró los ojos cuando el sabor explotó en su lengua. "Esto es increíble".

"Ni siquiera lleva aliño", le dijo la camarera con justificado orgullo. "Es el sabor puro de la carne. La chamuscan por ambos lados para sellar la humedad y el sabor, y luego la dejan cocer lentamente hasta que está en su punto".

Cuando la camarera se retiró, ambos comieron en silencio durante unos minutos. Su patata asada estaba humeante y untada en mantequilla, como a ella le gustaba, y suspiró de placer con el primer bocado.

"¡Esto es realmente una celebración!"

Kester asintió. "Te lo dije, ¿verdad?"

La conversación se calmó, mientras ambos se concentraban en sus cenas. Tamera miró a Kester por debajo de las pestañas mientras él cortaba su filete, consciente de un tirón de atracción. Se notaba, pensó, observando las finas líneas que se extendían desde sus ojos y la graciosa mueca de sus labios, que era alguien a quien la risa le llegaba con facilidad. No era un guapo clásico. Su rostro era alargado y delgado, y sólo escapaba a lo saturnino en virtud de sus ojos dorados y el arco de sus cejas. Aun así, con el resplandor de la luz de las velas iluminando su rostro y proyectando un brillo bruñido sobre su cabello dorado, era muy apuesto.

Volvió a mirar su plato, no quería que la pillaran mirando. Justo a tiempo, pues él levantó la vista con una sonrisa amistosa.

"¿Y tú? ¿Tu familia sigue en Houston?"

"Uhhh..." La pregunta la pilló desprevenida. Tragó saliva y miró su plato. "No tengo familia".

El rostro de Kester era un estudio de desconcierto.

"¿No tienes familia? Preguntó sin comprender, como si ella hubiera dicho algo que él no podía entender. "¿Ninguna? Quiero decir... ¿Abuelos? ¿Tías y tíos? ¿Primos?"

Se encogió un poco de hombros, incómoda con el tema. Rara vez se permitía pensar en ello. Ni siquiera sabía por qué se lo estaba contando.

"Me quedé huérfana cuando era sólo una niña. Nunca pudieron encontrar a otros familiares y nadie se presentó".

"¿Qué pasa con... Es decir, tuviste una familia de acogida que te crió, ¿verdad?"

"Hogares colectivos". Se encogió de hombros. "Al menos no era un orfanato como en Annie".

Al ver su expresión consternada, tuvo que reírse a su pesar. "Oye, no estuvo mal. No abusaron de mí, ni fui infeliz ni nada, y nunca supe nada más, de todas formas, como para echarlo de menos. Mis padres tenían algunos ahorros y un seguro de vida, así que no es que me dejaran en la indigencia. Había suficiente para pagarme la universidad, que es más de lo que pueden conseguir algunos chicos con familia".

Había sido suficiente para que aún dispusiera de un buen colchón de dinero que le permitiera llegar a la vejez, si lo administraba con cuidado, cosa que tenía toda la intención de hacer. Sin embargo, no iba a decírselo a ningún desconocido que se encontrara por casualidad, por muy simpático y encantador que fuera.

"Apenas puedo comprenderlo", admitió Kester. "Nuestras fiestas familiares... Pascua, Acción de Gracias, Navidad... se cuentan por docenas. Literalmente, docenas".

No pudo evitar sentir un poco de envidia. "Las vacaciones son las más duras... las de la gran familia como ésa. Pero... Soy joven, estoy sana, tengo estudios universitarios y...". Le señaló con el tenedor. "¡Tengo trabajo!"

Kester se echó a reír. "¡Cierto!"

Sonriéndole, se inclinó hacia delante en su asiento. "Pero te diré una cosa. Estas Navidades iré a una granja de árboles de Navidad y elegiré mi propio árbol. Aunque siga en el B&B y sólo sea uno pequeño para mi habitación. Nunca antes había tenido un árbol, nunca parecía tener sentido, ¿sabes? Pero ésta es mi nueva vida, y voy a empezar a crear mis propias tradiciones navideñas".



MALDITA SEA, le gustaba. Incluso cuando Kester le devolvió la sonrisa, se estremeció por dentro,

sintiéndose vagamente culpable. Había invitado a Tamera a cenar de improviso, con la idea de averiguar qué había en ella que le pareciera diferente. Mientras que su gata sólo había percibido que había Algo Más en ella, como humano, Kester podía ver el dolor que se ocultaba tras el comportamiento alegre. Sí, había secretos, sombras en aquellos profundos ojos azules, pero eran unos ojos encantadores que le recordaban a un lago cristalino, brillantes ahora de excitación, enmarcados en una piel clara con una pizca de encantadoras pecas en la nariz. El pelo le llegaba justo por debajo de los hombros, y una nube de rojo oscuro enmarcaba el suave óvalo de su rostro. De algún modo, parecía entrometido curiosar. También era elegante, y se movía con una gracia fluida que indicaba de nuevo que era una metamorfa de algún tipo. Pero no podía serlo; si lo fuera, él y Katerina, en sus formas felinas, lo habrían sabido al instante.

Se comunicó con su yo felino y sólo obtuvo un ronroneo y una impresión de agrado. Suspiró y consiguió no poner los ojos en blanco. ¡Su gato no era de ayuda! En cualquier caso, Tamera no era Rogue, así que iba a dejarlo estar y a disfrutar de su compañía. Lo cual no era nada difícil, reconoció, observando cómo ella daba otro bocado a su filete, tarareando de placer.

"¿Qué tipo de música te gusta?". preguntó.

Su bonita cara se iluminó.

"Casi cualquier cosa, siempre que no sea rap, metal o algo así. Mientras pueda cantarla, me gusta". Arrugó la nariz mientras meditaba sus palabras, y luego añadió: "Bueno, si no es demasiado deprimente. La música country no me va. ¿Y a ti?"

"Crecí con el rock clásico, pasando las tardes y los fines de semana en casa de YiaYia".

Lo miró fijamente, con el tenedor en el aire y un trozo de patata asada encima. "¿YiaYia? ¿Como... tu abuela?"

Kester asintió.

"¿Tu abuela escucha rock clásico?"

Su tono era dudoso, y Kester tuvo que reírse. "Recuerda que nuestros abuelos eran más jóvenes que nosotros ahora, cuando salió el rock clásico".

Parpadeó. "Vaya. Supongo que nunca lo había pensado así".

Kester le guiñó un ojo. "Por eso lo llaman clásico".

"Supongo". Tamera se rió y se comió el último trozo de patata, dejando el tenedor con un suspiro de satisfacción.

La camarera vino a recoger los platos. "¿Queréis postre?", preguntó.

Tamera parecía arrepentida. "Estoy uf", dijo sin gramática, y Kester se echó a reír.

"Mi YiaYia siempre dice: 'Estoy repleta', cuando está llena".

"¡Oh, me gusta! ¿Le importará que me lo preste?"

"En absoluto".

"Podrías pedir algo para llevar", sugirió la camarera con una sonrisa astuta. "Así podrías tomarlo más tarde esta noche".

Tamera vaciló. "Bueno..."

"Vamos", le instó Kester. Cogió el menú de postres de la camarera. "Tarta doble de chocolate", tentó. "Venga, vive peligrosamente. Estás de celebración, ¿recuerdas?"

"Vale, es verdad. De acuerdo", le dijo a la camarera, que parecía engreída.

"Si quieres, ¿puedo traerte el helado en un recipiente aparte?", se ofreció.

"No, con la tarta es suficiente. ¿Y tú?", preguntó a Kester.

"El pastel de manzana para mí", dijo, devolviéndome la carta de postres. "Y helado".

Cuando la camarera volvió con los postres en una bolsa para llevar, les trajo la cuenta en una fina carpeta negra. Kester sacó la tarjeta de crédito y la preparó, acallando la protesta de Tamera.

"De ninguna manera", dijo con firmeza. "Un nuevo trabajo, una nueva ciudad, un nuevo comienzo. Esta celebración corre de mi cuenta".

Se sonrojó, y el color apareció con facilidad en su piel de porcelana. "Gracias -tartamudeó.

"Ha sido un placer", respondió con sinceridad. Dudó un momento, como si no estuviera seguro. Se mordió las palabras impulsivamente cuando vio que la camarera volvía con su tarjeta. Firmó el recibo, dejando una generosa propina, y Tamera y él salieron juntos al aire fresco de la noche.

Mientras mantenía abierta la puerta del coche para Tamera, le puso la mano en el hombro. Ella se volvió hacia él, con expresión interrogante.

"No sé cuándo he disfrutado más de una velada", dijo con franqueza. "Sinceramente. Me gustaría volver a hacerlo pronto, si te apetece".

Disfrutó viendo cómo el color se apoderaba de sus mejillas, pero ella no dejó de mirarla. Dudó un instante, mordiéndose el labio inferior, mientras él aguardaba con esperanza.

"Me gustaría", admitió finalmente. "Yo... no estoy muy acostumbrada a tener citas".

Complacido de que ella hubiera aceptado, Kester sintió que la extraña ansiedad que sentía en el pecho se aflojaba, y le guiñó un ojo juguetonamente. "Tendremos que cambiar eso entonces, ¿no?".

CAPÍTULO 5



EL PRIMER DÍA de trabajo estaba yendo bien, pensó Tamera mientras introducía facturas en el ordenador. Había conocido a la otra recepcionista y a una serie de técnicos veterinarios y otros miembros del personal, y le habían enseñado la clínica. Aunque dudaba un poco de la parte "positiva" del trabajo, después de acompañar a una docena de perros y gatos (y a una cobaya) y a sus respectivos dueños a las distintas salas de exploración e instalarlos, se sentía mucho más segura de sí misma.

"Esta mañana no hay citas para más perros", le dijo Holly, la otra recepcionista. "Como el Dr. MacPherson está fuera de la ciudad -es decir, Suzanne, cuyo marido también es el Dr. MacPherson, así que le llamamos Doc Mac-, está cubriendo las tardes. Vendrá después de comer.

Holly era una rubia muy guapa, más o menos de la edad de Tamera, alta y voluptuosa, de ojos azules y expresión dulce. Tamera se dio cuenta de que le gustaba nada más verla.

"Aquí todo el mundo es estupendo", dice Holly entusiasmada. "Te encantará trabajar aquí. El Dr. MacPherson y Doc Mac son geniales. Douglas, que es el Dr. McCandliss, trabaja con caballos y ganado, así que la mayor parte del tiempo está en el establo o haciendo visitas a domicilio. Tiene dos hijos pequeños que son un encanto, y también se acaba de comprometer".

En ese momento, un gato aterrizó con un ruido sordo en la encimera frente a Tamera. Era Kitt, el más grande de los dos que había visto el día anterior. Estaba sentado, con las patas delanteras juntas y su larga cola enroscada, agitando suavemente la punta. La observó con sus grandes ojos dorados y las orejas erguidas hacia delante. Ella le devolvió la mirada.

"Es guapísimo", le dijo a Holly. "Le conocí ayer junto con la otra, su hermana, supongo. ¿Viven aquí en la clínica?"

"No, viven con el Dr. Shelton. Los trae con él de vez en cuando. Cuando están aquí, tienen todo bajo control. Cat es bastante reservada, pero Kitt es muy amistosa".

Como si fuera una prueba de ello, Kitt se levantó y bajó sinuosamente de la encimera, lanzándose con gracia sobre la pila de papeles en la que ella había estado trabajando. Tamera parpadeó al verlo y luego miró inquisitivamente a Holly, que se echó a reír.

"No eres de ayuda", acusó Tamera. "¿Cómo se supone que voy a terminar mi trabajo?"

Holly soltó una risita. "Intenta acariciarle, y quizá cuando se harte se levante y se mueva".

"No es ninguna dificultad". Hundió los dedos en el suave y sedoso pelaje de Kitt y suspiró de placer. "Estás guapísimo", le canturreó al gato, que estiró la barbilla para que se la rascara. Ella le obedeció, pero dijo por encima del hombro a Holly: "Espero que esto esté contemplado en la

descripción de mi trabajo".

Holly se echó a reír. "Bueno, al fin y al cabo uno de los socios es su dueño".

Kitt levantó la cabeza, con los ojos entrecerrados fijos en Holly, y siseó, con las orejas gachas.

Bárbara, que estaba ordenando un montón de carpetas, se detuvo para mirarle. "Juraría que esos gatos entienden inglés".

Tamera sonrió, acariciando el grueso collar del gato. "Probablemente se oponga a la redacción. Los gatos no tienen dueño, son dioses y los humanos existimos para cumplir sus órdenes".

Kitt soltó una risita en voz baja mientras ronroneaba, metiendo la cabeza bajo la mano de Tamera. El contacto le estaba dando una buena sensación de ella. *¿Qué te parece?* preguntó a su yo felino. Aunque Kitt no era exactamente una entidad separada con pensamientos claros, aún así podía obtener fuertes impresiones del gato.

Las impresiones de su gata, sin embargo, eran vagas. La sensación más fuerte que percibió de Tamera fue claramente... Algo. No era del todo humana, pero no sabía si era metamorfa o algún otro tipo de Otro. Eso no era de mucha ayuda, pues él y Katerina ya se habían puesto de acuerdo al respecto. Pero Cat también había tenido razón. Tamera daba la impresión de estar perdida, a la deriva y sola, y el deseo de consolarla, de interponerse entre ella y cualquier dificultad, aumentó bruscamente.

Sus deambulaciones se detuvieron cuando una mano se deslizó bajo su vientre, y se encontró levantado y trasladado al escritorio, lejos de los papeles sobre los que había estado tumbado. Se incorporó, indignado, y estornudó, con la cola azotada por la irritación.

Tamera le acarició la ancha cabeza a modo de muda disculpa, y se encogió de hombros impotente ante Bárbara. "Es la única forma de volver al trabajo".

Al igual que Holly, Barbara sólo se rió. "A veces tenemos que hacer lo que tenemos que hacer. Oh!"

Tamera la miró un poco alarmada. "¿Qué?"

"No mires ahora", le dijo Barbara. "Ahí vienen las jefas".

"¿Qué? Tamera levantó la vista, desconcertada, de la carpeta que sostenía. ¿"Jefas"?"

Holly sonrió con picardía. "Así es como llamamos a las prometidas del doctor Shelton y del doctor McCandliss... las Lady Bosses. Son muy divertidas".

La puerta del lado felino de la clínica se abrió y entraron tres personas, con la brisa que soplaba en un pequeño remolino de hojas de óxido y oro. Un hombre alto y de pelo castaño rodeaba con un brazo a una criatura de aspecto exótico, con ojos marrón chocolate y masas de pelo de ébano que le caían hasta la cintura. Junto a ellos, Tamera no tuvo dificultad en reconocer a la famosa diseñadora de moda Katerina Kazakis, de aspecto no menos exótico, con su rostro pixie enmarcado por una corta y rizada cabellera negra y grandes ojos dorados.

La más alta de las dos mujeres se soltó del brazo del hombre y se precipitó detrás del mostrador, y Tamera se encontró en un abrazo suave y perfumado, con las mejillas besadas por ambos lados. Un poco aturdida, se quedó paralizada cuando la mujer se retiró y le estrechó las manos con un cálido apretón.

"Me he enterado de que tenemos un nuevo miembro en la familia, y tenía que venir a darte la bienvenida. Soy Jacinth, y éste es Douglas... el Dr. McCandliss... y Katerina".

Otra mano, más pequeña, se extendió, y ella soltó una de las manos de Jacinto para estrecharla. Unos ojos de oro leonado, tan parecidos a los de Kester, la miraron.

"No te preocupes, te acostumbrarás a ella. Nos alegramos de tenerte a bordo. Soy Katerina.

Troy tenía cosas muy buenas que decir de ti, te llevarás bien aquí".

Una carcajada masculina le hizo echar un vistazo para ver al Dr. McCandliss observando a ambas mujeres con diversión. Su mirada se dirigió hacia ella.

"Te acostumbrarás a los dos. Soy el Dr. McCandliss, bienvenido a bordo".

"Entonces, ¿cuándo sales a comer?". intervino Jacinto, con los ojos oscuros brillantes. "Katerina y yo queremos invitarte a salir y que nos cuentes todo".

Tamera se quedó boquiabierta, con la boca abierta. Se recuperó, forzó la mandíbula y se aclaró la garganta.

"Um... ¿oír todo sobre qué?"

"Todo sobre ti, por supuesto", intervino Katerina. "De dónde vienes, y a qué te dedicas, y cómo has llegado hasta aquí, y cuál es tu película favorita, y las palomitas con o sin mantequilla".

Jacynth frunció el ceño hacia su amiga. "Eso no es una elección. Si no tiene mantequilla, no son palomitas".

"Umm..." Tamera miró a Bárbara, que observaba el intercambio con aire de tolerante diversión. "No estoy segura...".

Bárbara miró el reloj. "Estos dos probablemente te entretengan más de cuarenta y cinco minutos, que es lo que solemos tardar. ¿Qué te parece si Holly y yo nos vamos a comer a mediodía y tú vigilas el mostrador? Como no hay citas desde el mediodía hasta la una, sólo estarán los teléfonos, y podrás ocuparte de eso fácilmente. Luego puedes irte cuando volvamos, y no importará cuánto tiempo te retengan para comer".

Jacynth parecía inclinada a poner mala cara por este retraso en sus planes de asar a la recién llegada, pero Katerina deslizó el brazo entre los suyos y tiró de ella. "Vamos, podemos ir a mi casa y tú puedes vigilar a Luciérnaga y a Mariquita hasta que Tamera pueda bajar a comer".

Los dos salieron por la puerta mientras Tamera seguía de pie, aturdida. Su mirada atónita se dirigió al veterinario, que la observaba con una mezcla de humor y simpatía.

"Firefly es una yegua que rescatamos, y Ladybug es su potro. Sólo tiene un par de meses, mis hijos le pusieron su nombre".

"Qué tierno". Sintió un cálido resplandor al ver el evidente orgullo y cariño que sentía por sus hijos, al oír el afecto en su voz cuando hablaba de ellos. "¿Qué edad tienen? Los niños, quiero decir".

"Benny tiene seis años y Molly cuatro". Miró el reloj de la pared. "Perdona, tengo que ir a recoger algunas cosas para mi próxima cita. Sólo pasaba para traer a Jacinth. Y para conocerla también a usted, señorita Austen. Bienvenida a la clínica".

Ella tartamudeó un poco, sin saber muy bien qué decir, pero él agitó una mano despreocupada y se marchó. Como si acabara de atravesar un huracán y hubiera sobrevivido, Tamera se dejó caer en la silla más cercana.

Bárbara se rió, cogió una carpeta y la abanicó con ella. "Jacynth siempre es así. En realidad, Katerina es bastante callada, pero cuando las dos están juntas, todo se acaba".

En ese momento se abrió una de las puertas principales y un joven, con cara de acosado, asomó la cabeza.

"Tengo una cita, pero tengo una chinchilla. ¿Entro por la entrada de gatos o por la de perros?"

Holly se rió y le hizo señas para que entrara, y Tamera esperó a que el hombre se acomodara en la sala de espera antes de susurrar en voz baja: "¿Chinchilla?".

La recepcionista asintió, levantando la vista del papeleo que había estado ordenando. "El Dr.

Shelton también atiende aquí a mascotas exóticas, y el Dr. MacPherson atiende tanto a pájaros como a perros. Así se cubren sin problemas todas las eventualidades".

Cuando llegó el mediodía, Barbara se aseguró de que Tamera tuviera los números de móvil de ambas.

"Por si acaso", dijo Barbara con tranquilizadora seguridad. "Cerramos la clínica desde el mediodía hasta la una, con una sola persona detrás para atender los teléfonos. Lo hacemos por turnos. No tendrás problemas, pero puedes llamarnos si surge algún imprevisto".

"Cosa que no ocurrirá", añadió Holly. "En realidad, esta semana está bastante tranquila, nos organizamos para que la agenda fuera ligera, con Anna de baja por maternidad y la doctora MacPherson en la conferencia, y por supuesto, acabamos de perder a ese técnico veterinario, y no sabíamos que tendríamos a alguien contratado tan pronto".

Ambos parecían tan ansiosos por tranquilizarla, evidentemente preocupados de que se sintiera abrumada por quedarse sola durante una hora en su primer día de trabajo, que Tamera tuvo que reprimir una carcajada.

"Estaré bien", dijo ella, agitando el papelito con sus números. "Ve a disfrutar de la comida".

No era que la dejaran sola para contestar al teléfono lo que le causaba ansiedad, admitió mientras introducía obedientemente los números de teléfono de las dos mujeres en su móvil. Era su próxima comida con el dúo dinámico... tuvo que reírse del término, que le vino a la cabeza por sí solo.

No pudo evitar sentirse un poco aprensiva ante la perspectiva de comer con las dos mujeres. No era porque tuvieran relación con sus jefes, era la exuberante amabilidad con que la saludaron, su aparente intención de reunirla en el seno de la familia, por así decirlo, lo que la tenía recelosa.

Su intención había sido pasar desapercibida. Se había propuesto agachar la cabeza, hacer su trabajo y hacerlo bien, y mantener una distancia amistosa pero educada con todo el mundo. No podía arriesgarse a que se repitiera lo ocurrido en Alabama, acercarse tanto a alguien que sintiera la necesidad de confiarle algo. Aquello había sido desastroso.

Pero desde el momento en que entró en la clínica, las cosas no habían ido así, desde que la saludaron los gatos, pasando por el amistoso chismorreó de Bárbara, luego el encuentro con Kester en el B&B y la cena de anoche, por no hablar de Angus y Renee, ¡y ahora esto! ¿Cómo iba a poder mantener las distancias cuando todo el mundo era tan amable y acogedor?



"¿TE GUSTA EL ITALIANO?" preguntó Jacinth mientras la conducían a un alegre monovolumen azul. "Conocemos un sitio italiano estupendo no muy lejos de aquí."

"Me gusta la comida", le dijo Tamera escuetamente, y luego parpadeó cuando Jacinth y Katerina montaron una porra, chocándose los cinco.

"Vas a encajar de maravilla", dijo Katerina, acercándose a la puerta trasera del pasajero mientras las cerraduras chasqueaban, ya que Jacinth había pulsado los cierres de las puertas a distancia. "Siéntate delante, yo me tumbaré aquí detrás".

Tamera ahogó un gemido. No quería encajar. Quería hacer su trabajo e irse a casa. Eso era lo inteligente, lo seguro. Pero otra parte de ella estaba encantada, deseando ceder a las cálidas bienvenidas y a las amistades que le ofrecían.

"He oído que ayer conociste a mi hermano", decía Katerina desde el asiento trasero, mientras Jacinto ponía la marcha atrás y salía del aparcamiento.

Tamera se giró un poco en su asiento para mirar a Katerina detrás de ella. "Sí, se aloja en la

pensión donde yo me hospedo".

"¿A alguien más le parece extraño? preguntó Jacinth, saliendo con cuidado del camino de entrada a la carretera principal. "Quiero decir, coincidencia y todo eso, que te alojes en el mismo bed and breakfast que Kester, que es hermano de Katerina, que también se alojó en el bed and breakfast durante unas semanas y que está prometida con Troy, que es socio de la clínica donde te acaban de contratar".

Los grandes ojos dorados de Katerina miraron fijamente un largo instante a Jacinto, y luego se dirigieron a Tamera. "¿Has seguido todo eso?"

Tuvo que reírse. "Apenas. Pero entendí lo esencial. Admito que a mí también se me había pasado por la cabeza. ¿Quién lo hubiera pensado?"

"Hemos llegado", anunció Jacinth unos minutos después, entrando en un pequeño centro comercial. El restaurante italiano era diminuto, estaba metido entre otras tiendas y tenía los manteles de plástico a cuadros rojos y pequeños tarros con velas en las mesas. El aroma a pan recién horneado flotaba en el aire cuando abrieron la puerta, y Tamera respiró hondo.

"Oh, Dios".

Al parecer, fue la respuesta correcta, porque ambas mujeres le sonrieron.

"Lo sé, ¿verdad?" Jacinth la cogió de la mano y la arrastró hasta una mesita junto a la ventana. "De verdad quieres probar sus linguini".

"La minestrone", insistió Katerina. "Va muy bien con su pan".

Al final eligió la lasaña y un vaso de vino tinto por insistencia de Katerina.

"Una copa no te perjudicará en el trabajo, y Jacinth está conduciendo".

Era imposible no relajarse con aquella pareja, bajar la guardia y dejarse llevar. Sin embargo, dio un sorbo al vino con cuidado, no quería arriesgarse a perder el control y sufrir uno de esos extraños episodios que parecían ocurrirle.

Katerina se inclinó hacia delante, mojando una esquina de su rebanada de pan italiano caliente en el platito de aceite y hierbas. "¿Te han dado una de las habitaciones de la torre?"

Tamera untó abundante mantequilla en su propia rebanada de pan. "Lo he pensado". Dio un mordisco y puso los ojos en blanco. "Está delicioso. Pero... -continuó- quería una habitación con balcón. Está justo delante, en la esquina más cercana al bosque. La vista es fabulosa".

Katerina parecía un poco envidiosa. "Eso también habría estado bien. Pero me escondía de un acosador y no quería estar en el balcón ni que nadie pudiera verme dentro, así que conseguí una habitación con torreta en el tercer piso". Se rió. "Pero me encantaba estar allí arriba, era como ser una princesa en mi propia torre".

Tamera se detuvo, con el pan a medio camino de la boca. "¿Un acosador? Oh... no, espera. Kester y Angus mencionaron algo al respecto. Tu hermano no está contento de que no le llamas para avisarle. Tengo la impresión de que habría acudido al rescate".

Haciendo un pequeño gesto de dolor, Katerina levantó su copa de vino y bebió un sorbo. "En retrospectiva, con veinte años y todo eso. Estaba tan asustada y asustada, y tan concentrada en intentar mantenerme a salvo y a Troy a salvo, que no pedí ayuda cuando debería haberlo hecho. Kester no es el único. Mi abuela sigue indignada. Me van a echar la bronca cuando vuelva a casa por Acción de Gracias, te lo aseguro".

"Ya se ha acabado", le dijo Jacinth. "Tienes que encontrar la forma de dejarlo atrás".

Katerina jugueteó con los cubiertos de la mesa que tenía delante. "Lo sé. Aunque sigo teniendo recuerdos... pesadillas".

Tamera no pudo reprimir un escalofrío. Aún se despertaba por la noche sudando frío, con las sábanas enredadas a su alrededor, con vívidos recuerdos de estar atrapada, desgarrando las

paredes acolchadas de la celda, desesperada por salir.

Consciente de la mirada de las otras dos mujeres sobre ella, improvisó.

"Todavía tengo pesadillas con los huracanes", disimuló, aunque era bastante cierto. "Pusimos a salvo a todos los animales del refugio a tiempo, pero volvimos una y otra vez para ayudar a sacar de la zona a otros, los que se habían quedado tirados o habían sido rescatados de las aguas de las inundaciones. No participamos en los rescates propiamente dichos, no estábamos equipados para ello, pero cogimos a los animales rescatados y los sacamos de allí. Aun así... fue aterrador, con los vientos huracanados, y la lluvia, y... bueno, todo".

Katerina se inclinó hacia delante, con los ojos brillantes de interés. "Así es, trabajabas en un refugio de rescate".

"Mmmhmm. Un rescate de gatos. Empecé como voluntaria allí para cumplir mis requisitos de servicio comunitario cuando estaba en el instituto. Luego, cuando me gradué, me contrataron. Fue genial, porque estaban dispuestos a adaptarse a mi horario de clases mientras estaba en la universidad."

"¿Pero te quedaste, incluso después de graduarte?" preguntó Jacinth, justo cuando Katerina preguntó: "¿En qué te especializaste?".

Las dos se miraron y se rieron. Tamera sonrió. ¡Aquellas mujeres eran tan divertidas! Nunca había conocido a nadie como ellas.

"Sí, me quedé después", respondió. "Me especialicé en arte, pero no es que hubiera gente abalanzándose a mi puerta para que fuera a trabajar para ellos. Además, me encantaba trabajar en el refugio. Se me dan muy bien los gatos, de hecho, por eso me contrataron. Nos llegaban muchos ferales y medio salvajes, abandonados y esas cosas. Asustados. Muchas veces me respondían cuando no lo hacían con nadie más. Trabajaba con ellos y los socializaba para que pudieran ser adoptados. Me hacía sentir... bueno... como si estuviera haciendo algo bueno, ¿sabes?".

Katerina y Jacinth intercambiaron una mirada larga e ininterpretable. Tamera estaba a punto de preguntarles qué pensaban, cuando llegó la camarera portando una gran bandeja de la que salían humeantes dos platos y un plato de sopa.

Cuando empezaron a comer e intercambiaron comentarios sobre la comida, ya había pasado el momento de preguntarles por aquella extraña mirada. Jacinth empezó a contarles algunas de las travesuras de Benny y Molly.

"Serán mis hijastros", explicó Jacinth. "Douglas se divorció y tenía la custodia completa, y necesitaba una niñera. Acepté quedarme hasta que encontrara a alguien permanente, pero entonces... bueno". Guiñó un ojo alegremente. "Las cosas salieron de otra manera. Ahora no puedo imaginarme mi vida sin Douglas y los niños. ¡Y Benny es tan listo! Ya lee a nivel de sexto curso, aunque acaba de empezar primero".

Jacinth resplandecía de claro orgullo ante los logros de Benny.

"¿Arthur sigue dándole clases?" preguntó Katerina, claramente ya familiarizada con el tema. Jacinto asintió.

"Sí, viene dos veces por semana, a veces tres. No queremos que Benny se agote. Progresará rápidamente, pero no le marcamos el ritmo, sólo le damos la oportunidad. Es más importante que esté bien adaptado y sea feliz".

A veces Jacinth tenía una sintaxis extraña (¿un giro?) en sus palabras, como si el inglés fuera su segunda lengua. Con cautela, sin querer ofender pero con curiosidad, Tamera preguntó: "¿Eres originaria de EE.UU.?"

Jacinto no pareció encontrar inusual la pregunta. "No, soy de Persia". Sus ojos adquirieron un

brillo travieso. "Pero fue hace mucho tiempo".

Como no parecía mayor que Tamera, tuvo que preguntarse qué era eso de "mucho tiempo". Abrió la boca para preguntar, pero sorprendió a las dos Jefas intercambiando una mirada que contenía algún tipo de comunicación silenciosa. De acuerdo. Quizá tuviera que esperar. Estaba claro que había una historia, y Jacinth la contaría cuando estuviera preparada.

La camarera trajo la cuenta y Tamera cogió el bolso, que había colgado del respaldo de la silla.

"¡No, no!" Jacinto la apartó con un gesto. "Nosotros nos encargamos. La primera comida de tu primer día corre de nuestra cuenta".

Parecía ser un tema recurrente, por lo que reprimió su diversión. Mirando entre los dos, pudo ver la misma determinación en sus mandíbulas. No, ésta no la iba a ganar, como tampoco la cena de anoche con Kester. Al menos podía aceptarlo amablemente.

"Gracias", les dijo, con toda sinceridad. "Esto ha sido maravilloso. Me siento muy bien acogida".

Ambos le sonrieron y ella les devolvió la sonrisa. Tal vez... sólo tal vez había encontrado un lugar al que pertenecía, después de todo.

CAPÍTULO 6



TRAS EL CIERRE nocturno de la clínica, se celebró una reunión improvisada en la vieja granja de Troy, a pocos kilómetros de la clínica. Douglas y Jacinth se acomodaron uno al lado del otro en el cómodo sofá del salón, mientras Troy se sentaba en su sillón reclinable de gran tamaño y Katerina se acurrucaba en su regazo. El tema de conversación era la nueva recepcionista de la clínica.

"Algo Otro, sin duda", les dijo Jacinto.

Katerina asintió con la cabeza. "Tiene ojos de cambiaformas. No sé por qué no me di cuenta ayer. Fue Kester quien lo mencionó, la conoció ayer en el B&B".

"¿Así que es una de vosotros?" preguntó Troy.

Frotándose la nariz pensativamente, Katerina vaciló. "Bueno, eso no es del todo seguro. Es más difícil saberlo en forma humana, claro, pero... no me *parece* una metamorfa. Pero tampoco es del todo humana".

"Intenté espiar". Ante la mirada reprobatoria de Douglas, Jacinth levantó el dedo y el pulgar separándolos un poco. "Sólo un poquito, te lo prometo. Es más que humana, pero tiene un escudo mental bastante fuerte. No sé si es intencionado o algún tipo de mecanismo defensivo".

"Se sentía incómoda con nosotros". Katerina miró a Jacinto como si quisiera corroborarlo, y el Djinn asintió. "No es que fuera antipática, sino más bien que no sabía cómo respondernos".

"No es del todo sorprendente", señaló Douglas. "Los dos juntos sois bastante abrumadores".

Jacinth abrió los ojos, tratando de parecer dolida, pero Katerina se rió, levantando los pies a su lado mientras se inclinaba hacia Troy. "Ninguno de los dos percibimos nada malo en ella... nada raro. Desde luego, nada parecido a Beatrice".

Troy la abrazó con fuerza al mencionar al leopardo cambiante que había intentado matarlos unas semanas antes, y Katerina se acurrucó contra él antes de continuar.

"Sea lo que sea, no nos reconoce como Otros".

Jacinto asintió. "Creo que intenta que nadie se acerque, por miedo a que la descubran".

Katerina se puso sobria y se sentó un poco más erguida, tanto como pudo mientras estaba en el regazo de Troy. "Es un temor válido", convino, mirando de Troy a Douglas. "Aunque algunas personas como vosotros dos pueden aceptarnos, el peso del mundo estaría en nuestra contra si se supiera que existimos. Nos perseguirían... nos capturarían, nos estudiarían. Nos despojarían de cualquier derecho incluso a un trato humano, ya que los que nos estudiaran no nos considerarían humanos".

"Podríamos hacerle saber lo que somos", sugirió Jacinth. "Hacerle saber que sabemos que

ella también es Otra y que está a salvo con nosotros".

Fue Troya quien se opuso. "Pero no sabes qué clase de Otro es. ¿Y si es algo... no sé... algo que preferiríamos no saber".

Jacinth le sonrió. A pesar de las insinuaciones de ambos hombres, ella y Katerina se habían negado rotundamente a reconocer o refutar la existencia de cosas como los hombres lobo, los yetis y los vampiros, y la pregunta estaba volviendo locos a los chicos.

"Dudo que sea nada peligrosa". Katerina miró a su prometido con una mirada seria en sus grandes ojos dorados. "Nosotros lo sabríamos, Troy".

Le acarició el pelo corto y rizado con una mano grande, sin que su propia expresión ocultara su ansiedad. "No sabías lo de Beatrice".

"Porque no buscábamos", se defendió Jacinth. "No teníamos ni idea de que era Otra, así que no teníamos motivos para buscar más. Puede que eche un vistazo de vez en cuando, pero no tengo por costumbre invadir los pensamientos privados de la gente".

Katerina estuvo de acuerdo. "Que podamos, no significa que lo hagamos. Y, por supuesto, los metamorfos no tenemos la capacidad de leer la mente de los djinn, lo que hacemos es más bien percibir a la gente. Y yo no percibo nada peligroso en Tamera, ni siquiera cuando estaba en mi forma gatuna. De hecho, tanto a Cat como a mí -y también a Kester- *nos cae bien*. Y nunca me gustó Beatrice, de entrada. No sabía que era una metamorfa, ni una pícara, ni nada, simplemente no me gustaba, no me fiaba de ella. Y ése no es el caso de Tamera. Creo que le han hecho daño y se esconde, se protege".

Jacinth asintió con vehemencia, con su pesada coleta rebotando detrás de ella. "Eso es lo que tengo yo también. Y poco más, en realidad. Está herida y sola, escondiéndose y curándose en lo que probablemente percibe como un mundo hostil. No se siente segura, y lo necesita. Sentirse segura, quiero decir. Eso es lo que podemos darle".

"Dijiste que le había contado a Kester que se quedó huérfana muy joven y que nunca se encontró a ningún pariente", dijo Troy lentamente. "¿Es posible que no sepa que es Otra?".

Las dos mujeres se quedaron mirándole totalmente sorprendidas.

"No", negó Katerina moviendo la cabeza. "Es imposible que no lo sepa, y menos una metamorfa. Tendría impulsos... Verás, *tenemos* que cambiar, tenemos que dejar salir a nuestro animal, al menos a veces. Forma parte de nuestra naturaleza, no podemos negarlo. Si es una metamorfa, es imposible que no lo sepa, no a su edad. Se habría transformado lo quisiera o no".

Jacinth frunció los labios en una mueca pensativa. "Hubo una vez, hace mucho tiempo, un caso de una joven que no sabía que era Djinn. Remi me habló de ella".

Douglas enarcó una ceja. "¿El joven Djinn que aparece en el siglo XIV?"

"Siglo XVI", corrigió distraídamente. Continuó, ignorando el sonido ahogado de Troya. "Remi me habló de ella. Era medio djinn; su madre humana había muerto en un incendio, pero su padre, un djinn, pensó que la niña también había muerto, así que creció creyéndose humana. Cuando llegó a la edad adulta, sus poderes de Djinn empezaron a manifestarse, pero como nadie conocía la sangre de Djinn, nadie se dio cuenta de lo que ocurría."

Douglas se frotó la frente como si le doliera. "¿Así que nuestra nueva recepcionista podría ser un Djinn prometedor? ¿Posiblemente con poderes fuera de control que van a manifestarse?".

Jacinto se rió, le dio una palmada en la rodilla y sus ojos chocolate centellearon alegremente. "No, no es Djinn. Yo lo sabría, seguro".

"Y como la gatita guapa dice que Tamera no es metamorfa", Troy alborotó el pelo de Katerina mientras ella le sonreía, "¿Y eso qué nos deja?".

"No he dicho que no lo estuviera", objetó Katerina. "Sólo que no estoy segura de si lo es o

no".

Jacynth se encogió de hombros, pero le bailaron los ojos. "Bueno, sabemos que no es un vampiro", señaló con aire servicial.

Troy emitió un gemido y Douglas se cubrió la cara con una mano.

"Las mujeres me vais a matar", se quejó Troy.

Risueña, Katerina se giró en sus brazos, inclinándose para besarle.

"No te preocupes, nos tienes a nosotros para protegerte".

Troy enarcó una ceja. "Por lo que recuerdo, fue ese príncipe Djinn, Kieran, quien nos salvó".

Jacynth resopló, con cara de indignación. "¿Quién fue el que llamó a Kieran?"

"Retomando la conversación", intervino Douglas, levantando la mano para llamar su atención. "En este momento, no tenemos ni idea de *lo que* es Tamera. Aunque no me opongo, por principio, a que una Otra trabaje en la clínica, es una completa desconocida. Después de lo de Beatrice, no puedo evitar sentirme receloso".

Al instante, Jacynth puso su mano sobre la de él. "Es comprensible. Y ninguno de nosotros quiere que se repita, créeme. Si pensara por un instante que Tamera es peligrosa, no dudaría en decirlo. Pero no es así. Y tanto Katerina como Kester se han encontrado con ella en sus formas felinas, y tampoco perciben ningún peligro. Creo que está bien, aunque no sepamos exactamente a qué nos enfrentamos".

"Al fin y al cabo", añadió Katerina, dándole la razón a su amiga. "Alguien totalmente humano puede ser un psicópata o un criminal. De hecho, a pesar de Beatrice, es menos probable que un Otro sea una de esas cosas, porque los Otros vigilamos a los nuestros".

"Concedido", permitió Troy. "Seguro que no vi que Beatrice se librara por un tecnicismo o una defensa por locura. Dicho esto, ¿qué deberíamos hacer? ¿Cuál es el plan?"

"Me gusta Tamera". Katerina miró a su alrededor y sus ojos se cruzaron con los de cada uno de ellos. "A todos nos gusta. Siendo así, creo que deberíamos dejar de darle tantas vueltas y tratarla simplemente como lo que es... la nueva recepcionista".

"Y amigo", añadió Jacinto, asintiendo con la cabeza.

"Puedo vivir con eso", dijo Troy, apartando a Katerina a un lado mientras se levantaba, estirándose. "¿Quién quiere café?"

CAPÍTULO 7



TAMERA CASI SE cae por la puerta de su habitación cuando se abrió. Con verdadera gratitud por haber llegado hasta aquí, dejó caer el bolso al suelo y se tambaleó por el suelo hasta caer de lado sobre la cama. Tumbada, cerró los ojos y disfrutó del bendito silencio.

Podía apreciar mucho mejor el "plus" de recepcionista plus. En general, su primer día había ido muy bien... hasta las dos últimas horas, cuando se había desatado el infierno. Parecía una emergencia tras otra. La peor había sido una madre que se apresuró a llegar quince minutos antes de cerrar con una camada entera de gatitos enfermos en un transportín, acompañada por no menos de tres niños angustiados.

"Esperan hasta el final del día", le dijo Barbara con divertida resignación. "Observan, y debaten, y no pueden decidir si deben traer a su mascota, hasta justo antes de que cerremos, cuando de repente se dan cuenta de que no puede esperar hasta mañana, y entonces se apresuran a venir".

Ahora también apreciaba mucho más a los técnicos veterinarios. Había hecho lo que había podido para quitarles parte de la carga a Tom y Pamela, los dos técnicos que llevaban mucho tiempo trabajando en la clínica, pero ella no podía sacar sangre, ni poner inyecciones, ni la miriada de detalles de los que ellos se ocupaban.

Tom también la había llevado aparte y, con gran regocijo, le dio cumplida cuenta de la dramática salida de la última, la técnica sin luto, la mujer al parecer universalmente despreciada.

"Una devoradora de hombres", había dicho Tom. "Primero se fijó en Douglas, pero él nunca tuvo ojos para nadie más que para esa bonita niñera suya desde el principio. Así que empezó a husmear tras Troy. No es que él se diera cuenta, pero me divertía verla intentar acercarse a él". Resopló. "El hombre no tenía ni idea. Te juro que no sé qué le pasa a tu generación, cuando un joven no se da cuenta de que una mujer se le echa encima".

Al recordar aquella conversación, se echó a reír. El hombre mayor le caía bien y le resultaba divertido. Tenía un gran carácter, divertido y cascarrabias al mismo tiempo. De hecho, le caían bien todas las personas que había conocido hoy en la clínica, ¿y qué raro era eso? Siempre había al menos una persona antipática, o infeliz, o en general deprimente, así era la realidad.

Un enorme bostezo la distrajo de sus pensamientos y, mirando el ventilador del techo, Tamera deseó que se le hubiera ocurrido encenderlo al entrar. Pero era imposible que volviera a moverse. Se quedaría tumbada durante una o tres horas. Eso funcionaba perfectamente. Bueno, podía quitarse los zapatos. Se los quitó y suspiró de placer, moviendo los pies. Ah, sí.

Entonces. Ése fue su primer día de trabajo. En todo este asunto del traslado, la gran incógnita

que se había planteado era si encontraría un trabajo que le gustara. Ahora el interrogante había desaparecido. Le gustaba la clínica... le gustaba su aspecto y su ambiente, el trabajo en sí, sus compañeros. Incluso la loca amabilidad de las Jefas.

Esto era realmente, entonces. El comienzo de su nueva vida. Un trabajo que le gustaba, un lugar donde quedarse todo el tiempo que quisiera, unos ingresos estables... incluso amigos, los quisiera o no. Tuvo que reírse, al recordar la comida con Jacinth y Katerina. Y Kester quería volver a verla... de verdad, en una cita.

Estaba en camino. Tenía las tardes libres y al menos dos fines de semana completos al mes. Trabajar en el refugio de salvamento era prácticamente un trabajo de guardia las veinticuatro horas del día, así que tendría mucho más tiempo libre del que estaba acostumbrada. Se retorció sobre el vientre y apoyó la barbilla en las manos. Tendría tiempo para pintar. Le encantaba pintar casas antiguas rodeadas de frondosos árboles y jardines. Por eso se había detenido en Alabama, aunque aquello había resultado ser un desastre.

Pero aquí, en el norte del estado de Nueva York, aunque la arquitectura era diferente, tenía el mismo atractivo para ella. De hecho, pensó, esta posada sería un tema maravilloso, con sus elegantes curvas y sus adornos de pan de jengibre blanco, las columnas, las barandillas y las torrecillas, todo ello sobre una aterciopelada alfombra de hierba y rodeado de imponentes robles y arces. Sería hermoso pintado en estilo impresionista, pero también podría ser mejor una acuarela de bordes suaves. Suspiró feliz al darse cuenta de que podía intentarlo de las dos maneras. O como ella quisiera.

Decidió que este fin de semana buscaría una tienda de arte y se aprovisionaría. Ya había tenido muchos materiales de arte, pero se habían ahogado en Harvey y nunca los había repuesto. Menos mal, porque los habría vuelto a perder en el segundo huracán. Además, no eran de tan buena calidad como le hubiera gustado. Los refugios de animales no podían permitirse pagar mucho, y su salario aquí era el doble que en Houston. Podía invertir en un inventario básico para empezar. Blocs de dibujo y lápices, un caballete, carboncillo, acrílicos y acuarelas. Pinceles, limpiador. Lápices de acuarela. Gomas de borrar.

Tamera hizo una mueca de dolor cuando empezó a acumularse la lista de lo que necesitaría para empezar. De acuerdo, se quedaría con lo más básico para empezar. Al principio sólo necesitaría blocs de dibujo, lápices y acuarelas. De todos modos, hacía tiempo que no tenía tiempo para el arte, así que le llevaría algún tiempo refrescar sus habilidades. Cuando llegara su primer sueldo completo, tendría una idea más clara de lo que quería hacer: acuarela o acrílico, o tal vez incluso óleo.

También necesitaba más ropa, pues la mayoría de la suya también se había ahogado en Houston. El asiento trasero de su coche estaba lleno de jaulas de animales infelices y aterrorizados, así que cuando evacuó sólo tenía el maletero para sus efectos personales. Además, aquí tenían a *Winter*. Sonrió al poner la palabra en mayúsculas incluso en sus pensamientos. Tendría que pedir sugerencias a sus compañeros de trabajo sobre lo que debería comprar y dónde. También neumáticos de nieve para el coche. Quizá incluso cadenas. Sin duda tendría que preguntar por ahí.

Olvidando su cansancio, Tamera se puso en pie de un salto. Aún era temprano y la tienda de materiales de arte del centro comercial estaría abierta. Podría comprar algunas cosas y sentarse en el balcón a dibujar. No se le ocurría una forma más agradable de pasar la tarde. Excepto, pensó con una sonrisa privada, pasarla con Kester, como había hecho la noche anterior. No cabía duda de que era muy buena compañía y se sentía muy atraída por él.

Lástima que no hubiera muchos hombres en el mercado para una loca. Por muy amable que

fuera todo el mundo aquí, iba a tener que andarse con cuidado. Estar en guardia y mantenerse alejada de la gente no era la forma en que quería vivir su vida, pero tampoco lo era una celda acolchada. No pudo evitar suspirar un poco al pensarlo.

Pero... estaba empezando de nuevo, con una nueva vida, un nuevo trabajo, nuevos amigos. Tal vez... sólo tal vez... lo que fuera que estuviera pasando en su interior se había detenido. No había tenido ningún episodio desde que había abandonado Alabama en una nube de polvo. Metafóricamente hablando.

Animada por la idea, se puso los zapatos, cogió el bolso del suelo y salió de compras.

CAPÍTULO 8



DOS HORAS MÁS TARDE, volvió a entrar en su habitación, jadeando un poco por arrastrar todas las maletas desde el coche y subir las escaleras. No había nadie en la recepción para ofrecerle ayuda. Aceptar tal ofrecimiento era una cosa, pero de ninguna manera iba a llamar para pedir ayuda cuando estaba perfectamente sana y era capaz de levantar pesadas bolsas. El caballete iba a requerir un segundo viaje, así que, en lugar de hacer tres, había reunido todo lo demás para llevárselo de una vez. Sí, debe de ser parte de esa locura, pensó mientras lo dejaba todo amontonado justo dentro de la puerta. Un tercer viaje no habría sido el fin del mundo, pero no, tenía que ser Hércules. O al menos Xena.

De todos modos, hizo un tercer viaje al piso de abajo, porque después de subir el caballete a su habitación y de encontrar sitios donde guardar todas sus compras, se moría de sed. Así que bajó de nuevo al salón, donde había bebidas disponibles a todas horas. Decidió que un buen vaso de limonada de fresa de Renee sería perfecto. Podría sentarse en el balcón con su limonada, un bloc de dibujo y un lápiz, y disfrutar de la noche.

Junto con el café, el té y la limonada, la mesa del bufé también ofrecía una bandeja de galletas de chocolate recién horneadas. Sintiéndose ligeramente culpable, aunque no estaba segura de por qué, porque las habían puesto sólo para los huéspedes de la posada, puso un par de las galletas en una servilleta y luego volvió a subir.

El vaporoso y caluroso día de verano indio había dado paso a una tarde cálida y despejada, así que se puso sus vaqueros favoritos, desteñidos y desgastados pero cómodos, con uno de sus nuevos tops de algodón. Descalza, con una limonada y galletas en la mano y el bloc de dibujo bajo el brazo, salió al balcón. Era de estilo envolvente, formando un semicírculo alrededor de la esquina delantera curvada de la casa. La habitación contigua a la suya también daba al balcón, y sólo una barandilla las separaba. No había oído ni pío de aquella habitación, tal vez estuviera desocupada. Dejó la limonada y las galletas en la mesa, junto a la bonita mecedora de madera blanca, y se acomodó en los suaves cojines con motivos florales.

Así era la vida, decidió Tamera, recostándose en la mecedora y apoyando los pies en un pequeño mueble acolchado que, a su parecer, hacía las veces de reposapiés o pequeño asiento. Cerró los ojos y dejó que la paz del campo la invadiera. Había crecido en Houston; la gran ciudad era todo lo que había conocido, pero ahora no podía imaginarse la vida en la ciudad cuando podía tener esto en su lugar.

"¿Te vendría bien un poco de compañía?"

La familiar voz masculina le hizo abrir los ojos para ver a Kester de pie a unos metros, al otro

lado de la barandilla del balcón. Aunque vestía un traje blanco con camisa oscura, la corbata blanca estaba aflojada y colgaba suelta. Sus labios se crisparon y él levantó las manos en señal de rendición.

"Lo sé, lo sé. Fiebre del sábado noche. Mi hermana ya me ha echado la bronca. Mañana me arrastrarán a comprar un traje nuevo".

Indicó el planeador, que era lo bastante amplio para dos o tres. "¿Me permites?"

"¡Oh! ¡Claro!" Se enderezó y bajó los pies del escabel. "Tengo que venir a dejarte entrar por mi habitación".

"No, yo me encargo".

Con un movimiento suave, puso una mano encima de la barandilla y saltó por encima.

"Bonito", comentó ella con aprobación.

Kester sonrió y se dejó caer en el planeador junto a ella, y puso los pies en el otro reposapiés. Suspiró con aparente alivio.

"Odio los cócteles. Katerina tenía una invitación para una de esas fiestas de alto copete a las que tiene que asistir. Como Troy tenía el turno de tarde en la clínica, me convenció para que fuera en su lugar".

Hizo una mueca de compasión. "He estado en unos cuantos. A recaudar fondos para el refugio. Dios me libre de los cócteles".

Sus labios se curvaron con humor. "Valió la pena. Ahora me lo debe".

Tamera se echó a reír. "¡Eso suena siniestro!"

Se dio cuenta de que él miraba sus galletas de chocolate y sonrió. "Adelante, sírvete".

"Sólo hay dos", objetó.

Le dio uno y se guardó el otro, que mordió.

"Mmmm", tarareó de placer. "No pasa nada. Estos son de Renee, hay toda una fuente de ellos abajo".

"Bueno, si lo pones así". Kester aceptó la galleta. "Sí, están buenas. Renee sí que sabe hornear".

"Hacen un buen equipo, Angus a cargo de la posada y Renee a cargo de la cocina".

"Y Tony y María a cargo de la seguridad", dijo Kester, riéndose.

Tamera se atragantó con el último bocado de galleta, pero consiguió tragárselo y soltó una risita. "Son increíbles. Sabes, las he visto por ahí tiradas en distintos sitios, pero nunca las había visto moverse de verdad".

"Tony golpea la cola de vez en cuando", reflexionó Kester. "Y María una vez levantó la cabeza y me miró".

"¿De verdad? Nunca ha hecho eso cuando estoy yo. Aunque ronronea como una motora cuando la acaricio, es la única señal de vida que ha dado. La mayor parte del tiempo parece que se hace pasar por animales de peluche".

Dio un sorbo a su limonada, tragándose lo que quedaba de galleta. Dejó el vaso en el suelo y ladeó la cabeza, mirando a Kester. "¿Qué es lo que haces? ¿De verdad has venido desde California por tu hermana?"

"Hermanas", corrigió. "Mi otra hermana, Melanthe, también vive cerca. Son gemelas, por cierto... Katerina y Melanthe. Esa acosadora, Beatrice, iba tras las dos. Debería haber estado aquí. Es decir, deberían haberme llamado, sí, pero debería haber estado aquí de todos modos, vigilando a mis hermanas. Había estado dando vueltas por California después de conseguir mi MBA. Soltándome, ¿sabes? Pero cuando todo esto llegó aquí, fue como una llamada de atención. No era sólo que me hubieran necesitado. Les echaba de menos, a mi familia, y me di cuenta de

que necesitaba poner orden en mi vida y hacer algo con ella. Y tampoco al otro lado del continente".

Frunció el ceño mientras escuchaba. "¿No estabas trabajando?"

"Ah, sí. Incluso antes de licenciarme había sido gerente en un restaurante junto a la playa. No era exigente, y tenía mucho tiempo para hacer surf y pasar tiempo al sol en la playa".

Bueno, eso explicaba su bronceado y su pelo marcado por el sol.

"¿Fue duro dejar todo eso?" preguntó con curiosidad.

Kester se encogió de hombros. "No. En realidad no era una vida, ¿sabes? Más bien unas vacaciones de trabajo. No era eso lo que quería hacer con mi vida. Sólo necesitaba una patada en el culo para empezar".

"Tener un acosador detrás de tus hermanas hará eso. ¿Has encontrado trabajo?"

"Sí, enseguida". Sonrió. "Ese MBA me vino muy bien. Soy director de oficina en un bufete de abogados que despegó un poco más rápido de lo que esperaban los dos socios originales. Ahora hay tres, cada uno con su... y su... propia secretaria, ayudante y contable, y nadie que organice el caos y ponga fin a las luchas de poder."

"Ah, una buscapleitos". Le sonrió.

Kester le devolvió la sonrisa. "Sí. Es un verdadero desastre. Lo más difícil son todos los contables. Las secretarias y asistentes están bien, pero ¿tres contables? He convencido a una para que se traslade a recepción. De todas formas, sólo trabajaba a tiempo parcial. Le ofrecí trabajar a tiempo completo en recepción y eso la satisfizo. Las otras dos son la causa de las canas que me saldrán dentro de poco".

Tamera se rió apreciativamente. "¿Ya, en tan poco tiempo?"

"Sí, pero creo que se me ha ocurrido una solución. Quiero formar a una de las contables como subdirectora, y que me sustituya con el tiempo. Aunque primero tengo que consultarlo con los socios. Es posible que incorporen a un cuarto socio... éste sin secretaria y demás, lo que igualará el flujo de trabajo. Además, queremos que la oficina esté ordenada y funcione bien antes de traer a un nuevo socio".

"Ya lo veo", asintió ella. "¿Pero acabas de llegar y ya estás planeando irte?"

Kester volvió a sentarse contra los cojines, empujando el planeador lentamente hacia delante y hacia atrás. "Estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado para conseguir este trabajo. Me servirá para empezar aquí, pero eso no es lo que quiero hacer con mi vida. Le doy seis meses... no más de un año".

"¿Qué es lo que quieres hacer?" preguntó Tamera con curiosidad. Mucha gente no sabía realmente qué quería hacer con su vida. Como ella, aceptaban lo que les venía.

Parecía pensativo.

"¿Katerina y Jacinth te llevaron a comer a ese pequeño restaurante italiano?". Cuando ella asintió, él continuó. "Quiero abrir un pequeño restaurante, parecido a ése, pero griego. Y más como una charcutería... los clientes vendrán al mostrador a pedir, y luego les llevarán la comida a la mesa cuando esté lista. Podríamos poner a la venta algunos de los bocetos de Katerina en las paredes. Melanthe, mi otra hermana, ya se ha ofrecido a ayudar en la cocina y en el mostrador. Para entonces sus hijas... tiene gemelas... tendrán un año, y podrá traerlas y tenerlas allí con ella. Algunos de nuestros primos de Maine también están interesados. Una de ellas está en el instituto y dice que podría venir a trabajar el verano que viene mientras busca universidades en la zona para solicitar plaza".

Tamera parpadeó. "Vaya. Toda la familia se mete en esto, ¿no?"

"Oh, sí". Sonrió. "Nosotros somos así. Quiero decir, claro que podría abrir un restaurante y

contratar a desconocidos, pero ¿por qué, cuando en vez de eso podría contratar a mi familia? Será especialmente bueno para los más jóvenes, que quieren salir de Maine, ver la gran ciudad y todo eso. Probar la vida por su cuenta. Les da la libertad de la autodeterminación, pero la familia sigue rodeándoles, apoyándoles."

Apenas podía comprender una familia a la escala de la que él hablaba con tanta facilidad. Su pequeña experiencia en hogares de acogida no había sido nada parecido, y desde luego no en los hogares colectivos más grandes en los que había pasado la mayor parte de su infancia. De repente, deseó desesperadamente que aún estuviera aquí para verlo. Quizá no pudiera participar, al no ser de la familia, pero sería maravilloso experimentar, aunque fuera indirectamente, la vida familiar tal y como la vivía la familia Kazakis.

"No sé mucho de comida griega", admitió. "Teníamos algunos restaurantes griegos en Houston, pero eran bastante caros, más bien clubes nocturnos con baile, ese tipo de cosas. Claro que conozco los gyros", le sonrió. "Me encantan. Si vas a tener gyros, ¡seguro que seré una clienta habitual!".

"Por supuesto que tendremos gyros. De hecho, me gustaría hacerlos a la antigua usanza, con la carne cruda envasada a mano en el asador para cocinarla, en lugar de utilizar las congeladas, que es lo que tienen la mayoría de los sitios hoy en día. Puede que no sea factible, pero es una de las cosas que estudiaré. Por lo demás, no te preocupes. Te va a encantar la comida griega. El pastitsio de mi YiaYia está para morirse".

"¿Qué es eso? Nunca he oído hablar de ello".

"A grandes rasgos... muy a grandes rasgos, para que tengas con qué comparar... más bien como una lasaña, pero en vez de eso utilizamos fideos ziti, con carne y salsa de tomate en capas alternas, y luego el conjunto cubierto con una salsa bechamel, como tiene la musaca, y luego al horno".

Se le hizo la boca agua. "Ohmigosh, eso suena decadente".

Kester sonrió, sin dejar de mecer suavemente el planeador. "Ah, sí. Añade una buena ensalada griega con queso feta y aceitunas Kalamata, y ya está".

"YiaYia es tu abuela, ¿verdad?". Al oír su asentimiento, continuó. "Tu hermana parecía un poco aprensiva por volver a casa en Acción de Gracias. Deduzco que tiene problemas con tu abuela".

"Oh, sí. A lo grande", respondió, estirándose un poco como un gato perezoso. "Yo tampoco estoy muy contento con Katerina. Tanto ella como Melanthe. Lo entiendo... Lo entiendo. Estaban asustadas y no sabían qué hacer, y les entró el pánico. La gente no siempre toma decisiones racionales cuando le entra el pánico. Pero, maldita sea. La mujer intentaba matarlos y nadie lo sabía".

Tamera se incorporó para mirarle fijamente en el crepúsculo. "¿Matar? ¿Matar de verdad? ¿Muerto? ¿Asesinato?"

La expresión desenfadada de Kester se tensó hasta convertirse en líneas sombrías, y asintió bruscamente con la cabeza. "Eso es exactamente lo que quiero decir".

"No entiendo por qué no se lo dijeron a nadie", dijo Tamera, desconcertada. "¿Creía que pedirían ayuda a gritos! ¿Y la policía?"

"No había pruebas... ya sabes cómo es esto de la policía y los acosadores, hasta que el acosador no hace algo, tienen las manos atadas. Y durante mucho tiempo ni siquiera supieron quién era el acosador. Incluso una vez que lo supieron, de nuevo, no había pruebas. En realidad no había *hecho* nada. Temían que si presentaban cargos, se investigaban y se retiraban, la ro... la mujer -corrigió rápidamente- desaparecería y volvería cuando nadie la estuviera vigilando".

Tamera frunció un poco las cejas, pensándose.

"Eso tiene un poco de sentido", decidió. "Pero no mucho. Es decir, que se fuera, sí, pero ¿por qué preocuparse de que volviera? Habría pensado que el hecho de que un acosador se rindiera y se marchara sería algo bueno".

"En circunstancias normales, tal vez". La mirada de Kester se posó en su rostro, como si estuviera evaluando cuánto contarle. "Esta mujer -continuó lentamente, eligiendo sus palabras con cuidado- estaba estableciendo su territorio aquí. Lo delimitaba y eliminaba a la competencia, a las jóvenes solitarias".

Le miró fijamente. "Eso es una locura", afirmó inequívocamente. "Nunca he oído hablar de algo así. ¿Se levantó un día y decidió que éste era mi barrio y que yo decidía quién vivía aquí y, por cierto, cuando digo 'vivía', me refiero a que si no los quería aquí, los mataría?"

Kester enarcó las cejas y las comisuras de sus labios se crisparon. "Básicamente, sí".

"Eso ni siquiera es una locura. Es *una locura*", insistió.

"No es broma. Ya ves por qué no estoy tan contenta con mis hermanas".

"¿Pero ahora se ha ido de verdad?". Tamera tragó saliva, sintiéndose ansiosa. Le gustaba Katerina, y ahora iba a preocuparse por ella. Diablos, si llegaba el caso, Tamera se dio cuenta de que ella misma reunía los requisitos de esta loca para ser un objetivo, ya que era soltera, joven y vivía en la misma zona.

"Sí, se ha ido para siempre", la tranquilizó Kester. Otra vez aquella mirada extraña y apreciativa. "Las... autoridades... la recogieron y la llevaron donde la cuidarán, pero no podrá volver a hacer daño a nadie".

"Me alegro de saberlo. En mi primer día aquí, Bárbara me habló un poco de la acosadora que perseguía a Katerina y Troy, que había desaparecido, pero no me dijo que la hubieran detenido. No creo que lo sepa".

"Puede ser que las noticias no hayan llegado".

Incómodo con el rumbo que había tomado la conversación, Kester buscó una forma de cambiar de tema.

"¿Ya has empezado a dibujar?" preguntó, señalando con la cabeza el bloc de dibujo de ella, que estaba sobre la mesa, entre los dos.

"Todavía no", respondió Tamera con prontitud, aclarándose la expresión. "Acabo de recibir los suministros esta tarde".

"¿Dibujas? ¿Pintas?"

"Sobre todo me gusta pintar, aunque hacer bocetos también es divertido. Tenían un juego de lápices de colores muy bonito... y muy caro... en la tienda de arte del centro comercial. Quiero comprarlo el día de paga, pero mientras tanto empezaré con bocetos sencillos, para ir entrando poco a poco en materia. Me gusta dibujar, pero prefiero la acuarela y el acrílico".

Kester asintió. "Katerina también dibuja, pero sobre todo pluma y tinta, y carboncillo. No tanto colores, aunque ha hecho algunos con lápices de colores y acuarelas".

"Lo sé, he visto la foto del collie en la consulta del doctor Shelton, y la que hizo de Tony y María abajo. Es muy buena".

"Sí, lo es", dijo Kester con orgullo. "Siempre estaba dibujando, desde que era pequeña. Dibujaba en todo lo que encontraba".

Tamera se rió entre dientes. "Recuerdo aquellos días. Robando papel de las imprentas para dibujar".

"Sí, también era Katerina. ¿Qué tipo de cosas dibujas?"

"Paisajes", respondió inmediatamente. "Y arquitectura. Por ejemplo, esta posada, con el

bosque detrás, sería un tema increíble. Voy a intentarlo, cuando me haya instalado un poco más".

"Buen plan". Le dirigió una mirada. "También podríamos poner tus dibujos en mi local, cuando lo tenga en marcha. Katerina sólo dibuja animales, y a veces retratos, y tú haces lugares. No habría conflicto".

Tamera se quedó boquiabierta. "P-pero... ni siquiera sabes si soy buena", protestó.

Kester sonrió enormemente. "Te graduaste en arte. Me imagino que algo habrás aprendido en cuatro años".

Sintió cómo se le sonrojaban las mejillas. "Gracias", balbuceó, y Kester se echó a reír.

"No te emociones, ni siquiera he empezado a buscar tiendas para alquilar, todavía. Pero llegaré, y entonces ya veremos".

CAPÍTULO 9



"Dios mío".

Katerina levantó la vista de su bloc de dibujo para mirar sorprendida a Troy mientras éste juraba. El término "gigante gentil" describía realmente a su prometido. Nada que no fuera atacado por un leopardo homicida alteraría su imperturbable calma. Era viernes por la noche y estaban disfrutando de una tranquila velada en casa, con Troy navegando en su portátil mientras ella se sentaba en el sofá a dibujar. Cherie, su collie de pelaje áspero, estaba tumbada en la alfombra de gancho frente a la chimenea, roncando débilmente.

"¿Qué ocurre?"

No contestó durante unos minutos, mientras se desplazaba por el portátil con el ceño fruncido. Fuera lo que fuese lo que estaba leyendo, no le hacía feliz. Finalmente suspiró, cerró la tapa y se frotó la frente.

"Oh, tío".

Preocupada, Katerina dejó a un lado su bloc y su lápiz y se posó en el brazo de su sillón reclinable, deslizando los dedos por su pelo desgredado.

"Cuéntame", invitó ella.

"¿Recuerdas que Tamera le contó a Kester que se quedó huérfana cuando era pequeña?". Hizo una pausa, esperando a que ella asintiera antes de continuar.

"Fue un poco más que eso". Se restregó las manos por la cara. "Caramba. Me imaginaba un accidente de coche o algo así".

"¿Qué era?"

"Asesinato-suicidio".

Jadeó, con una sensación de náusea en la boca del estómago. "¡Dios mío, qué horror!".

"Ella estaba allí". Dio un golpecito al portátil cerrado. "Tenía tres años y vio desde la cuna cómo su padre disparaba a su madre y luego a sí mismo".

Katerina sintió que se le iba la sangre de la cara. "Es horrible", susurró.

"Los vecinos oyeron los disparos y llamaron a la policía. No habló durante dos años después de aquello, e incluso cuando tuvo edad para contar lo que vio aquella noche, nunca quiso hablar de ello."

"Espera un momento". Ella se incorporó y le miró con el ceño fruncido. "¿Cómo lo sabes?"

Troy se aclaró la garganta y tuvo la delicadeza de parecer avergonzado. "Hice que la investigaran".

Ella frunció el ceño. "¿Investigado, querrás decir!"

La atrajo hacia su regazo, rodeándola con un brazo.

"Kitty-Kat, no sabemos nada de ella, y tú y Jacinto decís que es Otra". Una gran mano ahuecó la mejilla de ella, acariciándola ligeramente con el pulgar. "Beatrice intentó matarte... ¡a las dos!... así como a tu hermana y a sus bebés. No sólo amenazó a Jacinth, sino también a los hijos de Douglas. Cuando tu Consejo consiguió rastrear su historia, encontraron una cadena de asesinatos sin resolver hasta Florida. Necesitaba estar segura".

"Puedo entenderlo", admitió Katerina, acurrucándose contra él. "Cuando lo planteas así, claro que tiene sentido. Ninguno de nosotros quiere que se repita lo de Beatrice".

"No, no tenemos. Pero no tenemos que preocuparnos por Tamera. Está limpia como una patena. Hablé con la dueña del refugio donde trabajaba en Houston y sólo tenía cosas buenas que decir de ella. Tamera fue voluntaria allí cuando estaba en el instituto para sus horas de servicio comunitario, luego trabajó allí durante toda la universidad, y parece haber sido una empleada ejemplar."

Ella sonrió, sintiéndose complacida. "Eso está bien".

"Hubo otra cosa. Poco después de salir de Houston, pasó más o menos una semana en un pabellón psiquiátrico de un hospital de Alabama. Terrores nocturnos, alucinaciones, síntomas de angustia postraumática. Su estancia fue... involuntaria".

"Pobrecita", respondió Katerina al instante, sus ojos dorados se oscurecieron de preocupación. "Pudimos verlo en la comida, cuando dije algo sobre las pesadillas que había tenido después de lo de Beatrice, y ella reaccionó. Nos dijo que seguía teniendo pesadillas sobre el huracán. No evacuó, se quedó y trabajó con la gente de rescate de animales, ayudando a sacarlos de allí."

"Creo que es algo más". Hizo una pausa, eligiendo cuidadosamente sus palabras. "Me pregunto si es todo el asunto del cambiaformas. Kester y tú parecéis muy convencidos de que lo es. Y ella lo ha estado reprimiendo. ¿No causaría eso... no sé... algo?"

"¡Dios mío, sí!" Katerina asintió enérgicamente. "Habría pensado que se estaba volviendo loca. Sobre todo durante la luna llena".

Troy se quedó mirándola un momento. "Creía que habías dicho que no había nada especial en la luna llena, en lo que respecta al Cambio".

Katerina arrugó la nariz. "En general, no. Pero si no Cambiamos y damos tiempo a que nuestros animales salgan, la necesidad de Cambiar se hace más fuerte y más difícil de combatir, y en los tres días de luna llena la atracción es dramáticamente más fuerte en esos casos. Sería casi imposible resistirla".

Ella suspiró y le puso una mano en el brazo. "No quiero contárselo a nadie, Troy. Nada de esto. Está bien que lo sepamos, tú y yo. Pero estaría mal que se lo contáramos a alguien más, incluso a Douglas y Jacinth".

"Sí". Le besó la nariz. "Estoy de acuerdo contigo. Mi intención era asegurarme de que estábamos a salvo, no invadir la intimidad de Tamera más de lo necesario. ¿Y si se lo dices a tu hermano? Parece bastante interesado en ella".

Katerina se lo pensó, arrugando la nariz. "¿Quizá? Pero, por otra parte, no has encontrado nada que sea una bandera roja de ningún tipo. Son cosas muy personales. Debería ser ella quien se lo dijera si quiere que lo sepa".

"De acuerdo, entonces lo dejaremos estar".

Acurrucándose más, Katerina suspiró satisfecha, frotando la mejilla contra su pecho. "Ojalá Jacinth viviera con nosotros".

Sobresaltado, le miró la parte superior de la cabeza. "¿Ah, sí? ¿Por qué?"

"Porque un poco de cacao caliente me vendría muy bien ahora mismo, y ella podría preparar un poco y yo no tendría que levantarme para ir a prepararlo".

Su risa profunda retumbó bajo su mejilla. "¿Quieres que vaya a preparar algo?"

"No, porque aún tendría que levantarme", señaló. "Y estoy totalmente cómoda donde estoy".

Volvió a reír, acariciándole el pelo. "Eres una gatita".

Tarareó, como un ronroneo al estilo humano, en su garganta. "Y te encanta".

"¡Yo sí!"

Cherie levantó la cabeza de la alfombra del hogar, y un momento después llamaron a la puerta principal.

"Hablando de Kester", se rió Katerina. "¿Qué te apuestas a que es él?".

Troy la besó brevemente. "No vas a conseguir mi dinero tan fácilmente. Ve a dejarle entrar".

Saltó de su regazo y fue a abrir de un tirón la puerta principal.

"¡Kester!" Sonrió a Troy por encima del hombro. "¡Qué sorpresa!"

"Sí, sí. Sabías que era yo".

Kester cruzó el umbral y abrazó a su hermana. "Hola, Troy".

"Eh, tú". Troy se estiró y se puso en pie. "¿Qué os parece si os dejo hablar mientras traigo los caballos y cierro el establo por esta noche? A menos que me necesitéis para algo".

"No, nada importante. Cené con Tamera la otra noche y quería poner a mi hermana al corriente de algunas cosas".

"Tenemos café", ofreció Katerina mientras Troy salía por la puerta trasera. "O limonada o vino".

"Oye, un poco de limonada estaría muy bien. Todavía hace un calor de mil demonios ahí fuera".

"No debería durar mucho más", consoló Katerina. "Una mañana te despertarás y habrá escarcha en el suelo y en el aire".

"Sí, ya me acuerdo. No estuve tanto tiempo en California, hermanita".

Ella se limitó a sonreírle. "¡Demasiado tiempo! Me alegro de tenerte de vuelta, Kester".

"Me alegro de haber vuelto. California fue genial, pero nunca fue un lugar en el que quisiera quedarme".

"¿Y Tamera?", preguntó mientras servía de una jarra a un vaso helado.

"Sabes que la otra noche la llevé a cenar, quería repasarlo contigo un poco".

"Claro". Le dio el vaso y se sirvió otro para ella, luego se dirigió a la mesa de la cocina. Señaló el plato de galletas que había en el centro de la mesa. "Me he pasado esta tarde por el B&B y se las he comprado a Renee. Sírvete".

"Alucinante". Se sentó frente a ella y le dio un buen mordisco a una galleta. "Joder, esa mujer sabe hornear".

Katerina le sonrió. "¿Verdad?" También cogió una galleta. "Entonces, ¿qué pasa?"

"Mi gato está seguro, como al cien por cien, de que Tamera es una cambiaformas, aunque en realidad no podamos confirmarlo".

Asintiendo, Katerina tragó su bocado de galleta antes de responder. "Eso es más o menos lo que yo también entiendo de Cat. Eso, y que le gusta. Mucho".

"Sí, lo mismo digo. Pensé en intentar... plantear las cosas de otro modo con ella, a ver si respondía.

Las orejas de Katerina se habrían aguzado si hubiera estado en forma de gato. "¿Y?"

"No tenía ni idea", le dijo Kester a su hermana. "Ni de los cambiaformas, ni de los Otros, nada. Me arriesgué y le di una versión bastante aguada de lo que tramaba el granuja.

Sinceramente, se quedó horrorizada".

"¡Pues debería haberlo sido!"

Suspiró pacientemente y se explicó. "Sí, pero lo que quiero decir es que, si tuviera los conocimientos más básicos sobre los Otros, habría reconocido al instante que me refería a un cambiaformas renegado. Vigilando un territorio, eliminando la competencia de cualquier hembra joven y soltera. Ésta es la educación estándar de los Otros, tanto de los metamorfos como de los que no lo son. Se lo enseñamos a todas nuestras crías. Aunque no haya habido un cambiaformas desde hace tanto tiempo que se ha considerado casi un mito hasta ahora... aun así, ella lo habría sabido".

Katerina arrugó la nariz, pensativa. "Entonces... Esto se reduce a un par de cosas. O es Otra a la que nunca han enseñado, por improbable que parezca, o no es Otra".

"Imposible". La negación de Kester fue rápida, sin vacilaciones. "Ella es Otra, no me cabe la menor duda. Es más, después de haber pasado algún tiempo con ella, estoy más seguro de que es una cambiaformas. Y no -se adelantó a la pregunta de su hermana antes de que tuviera tiempo de hacer algo más que abrir la boca-. "No ha hecho ni dicho nada que pueda considerarse una prueba real. Es más bien instinto. Mi gato la reconoce. Es más, la reconoce como felina".

Katerina soltó una risita. "Nada como un gato para saber cuándo hay una hembra cerca".

Poniendo los ojos en blanco, Kester le pasó la mano por la cara y la empujó.

"Mocosa", dijo sin acalorarse. "Así está la cosa. Lo que has dicho hace un momento, que no le han enseñado. Creo que no sólo no sabe que es metamorfa, sino que no sabe nada de los metamorfos ni de los Otros. Es poco probable, pero aun así, es la única conclusión a la que he podido llegar".

Abrió la boca para protestar, pero se detuvo.

"Te dije que se había quedado huérfana muy joven", dijo lentamente. El informe del investigador rondaba por su mente, aunque no le diría nada de eso a Kester. El asesinato-suicidio empezaba a tener más sentido. Un padre metamorfo, un padre no metamorfo, quizá que no conocía a los Otros. Se sabía que los niños metamorfos cambiaban de forma involuntaria a una edad temprana; a los pequeños metamorfos se les mantenía muy cerca de la familia hasta que tenían edad suficiente para comprender la importancia de no cambiar de forma en público.

Kester asentía. "Demasiado joven para conocer a los metamorfos, y desde entonces estuvo con familias humanas. ¿Cómo iba a saber nada de nosotros?".

"Sí, pero... Kester, ¿cómo puede haber llegado a esta edad y no haber cambiado nunca? El impulso de cambiar... ¡la necesidad! Es casi imposible de resistir. Tenemos que dejar salir nuestra naturaleza animal de vez en cuando, o...". Se interrumpió. "¡Dios mío!"

De repente, la estancia en el hospital psiquiátrico adquirió un aspecto totalmente nuevo. También lo hizo la petición que Tamera le había hecho en su entrevista de trabajo sobre la necesidad de tomarse unos días libres una vez al mes. Apostaría su vida a que esos días serían en luna llena, cuando tendría que luchar por sumergir la naturaleza animal que no sabía que tenía. ¡Pobre Tamera! ¡Debe de creer de verdad que está loca!

"¿O?" preguntó Kester.

Al recuperarse, sacudió la cabeza. Quizá en algún momento tendría que darle a su hermano los detalles que Troy había averiguado, pero le parecía una traición a su nueva amiga. Se guardaría la información y vería qué pasaba.

"Estaba pensando en cómo es cuando reprimimos a nuestros animales", improvisó rápidamente. "Y ella no sabría lo que le pasa. ¿Cómo iba a saberlo si ni siquiera sabe que existimos?"

"¿En serio?" se burló, riéndose de ella con los ojos. "¿Somos algo?"

Ella le golpeó el brazo. "Deja eso. Habla en serio. Tenemos que ayudarla".

"No es que no esté de acuerdo contigo, hermanita, pero ¿cómo? Ni siquiera sabemos con certeza si es metamorfa. Nuestros gatos dicen que sí, pero podríamos equivocarnos".

"Seguimos diciéndolo. Me parece redundante". Se royó pensativamente el labio inferior. "Podríamos llevarla fuera, a algún lugar privado, y hablarle de nosotros. Hacerle saber que es una de los nuestros y que está bien".

Kester se pasó una mano por el pelo. "Sí, claro, ¿y si todos estamos equivocados y ella no es Otro de ningún tipo? Quiero decir, sé que todos lo pensamos, incluso tu amigo Djinn. Pero podríamos estar todos equivocados, ¿y entonces qué? Nos hemos descubierto ante un humano".

"Sí, eso sería malo".

Se hizo el silencio mientras ambos intentaban pensar en una posible solución.

"Tenemos que saber con seguridad si es la Otra", decidió Kester. "Ésa es la gran pregunta. Si lo supiéramos, podríamos averiguar cómo proceder a partir de ahí".

Katerina asintió con la cabeza.

"¿No crees?", sugirió Kester, con una nota de vacilación en la voz. "¿Ese príncipe del que tanto hablas, al que invocó tu amigo Djinn?"

Katerina sintió que la sangre se le escurría de la cara.

"Uhhhh", tragó saliva. "No. Simplemente... no. Es un tipo que da mucho miedo. Le estoy agradecida y todo eso, de verdad, pero... ¿pedirle favores? No. Imposible".

Kester emitió un silbido largo y grave. "Así de mal, ¿eh? Tengo que admitir que ahora siento más curiosidad que antes, pero bueno".

"¡Ohhh!" Katerina se levantó de un salto de la silla. "Tengo justo lo que necesitas".

Le sonrió. "¡Invitémosla a Acción de Gracias con la familia y dejemos que YiaYia se encargue de ella!".

La miró con renovado respeto. "Es una buena idea, hermanita. YiaYia sabrá qué hacer, seguro".

"Sabes -dijo pensativa-, deberíamos haberlo pensado antes. YiaYia es la guardiana de la zona noreste. Por supuesto que tiene que estar al corriente de esto, y puede decirnos lo que debemos hacer. La llamaré mañana y le contaré la situación. Quizá tenga algunas ideas para nosotros. Al menos, puedo contarle nuestras sospechas, y tal vez ella pueda consultar con el Consejo y ver si alguien se ha encontrado antes en esta situación, creciendo con su animal reprimido y sin saber que es un metamorfo."

"Es una gran idea -aprobó Kester. De pie, rodeó a su hermana con el brazo, acercándola, y le besó la mejilla. "Te quiero, hermanita".

Ella le miró con los ojos entrecerrados. "¿A qué ha venido eso?"

"Me puse a pensar cuánto os aprecio. A todos vosotros, a toda nuestra familia. Sabes, Tamera se muere por la familia. Cuando estuvimos hablando esta tarde, le hablé de YiaYia y de mis planes para un restaurante, y de toda la familia echando una mano. Deberías haber visto la expresión de su cara, Katerina. Triste y melancólica. Nunca ha tenido una familia. No ha tenido a nadie".

El rostro de su hermano estaba desacostumbradamente serio. Sí que te hizo pensar, convino ella en silencio, inclinándose hacia él para darle un abrazo.

"Yo también te quiero, Kester".

CAPÍTULO IO



CON LA LENGUA entre los dientes, Katerina se concentró en emborronar las líneas de carboncillo de la cola ondulada y fluida del caballo que brincaba sobre su bloc de dibujo. El carboncillo no era su medio favorito para dibujar, pero su tema... el impresionante semental frisón negro que estaba en el centro del prado como posando, con la orgullosa cabeza erguida, la pesada crin y la cola levantadas ligeramente por la brisa matinal... parecía exigirlo. Estaba tan concentrada que, cuando sonó el móvil, se sobresaltó y se le cayó de los dedos el bastoncillo de emborronar. Riéndose de sí misma, cogió el teléfono que yacía a su lado sobre la manta.

"¿Diga?"

"Buenos días, Katerina".

"¡YiaYia!" Sonrió al reconocer la voz de su abuela, cuyo inglés seguía fuertemente acentuado incluso después de cincuenta años en América, pues había emigrado de Grecia cuando era joven. "¿Va todo bien?"

"Por supuesto". El tono de Maroulla era vagamente ofendido. "Deseo saber más cosas sobre tu Elegida y, lo que es más importante, si ya has fijado una fecha, pero...", hizo una pausa, como si supiera que Katerina estaba poniendo los ojos en blanco, y así era. "Ésta es una llamada oficial, mi Katerina, como tu Guardiana".

"¿Ah, sí?" Katerina se incorporó y dejó a un lado su bloc de dibujo. Su corazón empezó a latir incómodo. "¿Qué pasa?"

"Sea lo que sea lo que estás pensando, no lo es". Pudo oír la sonrisa en la voz de YiaYia. "Es simplemente que deseo hablar con tu joven, Troy, y con su compañera en la clínica veterinaria, la que está casada con el Djinn".

"Douglas", respondió Katerina, aunque en su cabeza giraban un millón de preguntas.

"Podemos vernos por FaceTime. Me gustaría que lo fijaras para esta tarde, si es posible, o mañana, después de cenar".

Katerina tuvo que tragar saliva ante la perspectiva de que su anciana abuela, de pelo blanco y vestida de negro, le pidiera tan despreocupadamente reunirse por FaceTime para tratar asuntos relacionados con los cambiaformas. Sin embargo, se mordió la risa y pensó compartirla con Troy.

"Hablaré con Troy ahora", prometió, "y volveré contigo cuando haya podido hablar con Douglas".

"Muy bien. Espero tu llamada".

"YiaYia, espera". Se mordisqueó el labio inferior, pensativa. "Hay algo que Kester y yo

queremos preguntarte... es un asunto de cambiaformas. ¿Puedes esperar mientras voy a buscarlo? Está en casa con Troy, viendo algún partido".

"Por supuesto".

Cerró el cuaderno de dibujo y lo metió en la bolsa, junto con el juego de lápices de carboncillo, Katerina se levantó y se dirigió a toda prisa por el prado inclinado hacia la casa.

"Tengo que pausar el juego", le dijo a Troy. "Lo siento, pero tengo a YiaYia al teléfono y tenemos que hablar con ella sobre Tamera".

Troy asintió y Kester se incorporó de su posición recostada en el sofá.

"Estás en manos libres, YiaYia", le dijo Katerina a su abuela, pulsando el icono de su teléfono y colocándolo en la mesilla antes de sentarse en el sofá junto a su hermano.

Kester se inclinó hacia delante. "Buenos días, YiaYia".

"Buenos días, Maroulla", dijo Troy.

"Buenos días, Troy, Christopher".

Kester miró a Katerina, que le hizo un gesto para que se adelantara.

"Hay una joven que acaba de llegar a la zona, contratada como recepcionista en la clínica veterinaria", explicó, siendo lo más sucinto posible. "Tamera... así se llama... no parece ser una cambiaformas, pero mi gato y el de Katerina están seguros de que lo es. He hablado un poco con ella y no me ha dado la impresión de que sepa nada en absoluto sobre los Otros".

"Se quedó huérfana muy joven y la pusieron en una casa de acogida", añadió Katerina. "¿Es posible que no sepa nada de los cambiaformas, que de algún modo no se haya transformado, y por eso no podamos saber que es una de nosotros?"

Se hizo el silencio al otro lado del teléfono. Los tres intercambiaron miradas mientras esperaban.

"¿La ha conocido tu amigo Djinn?" preguntó finalmente YiaYia.

"Sí", se apresuró a contestar Katerina. "Y ella dice lo mismo. Cree que es Otra, pero no puede asegurarlo, ni qué clase de Otra. Todo se reduce a que Tamera nos parece... diferente... a nuestros sentidos. La única razón por la que sospechamos que es una metamorfa es porque Cat y Kitt insisten en ello".

"Es más", añadió Kester, "a Cat le gusta. Quiero decir, *le gusta*. Y ya sabes cómo es Cat".

Sonó una carcajada desde el teléfono. "Así es. ¿Y Kitt?"

"A Kitt le gusta más que a nadie. Se frota las manos con ella. Y Katerina dijo que su gato se sentía protector con ella".

"Hmm, eso es interesante". El tono de su abuela era pensativo. "¿No le has dicho nada?"

"No, no", se apresuró a tranquilizarla Katerina. "Pensamos que debíamos consultarte primero".

"Así que por fin estás aprendiendo", dijo YiaYia secamente.

Katerina hizo una mueca de dolor y Kester la miró con compasión.

"De acuerdo", dijo YiaYia, volviendo a su tono brusco. "No le digas nada por ahora. Yo misma quiero ir a conocer a esa joven. Aclararé mi agenda y veré si puedo ir dentro de una semana o dos".

Kester intercambió una mirada aliviada con su hermana. "Es increíble, YiaYia".

"Avísanos cuando vengas y te recogeremos en la estación de tren".

Kester vio que Troy fruncía el ceño, sorprendido. "Así es como prefiere viajar", le dijo a Troy en voz baja.

"Muy bien", consintió Maroulla. "Mientras tanto, esperaré a que me contestes a la llamada FaceTime".

Kester miró a su hermana con el ceño fruncido, pero ella negó con la cabeza. "Más tarde", dijo en silencio.

Al teléfono le dijo: "¿Estás segura de que no pasa nada, YiaYia?".

La risa de su abuela recorrió las líneas telefónicas. "No es nada malo, nieta. Tranquilízate".

"De acuerdo. Te enviaré un mensaje", prometió Katerina. "Adiós, YiaYia".

"Adiós, niños".

Kester suspiró aliviado cuando su hermana terminó la llamada. "Me alegro de que ella asuma la responsabilidad -admitió-, porque yo no tengo ni idea de qué hacer. ¿Y qué era eso de FaceTime, hermanita?".

Katerina hizo una mueca y miró a Troy. "Quiere hablar contigo y con Douglas por FaceTime, esta tarde o mañana por la noche. Dice que es un asunto oficial de los cambiaformas".

Kester frunció un poco el ceño, pero fue Troy quien puso en palabras los pensamientos de todos ellos.

"Douglas no es un metamorfo".

Encogiéndose de hombros, Katerina parecía tan desconcertada como ellos. "Lo sé, pero ella también quiere hablar con él".

Troy se encogió de hombros y se levantó, estirando un poco los brazos. "Vale, bueno, le llamaré".

Sacó el teléfono, marcó y, tras una conversación tranquila, terminó la llamada. "Douglas dice que puede estar aquí esta tarde a las seis".

Katerina envió un mensaje de texto a su abuela, y un momento después recibió un mensaje de respuesta confirmándolo.

"Vale, esta noche nos toca".



KATERINA SE PASEABA inquieta mientras esperaban la llegada de Douglas. A pesar de que su abuela la tranquilizaba, no podía evitar preocuparse de que hubiera ocurrido algo... como que Beatrice se hubiera escapado del santuario al que la habían enviado. Maroulla había pedido hablar con ambos hombres. ¿Por qué iba a hacerlo, a menos que hubiera algo realmente malo?

"Eh, tranquilízate".

Troy la estrechó entre sus brazos y la abrazó mientras se acomodaba en su enorme sillón reclinable. "Si hubiera algún peligro, no habría esperado hasta la noche para decírnoslo".

"Lo sé. No dejo de repetírmelo, pero no puedo evitar pensar..."

"Pensando demasiado", corrigió Troy. "¿Por qué no vas a la cocina y vuelves a comprobar el portátil, la mesa y las sillas para asegurarte de que todo está bien colocado?".

Como ya lo había hecho una docena de veces, puso los ojos en blanco, y Troy se rió entre dientes, besándole la nariz.

"Tu vigilia está llegando a su fin. Oigo el camión de Douglas en la entrada".

Katerina se apeó de su regazo, corriendo hacia la puerta para abrirla... luego tuvo que esperar, saltando de un pie a otro de impaciencia mientras Douglas salía de su camioneta y recorría los quince metros que la separaban de la puerta principal. Levantó una ceja y la miró.

"Bueno, hola a ti también", saludó. "¿De qué va todo esto?"

Katerina dio un paso atrás para dejarle entrar. "No lo sé".

"Le preocupa que se trate de Beatrice", explicó Troy, guiándola hacia la cocina. "Le he dicho que no creo que ese tipo de noticias esperen".

"Lo sé. Es sólo que... bueno, sigo teniendo pesadillas", confesó.

"Pues vamos a averiguarlo".

Se sentaron a la mesa, con las sillas amontonadas frente al portátil. Katerina tenía FaceTime abierto, y un minuto después apareció la imagen de Maroulla en el monitor. Tras el intercambio de saludos, no perdió tiempo en ir al meollo de la cuestión.

"Como Alcaide del Noreste de EEUU, el Consejo Norteamericano me ha pedido que me dirija a ti en relación con tu consulta veterinaria".

Katerina, Troy y Douglas intercambiaron miradas. ¡Vaya, qué inesperado!

"¿Sí?" preguntó Douglas a Maroulla, prestándole toda su atención. "¿De qué se trata?"

"Los recientes acontecimientos nos han llamado la atención sobre la necesidad de veterinarios que conozcan a los cambiaformas. Aunque no es habitual, ocurre que tenemos heridas mientras estamos en nuestra forma animal que requieren que permanezcamos como animales hasta que nos hayamos curado lo suficiente para Cambiar." Señaló a Katerina con la cabeza. "Como ocurrió con nuestra Katerina. Y como los bebés de Melanthe tuvieron que nacer como gatitos, si hubieran enfermado, habrían necesitado que los cuidara un veterinario, no un médico".

Douglas y Troy asintieron con la cabeza y ella continuó.

"Aunque tenemos bastantes metamorfos que se dedican a profesiones médicas, sorprendentemente pocos se dedican a la medicina veterinaria. De hecho, no tenemos ninguno aquí en el Distrito Noreste, por lo que el Consejo me ha pedido que te plantee la posibilidad de que tu clínica sea el punto de atención para los animales metamorfos heridos."

Katerina miró a Troy y a Douglas, que mostraban expresiones de interés similares.

"Sin duda me interesaría". Douglas miró a Troy, que asintió. "También necesitaríamos saber más sobre fisiología, tener en cuenta tanto al humano como al animal a la hora de tratar, etc."

"A ese respecto, tenemos una segunda propuesta. Hay un joven en Brooklyn, un cambiaformas, que ha recibido su DVM y ha obtenido la licencia para ejercer en Nueva York, y ha estado buscando un lugar donde hacer prácticas. Nos gustaría colocarle contigo. Hará las prácticas y podrá trabajar contigo en el tratamiento de los metamorfos".

Una larga mirada pasó entre los dos hombres, aunque Katerina no pudo interpretarla.

Maroulla se aclaró la garganta, llamando su atención. "No esperamos una decisión ahora, por supuesto. Habladlo entre vosotros y, por supuesto, estaré a vuestra disposición para responder a cualquier pregunta que tengáis. Además, si el salario de los becarios es un problema, estamos dispuestos a contribuir".

"Me alegro de saberlo", respondió Troy sin comprometerse.

"Llamad si tenéis preguntas", les dijo Maroulla, y terminó la llamada.

Troy se levantó y fue a la nevera, volviendo con una cerveza para cada uno. Volvió a sentarse, abriendo la tapa de la lata.

"Bueno, eso ha sido interesante", comentó Douglas. Se volvió hacia Katerina. "El caso es que ya habíamos hablado de traer a otro veterinario. He estado redactando un anuncio para publicarlo en varias revistas".

"El momento no podía ser mejor", convino Troy. "No sé por qué no se nos ocurrió ofrecer unas prácticas. Es una buena idea, me gusta. Sólo hay un problema, y es importante".

"Suzanne", respondió Douglas sin vacilar. "De acuerdo. Es imposible que hagamos esto sin que ella lo sepa todo".

"Mac también", retumbó Troy. "Es su marido, no es justo pedirle que le oculte ese secreto".

Katerina comprendió su dilema. "Llamemos a Maroulla", sugirió. "Como guardiana, tiene

autoridad para aprobar que se informe a alguien de nuestra existencia".

Cuando asintieron, sacó el teléfono y marcó rápidamente a su abuela. Su abuela contestó con una carcajada.

"¿Preguntas ya?"

"Una crucial, YiaYia", respondió Katerina. "Estamos otra vez en el altavoz".

"Hay una tercera socia en nuestra consulta", dijo Douglas. "Suzanne MacPherson. Ha sido socia nuestra desde el principio. Fuimos juntos a la facultad de veterinaria, hicimos prácticas juntos y luego decidimos abrir nuestra propia clínica. Hay que involucrarla en esto. No podemos tomar este tipo de decisiones a sus espaldas".

"También su marido", añadió Troy. "Mac es un buen hombre, también es veterinario, aunque no forma parte de nuestra clínica".

Douglas se rió de repente. "Ya somos prácticamente la Central Sobrenatural, con Jacinth siendo Djinn, nuestra recepcionista Tamera posiblemente un cambiaformas, Cat y Kitt vagando por la clínica a sus anchas, por no mencionar que nuestro antiguo técnico veterinario es un peligroso granuja".

"Ah, y tu herrero es uno de los metamorfos que vinieron a arreglar tu puerta después de que Beatrice la hiciera pedazos", añadió Katerina, sonriendo con picardía.

"Cuéntame más cosas de la tal Suzanne y de su marido", dijo Maroulla sin rodeos.

"Suzanne estaba con nosotros en la facultad de veterinaria, todos teníamos la misma edad. Allí conoció a Mac, que iba unos años por delante de nosotras, y se casaron el verano en que nos licenciamos. Todos somos amigos íntimos, además de compañeros. Ninguno de los dos tendrá problemas con los cambiaformas ni con los djinn -añadió Douglas. "Si lo hacemos, también les hablaré de Jacinto".

"Revelación total", asintió Troy. "En resumen: Douglas y yo responderemos tanto por Suzanne como por Mac. Confiaría en ambos con mi vida".

"Hmm. ¿Katerina?"

"A Cat le gustan", dijo sin dudar. "Son inteligentes, reflexivos. No conozco a Mac tan bien como a Suzanne, pero cuando los veo juntos... encajan. Como dos piezas de un puzzle. Estoy de acuerdo en que si traen a Suzanne, también deberían traer a Mac. No habría secretos entre ellos dos".

"Muy bien. Informaré al Consejo de sus nombres y de la situación, y de que he dado mi consentimiento".

La llamada terminó y todos se sentaron, mirándose unos a otros.

"¡Uf!" sonrió Katerina. "Esto será interesante. ¿Cómo vamos a hacerlo?"

"Podríamos llevarles a cenar", sugirió Douglas.

Troy negó con la cabeza. "De ninguna manera".

"Estoy de acuerdo", dijo Katerina. "No en público. No queremos tener que preocuparnos de que nadie nos oiga, y no queremos que nos hagan preguntas si Suzanne se desmaya o algo así".

"Al menos podemos ponérselo más fácil que como me enteré yo", insertó Troy con una mueca irónica.

Katerina se inclinó para besarle. "Lo siento. Intentaba encontrar la forma de decírtelo".

"Vale, ¿qué tal si los invitamos a cenar aquí, en tu casa?". dijo Douglas. "Mis hijos saben lo que son los cambiaformas y los Djinn, pero si Suzanne o Mac se asustan, les molestaría. Bueno, Ben probablemente estaría bien, pero Molly es demasiado joven para entender por qué se enfadarían".

Katerina ya estaba haciendo un inventario mental de su armario. "Me pondré algo suelto, que

Kat no se atasque cuando me cambie para demostrarles que no intentamos gastarles una broma".
Troy puso los ojos en blanco. "Confío en que pienses en el vestuario".
Ella le sonrió. "¡Ya lo sabes!"

CAPÍTULO II



"ENGENDRO DEL DIABLO" El miedo hizo temblar la mano del hombre, la enorme pistola en su puño vaciló.

Una voz de mujer, desesperada, llorosa. "¡No! No, no es así. Por favor, Charlie, escúchame. Sé que nunca te lo dije, debería haberlo hecho... Debería habértelo explicado. Por favor, escúchame".

"Lo sabías". El arma giró hacia la mujer, una bonita morena de luminosos ojos dorados. "¡Sabías lo que era!"

"Por favor, Charlie". La mujer suplicaba. "Es nuestra hija".

"¡No!" Alzó la voz, presa del pánico. "¡Esta cosa ni siquiera es humana!"

El arma retrocedió. La mujer gritó y se lanzó hacia delante.

"¡No! ¡No dejaré que le hagas daño!"

Una explosión de sonido. El rojo estalló en el pecho de la mujer. El hombre se precipitó hacia delante, gritando. La atrapó al caer y la estrechó contra él.

"¡No! ¡Rebecca! No, Dios mío, ¡no te mueras! No te mueras, Rebecca".

Levantó los ojos agonizantes hacia el niño que observaba en la cuna, con los puños regordetes agarrando los barrotes de madera. El arma volvió a alzarse y se produjo otra explosión.

Después, nada.

TAMERA SE DESPERTÓ, con gritos agolpándose en su garganta. Se llevó la mano a la boca, esperando no haber gritado. Tenía las sábanas enredadas, pegadas, y la piel húmeda de sudor. Con los ojos forzados por la oscuridad, escrutó la habitación. Ningún intruso se cruzó con su mirada. Entonces, sólo era un sueño. Aun así, no podía moverse, congelada de terror en la cama. Necesitaba encender la luz, pero su brazo se negaba a obedecerla. El frenético latido de su corazón parecía tan fuerte que pensó que todo el mundo en la posada podía oírlo. Incapaz de cerrar los ojos, de dejar de buscar el peligro en la pequeña habitación, intentó controlar su respiración acelerada.

Uno. Respiró profundamente y contó. Dos. Tres.

Fue una lucha alcanzar un número al azar. Empezó a sudar mientras su mente se alejaba, brotando gritos silenciosos. El terror se aferraba como tentáculos, reacio a abandonar a su

víctima. Obligando a su mente a concentrarse, recurrió a un viejo truco que había leído. ¿En qué año estamos?

"Dos mil veintidós", jadeó en voz alta.

El pánico retrocedió, hecho añicos como una ventana de cristal golpeada por una piedra. Sollozando, Tamera se incorporó y buscó la lamparita de la mesilla de noche. El suave resplandor iluminó la pequeña habitación, y los últimos vestigios de miedo se desvanecieron, dejándola sin fuerzas y destrozada. Se subió las mantas hasta el cuello, acurrucándose bajo ellas más por comodidad que por calor, aunque tenía la piel fría y húmeda.

Hacía años que aquella pesadilla no la visitaba; creía que la había vencido para siempre. ¿Por qué iba a volver ahora, cuando estaba en un lugar nuevo, forjándose una nueva vida, alejada de su infancia tanto en el espacio como en el tiempo? No tenía sentido.

Más extraño aún, ¿por qué la imagen de Katerina seguía superponiéndose a la de su madre? No se parecían en nada y, sin embargo, unos grandes ojos dorados miraban ahora el rostro de su madre, en lugar del de Rebeca, azul intenso como el suyo. En todos los años que había estado atormentada por la pesadilla, siempre había sido la misma, sin cambiar nunca, hasta ahora.

Apagó la luz, decidida a volver a dormirse. La pesadilla había desaparecido, pero la tensión tardó mucho en abandonarla y se quedó dormida.

Al despertarse aquella mañana, miró el reloj. Las diez y cuarto. Menos mal que era domingo y no trabajaba. La pesadilla de antes había remitido, pero aún quedaban restos de su horror, que la hacían estremecerse. Se quitó las sábanas y balanceó las piernas sobre el borde de la cama, pensativa. Sabía por experiencia que las imágenes la perseguirían durante todo el día, a menos que hiciera algo para ahuyentarlas. Se asomó a las puertas dobles que daban al balcón. Aún era verano y el sol brillaba en un cielo azul despejado. Sí, pensó con entusiasmo. Sería un día estupendo para salir con su bloc de dibujo. Llevaba queriendo dibujar la posada desde la primera vez que la vio.

Guardó sus materiales artísticos en una bolsa de lona, cogió su vaso favorito de acero inoxidable y bajó las escaleras. Lo llenó en el comedor con la jarra de limonada fresca que siempre había, y se dirigió al exterior. Cruzando el césped, Tamera se dirigió a una ligera elevación del terreno, justo donde el bosque llegaba a encontrarse con el césped. Sería un mirador perfecto, y un gran árbol -no sabía de qué clase era- extendía sus ramas por encima, proporcionando una sombra moteada. Perfectamente encantador, decidió, sentándose en el talud cubierto de hierba y deshaciendo alegremente el equipaje.

Apenas había puesto el lápiz sobre el papel cuando un arrendajo azul -ella sí sabía cómo eran- se abalanzó sobre ella, riñéndole estridentemente.

"¡Oh, vete!" Reprendió ella. "No te estoy haciendo daño".

Se posó en una rama por encima de su cabeza, sin dejar de reñir. Sabía que no estaba protegiendo un nido; incluso los trasplantados de Houston sabían que los pájaros ponían huevos en primavera, así que lo ignoró y empezó a delinear con lápiz la silueta de la posada.

Con un graznido, el arrendajo se abalanzó sobre ella. Ignoró al arrendajo y siguió trabajando en su dibujo. Pero el arrendajo siguió cayendo sobre ella en picado, entre que se posaba en la rama y la regañaba. Cuando bajó tanto que sus alas le rozaron el pelo, se hartó. Dejó el bloc y el lápiz y se levantó, con las manos en las caderas, mirando al pájaro, que había vuelto a posarse en la rama.

"¿En serio? ¿Vamos a hacer esto? "No te estoy haciendo daño, no tienes huevos ni bebés que cuidar y yo me estoy ocupando de mis asuntos. Así que lárgate. Fuera!"

En respuesta, el arrendajo azul volvió a lanzarse sobre ella, esta vez tan cerca que se agachó.

Pasó volando y giró en arco para volver a atacarla. Tamera lo golpeó con el brazo, y el arrendajo se desvió y voló hacia la rama superior. Instintivamente, Tamera se agachó y dio un gran salto, varios metros en el aire, atrapando al pájaro cuando se posaba en el suelo. Un instante después estaba de nuevo en el suelo, mirando al arrendajo azul que sostenía entre las manos. Ahora estaba en silencio, mirándola fijamente, y podía sentir su corazoncito palpitando de terror bajo sus dedos. Inquieta, abrió las manos y lo soltó. El arrendajo voló hacia el bosque y Tamera se hundió en el suelo, conmocionada hasta la médula.

Que. El. Infierno. ¿Acaba de ocurrir? Ladeó la cabeza, mirando la rama. Debía tener al menos... ¿2,5 metros de altura? ¿Diez? Era imposible que hubiera saltado tan alto, que hubiera saltado tan rápido. Era imposible que hubiera atrapado a aquel pájaro. Era imposible. Nadie podría haber dado ese salto. Bueno, quizá uno de esos jugadores de baloncesto de dos metros y medio, pero ella medía un metro setenta, ¡por el amor de Dios!

Quizá no había ocurrido realmente, pensó. Quizá había tenido uno de esos episodios extraños y sólo se lo había imaginado. Pero... podía recordar el tacto del pájaro en sus manos, la suavidad del plumón de su pecho, las plumas más rígidas de las alas, sujetas a los lados por su mano. El pánico en aquellos pequeños ojos negros que la miraban fijamente. Aquello había sido real. ¿Cómo había podido imaginárselo?

¡Ay, Dios! Se irguió de repente y miró a su alrededor. Los setos le ocultaban la calle y su mirada recorrió la posada y el césped. No había nadie a la vista, ni caras sorprendidas mirándola desde las ventanas que daban a este lado del césped, y se sintió aliviada.

Llevó las piernas hacia el pecho, las rodeó con los brazos y dejó caer la frente sobre las rodillas. Esto había ido más allá de la locura. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué *podía* hacer?

"¡Eh!"

Un grito procedente de la posada le hizo levantar la vista para ver a Kester saludándola con la mano. Cruzó el césped a trote lento y se tumbó en el suelo junto a ella. Ella esbozó una sonrisa temblorosa.

"Hey, de vuelta a ti".

Inclinándose sobre ella, Kester echó un vistazo al bloc de dibujo abierto que yacía sobre la hierba a su lado. Levantó las cejas, sorprendido, y se inclinó hacia ella para cogerlo y estudiarlo con más detenimiento.

"Vaya, esto está muy bueno".

Un resplandor de placer sustituyó a la aprensión, y ella sonrió, una sonrisa genuina esta vez. "Gracias. De momento sólo es un esbozo. Pero tengo que decir que esta posada es el tema perfecto".

Consideró la página abierta que tenía delante. "Sabes, tu estilo no es tan distinto del de Katerina. Con la diferencia de técnica y tema, se complementan".

Frunció un poco el ceño y recordó el boceto del collie en la consulta del Dr. Shelton y el cuadro de Tony y María en la posada. De acuerdo, podía verlo.

"Sí, lo hacen", respondió ella. Sonrió. "¡Deberíamos hacer una exhibición conjunta!"

Kester se rió, devolviéndole su cuaderno de bocetos.

"Sabes, deberías hacerlo. Oye, he salido para preguntarte si quieres hacer un viajecito conmigo. Me dirijo a mirar un posible escaparate que alquilar para mi restaurante".

Ella se animó. "¡Me encantaría!"

Empezó a recoger sus bolígrafos y lápices y a meterlos en la bolsa, y se puso en pie. "Deja que deje esto en mi habitación y coja mi bolso, y enseguida estoy contigo".



MEDIA HORA DESPUÉS, ambos miraban consternados a través del parabrisas del coche de él el destartado centro comercial, con la acera agrietada y desigual, y la basura esparcida por todas partes.

"Um", consiguió decir Tamera, intentando pensar en algo que decir que no fuera totalmente negativo.

"Sí", asintió Kester. Suspiró. "No es exactamente lo que tenía en mente".

"Espero que no", le dijo ella austeramente, y él sonrió.

"Te diré una cosa", se ofreció. "Busquemos una bocatería y almorcemos para llevar. Hay un parque con un lago no lejos de la posada. A Katerina le encanta ir allí a dar de comer a los patos. Es uno de los primeros sitios a los que me llevó, después de llegar de California. Podemos ir a pasar el rato".

"Oh, eso suena muy bien", dijo entusiasmada.

"Oye, podemos pasarnos por la posada y recoger tu bloc de dibujo y tus lápices. Apuesto a que echarás un vistazo al parque y te arrepentirás de no tenerlos, si no lo hacemos".

Arrugó la nariz, pensativa. "Sí, pero ¿y tú? Va a ser aburrido estar sentada viéndome dibujar".

"No hay problema", le aseguró. "Cogeré mi portátil e investigaré más sobre posibles localizaciones, enviaré algunos correos electrónicos a agentes, ese tipo de cosas".

"¿Así pensabas pasar el domingo?", preguntó dudosa, pero Kester asintió.

"Sí. Sábado y domingo, ya que trabajo entre semana".

"Ya lo veo. Vale". Sonrió, contoneándose en su asiento por la emoción. "¡Hagámoslo! Oh, espera, ¿qué vas a hacer con el wi-fi en un parque?".

Levantó el teléfono. "Activaré el wi-fi de mi teléfono".

"Ah, claro".

Se sonrieron en perfecta sintonía. "¡Hagámoslo!"

CAPÍTULO 12



EL LAGO ERA PRECIOSO, resplandeciente en el calor de finales del verano indio. Los árboles lo rodeaban por dos lados, y la espesura del bosque llegaba casi hasta la orilla. Había un gran parque infantil junto a una zona de picnic con mesas y parrillas, y un sendero para correr rodeaba el lago.

"¡Vaya!" Tamera se quedó de pie junto al coche, mirando a su alrededor. "¡Es precioso! Y mira todos los patos, es como si nos estuvieran esperando".

Kester se rió entre dientes. "Probablemente sí. Mucha gente viene aquí a la hora de comer y echa cortezas de pan y cosas así para los patos. A estas alturas ya están bastante domesticados. En cuanto estemos sentados, probablemente se nos acercarán para que les demos de comer".

Les guió por la ligera pendiente, hasta que estuvieron junto a la orilla del agua. Se sentaron en la hierba y sacaron la bolsa con el almuerzo. Como era de esperar, varios patos nadaron inmediatamente hacia ellos, y un par de los más intrépidos salieron del agua para revolotear esperanzados cerca.

"Me siento como una de esas estrellas de cine a punto de conseguir su estrella en el Paseo de la Fama de Hollywood, con nuestro propio público", dijo Tamera con una risita, arrancando un par de trozos de corteza de su hoagie y lanzándoselos.

"Sabes, los domingos tienen el bar de gofres en el Bed and Breakfast", comentó Kester. "Podríamos rogarle a Renee por las sobras, y venir aquí de picnic por la tarde, y traer los gofres sobrantes para los patos".

"¡Oh! ¡Eso suena divertido!"

Observando cómo Tamera intentaba sacar del agua a un ave nerviosa con la oferta de un poco de pan, a Kester se le ocurrió una idea. Había estado intentando encontrar una forma casual de hacer que Tamera se reuniera con Maroulla cuando ésta llegara. Ahora, sin embargo, tenía una idea brillante. Y su hermana se lo iba a deber, lo cual era una ventaja añadida, tal y como él lo veía.

"Katerina tiene ataques", empezó él, sintiéndose malvado. Tamera lo miró, sorprendida, y él continuó. "YiaYia... en griego significa abuela, pero se llama Maroulla... vendrá de Maine dentro de un par de semanas para visitarnos. Además de Katerina y yo, vendrán nuestra otra hermana, Melanthe, y sus bebés. Supongo que se quedará con Katerina y Troy mientras esté aquí".

Tamera parpadeó confundida. "¿Por qué le daría eso un ataque a Katerina?"

Kester sonrió. "Porque YiaYia sigue muy cabreada por todo ese asunto del acosador psicópata asesino, y porque Katerina y Melanthe no se lo contaron".

Su respuesta fue un prolongado: "¡Ohhh!".

"Sí, oh". Asintió con la cabeza y dio un mordisco a su sándwich BLT.

"Entiendo que no esté muy contenta con esta visita. ¿Vas a interferir por ella?"

"Una parte de mí quiere verla retorcerse", confesó. "Pero al mismo tiempo, tras haber estado aquí un par de semanas y haber hablado mucho con ella, entiendo por qué no lo hizo. Lo cual no significa que yo mismo esté contento, pero lo entiendo. Además... bueno". Kester se encogió de hombros. "Sigue bastante traumatizada, aunque no habla mucho de ello. Así que, sí, interferiré".

Lanzó a Tamera una mirada de reojo llena de chispeante picardía. "Podrías ayudar".

Sobresaltada, se detuvo justo cuando iba a dar un mordisco a su propio bocadillo, para mirarle fijamente.

"¿Yo?"

Estiró las piernas sobre la hierba, antes de sugerir, con tono despreocupado, como si nada. "Si le digo a YiaYia que estamos saliendo, se olvidará por completo de Katerina. Garantizado".

La invadió el pánico. "¿Yo?"

Kester sonrió. "Te estás repitiendo".

Tragó saliva. "Yo... eh..."

"Estamos saliendo, ¿no?"

Parecía estar disfrutando, con lucecitas bailando en sus ojos dorados. "La otra noche estuviste de acuerdo".

"Lo sé, pero... ¿decírselo a tu abuela?". Fue suficiente para que le entrara un sudor que no tenía nada que ver con el creciente calor del sol.

Kester se rió entre dientes. "Haces que suene como si te enfrentaras a Medusa o algo así".

Pensándolo bien, Tamera dijo con cautela: "¿No es ésa la que convertía a la gente en piedra cuando la miraba?"

"Muy bien", aprobó. "Conoces la mitología griega".

"De pequeña me fascinaba la película Fantasía, y de adolescente profundicé en la mitología. Pero estoy un poco oxidada".

"Querrás repasar eso", dijo. Al parecer, había algún tipo de mensaje oculto que le divertía, pero no lo explicó.

"Yo...". No le salían las palabras. Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo. "Nunca nadie me había presentado a su abuela. Bueno, ni a ningún familiar".

"¡Vaya!" Kester parecía sobresaltado. "¿En serio?"

Ella se encogió de hombros, sintiéndose incómoda. "Nunca he tenido más de un par de citas con nadie. Nunca me sentí bien, ¿sabes? Así que no volví a salir con aquel tipo".

Kester sacudió la cabeza, consternado, pero por dentro Kitt ronroneaba de aprobación. Básicamente, su gata pensaba que había estado esperando a que llegaran. Sin embargo, tal y como estaban las cosas, no podía explicárselo a Tamera. En lugar de eso, le rodeó los hombros con el brazo, acercándola y acariciándole el pelo.

"Pero eso cambia ahora. Esto me parece lo correcto".

"A mí también", admitió.

Con la mano libre le levantó la barbilla y apretó los labios contra los suyos. Fue un beso dulce, el sabor de ella cosquilleó sus sentidos. A duras penas, se contuvo para no querer profundizar el beso y, en su lugar, deslizó los labios hasta la comisura de la boca de ella, mordisqueándola ligeramente, antes de retirarse.

Los ojos de Tamera se clavaron en los suyos y sus labios se curvaron en una suave sonrisa. No pudo evitar dejar caer otro rápido beso sobre aquellos suaves labios.

"Entonces, ¿estás convencido?", preguntó.

Fingió debatir y luego soltó una risita. "Vale, estoy convencida". Hizo una pausa antes de preguntar: "Si salimos juntos, ¿me dan más de esos?".

"Oh, sí", convino Kester. "Eso no es negociable".

"Oh. Bueno, entonces. Estoy de acuerdo".

"¿Y conocerás a mi abuela?"

Se estremeció visiblemente. "Eres muy duro de pelar".

Kester se rió y la abrazó, acariciándole el pelo. "Sí, pero te lo compensaré. Te lo prometo".

"Me está costando un poco acostumbrarme a esto", dijo ella, apoyando la cabeza en su hombro. "No sólo tú... sino todo el mundo es tan maravilloso. Me siento como si me hubieran incluido en una gran familia y, aunque me encanta, a veces parece irreal, ¿sabes? Como si esto no pudiera estar pasando de verdad y en cualquier momento me despertara y me diera cuenta de que estoy sola". Hizo una pausa, templando la voz antes de continuar. "Siempre he estado sola. No conozco otra cosa. Así que no sé muy bien qué hacer con todo esto".

Se rió entre dientes. "Ni siquiera las has conocido a todas. Está mi otra hermana, Melanthe, pero ahora está en casa cuidando a dos bebés gemelos. También están nuestros amigos Julian y Alessandra. Viven en Staten Island, pero vienen en coche a menudo. Se casaron hace poco. Los conozco porque Alessandra es muy amiga de Katerina y Jacinth".

"Santo cielo", dijo Tamera débilmente. "¿Dónde cabéis todos cuando os reunís?".

"En casa de Troy suele haber más espacio al aire libre. Ahora que llega el invierno, probablemente iremos a casa de Douglas y Jacinth. Hay más espacio dentro, ya que tienen una habitación familiar y una sala de estar, además de comedor. Oye, hablando de eso, probablemente hagamos una barbacoa en casa de Troy el próximo sábado, mientras dure el verano indio. Puede que sea nuestra última oportunidad hasta la primavera. No sé si Melanthe podrá venir, pero seguro que Julian y Alessandra estarán allí. Será una buena ocasión para que los conozcas".

"Cuéntame algo de ellos, ya que estoy segura de que habrán oído hablar de mí a Jacinto y a tu hermana", le instó Tamera, dándole un codazo con el hombro.

"Julian tiene una tienda de antigüedades en Manhattan. Puede que hayas oído hablar de él", giró la cabeza para observar su expresión. "Julian DiConti".

Tardó un minuto, pero se apartó, sentándose erguida para mirarle fijamente con los ojos de lado. "¿Julian DiConti? ¿Ese Julian DiConti?"

Sonrió, asintiendo. "Sí".

Ella lo confirmó. "¿El multimillonario?"

"Mmhmm".

"Y viene a una barbacoa en el patio trasero de Troy".

Kester se echó a reír. "Oye, hasta los multimillonarios son sólo personas". Se mordió el interior de la mejilla. Julian estaba lejos de ser "sólo gente", pero eso no era algo que pudiera contarle todavía. "Alessandra, su mujer, es herborista. Cultiva hierbas en su propio jardín y hace jabones y otras cosas con ellas. También trabaja en cuidados paliativos. En realidad, contrasta un poco con Jacinth y mi hermana. Es más bien tranquila y dulce. Como un Monet frente a un Picasso y un Toulouse-Lautrec".

Tamera soltó una carcajada poco femenina. "¿Picasso? Vale, tengo que preguntar. ¿Cuál es el Picasso?"

Parecía satisfecho de sí mismo por haberla hecho reír. "Jacinth, sin duda".

"Aún son recién casados, se casaron en algún momento de este verano, y tienen un Borzoi

enorme".

Ella parpadeó. "Recién casados. Borzoi, que es un perro lobo ruso, si no recuerdo mal. Entendido".

Kester se puso sobrio. "Acogieron a los hijos de Melanthe -titubeó, pero corrigió rápidamente- cuando Beatrice acechaba a Melanthe y Katerina. El marido de Melanthe estaba entonces en la Marina, en un barco, y Melanthe estaba sola porque sus hijos habían nacido antes de tiempo. Así que Julian y Alessandra la llevaron a su casa, donde estaría a salvo. Ahora su marido está en casa", añadió. "Su alistamiento había terminado y quería estar allí para ayudar a criar a las niñas. Viven en la antigua casa de Katerina, que están a punto de comprarle, ya que se ha ido a vivir con Troy."

"¿Y el resto de tu familia está en Maine?", preguntó ella, recordando que su abuela vivía allí.

"Sí, la mayoría. Mamá y papá están allí, no muy lejos de YiaYia. Y luego hay un montón de tíos y tías. Unos cuantos primos se han dispersado, alejándose de la zona, pero la mayoría sigue estando al menos a una hora en coche de Bangor". Sonrió. "Cuando nos reunimos todos para Acción de Gracias, tenemos que alquilar una habitación en el centro comunitario local, porque todos... y quiero decir todos... convergen en Bangor".

"¡Vaya! ¿Dónde duerme todo el mundo? Si vienen de fuera".

"Colchones de aire", dijo, con una risita. "Mi tío Ted tiene un almacén lleno de colchones de aire, almohadas, sábanas, mantas. Todas esas cosas. Los familiares que llegan se reparten entre las familias locales. Ted se encarga de las llegadas de última hora que no se habían planeado con antelación, llama por ahí y encuentra a alguien que tenga sitio. Luego la tía Betty se encarga del menú, de llevar la cuenta de quién trae qué. Tiene una hoja de cálculo. También tiene un almacén con vajilla, cubertería de plata, platos para servir, todo ese tipo de cosas. Mi prima Angela, que tiene cincuenta años y es una agente de bolsa muy poderosa, se encarga de la decoración, también con el almacén. Tiene cuatro hijos y todos la ayudan. Es increíble verlos entrar en acción".

La mente de Tamera estaba aturdida. "No puedo ni empezar a imaginármelo", admitió. "¿También lo hacéis en Navidad?".

"No, no. Caramba". Kester hizo una mueca. "¡Una vez al año es suficiente! En Navidad nos ceñimos a grupos familiares más pequeños. Hay muchas visitas, por supuesto, y a veces alguien alquila un carro de heno y los que quieren van a cantar villancicos. También hacemos un amigo invisible que abarca a toda la familia extensa. Mi tía Greta se encarga de ello, también con una hoja de cálculo. Y casi todo el mundo va al gran encendido del árbol en Bangor, que tiene lugar una semana antes de Navidad. De hecho -añadió-, tengo que hablar con Katerina y Melanthe para ver si quieren venir en coche y pasar el fin de semana con papá y mamá".

"Eso estaría bien para todos". Tamera no podía imaginar que no quisieran. Si ella tuviera una familia así, seguro que iría. Tuvo que reprimir un suspiro, pero apartó la nostalgia. Le encantaba oír hablar de la familia Kazakis.

"Sabes -dijo-, con tus dos hermanas y sus familias... bueno, prometida, en el caso de Katerina... viviendo aquí, en esta zona, podrías empezar a organizar tus propias fiestas, más pequeñas. No en Acción de Gracias, claro", se apresuró a decir, "sino en otras ocasiones".

Kester aceptó la idea de inmediato y se le iluminó la cara mientras la abrazaba. "¡Eh, es una gran idea! Me gusta. Hablaré con Melanthe y Katerina, a ver qué se nos ocurre para estas Navidades".

Ella soltó una risita y le dio un codazo. "No te olvides de Año Nuevo".

"¡Ja!" exclamó Kester. "Podemos reunirnos en casa de Troy y ver la caída de la bola en

Times Square en su gran pantalla".

"¡Oh, eso funciona!"

"Se lo diré", dijo sonriendo.

Tamera alzó las cejas. "¿Contar, no preguntar?"

"¿Para qué preguntar y darles la oportunidad de echarse atrás? Además, les diré que tú y yo llevaremos el champán".

Un cálido resplandor pareció invadirla por dentro y sus labios se curvaron en una sonrisa. "¿Yo también?"

"Por supuesto". Se inclinó para besarla suavemente. "Estamos saliendo, ¿recuerdas? Eso os convierte en familia".

Ella tragó saliva y le miró a la cara para ver si lo decía en serio. "¿De verdad?"

Él le devolvió la sonrisa. "Sí, de verdad". Entrelazó sus dedos con los de ella, estrechándole la mano. Su sonrisa se desvaneció mientras la miraba. Cuando volvió a hablar, su voz era seria. "Sé que está ocurriendo muy deprisa. Probablemente demasiado rápido, dirían otros. Pero lo que siento por ti es fuerte, y es real, Tamera. Y quiero ver adónde lleva esto".

La esperanza luchaba en su pecho con la aprensión. La atracción que sentía hacia Kester era muy fuerte, y estaba claro que él también la sentía, pero... su mente se remontó a aquella mañana. Recordaba claramente el salto en el aire, sus dedos cerrándose en torno al arrendajo. Sus frenéticos latidos y sus ojos llenos de pánico.

Su sentido de pertenencia aquí, en este grupo de gente divertida y amistosa, iba en aumento, y con Kester también tendría la oportunidad de tener una familia. Pero perder el control de la realidad era una posibilidad muy real, pensó con una mueca interior. La locura siempre rondaba en la periferia, el descenso a la locura parecía inevitable.

Y sin embargo... si era inevitable, ocurriría tanto si estaba con Kester como si no. Así que, ¿por qué no aprovechar ahora la oportunidad de ser feliz? *Y tal vez, le susurró su voz interior, tendrás a alguien que venga a visitarte cuando estés internada.* Se sacudió los pensamientos morbosos. Si dejaba que el miedo la retuviera y no ocurría lo peor, se habría perdido a... Kester.

El corazón le dio un vuelco en el pecho y suspiró suavemente, apretando los dedos alrededor de los de él.

"Yo también lo siento". Dudó; no era justo no ser al menos parcialmente sincera con él. "Pero hay cosas que no sabes de mí. Cosas que no puedo contarte, al menos por ahora".

¿Eran imaginaciones suyas o la comprensión se reflejaba en su rostro? Kester se llevó la mano a los labios y la besó.

"Yo también tengo cosas que aún no puedo contarte", le dijo. "Todo irá bien, Tamera. Te lo prometo".

CAPÍTULO 13



LAS CAMPANAS DE la tienda que había sobre la puerta repicaron cuando una pareja mayor salió de la tienda de antigüedades escondida en una calle lateral de Manhattan. Satisfecho con su última venta, el mago Julian se movió por la tienda, preparándose para cerrar. Un rápido vistazo a un reloj cercano (alemán, Regula, de pesas con péndulo, tallado a mano, de mediados del siglo XX) mostró que aún faltaba media hora para el cierre.

Exhalando un suspiro de impaciencia, consideró la posibilidad de cerrar antes y dirigirse a Staten Island, donde vivía con Alessandra, su mujer desde hacía dos meses. Se habían casado en una tranquila ceremonia civil a la que sólo asistieron la madre y la hermana de ella, así como Jacinth y Douglas, además de los dos hijos de éste. A la joven Molly le había decepcionado que no hubiera iglesia ni un elegante vestido de novia ni un paseo por el pasillo, pero se había conformado con que tendría todas esas cosas cuando Douglas y Jacinth se casaran, además de la promesa de que podría ser la niña de las flores.

Divertido por el recuerdo, Julián se dirigía rápidamente hacia la caja registradora para cerrarla, cuando la puerta principal tembló, como si alguien hubiera presionado contra ella. Suspiró ¡Atrapado! Más clientes significaría que tendría que quedarse hasta el cierre, y él quería llegar hasta su nueva esposa y pasar algún tiempo con ella. Ah, bueno.

Sin embargo, la puerta permanecía cerrada, y Julian acababa de abrir la caja registradora cuando se oyó un extraño sonido de arañazos procedente de debajo de la puerta. ¿Qué demonios? Se acercó y la abrió de un tirón para mirar fuera.

¿Mew?

Su mirada se desvió hacia la acera, donde un pequeño gatito le contemplaba, con la cabeza inclinada hacia arriba y unos celestiales ojos azules que le dirigían un seráfico parpadeo.

¡Santa Madre María y José! pensó, parpadeando ante el gatito, con la respiración entrecortada. Se trataba de algún tipo de criatura mágica. La magia resplandecía en el pelaje blanco del gatito. Al cabo de un momento, hizo una reverencia formal y retrocedió un paso para abrir más la puerta.

"Eres bienvenido a la hospitalidad y seguridad de mi establecimiento". Las palabras formales de saludo acudieron instintivamente a sus labios. No tenía ni idea de si el gatito podía entenderle o no, pero se adelantó, rozándole el tobillo al pasar al interior de la tienda. El gatito se puso en cucullas, y Julian consiguió atraparlo con ambas manos mientras se lanzaba hacia el alto mostrador.

"¡Vaya, pequeñín!" Se rió, levantando al gatito para colocarlo a salvo sobre la encimera.

Mago y gatito se miraron. Por su tamaño, parecía tener unos dos o tres meses, aunque Julian no era muy bueno con las edades de los gatitos. Su pelaje era largo y esponjoso, más blanco que el blanco, casi brillante bajo las tenues luces de la caja registradora. Estaba bien cuidado y los ojos brillaban con salud e inteligencia.

Julián extendió cortésmente la mano para que el gatito la olisqueara, y fue recompensado por un deslizamiento del suave hocico contra sus dedos.

"Tengo un poco de leche, si quieres", ofreció. Sólo los necios suponían que un ser sobrenatural que no tenía forma humana no podía entender. Este gatito podía entender o no, pero él iba a ser respetuoso. Al no recibir más que una mirada curiosa, se dirigió a la trastienda, contento de tener siempre nata fresca para acompañar el té y el café que ofrecía a sus clientes. Al volver con el recipiente, cogió un platito de un juego de té y, sin importarle la antigüedad del plato (había adornado la Corte del Sol de Luis XIV), lo colocó sobre el mostrador y vertió en él un poco de nata. El gatito ronroneó alegremente mientras hundía la nariz en el líquido, lamiendo con su pequeña lengua rosada.

Mientras se ocupaba de esto, Julian pasó por su mente todo lo que sabía de los animales mágicos. Éste no era un cambiaformas, tenía un "tacto" totalmente erróneo. Desde que una pequeña familia de cambiaformas había residido recientemente, aunque por poco tiempo, con Alessandra y él, era mucho más sensible a la presencia de magia cambiaformas de lo que había sido antes.

No, a menos que se equivocara, aquel gatito era un Familiar, en su Viaje para encontrar a la bruja o brujo que elegiría para unir su magia a la suya. Tampoco era probable que el momento fuera una coincidencia; mañana habían sido invitados, junto con Douglas y Jacinth y sus hijos, a la casa de Troy y Katerina para una barbacoa. Este pequeño se dirigía a la comunidad mágica que crecía lentamente en el valle del Hudson, estaba seguro de ello.

"Muy bien", le dijo al gatito. "Mañana te llevaremos a Jacinto. Ella es una Djinn, tal vez pueda comunicarse contigo un poco mejor y saber qué quieres de nosotros".

Al terminar la crema, el gatito le ignoró y se abalanzó sobre el resguardo de crédito cercano que aún no había guardado de su última venta. Lo cogió riendo y lo introdujo en la caja registradora.

"¡No, no! Lo necesito".

Lo dejó en el suelo y cogió un coche de Hot Wheels de una mesa cercana (Redline, Custom Camaro, 1967). ¿Quién iba a pensar que los Hot Wheels se convertirían en antigüedades con valor? Pero al gatito le hizo gracia y empezó a batear el coche por el suelo y a abalanzarse sobre él. Julián puso el letrero de la tienda en Cerrado y fue a cerrar la caja registradora, guardando la recaudación y los resguardos de los cargos en la caja fuerte de la trastienda.

Hecho esto, cogió al gatito y el coche de Hot Wheels, y salió de la tienda, cerrando la puerta con cuidado tras de sí. En la bodega de la esquina compró un par de latas de comida para gatos, pues las únicas croquetas que tenían eran para gatos adultos. Pero por el momento le bastaría con esto. Subió al coche y colocó al gatito en el asiento del copiloto, y se sintió aliviado al ver que se acurrucaba rápidamente y se dormía. Pasó una mano por su suave pelaje y echó un vistazo... Sí, era una niña.

Una vez a salvo en el tráfico... es decir, esperando a pasar tres semáforos para cruzar el siguiente cruce... llamó a Alessandra por el altavoz del coche.

"Quizá quieras llevar a Beauregard al dormitorio antes de que llegue a casa", le informó. "Tenemos un invitado inesperado".

Su bufido burlón se oyó alto y claro. "No puedo creer que le hayas puesto un nombre a un

Borzoi, Beauregard. Quiero decir, es un sabueso lobo ruso, debería ser Boris, o... o Ivan, o Ilya o algo así. ¿Pero Beauregard?"

Sonrió. "Me gusta".

Yendo al grano, preguntó: "¿Quién va a venir, alguien que yo conozca? ¿Arreglo la cama de invitados?"

"En absoluto. Es un gatito... un Familiar. Entró en la tienda justo cuando estaba cerrando".

Se hizo un silencio de sorpresa.

"¿Un familiar?" aventuró Alessandra con cautela. "¿Quieres decir lo que creo que quieres decir?"

Julian se rió entre dientes. "Probablemente, al menos en su concepto general. Al menos, creo que eso es lo que ella es. Tendremos que llevarla con nosotros mañana, tengo la sensación de que está destinada a estar con esa comunidad de ahí arriba".

"Aún tenemos un poco de arena para gatos de cuando estaban aquí los gatitos de Melanthe, pero no tenemos comida para gatos". Alessandra se inquietó.

"No te preocupes. He comprado un par de latas en la bodega, y después de cenar iré a comprar más, además de comida para gatitos. No necesitaremos mucho, sólo para aguantar hasta mañana por la tarde".

"¡Perfecto!" Podía oír la cálida sonrisa de Alessandra a través del teléfono. "Te veré cuando llegues a casa, entonces. Conduce con cuidado".

"Siempre".

CAPÍTULO 14



"¡UN GATITO!" "¡Un gatito!"

Benny y Molly corrieron por el patio hacia donde Julian y Alessandra subían por el camino de entrada, y el gatito se apartó a un lado para golpear unas hojas caídas.

"¡Niños!" La voz de Jacinth, inusualmente severa, los detuvo en seco. Miraron por encima del hombro, Ben parecía ligeramente culpable y Molly tenía los ojos azules muy abiertos por la sorpresa.

"¿Qué te han dicho sobre el acercamiento a los animales?"

Benny arañó el suelo con el pie de la zapatilla.

"Suave", balbuceó Molly, y Jacinto le sonrió.

"Sí, eso es. Y acércate despacio. Deja que el gatito venga a ti".

Esto, al parecer, no supuso ningún problema, ya que en ese momento la gatita correteó hasta frotarse contra los tobillos de Molly, y luego se abalanzó sobre los cordones de los zapatos de Benny. Molly soltó una risita y se agachó para acariciarla.

"Es guapa".

"¿Cómo se llama?" quiso saber Benny, mirando a Julián.

"Se llama Lacey", dijo Molly, con los dedos en el pelaje blanco.

Douglas, que había estado comprobando la conexión del gas a la parrilla, se detuvo para mirar a su hija. "¿Cómo lo sabes?"

"No lo sé". Molly parecía confundida por la pregunta. "Sólo lo sé".

"Pues entonces será Lacey", decidió Alessandra.

"¿Debo preocuparme?" preguntó Douglas a Jacinth en voz baja.

"¿No estoy seguro?" El Djinn se mostró inusualmente dubitativo. "¿Julian?"

Julian dejó el paquete de seis cervezas que llevaba sobre la mesa de picnic, mientras Alessandra colocaba junto a él la tarta que llevaba y dejaba caer el bolso sobre un banco. Katerina salió de la casa en ese momento, encendiéndose al verlos. "¡Alessandra! ¡Julian! Hola, me alegro de que hayáis llegado pronto". Vio al gatito, que había plantado el trasero en el suelo y la miraba con un azul seráfico. "¡Caramba, un gatito!".

"Hablas como los niños", refunfuñó Troy, y ella se echó a reír.

"La gatita, que al parecer se llama Lacey", dijo Julian, agachándose para coger a la joven gata en brazos. "Es una Familiar y entró en Caprichos anoche".

"¿Qué es un Familiar?" preguntó Benny.

preguntó Douglas con cautela. "¿Familiar, como...?"

Jacinto hizo una mueca de picardía y asintió. "Las brujas. Son algo".

"Cierto", confirmó Julián. "No es que sea un experto en Familiares, los Magos no los usan. Pero anoche investigué un poco. Los Familiares tienen su propia magia, pero no está totalmente activa hasta que el Familiar encuentra a su bruja... que puede ser hombre o mujer", dijo, anticipándose a Troy, que estaba a punto de interrumpir. "Los magos son algo totalmente distinto. Así que si un Familiar no ha encontrado a su bruja cuando alcanza la madurez, se embarca en una búsqueda, o viaje, para encontrar a esa persona. Esta pequeña -y frotó la oreja del gatito- es un poco joven para eso, se habrá impacientado".

"*Miau*". El gatito pareció estar de acuerdo, chocando la cabeza contra la mano de Julián.

Con aire distraído, Douglas se pasó la mano por el pelo. "¿De repente estamos en uno de esos lugares de hadas de los que hablan? ¿Fey, lo que sea?"

Jacinto soltó una risita. "Creo que te refieres a líneas ley, y no, no estamos en una línea ley. Pero... la magia gravita hacia la magia, eso es innegable".

Katerina asintió solemnemente. "Y con tantos Otros reuniéndose en esta zona, seguro que atraemos a más".

"Hablando de eso..." Jacinto suspiró dramáticamente.

Hubo una extraña sensación de estática en el aire, seguida de un estallido, como el de un petardo. De repente, en medio de ellos había un chico moreno. No tendría más de unos trece años y tenía el pelo desgreñado y negro como la noche. En contraste, su piel era de un pálido lechoso y tenía unos grandes y brillantes ojos marrones, que en ese momento estaban llenos de picardía.

"Joder", corrigió Troy, mirando a los niños.

"¡Hola!" El chico sonrió, pareciendo satisfecho de sí mismo.

"Uhhh..." dijo Douglas.

"Remi, ¿qué haces aquí?" dijo Jacinto, con exagerada paciencia.

"Ah, no seas así". Adoptó el porte de un spaniel abandonado, mirándola con aparente adoración. "Me sentía sola y quería verte".

"Te has aburrido, querrás decir", reprendió Jacinto. "Todos, éste es Remi. También es un Djinn, por si aún no os habéis dado cuenta. Viene del siglo XVI de vez en cuando".

"Hola, Remi". Douglas no parecía sorprendido, pero Troy parecía a punto de desmayarse.

"¿Siglo XIV?"

Katerina soltó una risita. "Hola, Remi. Soy Katerina, y éste es mi Elegido, Troy".

"Aún no te conozco, pero Julián me ha hablado de ti". Alessandra habló con una sonrisa, tendiendo la mano al muchacho. En lugar de estrechársela, Remi se inclinó sobre su mano con una pequeña pero grácil reverencia.

"Es más que un placer", dijo, y su pequeño rostro mostró algo parecido al asombro mientras la contemplaba. "Tu abnegación con tus deseos y romper el hechizo que ataba al mago se cuentan en historias una y otra vez en Qaf".

Alessandra parpadeó, sobresaltada. "¡Oh!" Miró con cierta impotencia a Julián, que se encogió de hombros.

"He oído cuentos", asintió.

Douglas y Troy miraban al gatito como si esperaran que de repente le creciera otra cabeza. Katerina soltó una risita y le dio un codazo a Jacinth. Alessandra frunció el ceño al ver a sus mejores amigas, cogió dos cervezas de la nevera que había en el suelo junto a la mesa de picnic y se las pasó a los dos hombres. "Probablemente necesitéis esto. Remi, ¿quieres beber algo?"

"No puede quedarse", dijo Jacinth con firmeza. "Tenemos una situación y no puede estar aquí cuando llegue Kester con Tamera".

"Awww", Remi reanudó su expresión de cachorrito. Bajó la mirada cuando una pequeña mano se deslizó entre las suyas.

"Bueno, hola", dijo. "¿Quién eres?"

"Soy Molly", ceceó la niña. "Me gustas".

"Oh. Bueno...". Remi lanzó una mirada de pánico a Jacinth, que se limitó a sonreír. "Supongo que tú también me gustas".

Molly levantó los brazos. "¿Abrázame?"

"Claro".

Agachándose, cogió a la niña, que se aferró a él como una lapa.

"No me había dado cuenta de que Molly no lo había conocido", dijo Douglas en voz baja a Jacinth. "Me había acostumbrado tanto a que apareciera por aquí".

"Yo tampoco", confesó, con una sonrisa divertida en el rostro mientras observaba a la joven Djinn con el niño humano. "No la he visto encariñarse con alguien así, excepto con Kieran".

gruñó Douglas. "No me hagas hablar de ese Djinn".

"Eh", objetó Katerina. "Nos salvó totalmente cuando Beatrice vino a por nosotros".

Troy seguía mirando al chico, que había prestado toda su atención a Molly mientras charlaba alegremente. "¿Siglo XIV?"

Jacinto suspiró. "Esperaba que lo dejaras pasar. Debería haber sabido que no lo harías. Sí, los djinn pueden viajar en el tiempo. Pero -añadió mirando severamente a Remi- está absolutamente prohibido, y aunque no me molestan las visitas, Remi podría meterse en un buen lío si lo descubrieran".

Alessandra pareció apiadarse de Remi. "Molly", gritó. "¿Por qué no le presentas tu nueva amiga a Lacey?"

Inmediatamente conforme, Molly se zafó del agarre de Remi y le cogió de la mano, llevándole hasta el borde del patio, donde la gatita perseguía a una mariposa que revoloteaba por la hierba.

Julian se dirigió a Douglas, retomando el anterior tema de discusión que la aparición de Remi había dejado de lado.

"En cuanto a Molly, parece que los Familiares tienen una forma de dar a conocer sus necesidades a los humanos que son...", hizo una pausa, buscando la palabra adecuada. "Receptivos. La gatita puede entendernos, hasta cierto punto, pero hasta que no encuentre a su bruja y se forme un vínculo, y sus magias se fusionen, no será capaz de comprender plenamente el habla humana".

"Y ahora está aquí contigo, ¿por qué?". preguntó Douglas con suspicacia.

"Se supone que está aquí. Con el grupo de vosotros, aquí en el valle del Hudson". Julian se encogió de hombros, con una sonrisa a la vez divertida y de disculpa. "Es que... lo sé. Es como si Molly supiera su nombre".

"Sí. Sobre eso". Douglas se aclaró la garganta. "¿Debo preocuparme?"

Julian sonrió y se dejó caer en una silla mientras destapaba la cerveza que había cogido de la nevera. "No, no te preocupes. Es lo que hacen los niños. Tengo un amigo, su sobrina de cinco años llamó Beth Ann a su yegua árabe de pura raza".

Alessandra parpadeó. "¿Beth Ann? ¿Lo dices en serio?"

"Ya lo creo. Según él, ella insistió en que ése era el nombre de la potra, en el momento en que nació. No se dejó disuadir. Y no hay ni una pizca de sobrenaturalismo en su familia. Es cosa de niños, y no tiene explicación. Molly está bien".

Katerina frunció ligeramente el ceño. "¿Se supone que sólo debe estar con una de nosotras,

en concreto, o en la clínica? Porque, ya sabes, si está en casa de alguien es probable que nos vea todo el tiempo, y ninguna de nosotras es bruja".

"¿Y el Bed and Breakfast?", sugirió Jacinth. "¿Con Angus y Renee?"

La mirada de Julián estaba fija en la gatita. "No parece responder a ninguna de esas sugerencias".

"Toma, probemos algo". Katerina alzó la voz. "¿Molly? ¿Remi? ¿Puedes traer a Lacey, por favor?"

La pareja regresó junto a ellas, con Lacey acurrucada en los brazos de Molly. Katerina cogió al gatito y lo dejó en el suelo. Se volvió hacia sus amigas. "Jacinth quédate ahí, y aquí, Alessandra".

Se dirigió al gatito, que la observaba atentamente. "Así que esto es lo que hay. Si tienes que quedarte con uno de nosotros, ve con esa persona".

Lacey bostezó, mostrando unos dientes blancos, diminutos y muy afilados.

"¿Se supone que no debe acudir a ninguno de nosotros, o es que no lo entiende?". preguntó Troy.

Katerina se frotó la punta de la nariz. "No sé. Vale, probemos esto. Lacey, si lo que quieres es pasar el rato en la clínica veterinaria, acude a Jacinth, que está allí. Si lo que quieres es el Bed and Breakfast, ven a mí".

La gatita la miró pensativa. Durante un minuto pareció que no iba a responder. Luego se estiró lentamente, flexionando las garras delanteras, y se acercó a Jacinto.

"Bueno, ya está decidido", dijo Julián.

Remi parecía encantada. "¡Ha estado muy bien! Me ha parecido que tenía algún tipo de magia. ¿Qué es?"

"Una Familiar", dijo Julian al niño. "Viaja para encontrar a su bruja".

"No sabía que eso existiera".

Jacinth se rió del vocabulario contemporáneo de Remi y le negó con la cabeza mientras levantaba a Lacey y le frotaba la cara en el suave pelaje.

"Puede vivir con nosotros", dijo, "y entonces Douglas puede llevarla a la clínica cuando vaya a trabajar, y traerla a casa por la noche".

Douglas se opuso. "No siempre voy a la clínica todas las mañanas. Estoy fuera revisando caballos y ganado, y a veces no vuelvo hasta por la tarde".

"Podemos trabajar con ella", dijo Katerina. "¿Qué te parece si Troy la trae aquí cuando Douglas tenga citas externas a la mañana siguiente? Entonces él puede llevarla a la clínica por la mañana, y Douglas puede llevarla a casa esa noche".

"Ofréceme como chófer de gatos, ¿por qué no?", refunfuñó Troy, pero se acercó para hacerle cosquillas al gatito bajo la barbilla.

"Tenemos que hablaros de otra cosa importante", dijo Katerina a Julian y Alessandra. Su mirada se posó en Benny y Molly. Y a vosotros dos también. Venid aquí y escuchad".

"Claro, señorita Kat -dijo Benny, saltando sobre ella para abrazarla por la pierna y mirándola con una amplia sonrisa. Ella le alborotó el pelo. Era tan mono, un calco en miniatura de su padre, Douglas.

Remi se acomodó en un banco de picnic, se inclinó para coger un refresco de la nevera y pareció sentirse como en casa. Molly se subió a su lado y le tendió una botella de agua para que la abriera. Él le obedeció, pero le dio un codazo a la niña.

"Presta atención", le advirtió, dirigiendo su atención hacia Katerina.

"¿Qué pasa, Katerina?" preguntó Alessandra, con curiosidad en su mirada alerta.

"Tenemos un nuevo miembro de la comunidad de los Otros. El caso es que no sabemos lo que es", dijo con una mirada preocupada a Jacinto, que asintió.

"Ni siquiera yo sé lo que es", confirmó.

"Creemos que es metamorfa", continuó Katerina. "Pero creemos que nunca se ha transformado y que no sabe que lo es. De hecho, creemos que ni siquiera sabe que existen los metamorfos, ni ningún tipo de Otros. Es la nueva recepcionista de la clínica y se aloja en el Johnston's Bed and Breakfast, al final de la calle. Kester también se aloja allí y la traerá en breve. Quería avisaros a todos, para que sepáis que no debéis mencionar a los metamorfos, ni la magia, ni... bueno, ya sabéis. Todo eso -terminó.

Molly se deslizó fuera del banco y fue hacia Katerina, tirando de su mano. "No lo contaré", prometió la niña.

Riéndose, Katerina se inclinó para abrazarla. "Sé que no lo harás, monada".

"Yo tampoco", declaró Benny. Miró ansiosamente a Katerina. "Pero vas a ayudarla, ¿no? ¿Para que pueda transformarse? ¿Y es una mapache de Maine como tú?".

"Maine Coon", corrigió Katerina distraídamente. "Y no, no sabremos lo que es hasta que cambie por primera vez".

Volvió a revolverle el pelo. "¿Por qué no llevas a Molly a ver a los cachorros? Están en el granero con Cherie".

"¡Vale!" Gritó emocionado. "¡Molly, vamos!"

Douglas se rió entre dientes. "No pueden esperar a que su cachorro sea lo bastante mayor para venir a casa con nosotros".

"Incluso se olvidaron de Lacey", coincidió Jacinth. "Menos mal".

Señaló hacia el banco de picnic, donde una bolita blanca de pelo estaba acurrucada en medio del bolso de Alessandra, profundamente dormida. Su esponjosa cola la envolvía, de modo que sólo asomaba la punta rosada de su nariz.

"Supongo que en algún momento le dirás... ¿cómo se llama?".

"Tamera Austen", respondió Katerina.

"Bien. Así que en algún momento le hablarás de la magia, y Otros...". Alessandra sonaba insegura, no como una afirmación, pero tampoco como una pregunta.

"Sí, sin duda", asintió Katerina. "Pero es una situación delicada, sobre todo si resulta que no es Otra en absoluto".

Jacinth lo secundó. "Sí, pero estamos bastante seguros de que lo es, sólo que no sabemos qué y no sabemos cuánto sabe, si es que sabe algo, sobre Otros".

"Mi abuela, Maroulla, la guardiana del noreste... la conociste en la vista de Beatrice -dijo Katerina a Douglas-, va a venir de Maine en las próximas semanas. Está preguntando en el Consejo si alguien ha tenido alguna experiencia con este tipo de situación. Quiere conocer a Tamera, y tomará la decisión final de decírselo o esperar".

"Parece que por ahora lo tienes bajo control", dijo Julián.

"Entonces, brujas", incitó Troy.

De pie junto a él, Douglas asintió. "Sí, sobre las brujas".

Jacinth soltó una risita. "Sois tan... tan..."

"Obsesionada", añadió Katerina, con una sonrisa y un guiño socarrón a Alessandra.

Julian se dio la vuelta, probablemente para ocultar una sonrisa, y se afanó en meter en la nevera la cerveza que había traído.

"Son una cosa", dijo Jacinto. "Supéralo".

"Y magos", le recordó Douglas a Troy.

"Cierto. Magos".

Katerina suspiró, poniendo los ojos en blanco. "Sí, también son una cosa".

Remi, desde el banco donde escuchaba con aparente fascinación, sonrió con picardía. "¿Supongo que no deberías hablarles de los dragones?"

"¡Dragones!" gritó Douglas, con los ojos muy abiertos mientras miraba a las mujeres.

Katerina puso los ojos en blanco. "Gracias por eso, Remi".

"Tranquilo", dijo Troy a Douglas. "Ahora sólo nos tienen a nosotros".

Jacinth le frunció el ceño. "Oh, no, no lo haremos".

El gran veterinario palideció bajo su profundo bronceado. "¿Qué?"

"Hay dragones". Katerina le dio unas palmaditas en el brazo en señal de simpatía. "¿Quieres que vaya a buscar al JD?"

"¿Cambiantes de dragón?" preguntó Douglas, estrechando los ojos hacia Jacinth.

Se mordió el labio, pareciendo un poco culpable. "¿No? Realmente dragones".

"Aunque pueden adoptar forma humana -añadió Katerina, reprimiendo una risita-

"Ah, demonios".

Troy se dirigió a la puerta de la cocina, abriéndola de un tirón lo bastante fuerte como para casi arrancarla de sus goznes. Desapareció en el interior de la casa y salió con una botella familiar y tres vasos de chupito. Los colocó sobre la mesa de picnic y llenó dos de ellos. Enarcando una ceja, miró a Julian. "¿Te apuntas?"

"Ya lo sabía, pero nunca rechazo el whisky".

Troy llenó el tercer vaso, y los tres cogieron sus vasos y volvieron a tirar el whisky.

Douglas estrechó la mirada hacia su prometida, a quien le costaba contener la risa. "Nos vamos a volver alcohólicos si sigues soltándonos bombas de una en una. ¿No sería mejor que nos lo soltaras todo de una vez? Así nos daríamos una gran borrachera y acabaríamos de una vez".

"¿Dónde está la gracia en eso?" rió Katerina, sin esforzarse tanto como Jacinto por ocultar su diversión.

Remi se reía tanto que casi se cae del banco, haciendo que Molly soltara una risita. Volvió a subirse al banco junto a él, contoneándose para acomodarse. Aparentemente resignado a su nueva compañera, la cambió de sitio para que estuviera más segura.

"Ten cuidado y no te caigas", advirtió.

"No lo haré", prometió ella. "¿Dónde vives?"

"Vivo en un lugar llamado Qaf".

Molly asintió con conocimiento de causa. "Ah, ya lo sé. De ahí salió la señorita Jas".

"Así es".

"He estado allí, y he jugado con Layla".

"Uh...."

Jacinth lo rescató. "Remi es de otra aldea de Qaf", le dijo a Molly. "Probablemente no conocería a Layla".

"Ah, vale". Miró a Remi, con sus grandes ojos azules suplicantes. "¿Vendrás a verme otra vez?"

"Claro", dijo él fácilmente, despeinándole los rizos rubios. "Seguro que puedo hacerlo".

Jacinth parecía dolida, y a su lado Douglas ocultaba una sonrisa.

"Vale, vale. Ya basta por ahora. Es hora de poner la carne en la parrilla", dijo Troy, señalando la bandeja que contenía montones de hamburguesas y perritos calientes.

"¿Adivinas lo que he traído? Jacinth se animó, parecía emocionada. "Encontré un juego llamado Croquet, así que lo compré y lo traje. Pensé que podríamos montarlo y jugar después de

comer".

"¡Ohmigosh! ¡Hace años que no juego al croquet!" declaró Katerina. "Vamos a prepararlo ya. Douglas, ven. Troy puede hacer las presentaciones cuando lleguen Kester y Tamera".

"Hablando de los cuales, ¡atentos!" les dijo Alessandra. "Oigo un coche que se detiene en la entrada".

"Ah, claro", dijo Katerina. "Vale, todos... mamá es la palabra, ¿entendido?".

"Entendido", fue el coro del grupo de amigos.

CAPÍTULO 15



ESTA GENTE sí que sabía organizar una barbacoa, decidió Tamera. La casa de Troy y Katerina era increíble. Tenían una vieja granja de dos plantas, flanqueada por un gran granero detrás de la casa y unos corrales perfectamente vallados. Unos enormes caballos negros -frisones, según le dijeron- pastaban en el prado de más allá.

En el patio trasero había esparcidas varias mesas y sillas de hierro forjado. Al borde del patio había una nevera llena de cerveza, y otra con refrescos y aguas con gas. Una mesa de picnic de madera cercana gemía bajo cuencos de pasta y ensalada, platos de pan, una olla de barro con algún tipo de alubias dentro, así como condimentos y bolsas de bollos. En una mesa cercana, más pequeña, había un surtido de postres. Tamera colocó en esta mesa la bandeja de galletas que le había dado Renee en la posada. Al otro lado del patio, Troy atendía una enorme parrilla de ladrillo, donde hacía hábiles pasadas con unas pinzas sobre varias hamburguesas y perritos calientes. Jacinth, Douglas y Katerina estaban en el otro extremo del patio, discutiendo amistosamente sobre la colocación de lo que parecían mimbres para jugar al croquet.

"¡Eh, bienvenidos!" Katerina abandonó las mimbres de croquet y se acercó a saludarlos, dándole un fuerte abrazo a Kester. "Venid a conocer a Julian y a Alessandra", invitó. "Son muy buenos amigos, pero viven en Staten Island, así que no los vemos mucho. Aunque siempre intentan venir a nuestras barbacoas de fin de semana".

Julían era un hombre delgado y de ojos oscuros, con un leve acento que sonaba vagamente a latín, y su esposa, Alessandra, era una mujer alegre, de pelo largo y rubio pálido, con un marcado estilo bohemio, que vestía una maxifalda larga y una túnica larga y holgada, sujeta a la cintura con un cinturón ancho de cuero. Curiosamente, la pareja había traído consigo un gatito, una monada de pelaje blanco y dulces ojos azul zafiro. Era el gatito más mono que Tamera había visto nunca, y eso ya era mucho decir, pues había visto muchos gatitos en sus años de trabajo en el refugio de rescate de gatos. Se había hecho un nido en el bolso de alguien que estaba en el banco del picnic, y se limitó a parpadear soñoliento antes de reanudar la siesta.

"Julian tiene una tienda de antigüedades en Manhattan", le dijo Katerina. "Se llama Caprichos. También es el artífice de la exposición "Uncommon Threads" de la que habrás oído hablar. Hay una exposición permanente en D.C., que, por cierto, todos tenemos que hacer una excursión de fin de semana e ir a ver". Mientras Tamera aún intentaba asimilar todo aquello, Katerina se adelantó. "Alessandra trabaja en cuidados paliativos, y también cultiva sus propias hierbas y hace lociones y jabones que son de otro mundo".

Tamera apenas había tenido tiempo de estrechar la mano e intercambiar saludos con la

pareja, cuando dos niños pequeños corrieron hacia ellos, exigiendo saber quién era. Riendo, Katerina hizo las presentaciones a los hijos de Douglas. Tras ellos iba un joven adolescente con el pelo alborotado y desgredado, como erizado en punta. Al parecer, era amigo de la familia de Jacinth y Douglas, y les fue presentado simplemente como Remi.

Benny, un niño de ojos brillantes de unos seis años, era un calco de su padre, mientras que Molly, de cuatro años, era una bonita duendecilla rubia. Lo primero que hicieron los niños tras ser presentados fue arrastrarla al establo para que viera a "su" cachorro. En un amplio establo, cinco dulces cachorros de collie, con narices puntiagudas y pelaje esponjoso que sobresalía de sus cuerpos regordetes, jugueteaban alrededor de un collie de pelo áspero, de aspecto sereno y digno.

"Es Cherie".

Cherie levantó las orejas y se levantó para inspeccionar al visitante, olisqueando la mano de Tamera y dando un suave "guau". Benny señaló al cachorro que iba a ser suyo, el único que tenía una raya blanca en la cabeza. Cuando Tamera hubo admirado al cachorro para su satisfacción, salieron del establo. Cherie agitó la cola y se tumbó en la puerta, impidiendo que sus cachorros la siguieran.

Molly, que parecía la sombra de Remi, tiró de la mano del chico. "Ven a ver a nuestro caballito".

"Tenemos nuestro propio caballo", le dijo Benny a Tamera con orgullo. La condujo por el granero hasta otro establo, en el que había una preciosa yegua palomino. A su lado había una potranca, de no más de unos meses, a juicio de Tamera, que era un calco en miniatura de su madre.

"¡Arriba!", exigió Molly, y Remi, complacida, la levantó para que pudiera ver por encima de la puerta de la caseta, y todas se asomaron a ella.

"La yegua es Firefly", la presentó Benny, casi saltando de emoción. "Y la potra es LadyBug. Le pusimos nombre", dijo, con el pecho hinchado de orgullo.

Tamera tuvo que morderse el interior de las mejillas para no echarse a reír. "Y es un nombre muy bonito", aprobó, ganándose una mirada radiante de ambos niños.

"Voy a montarla cuando sea mayor", anunció Molly, contoneándose para bajar ahora que había visto los caballos.

Benny fijó su mirada esperanzada en el rostro de Tamera. "No se nos permite entrar en la caseta para acariciarla a menos que haya un adulto presente", le dijo secamente.

La inferencia estaba clara; sin embargo, Tamera no se sentía con la experiencia adecuada para esta responsabilidad, y puso reparos. "Luciérnaga no me conoce y podría enfadarse. Sería mejor que esperaras a que tu padre o Jacinto te dejaran entrar".

"La llamamos señorita Jas", le informó Molly. "Pero va a ser nuestra nueva mamá".

"Sí, lo he oído". Un poco perdida en esta conversación, y sin saber qué más decir, recibió con alivio el acercamiento de Kester.

Tenía un aspecto fabuloso con unos pantalones caqui holgados y un polo verde que complementaban su color dorado. Su aspecto arreglado se contradecía con las desaliñadas zapatillas de tenis que llevaba, que parecían haber vivido sus mejores años hacía una década. Ella se mordió una risita y él le sonrió.

"Son cómodos, ¿qué puedo decir?". Se inclinó para coger a Molly, acomodándola fácilmente en su cadera. "Vamos, cacahuete, casi es hora de comer".

Benny deslizó su mano en la de Tamera, transmitiéndole un cálido y difuso resplandor de aceptación mientras saltaba a su lado cuando salieron al intenso sol. Se sentó en una silla junto a

una de las mesas, un poco acalorada por el calor del granero. Katerina se dejó caer en la silla de al lado y le pasó una botella de agua.

"Hidrátate primero", sugirió, "y luego la cerveza".

Tamera alzó la botella hacia ella en un brindis silencioso y bebió un gran trago. "Mucho mejor", dijo aliviada.

"Troy está planeando renovar el granero", se compadeció su amiga. "Esperamos empezar a principios de primavera, para que esté terminado antes de que vuelva el calor del verano. Estará bien aislado, con ventiladores para mantenerlo fresco".

Alessandra se acercó a ver cómo se cocinaba la carne en la parrilla. "¿Puedo acompañarte?"

Katerina hizo un gesto con la mano hacia las otras dos sillas libres. "Pues claro".

"¿Y qué es eso de los Hilos No Comunes que mencionó Katerina?". preguntó Tamera con curiosidad. "Es un nombre intrigante y me ha picado la curiosidad".

"¡Oh!" Alessandra se echó a reír y se acomodó en su silla. "Así que Julian había estado de compras de antigüedades en la India hace unos años, y vio a unas mujeres sentadas a orillas de un río, bordando en unas prendas preciosas... con lentejuelas e hilos de plata y oro, ese tipo de cosas. Descubrió que eran viudas y huérfanas. Algo así como los desechos de la sociedad, ¿sabes? En fin, trabajaban por unos céntimos, prácticamente como esclavas. Así que puso en marcha un taller para ellas, nombró a un gerente. Compró algunas de las cosas que hacían y creó una colección llamada Uncommon Threads. Se expuso aquí, en Nueva York, durante unas semanas, y luego se fue de gira por todo el país. Los beneficios se reparten entre los trabajadores de India y los programas contra el maltrato doméstico aquí en Estados Unidos".

"¡Vaya! Nunca había oído hablar de él", exclamó Tamera. "Me encantaría verlo".

Katerina le sonrió. "Julian contrató a la hermana de Alessandra, Laura, para que fuera la encargada en D.C., donde está permanentemente. Les he estado diciendo a Alessandra y Jacinth que deberíamos hacer unas vacaciones Just Girls e ir a D.C., ver la colección, comprar en las tiendas, echar un vistazo a los cafés y restaurantes. ¿Quieres venir con nosotras?"

Tamera casi saltó de la silla. "¡Puedes contar conmigo!"

En ese momento, Troy anunció que la carne estaba lista y deslizó sobre la mesa una bandeja con hamburguesas y perritos calientes recién asados. Todo el mundo se reunió alrededor y amontonó comida en sus platos. Tamera acabó sentada con Kester, Katerina y Troy en una de las mesas de hierro forjado. El adolescente Remi pareció responsabilizarse de los niños, ayudando a Molly a llenar su plato y acomodándolos en una mesa más pequeña a un lado, obviamente para los niños. Su propio plato estaba tan lleno que ella abrió los ojos con asombro, preguntándose cómo era posible que se comiera todo aquello.

La conversación se volvió superficial mientras cada uno se zampaba su comida.

Cuando todos hubieron terminado, Troy fue al granero y silbó. Cherie salió trotando, con los cachorros pisándole los talones. Convergió sobre los reunidos con alegres ladridos.

"¿Alguien quiere postre? Katerina se levantó para inspeccionar lo que había en la mesa auxiliar. "¿Son galletas de chocolate de Renee?", preguntó a Tamera por encima del hombro.

"Lo son", dijo Tamera, asintiendo mientras cogía una. "Es sencillamente increíble".

"Lo sé, ¿verdad? Alessandra!" llamó Katerina. "No has probado nada de la repostería de Renee. Es una de las propietarias de la pensión en la que estuve... antes... ya sabes... -su voz se entrecortó mientras lanzaba una mirada de reojo a Tamera-.

Tamera soltó una risita. "El acosador. Recuerda que me lo contaste cuando Jacinth y tú me llevasteis a comer, mi primer día de trabajo. Además, Barbara y Tom me lo contaron todo, mi primer día en la clínica".

"Ah, es verdad".

Un aullido repentino atravesó el aire, y todos los adultos se pusieron en pie de un salto, mirando a su alrededor. Al parecer, los cachorros se habían puesto demasiado exuberantes y Molly había sido derribada. Alarmados por sus gritos, los cachorros se dispersaron mientras Jacinth y Douglas convergían sobre la niña, seguidos de cerca por Remi, observó Tamera con cierta diversión.

Molly dejó de llorar cuando Jacinth llegó hasta ella. Sin embargo, al ver su rodilla raspada, prorrumpió en más lamentos. Haciendo sonidos tranquilizadores, Jacinth levantó a la niña en brazos.

"Sólo es un rasguño", les tranquilizó. "Creo que está más disgustada por el agujero en su mono nuevo que por el agujero en la rodilla".

Justo entonces, Remi se puso rígido, sus ojos se abrieron de par en par y una mirada de pánico apareció en sus ojos. Salió disparado, desapareciendo por la esquina de la casa.

Al instante siguiente, un hombre alto apareció junto a Jacinto. Literalmente, apareció. De la nada, pensó Tamera, retrocediendo a trompicones mientras miraba incrédula. Tal vez fuera eso. Por fin se había vuelto loca de verdad y estaba sufriendo un brote psicótico. Pero no... los demás a su alrededor también miraban al hombre. Estaba claro que podían verle, y ninguno de ellos parecía sorprendido en lo más mínimo.

Volvió a mirar al recién llegado. Medía más de metro ochenta y era delgado, con una larga cabellera del más puro blanco plateado que le caía por la espalda. Su piel también era pálida, pero unas cejas negras se recortaban sobre unos penetrantes ojos azules. Y... tragó saliva... sus orejas eran puntiagudas, arqueadas hacia arriba y hacia atrás.

"¿Qué es esto, Jacinth?" Su voz era dura y fría como el hielo, haciendo que Tamera se estremeciera de miedo. "Con tantos adultos presentes, ¿ninguno de vosotros puede ver que el niño no sufra ningún daño?"

Extendió la mano y levantó a Molly de los brazos de Jacinto. En lugar de asustarse, la niña se acercó a él de buena gana, incluso con impaciencia, rodeándole el cuello con sus brazos regordetes y olvidando aparentemente la rodilla raspada. No parecía nada apaciguado por ello, sus fríos ojos ardían como hielo seco cuando su mirada los recorrió.

Cerca de él, Kester se inclinó hacia Katerina y le dijo en voz baja: "Vale, sí, ya veo lo que querías decir, hermanita. Estoy muy intimidado".

Los ojos oscuros de Jacinth destellaban de indignación mientras se enfrentaba al... lo que quiera que fuese.

"Es una niña, Kieran. Quizá han pasado tantos siglos que has olvidado lo que era ser un niño. Los niños juegan. Se suben a los árboles y se caen, se golpean con pelotas de béisbol en un partido, se caen y se raspan las rodillas y los codos aprendiendo a montar en bicicleta o en monopatín. A veces se hacen daño. Se llama vida. Por el amor de Dios, la acaba de tumbar un cachorro excitado. Todos estábamos aquí, Kieran".

¿Siglos? ¿Acaba de decir *siglos*?

"Ut oh". El brazo de Kester le rodeó la cintura justo cuando se le doblaron las rodillas. Tamera lo miró fijamente, con un extraño zumbido en la cabeza.

"Esto no es real", susurró. "Estoy alucinando".

"¡Ahora mira lo que has hecho!" La voz de Jacinth le llegó por encima de la cabeza mientras Kester la bajaba al banco de la mesa de picnic. Katerina vino a sentarse a su lado, apoyando su otro costado, cogiéndole una mano en un cálido apretón.

"¿Explicar qué? Estos dos hombres son tus Elegidos, los niños saben lo que somos y todos

los demás aquí son cambiaformas. Yo no cometo esos errores, Jacinto".

Los ojos dorados de Katerina volaron hacia Kester, y sus miradas se sostuvieron.

"Bueno, eso resuelve la duda", murmuró en voz baja.

El hombre alto se acercó al pequeño grupo reunido alrededor de la mesa de picnic. Tamera agarró con fuerza la mano de Katerina y tragó saliva. Era absolutamente aterrador, aunque no hubiera sido por la forma en que había aparecido de la nada. Literalmente, apareció. Así, sin más. Tenía que estar alucinando.

"¡Genial!" Benny se abrió paso entre el bosque de adultos para venir a mirarla con los ojos muy abiertos. "¿Eres un mapache de Maine como la señorita Kat?".

Se oyó una risita reprimida... de Jacinto, pensó... pero fue Katerina quien contestó.

"Maine Coon, Benny. Somos una raza de gatos".

¿Nosotros?

Benny se mantuvo firme, con su joven rostro marcado por líneas obstinadas. "Los mapaches de Maine proceden de los mapaches. Lo ponía en Google, lo he buscado".

"Quizá podamos dejar esta discusión para más tarde. Kieran". Aparentemente no intimidado, Troy se dirigió al hombre alto, ante la intensa admiración de Tamera. "Supongo, por lo que has dicho, que crees que Tamera, la joven aquí presente, es una cambiaformas".

La barbilla del hombre se alzó con arrogancia. "Ciertamente es una metamorfa, ¿por qué lo dudas?".

"No hemos podido saberlo", dijo Katerina. "Creemos que, de alguna manera, nunca ha cambiado. No sabe lo que es, ni sabe nada de los Otros. O -añadió mirando a Kieran-, al menos no lo sabía. Supongo que ahora lo sabe".

Un ceño fruncido cruzó aquel rostro tallado, y la gélida mirada se trasladó al rostro de Tamera. Ella se encogió bajo aquella intensa mirada.

"¿Cómo puede ser?"

Parecía dirigir su pregunta a ella, pero se quedó muda. ¿Qué era un metamorfo? ¿O los Otros? Apartó la mirada de él para mirar a Kester.

"Somos metamorfos", le dijo Kester, con voz suave. "Nos transformamos a voluntad en un animal. ¿Recuerdas a Cat y Kitt de la clínica veterinaria, cuando viniste a la entrevista?"

Ella asintió.

"Éramos Katerina y yo".

De algún modo, sus labios se negaban a moverse y no podía hablar. De hecho, cada vez le costaba más respirar. Los recuerdos la invadían... la necesidad de arañar, de salir, la sensación de pánico de estar atrapada.

"Basta".

La palabra fue pronunciada bruscamente, no con ira, sino apartándola del oscuro pozo que bostezaba a sus pies. Parpadeó, sobresaltada, cuando el hombre alto, Kieran, avanzó y se detuvo justo delante de ella. Se inclinó y deslizó una mano bajo su barbilla, levantándole la cara. Su mano no estaba tan fría como ella esperaba, pensó en un instante. El hielo de sus ojos también se había descongelado, su mirada se calentaba mientras la estudiaba.

"Ya veo". Se dirigió a los demás reunidos sin apartar los ojos de ella.

Tenía una sensación extraña en la cabeza, cálida y nada desagradable. El pánico desapareció, junto con el miedo. Respiró hondo, temblorosa, y descubrió que podía volver a hablar.

"No lo entiendo".

Jacinth dejó a Molly en el suelo, y la niña corrió hacia Kieran, que se enderezó y se la subió al hombro.

"Ésta no es exactamente la forma en que queríamos decírtelo". Jacinth lanzó una mirada admonitoria por encima del hombro a Kieran, con lo que Tamera pensó que era una valentía admirable. Al minuto siguiente apareció una silla de la nada... en serio, de la nada... y Jacinth se sentó. Sus ojos centellearon alegremente mientras se acercaba a Tamera para darle unas palmaditas en la mano.

"Kieran y yo somos genios Djinn....", aclaró ante la mirada perdida de Tamera. "Katerina y Kester son metamorfos. 'Otros' es el término que utilizamos para todos los seres sobrenaturales... o mágicos, si quieres..."

"Ya veo". No lo veía en absoluto, pero fue la única respuesta que se le ocurrió. Miró alrededor del grupo de sus amigos y compañeros de trabajo. Sus jefes. "¿Y... y tú?"

Troy negó con la cabeza. "Douglas y yo somos meros humanos. Como los niños, por supuesto".

Alessandra levantó una mano. "Humano aquí también".

"Soy un Mago", le dijo Julian. "Aunque es una larga historia, para más adelante, cuando te sientas un poco más cómoda con todo esto".

"De mayor voy a ser un Djinn", anunció Molly, con un aspecto completamente adorable y los brazos alrededor del cuello de Kieran.

Los ojos de Tamera se abrieron de par en par. "¿Es posible?"

Jacinth hizo un hoyuelo y le bailaron los ojos. "No", susurró. "Esperamos a explicárselo hasta que sea mayor y pueda entenderlo".

"Ahora". Kieran atrajo de nuevo su atención hacia él y dejó a Molly en el suelo, agachándose sobre los talones ante ella. Esta vez su voz era diferente, más suave. No sabía que la voz de nadie pudiera sonar tan suave, tan amable. Le dieron ganas de llorar.

"Sí, tú también eres Otro. Un cambiaformas. Has aprendido a temer los instintos que creías antinaturales, y esto te hizo entrar en pánico. No te he borrado los recuerdos, sino que te he proporcionado un amortiguador, un escudo si quieres, contra el pánico. No puedes aprender sobre tu Otro lado, si te invade el miedo cada vez que intenta presentarse".

"¿Puede hacerlo?" susurró Katerina a Jacinto, que parecía divertido, asintiendo.

Haciendo caso omiso de las bromas, Kieran continuó. "Debes conocer esta nueva faceta tuya que no sabías que existía, a la que temías. Que sea diferente no significa que haya que temerla. Los que están aquí te ayudarán y te enseñarán lo que necesitas saber. Puedes aprender a dejar salir a tu animal, a desplazarte y correr libre, y ellos te proporcionarán la seguridad que necesitas para ello, además de educarte en las formas de nuestro mundo".

Tamera miró a su alrededor, a la gente reunida. Su mirada se encontró con asentimientos solemnes y sonrisas tranquilizadoras. Molly, ahora en brazos de su padre, se retorció para que la soltaran y vino a apoyarse en la rodilla de Tamera.

"Yo también ayudaré", anunció con su adorable ceceo. "¿Eres una gatita como la señorita Kat?"

"Um". Se quedó mirando a la niña. "Yo... um... no lo sé".

"Por si sirve de algo", añadió Kester, "Kitt está bastante segura de que eres felino. No sabemos de qué tipo, claro, pero sin duda eres un gato de algún tipo". Ante la mirada perdida de ella, soltó una media carcajada. "Kitt es el nombre de mi gato... mi forma felina. Lo conociste... a mí... en la clínica veterinaria, el día que viniste a la entrevista de trabajo".

"Tomcat", tosió Katerina en su puño.

Tamera los miró fijamente, luego a los demás, y su mirada escrutadora pasó de un rostro a otro. Parecían perfectamente normales. Sólo... personas. Un pensamiento terrible se apoderó de

ella. ¿Y si se habían enterado de que estaba hospitalizada? ¿Y si se trataba de algún tipo de truco e iba a acabar de nuevo en una celda acolchada?

"No hay truco", le dijo Kieran, y su mirada volvió a él, con el corazón casi deteniéndose en su pecho. ¿Cómo había sabido lo que estaba pensando?

El hombre... ¿Djinn?... sonrió débilmente. "¿Katerina? ¿Me haces una demostración, por favor?"

"Por supuesto".

Tamera sintió que Kester le rodeaba los hombros con el brazo y que su pecho se pegaba a su espalda. Sintió un leve cosquilleo en el aire, como el zumbido eléctrico que había sentido una vez cuando había caído un rayo durante una tormenta en la que había estado con el ordenador. Parpadeó hacia el espacio donde Katerina había estado a su lado hacía un instante. No había más que un montón de vaqueros y guinga en el suelo.

Al oír un toque insistente en la rodilla, miró hacia abajo y vio unos grandes ojos dorados que la miraban fijamente, con una gran pata empenachada apoyada en la pierna. Automáticamente, su mano se levantó para acariciar el espeso y sedoso pelaje.

¿"Gato"? preguntó tímidamente. "¿Katerina?"

El gato ronroneó y se levantó, empujando la cabeza contra su barbilla.

"Dios mío". Vio las sonrisas en los rostros que la rodeaban. "Es realmente cierto".

"Lo es", confirmó Kester.

"¿Y podré hacer... eso?". Indicó al gato que le amasaba la pierna.

"Lo harás. Aunque puede llevar algún tiempo. Llevas mucho tiempo reprimiéndola".

Inesperadamente, las lágrimas amenazaron con obstruir su voz. "Pensé... Pensé que me estaba volviendo loca. Literalmente, loca. Y que al final acabaría internada".

Kieran se enderezó, dando un paso atrás. "Ahora estarás bien". Su mirada los recorrió, posándose brevemente en Katerina en su forma gatuna, y luego en Kester. "Ambos sois jóvenes. Te sugiero que recurras a un Anciano para que la ayude con el Cambio".

"Ya le habíamos hablado de ella a mi abuela, que también es nuestra Guardiana", respondió Kester. "Tiene previsto venir a conocer a Tamera la semana que viene o así. Le habíamos pedido que verificara la naturaleza metamorfa de Tamera y que encontrara la forma de revelársela".

Los labios del djinn se crisparon en un gesto que casi podría haber sido humor. "Me alegra haber podido prestaros este pequeño servicio". Su mirada los recorrió una vez más. Hizo una media reverencia y desapareció.

Tamera parpadeó, creyéndolo aún a medias. "¡Él... desapareció sin más!".

"Eso no es todo lo que podemos hacer". La sonrisa de Jacinto era de suficiencia. "Creo que a todos nos vendría bien una buena taza de té caliente después de todo esto".

Un momento después, una bandeja de plata estaba... allí... sobre la mesa, con seis humeantes tazas de té. Tamera se quedó mirando.

"Dios mío".

"Remi, la adolescente que conociste antes, también es un Djinn".

"Ya lo veo", dijo Tamera, pensándose. "Parecía... diferente". Miró de repente a su alrededor, frunciendo el ceño. "Por cierto, ¿qué le pasó? Corrió hacia allí, alrededor de la casa".

Jacynth sonrió alegremente. "Sintió venir a Kieran. Remi no debería estar aquí. Estoy impresionada", admitió. "Le habían advertido de que no sabías nada de los Otros, y tuvo la fortaleza de ánimo de perderse de vista antes de volver a Qaf. Si se hubiera quedado, Kieran habría podido sentirle".

"¡Señorita Jas!" Benny tiró de la manga de la que pronto sería su madrastra. "¿Y nosotros?"

"¡Muy bien! Cacao para ti y para Molly".

Dos tazas aparecieron en la bandeja, llenas de nata montada y con salsa de chocolate por encima. Todos cogieron una de las bebidas calientes. Tamera se quedó mirando la que quedaba.

Los ojos de Kester rieron en los suyos. "Anda. Es seguro, te lo juro. Sólo es té. A los djinn les gusta el té".

Cogió la taza con cautela y olisqueó el líquido oscuro. Olía como debía oler el té. Sorbió con precaución, no sólo porque estaba caliente, y descubrió que era una infusión rica, ligeramente especiada con especias dulces. Levantó las cejas mientras lo saboreaba.

"Al estilo árabe", le dijo Jacinth. "Un poco de clavo y nuez moscada y sólo un toque de menta".

"¡Está delicioso!" Miró la bandeja con aprecio. "¿Podré hacerlo?"

Se oyeron risas amistosas por todas partes. Jacinto le guiñó un ojo.

"No, soy un Djinn. La magia de los cambiaformas se limita al cambio".

"Y telepatía". dijo Katerina, viniendo de la casa. Al parecer, se había escabullido para cambiarse y volvía a ser humana y a estar vestida. Tomó una taza de té y sorbió serenamente. "No lo olvides".

"¿Telepatía?"

"Sólo en nuestra forma animal", le dijo Katerina. "En general, todos nuestros sentidos se intensifican en nuestra forma animal. En la forma humana hay un cierto extra... um..."

"Sensibilidad", añadió Kester cuando su hermana vaciló. "Llevará algún tiempo conseguirla, pues es una extensión de nuestra naturaleza animal, y la tuya ha estado reprimida durante mucho tiempo".

"A propósito de eso -aventuró Tamera con cautela. Tomó otro sorbo de té, más por la comodidad que porque tenía sed. "¿Podemos... es decir... transformarte en el animal que quieras?"

Katerina y Kester sacudieron la cabeza al mismo tiempo, como si estuvieran sincronizados. Tamera tuvo que morderse la mejilla para no soltar una risita.

"Sólo un animal. Realmente tenemos una naturaleza dual", explicó Kester. "Es genético. Katerina y yo procedemos de una larga estirpe de Maine Coons. Una pareja de gatos monteses va a tener gatos monteses, una pareja de lobos, cachorros de lobo. Pero los genes son... No sé cuál es el término técnico correcto, pero si un oso y un leopardo tuvieran un bebé, sería o un oso o un leopardo. No ambos, ni una combinación. Lo mismo ocurre con los humanos y los metamorfos, el bebé será metamorfo o humano".

"Lo mismo ocurre con los Djinn", añadió Jacinto. "Un bebé nacido de un Djinn y una humana será una cosa o la otra. No hay medio Djinn, como no hay medio cambiaformas".

Tamera no pudo evitar sentirse fascinada ante aquella ventana a un mundo que desconocía. Estaba a punto de lanzar su siguiente pregunta, cuando Alessandra levantó ambas manos.

"Julian y yo nos vamos a casa", les dijo, inclinándose para coger a la gatita del bolso que llevaba en el banco de picnic y colocando a Lacey en brazos de Molly, acariciando los rizos rubios de la niña. "Tenemos que dejar salir a Beauregard, no está acostumbrado a que estemos fuera mucho tiempo. Además, parece que necesitas tener una charla seria sobre cambiaformas con Tamera".

"Lo tienes bajo control", aceptó Julian con una sonrisa perezosa, enlazando las manos con su mujer. "Estaremos en contacto".

Todos se despidieron a coro, y Jacinth abrazó con entusiasmo tanto a Julian como a Alessandra.

"Creo que deberíamos llevar esto a la casa", sugirió Troy, mirando a su alrededor. "Sentémonos todos en el salón y pongámonos cómodos".

"Es una idea fantástica", se entusiasmó Katerina, poniéndose en pie. Agarró la mano de Tamera y tiró de ella para ponerla en pie. "Vamos, Tamera. Vamos a dejar que se limpien".

"Yo me encargo". Los ojos de Jacinth brillaron con maldad. Hizo un gesto de barrido con una mano y todo desapareció. Platos, cubiertos, fuentes, tazas, servilletas... desaparecieron. La mesa de picnic estaba tan limpia como si la acabaran de lavar y pulir a mano.

Tamera lo observó con total envidia. "¿Seguro que no puedo ser un Djinn?", preguntó lastimeramente.

Katerina se rió y la condujo hacia la casa. "No, lo siento. Pero no te preocupes, los metamorfos también tienen grandes ventajas. Por ejemplo, puedo destrozar la mejor camisa de Troy si me molesta, o escupir bolas de pelo en sus botas favoritas".

CAPÍTULO 16



ENTRARON EN LA casa por la puerta trasera y se dirigieron a la cocina. En la encimera, junto al fregadero, había montones de platos sucios y una pila de cubiertos, y Katerina refunfuñó.

"Ella también podría haberlos hecho".

Le guiñó un ojo descaradamente a Tamera y se dirigió al salón, con los demás pisándole los talones.

"Ven a sentarte conmigo", ordenó Kester, dirigiéndose al sillón situado bajo la ventana delantera.

Tamera tuvo que reprimir una sonrisa. Había estado revoloteando a su alrededor, observándola como un halcón... vale, eso planteaba todo un nuevo reino de posibilidades... desde que Kieran había hecho su sorprendente aparición. Era algo dulce.

"No voy a romperme", le dijo, pero se fue con él al sillón y se acurrucó a su lado con las piernas recogidas. Sonrió cuando él la rodeó con el brazo. "De verdad, no lo haré. Te lo prometo".

"Voy a leer -anunció Benny, dejándose caer sobre la alfombra de gancho frente a la chimenea. Se había traído una mochila y sacó un gran libro que hizo que Tamera alzara las cejas.

"¿El Hobbit?", preguntó asombrada. "Creía que tenías seis años".

"Lo es". Jacinth entró en la habitación a tiempo para oírlo, se acercó a Douglas en el sofá y él la atrajo hacia sí. Ambos sonrieron orgullosos a Benny.

Molly se subió al regazo de Jacinth. Douglas sacó la manta de ganchillo del respaldo del sofá y la puso alrededor de la niña. Se metió el pulgar en la boca y se quedó dormida en cuestión de segundos. Jacinth sonrió a Douglas mientras se apoyaba en su hombro. Tamera sintió una pequeña punzada de envidia ante el amor tan claro en la mirada que intercambiaba la pareja.

Desde su sillón reclinable, con Katerina sobre la otomana y apoyada en su rodilla, Troy sonrió a Tamera.

"En cuanto a las presentaciones, podría haber sido peor. Al menos no te enteraste teniendo a un leopardo asesino arañando la puerta de tu casa".

Le miró fijamente. Katerina asintió. "Gracias a Jacinth y a Kieran seguimos vivos".

De repente se hizo la luz. "¿El acosador del que me hablaste?"

"Sí", refunfuñó Kester, frunciendo el ceño hacia su hermana. "Beatrice era una cambiaformas renegada que reclamaba su territorio".

"No te preocupes". Katerina debió de ver la aprensión en el rostro de Tamera y se apresuró a tranquilizarla. "Ése fue el primero que se conoció en cientos de años. En realidad eran más bien

viejos cuentos populares. Hasta que resultó ser real".

"Muy real", refunfuñó Troya. "Pero Katerina tiene razón, no hay por qué preocuparse. Ya se han ocupado de ella".

Kester asintió con la cabeza. "Hay cosas más importantes en las que debes centrarte".

"Como que nadie puede saber nada de Djinn y cambiaformas", añadió Douglas.

Tamera se rió. "Creo que esa parte la he descubierto sola", le dijo. "Es evidente. Entonces... ¿qué clase de cambiaformas soy?".

"No lo sabremos hasta que cambies", dijo Kester. "¿A menos que recuerdes a tus padres cambiando?".

"No. Ella se estremeció y sintió que él le apretaba el brazo. Cada vez que pensaba en sus padres, sólo se le venía a la mente la boca de la pistola, el enorme agujero negro que amenazaba con tragársela mientras giraba hacia ella. No era algo de lo que quisiera hablar, nunca. "Yo... No recuerdo mucho. Era muy joven cuando murieron".

Se apresuró a cambiar de tema. "¿Cómo funciona esto? ¿Cómo puedo... ¿cambio? ¿Así es como lo has llamado?"

Kester y su hermana intercambiaron miradas preocupadas.

"Ésta es la cuestión", dijo Katerina al cabo de un momento. "No sabría explicar *cómo* se cambia. Llevamos Cambiando desde que éramos niños... pequeños. Ya ni siquiera pensamos en ello, simplemente lo hacemos".

Kester se giró un poco en el love seat para mirarla más directamente, con sus ojos dorados fijos en el rostro de ella. "Esto es lo otro. Tendrás que aprender a controlar a tu animal, algo que la mayoría de los metamorfos aprendemos casi antes de poder andar, mientras que tú llevas toda la vida reprimiéndolo. Si eres un gato doméstico o un... un spaniel, o un hurón, todo va bien, pero..."

"Sí", convino Katerina. "Pero si resultas ser un oso, o un tigre, o algo así, las cosas podrían ponerse feas. Sería mejor esperar a intentarlo hasta que venga Maroulla. Ella encontrará a alguien que te ayude, un Anciano, que pueda enseñarte a cambiar a tu forma animal..."

"Y de vuelta", añadió Kester.

Katerina asintió. "Bien. Incluso podríamos esperar hasta Acción de Gracias con la familia en Maine. Así tendrías a mucha gente cerca para ayudarte a controlarla si es necesario".

"¿Acción de Gracias?" Tamera empezó a sentir ese gracioso revuelo aprensivo en el estómago, y se mordió los labios.

"Hola". Kester inclinó la cabeza de ella hacia la suya, con una mano en la mejilla. "No hay razón para pensar que algo vaya a salir mal. De verdad. Sólo estamos siendo precavidos, eso es todo".

"Y ya tengo problemas con YiaYia", añadió Katerina, haciendo una mueca de dolor. "Preferiría no tener que enfrentarme a ella si intentamos guiarte y algo sale mal".

Jacinth había estado sorbiendo su taza de té, que Tamera había notado que parecía rellenar constantemente. Ahora, sin embargo, hizo una pausa, agitando la mano para llamar la atención. "Necesita saber lo del Consejo".

"Ah, claro". Katerina se inclinó hacia delante para mirar atentamente a Tamera. "¿Cómo lo llevas? ¿Ya estás saturada de información?".

Tamera se echó a reír. "No, de momento estoy bien, pero...", miró a Jacinto. "Quizá me vendría bien un poco más de té. Y por cierto, ¿es eso... una cosa de Otros? ¿Beber tanto té? La mayoría de los americanos beben toneladas de café. No estoy criticando", se apresuró a añadir. "Sólo tengo curiosidad".

Jacinth le sonrió y, con la mano libre, preparó otra taza de té, que pasó a Douglas, quien se la pasó a Kester y éste a Tamera.

"No, es una cosa persa. Soy originario de Persia. Bebemos café más bien como bebida de postre. El té es la bebida de todos los días".

"Ah, es verdad, me lo dijiste el primer día, cuando Katerina y tú me llevasteis a comer. Aunque, he querido preguntarte sobre eso. Quiero decir... ¿Persia? Creo que eso ya no es un país. ¿No es Irán?"

Ahora le tocaba a Douglas sonreír. "Jacinth tiene novecientos años. Nació durante la dinastía selyúcida en Persia".

Estuvo a punto de dejar caer la taza de té, pero Kester alargó la mano para sujetarla mientras se tambaleaba. "¿Novecientos?" No pudo reprimir el chillido de sorpresa en su voz.

Benny, despatarrado sobre la alfombra, levantó la vista de su libro. "Tuvo uno de los primeros cucuruchos de helado de la historia, en la Feria Mundial de San Luis, en 1904".

Jacinto sonrió al niño con cariño. "Nuestro pequeño erudito".

"Consejo", incitó Troy.

"Ah, claro". Katerina sonrió descaradamente a su prometido. "Es útil tenerte cerca. Después de todo, puede que me quede contigo".

"Gracias", refunfuñó.

"Vale, cada especie mágica tiene su propio Consejo", empezó Katerina. "Los Consejos establecen las leyes de los Otros y las hacen cumplir".

"Algo así como el poder ejecutivo, el legislativo y el judicial, todo en uno", añadió Kester.

Su hermana asintió y continuó. "Para los metamorfos, tenemos uno en Norteamérica, otro en Sudamérica, otro en Europa, y así sucesivamente. Luego, el Gran Consejo de Cambiantes es el internacional, con representantes de todos los consejos de cambiantes. El objetivo principal de *cada Consejo* es mantenernos a salvo... a todos. Humanos y Otros. Y gran parte de ello es la necesidad de ocultar nuestra existencia a los humanos, salvo raras excepciones".

"Como nosotros". Douglas se acercó para chocar los cinco con Troy, y Katerina puso los ojos en blanco.

"Los Consejos no se ven obstaculizados por la necesidad del debido proceso, etc. La justicia es absoluta. Tiene que serlo", instó Katerina, inclinándose hacia delante y hablando con atención. "Si nuestra existencia se diera a conocer públicamente, nos perseguirían, nos masacrarían. O peor aún, capturados para ser estudiados. Para investigación".

"Y luego estaba Beatrice", dijo Kester, haciendo una mueca.

"¡Vale!" Katerina asintió. "Beatrice era una auténtica psicópata, y esa enfermedad se transfirió a su animal, hasta el punto de que no quedaba nada humano de ella, sólo había una máquina de matar con colmillos y garras. No tiene cura y, obviamente, nunca pudo entrar en el sistema legal. El Consejo la envió a un santuario dirigido por metamorfos. Es una especie de prisión para los cambiaformas que son criminales pero no pueden entrar en el sistema. No ocurre a menudo, pero ocurre. No somos perfectos ni nada parecido. Así que está en su forma animal y nunca puede cambiar. Está en un hábitat de leopardo creado especialmente para ella, y vivirá su vida de la forma más humana posible".

Tamera parpadeó. "¿Han creado un hábitat sólo para ella?"

"Muchos de nuestros científicos se mueren por estudiarla. Creo que esperan que tal vez hable con ellos y puedan averiguar más cosas, pero por lo que sé, no ha hecho más que rabiarse. Pero nos estamos desviando del tema, que es lo malo que podría ser que nos descubrieran".

Jacinth asintió con la cabeza. "No sería tan malo para nosotros, los Djinn, porque podemos

irnos a Qaf, nuestra tierra natal; pero, por ejemplo, si se supiera que yo soy Djinn, Douglas y los niños también serían sospechosos. Es muy posible que incluso estuvieran en peligro a causa de la asociación".

"Ya lo veo". Tamera se quedó pensativa. "Así que voy a tener que aprenderme todas esas leyes".

Katerina se apresuró a tranquilizarla. "No es que haya tanto, y no hay nada legal de por medio. Como... no cambies si hay humanos cerca. No hables a los humanos de nosotros. Hay más, por supuesto, pero ya ves que es bastante sencillo y tiene sentido".

"Bien".

"Así pues, existe el Alto Consejo". Jacinto retomó la narración. "El Alto Consejo está formado por representantes de los Consejos de todas las Otras especies... Djinn, cambiaformas, etc."

"Vampiros", añadió Troy en tono de ayuda.

Douglas frunció el ceño. "Sí, y hombres lobo".

Katerina emitió un sonido de frustración y se agarró el pelo. "¡Estáis obsesionados!"

Sintiendo que la sangre se le escurría de la cara, Tamera los miró fijamente. "¿Vampiros? ¿Hombres lobo?"

"No les hagas caso", aconsejó Jacinto. "Tienen esta cosa. Pero también hay Magos... Magos, ya sabes". Hizo una pausa, observando la expresión inexpresiva de Tamera. "Magos ceremoniales. ¿Recuerdas haber oído hablar de los alquimistas en la Edad Media?"

Katerina se rió. "O incluso Harry Potter. Rowling no se inventó la Piedra Filosofal, los alquimistas la han estado buscando... en realidad es un elixir, o poción, no una piedra... durante siglos. Incluso existió realmente un Nicolás Flamel. Compruébalo alguna vez en Google. Es fascinante".

"Vale", Tamera se estaba haciendo una idea. "Así que este Alto Consejo es como las Naciones Unidas de los Otros".

Katerina le sonrió. "¡Exacto!"

"En realidad no pasa tanto", añadió Jacinth. "Kieran, que está en el Alto Consejo, me dijo que se trata sobre todo de mantener a todo el mundo informado, para que no nos descuidemos y empecemos a dejar pasar las cosas. Sobre todo hoy en día, con las cámaras e Internet. Bastaría una... sólo una... foto cándida para que se desatara el infierno".

"En realidad, eso es discutible". intervino Kester. "Quiero decir que se debatiría mucho si la foto estaba trucada. Como aquella fotografía del monstruo del lago Ness, ¿no? Han pasado décadas y siguen luchando por demostrar o refutar la fotografía".

Tamera se sentó recta en el sofá, inundada por la emoción. "¿El monstruo del lago Ness? ¿Es real?"

Jacinth lanzó un dramático suspiro. "¡Lo juro, gente! Que lo sea o no, no es la cuestión. Kester tiene razón, sería muy discutido, pero habría creyentes..."

"Joder, hay gente que cree que Elvis no murió, sino que fue secuestrado por extraterrestres", añadió Douglas.

Katerina le miró con el ceño fruncido. "Sí, y generalmente se les considera locos".

"Eso no impide que se lo crean", defendió.

Troy levantó las manos. "Nos estamos desviando del tema otra vez".

Tamera no pudo reprimir la risita que se le escapó. No podía evitarlo, ¡le encantaba aquella gente! Dio un respingo cuando la taza que tenía en la mano se calentó de repente, y miró hacia abajo para ver que estaba llena de té humeante, con una fragancia aromática.

"Um... gracias", le dijo a Jacinth, que se limitó a sonreír, los ojos de chocolate centelleando con picardía.

"Pensé que te vendría bien un poco más", le dijo la bonita Djinn.

Kester le tocó el hombro para reclamar su atención.

"Ahora, sobre los Consejos. Cada especie tiene su Consejo organizado de forma diferente, debido a sus necesidades específicas y únicas. En el caso de los cambiaformas, dado que estamos tan integrados en la población humana, las regiones se dividen en Salas, con un Guardián que vigila todo en esa región. El Alcaide es la persona a la que se acude para cualquier problema o cuestión que surja, o si hay que llevar algo al Consejo, se haría a través del Alcaide".

"Así que cada Consejo está formado por estos Vigilantes, y los representantes son Vigilantes", asintió Tamera. "Vale, lo entiendo".

Kester, sentado a su lado, hizo una mueca. "Para que no vayas pensando que es sencillo, algunas de las especies de animales salvajes más numerosas, con sus propias necesidades y problemas individuales, también tienen su propio Guardián, además del Guardián regional. Lobos, osos, leopardos, etc..".

"Vale, ahora me siento mareada", decidió Tamera.

Hubo risas de todos, pero no fueron desagradables. Se sintió extrañamente como si los conociera de toda la vida, completamente aceptada. Incluida, como si formara parte de su círculo y siempre lo hubiera sido. Nunca se había sentido aceptada, nunca había tenido amigos íntimos. Nunca había tenido a nadie con quien reírse o bromear del modo en que estas personas se bromeaban entre sí. Un cálido resplandor pareció asentarse sobre ella, llenándole el corazón, aliviando el vacío, la soledad, con la que había vivido.

"No es tan complicado como parece", dijo Katerina, fulminando con la mirada a su hermano. "Pensemos en los lobos. Digamos que una manada de lobos cambiaformas de Nuevo México sería competencia de la Sala del Suroeste. Tienen su propio Guardián, que es como..."

"Un ayudante del Alcaide", añadió Kester.

"¡Bien! El Guardián de los Lobos trabajará en estrecha colaboración con el Guardián del Suroeste, que llevará al Consejo Norteamericano cualquier preocupación específica relativa a los lobos. Y así sucesivamente".

"Cuando te digo que la Alcaide del Noreste de EE.UU. es nuestra abuela", dijo Katerina secamente, "te haces una idea de mi aprensión por volver a casa en Acción de Gracias".

Tamera la miró fijamente. "Oh, Dios".

"Bien".

Retirarse parecía una buena opción. "Quizá debería subir a conocerla en otro momento".

Katerina sacudió la cabeza, con los ojos bailando. "¡Oh, no! Te voy a tirar debajo del autobús. Vas a distraer a YiaYia de Melanthe y de mí".

"Melanthe y yo", corrigió Jacinto.

Katerina se volvió para mirarla con el ceño fruncido. "¿Qué, de repente eres la policía de la gramática?"

"Y de todos modos", intervino Kester. "Te has olvidado de que YiaYia va a bajar a conocer a Tamera".

"¡Oh!" Katerina se incorporó y sus ojos se iluminaron. "Ahora que sabemos que Tamera es metamorfa, ¡quizá no sienta la necesidad de bajar de Maine!"

"¿Ah, sí?" Tamera estrechó la mirada hacia Kester. "Creía que venía a ver a sus nietos".

Kester tuvo la delicadeza de parecer incómodo. "No es que pudiera explicarle por qué emprendería un viaje en tren de un día desde Bangor sólo para conocerla".

Jacinto se rió, rescatando a Kester. "¿Alguien quiere más té, o ya habéis tenido bastante?"

"¿Qué tal algo más fuerte?" sugirió Troy. "Tenemos JD, tenemos whisky, tenemos brandy".

"También vino", añadió Katerina.

"¡Ohmigosh!" Tamera se dio cuenta en un momento. Volvió a sentarse y los miró fijamente, con el pulso acelerado. "¡No estoy loca!"

La mano de Kester cubrió la suya, dándole un suave apretón, y Katerina le dedicó una cálida sonrisa desde su asiento en la otomana.

"No, no lo harás".

"No, quiero decir... es que...", trastabilló, luchando contra la repentina liberación de emociones que amenazaba con desbordarla. "Creía que me estaba volviendo loca. Literalmente, demente. Acabé en un hospital psiquiátrico, después de salir de Houston. Pensé que tal vez, no sé, era algún tipo de trastorno de estrés postraumático y que podrían ayudarme. Quizá darme alguna medicación que pudiera ayudarme. En lugar de eso, me pusieron en retención involuntaria y acabé en una celda acolchada. Y eso empeoró las cosas... en un momento dado pensé que iba a rasgar las paredes para salir, y quiero decir, literalmente, quería rasgar y rasgar. Pero incluso antes de eso, no me he atrevido a tomar ni un vaso de vino, por si acaso... bueno... por si acaso".

Troy se levantó, estirando su alto cuerpo, con las manos que le llegaban casi hasta el techo, y cruzó la habitación hasta el armario que había contra una pared. "Me parece un buen momento para celebrarlo -dijo. Rebuscó en el interior un momento y se volvió, sosteniendo una botella llena de un líquido de color dorado intenso. "Tengo una botella de Glenlivet de 18 años. Creo que es un buen motivo para abrirla".

Douglas se puso en pie de un salto. "¿En serio, tío? Me has estado ocultando cosas".

Troy soltó su profunda carcajada, y Katerina se levantó, fue al armario, sacó vasos y los distribuyó entre todos. Troy sirvió, y todos alzaron sus copas en señal de brindis.

"A los Otros", dijo Troy. "Djinns, metamorfos, magos, incluso hombres lobo y vampiros".

Katerina puso los ojos en blanco. "Benditos sean sus negros corazones dentados", murmuró.

De repente, a Tamera se le ocurrió que ni Katerina ni Jacinto habían negado realmente la existencia de hombres lobo y vampiros. Tendría que preguntarlo más tarde. Dio un sorbo cauteloso al whisky, saboreándolo, el líquido como un fuego suave, abriéndose paso por su garganta, dejando un calor estimulante a su paso.

"Menos mal que he conducido yo", dijo Kester, levantando los pies para apoyarlos en la otomana que Katerina había dejado libre. "Vas a estar hecho polvo".

Ella le miró indignada. "¡No es cierto! Sólo es un vaso, y de todas formas sólo era un poco".

Soltó algo peligrosamente parecido a un bufido. "Si ni siquiera has tomado un vaso de vino en años, te va a dar fuerte".

"Oh". Estudió dubitativa el vaso que sostenía. "Puede que tengas razón".

"Vive un poco", instó Jacinto. "Aunque no más que ese vaso, porque seguro que no disfrutarás de la resaca, pero un poco no te hará daño. Por fin puedes bajar la guardia, y como dijo Kester, él conduce".

Tamera sonrió y levantó la copa. "¡Salud, pues!"

"¡Salud!" Corearon.

CAPÍTULO 17



DESESPERADA, rasgó las paredes de la celda y sus garras abrieron grandes tajos en la gruesa tela. Estaba atrapada... tenía que salir de algún modo. No soportaba estar encerrada en este pequeño lugar. De nuevo se lanzó contra la pared, arañando desesperadamente. Abrió la boca para gritar, pero en su lugar emitió un agudo aullido, en el que se mezclaban el terror y la rabia.

"Eh, eh". Tenía una mano en el hombro, sacudiéndola. "Tamera, despierta".

Se apartó bruscamente de la mano, jadeando de terror, con todo el cuerpo tembloroso y cubierto de una fina capa de sudor. Parpadeando contra la luz que inundaba la habitación, vio a Kester junto a la cama, vestido con un pijama y una bata de franela.

"¿K-Kester?"

Señaló con la cabeza la puerta del balcón, que ella vio abierta. "Estabas teniendo una pesadilla. Te oí gritar y me acerqué. Intenté llamar a tu puerta, pero no te despertabas, así que salté la barandilla del balcón".

"Oh". Se llevó una mano a la cara y se apartó los mechones de pelo que se le pegaban a las mejillas. Los temblores empezaron a remitir y las imágenes de la pesadilla desaparecieron. "Gracias.

Sonrió, sentándose a un lado de la cama y tendiéndole el vaso de agua que tenía en la mesilla. "Menos mal que decidiste dejar la puerta del balcón abierta, ¿eh?".

Bebió un sorbo, sintiendo cómo el agua fresca humedecía su garganta seca. "Menos mal", convino.

"¿Mejor?" Sus ojos estaban oscuros de preocupación.

"Sí. Se trataba otra vez del hospital. La celda acolchada. Eso fue lo peor de todo. Ella -¿mi animal, supongo? - estaba desgarrando las paredes. Esta vez vi las garras, no como en el recuerdo real. Tenía garras y hacía un sonido... un sonido de gato".

Kester la atrajo contra él y ella pudo relajarse, sintiéndose segura en su abrazo.

"Quiere salir", explicó. "Si normalmente no es claustrofóbica, probablemente los ataques de pánico procedan de ella. Como nunca ha podido salir, la sensación de estar atrapada se intensifica".

Apartó una almohada del camino, Kester se echó hacia atrás para sentarse contra el cabecero y dio unas palmaditas en el colchón que tenía al lado.

"Venga. Hablaremos un rato hasta que creas que puedes volver a dormir, ¿vale?".

"Eso suena bien".

Se deslizó hacia él y se apoyó en su ancho pecho, con la cabeza en su hombro. "Esto está bien". Se acercó más, buscando su calor; no era tanto el frío de la noche como el escalofrío que le había causado la pesadilla. "Hablas de la parte animal como si estuviera totalmente separada".

Kester la envolvió con la manta y ella resistió el impulso de acurrucarse más cerca.

"Pues lo es y no lo es. Tu animal es una entidad *distinta*, pero no una entidad *separada*".

Eso tenía cero sentido. "¿Qué?"

Su risita era agradable, reconfortante. "Ten paciencia conmigo, nunca antes había intentado explicarte esto. No es como si hubiera dos individuos ocupando tu cuerpo, intercambiándose quién está al mando. No como la posesión, por ejemplo".

Tamera hizo una mueca. "¿Eww, como en El Exorcista? Vale, eso es un alivio. Así que no voy a tener a un extraño apoderándose de mi cuerpo. "

Se echó a reír. "¡Claro! Ella es una parte de ti, el animal y el humano que existen en una... especie de sinergia. No me gusta utilizar el término simbiótico, porque eso sugiere, de nuevo, dos entidades separadas. Ella eres tú, y tú eres ella. Si a ti no te gusta el brócoli, a ella no le gustará el brócoli. Sin embargo, los instintos animales entrarán en juego cuando te transformes en su forma, y su naturaleza sea ascendente. Partiendo de la base de que eres una especie de felino, porque te sientes como un gato para Cat y Kitt, tomemos como ejemplo a los gatos. A los gatos les encanta perseguir ratones, ¿verdad? Ahora bien, a tu tú humano le repugnará la idea de matar y comerse un ratón. El instinto de tu gato, sin embargo, va a ser perseguir y atrapar, por lo menos. Puede que incluso mate al ratón al atraparlo, porque para eso están hechas nuestras mandíbulas, para un mordisco asesino. Pero debido a tu repugnancia humana, no querrá comérselo. Va a compartir tu repulsión por ello".

Frunció las cejas mientras escuchaba atentamente. "Vale, ya lo voy entendiendo", le dijo. "Lo que quieres decir es que siempre tendré mi sentido del yo, aunque esté en la otra forma".

"¡Bien!" Su brazo alrededor de ella se tensó, abrazándola en señal de aprobación. "Ella es tú, es sólo otra parte de ti que desconocías".

Suspiró un poco. "Ahora sería una de esas veces en las que estaría bien ser un Djinn".

Se rió entre dientes. "¿Y eso por qué?"

"Podríamos preparar cacao caliente".

"¿Quieres que baje a buscar un poco al salón? Será instantáneo, pero es cacao".

"Mm-mm". Sacudió la cabeza, ahogando un bostezo. "Esto es demasiado agradable".

Le acarició el pelo con dedos suaves. "¿Crees que ya puedes dormir? Si quieres puedo quedarme".

Ella se revolvió y levantó la cabeza para mirarle. "¿Te importaría? ¿Qué hora es?"

"Aún es de madrugada, casi las dos. Y no, no me importa". Su mano continuó acariciándola suavemente, haciendo que a ella le pesasen los ojos y que su cuerpo se relajase más. Se deslizó por el colchón y la recostó contra él, con la cabeza apoyada en su hombro. "Llevas bastante tiempo pasándolo mal. Si estar aquí te ayuda a alejar las pesadillas, entonces es aquí donde quiero estar. Además -añadió riendo suavemente-. "Soy un gato. Podemos dormir en cualquier sitio, ¿no lo sabías?"

Se acurrucó en él con un suspiro, cerrando los ojos. Sintió que le subían las mantas por los hombros mientras la invadía el sueño.

CAPÍTULO 18



KESTER SE DESPERTÓ RÁPIDAMENTE, con todos los sentidos en alerta. Su gato estaba nervioso, empujándole. Kitt quería salir. Tardó un momento en darse cuenta de dónde estaba. En la habitación de Tamera. Su pesadilla. Podía sentirla a su lado, irradiando calor a pesar de que, de algún modo, la manta se había caído. Buscó la manta con cuidado de no despertarla, pero se quedó helado cuando sus dedos encontraron... piel.

¿Qué...?

Con cautela, se apoyó en un codo. Sus sentidos mejorados de metamorfo le permitieron ver a través de la turbia oscuridad y, cuando su visión se ajustó, vio tendido a su lado, dormido en una actitud de feliz abandono, a un gran felino, quizá un poco más grande que su propio Kitt, con un pelaje leonado no muy distinto al de un puma.

En su interior, podía sentir cómo se agitaba su naturaleza felina, cómo el animal retumbaba de contento. Eso era bueno. Kitt percibía el estado emocional del otro animal y lo reflejaba. Se dio cuenta de que sonreía, satisfecho de que su presencia hubiera dado a Tamera la suficiente sensación de seguridad como para que bajara la guardia, aunque fuera inadvertidamente, permitiendo así que su gato se acercara.

De acuerdo. ¿Y ahora qué hacemos? YiaYia estaba a unos cientos de kilómetros, y él no iba a llamar a su hermana. Por otra parte, Kitt ronroneaba; era evidente que su gato no se sentía en peligro. Se incorporó y, estirando el brazo hacia un lado, encendió la lamparita de la mesilla de noche. Volvió a centrar su atención en Tamera, estudiándola. Su pelaje era corto, espeso y de aspecto rico. Tenía las patas largas, anchas y extendidas, relajadas ahora mientras dormía. Se parecía mucho a un puma en miniatura, salvo por el color tostado rojizo de su pelaje y los largos mechones negros de las puntas de las orejas, como un lince, pero él nunca había visto mechones tan largos en un lince... ni en ningún otro gato. No reconocía la especie, pero fuera lo que fuera Tamera, no era una gata doméstica. Era una especie de animal salvaje.

No sin inquietud, Kester deslizó ligeramente la mano por su espalda, sintiendo el grosor de su pelaje.

"Tamera", llamó con voz suave, demasiado suave para despertar a un humano, pero sabiendo que, incluso profundamente dormida, su gata la oiría y se despertaría. "Despierta ya, Tamera".

Los párpados se entreabrieron y unos rasgados ojos azules le miraron, parpadeando somnolientos. Él vio el momento en que ella se dio cuenta, el abrirse de sus ojos. Las orejas empenachadas se echaron hacia atrás, como respuesta involuntaria, y ella se levantó de un salto del colchón. Desacostumbrada a su nueva forma, sus patas lucharon por agarrarse y cayó de la

cama, desparramándose en el suelo. Se estremeció cuando sus afiladas garras arañaron el suelo de madera pulida, pero ella se limitó a tirar de las piernas, agachándose donde había aterrizado.

Su mirada se quedó fija en su rostro, una buena señal, pensó Kester. En aquellos ojos tan abiertos había más desconcierto que miedo, así que se deslizó fuera de la cama, acercándose lentamente. Se agachó sobre los talones y extendió una mano tentativamente.

"Lo has conseguido", le dijo él, incapaz de reprimir la sonrisa que le partía la cara. "Lo has hecho tú sola. Y eres preciosa, chica".

Los ojos azules parpadearon de nuevo, y él se aventuró a acercarse un poco más, extendiendo una mano. Ella le permitió ponerle la mano en el cuello, y sus dedos se deslizaron por el pelaje, rascándole un poco detrás de la oreja. Ella inclinó la cabeza, apoyándose en sus dedos, y Kester se relajó riendo.

"Eres una gata preciosa. Sí", asintió cuando ella volvió la cabeza hacia él. "Aunque no sé de qué clase eres. ¿Quieres verte?"

Abrió las mandíbulas y emitió un extraño trino. Se rió y se puso en pie. "Espera". Miró a su alrededor y vio su móvil sobre la cómoda. Lo cogió y encendió la pantalla. Encontró la aplicación de la cámara y se volvió para mirarla.

"Muy bien, ésta va a ser la primera fotografía de tu vida", le dijo. "Tienes que estar lo mejor posible".

Se acercó y la hizo rodar suavemente hacia un lado. "Toma, ahora mete las patas delanteras bajo el hombro... eso es. Ahora, levanta la cabeza y mira hacia mí. Perfecto. Ésa es la clásica postura del gato, sea de la especie que sea".

Se apartó, levantando la cámara. "Querrás aguzar el oído. No puedes verlas, pero son increíbles. Toma". Levantó la mano izquierda, chasqueando los dedos. "Sí, ahí están".

Hizo un par de tomas en rápida sucesión, luego bajó la cámara y se sentó en el suelo junto a ella.

"Éste eres tú.

Le tendió la cámara para que mirara. Ella se quedó mirando durante un largo momento, luego movió la cabeza hacia delante, con la nariz pegada al teléfono, y después le miró a él. No era difícil de interpretar.

"Vale, te buscaremos en Google". La miró evaluadoramente y luego dio unos golpecitos en la pantalla. "Veamos... gato salvaje de tamaño mediano, patas largas, enormes orejas empenachadas. Bueno, hola, hola".

Miró atentamente la pantalla y pulsó sobre Wiki. "Sí, aquí tienes. Un caracal. Parece que eres un gato salvaje originario de África, Oriente Próximo y la India".

Un bufido felino le hizo sonreír. Volvió a mirar el teléfono.

"Parece que los caracales son muy populares. Aquí dice que son sobre todo nocturnos... por eso quizá cambiaste de noche. Además, no hacen mucho ruido, aparte de ronronear cuando están contentos y gruñir y sisear cuando no lo están. Ese trino gracioso que has hecho, es para llamar a otros caracales". Dejó el teléfono en el extremo de la cama. "Oye, ¿qué te parece si me cambio yo también? Kitt puede ayudarte más, con la forma de navegar con tu cuerpo. Te levantaremos y caminaremos, y como podemos comunicarnos por telepatía en nuestras formas animales, podrás hacer preguntas".

Ella inclinó la cabeza una vez y él sonrió. "Bueno, ya has dicho que sí".

Un gruñido retumbó en su garganta, y los ojos rasgados se abrieron de nuevo con aparente sorpresa. Kester se rió, poniéndose en pie. "¡Vale, un Maine Coon entrando!

Le tendió la mano a su gato, y Kitt saltó hacia delante, ansioso por salir a investigar a la

recién llegada. El aire a su alrededor zumbó, como el crepitar de la electricidad, y entonces se puso a cuatro patas, avanzando para olisquear las narices con Tamera. Tenía las orejas levantadas, giradas hacia delante por la curiosidad, y él se sentó, enroscando la cola plomiza sobre las patas delanteras.

Ahora podemos hablar así. Envío las palabras a través del camino mental.

Las grandes orejas se crisparon, las puntas empenachadas temblaron.

Inténtalo, instó. Forma un pensamiento, luego dilo, pero en lugar de decirlo con los labios, dilo en tu mente.

Las palabras llegaron, susurrantes, tentativas. *¿Así?*

Por dentro sonrió, y su lengua salió para rozarle la mejilla. *Bien. Ahora refuerza tu tono. Con el tiempo te resultará más fácil y acabará siendo tan natural como hablar entre humanos.*

¿Puedo hablar contigo en cualquier sitio?

Estamos limitados por la distancia. Generalmente se considera que el alcance es de un kilómetro y medio más o menos. Katerina me contó que alcanzó varios kilómetros para ponerse en contacto con Jacinto cuando la atacó un perro, pero o bien fue la exigencia de su situación, o tal vez porque se trataba de un Djinn con el que tenía conexión, aunque me dice que Jacinto no es, en general, telepático.

Ahora. Le golpeó la cabeza con la suya. *Vamos a levantarte y a andar. Quiero que te pongas de pie.*

Sus expresivas orejas bajaron un poco y sus ojos se entrecerraron. *Me siento cómoda aquí.*

Le envió una impresión de su diversión. *Seguro que sí. También te sentirás cómoda de pie y caminando, con un poco de práctica. Vamos, arriba contigo.*

Se levantó vacilante, pero las patas se le iban de un lado a otro y acabó otra vez tirada en el suelo. Kester reprimió severamente su diversión.

Prueba primero a sentarte. Levántate sobre las patas delanteras, endereza las patas y luego pon los cuartos traseros debajo de ti. Eso es.

Se acercó a ella y le acarició el hocico en señal de aprobación.

Esto es más duro de lo que pensaba, le dijo. Siento que me voy a caer.

Lo estás haciendo bien. Ahora empuja hacia arriba con las patas traseras y ponte de pie.

Ella obedeció y se levantó para ponerse a cuatro patas, con las largas piernas torpemente extendidas y la cabeza baja mientras se esforzaba por mantener el equilibrio.

No creo que pueda andar. No sé qué pierna mover primero.

Esta vez dejó que ella percibiera su diversión. *Tu gata lo sabe. Tienes que apartarte de su camino, dejar que se acerque. Al igual que la telepatía, al principio requiere un esfuerzo consciente, pero se volverá natural en cuanto le cojas el truco.*

Dio un paso incauto hacia delante y se tambaleó, con las garras arañando el suelo mientras luchaba por mantenerse erguida. Él apoyó su enorme cuerpo contra el de ella, estabilizándola, y ella se puso en pie, con los costados agitados mientras jadeaba. Él esperó hasta que ella pareció incorporarse con facilidad antes de apartarse.

Sigues intentando mover las patas intencionadamente, pero no funciona así. Tu gato se adelanta y el movimiento le resulta instintivo. Se le ocurrió una idea y sonrió para sí. *Probemos esto.*

Su pata salió disparada, con las garras envainadas, pero golpeándola en la cabeza. Se apartó de un salto cuando ella echó las orejas hacia atrás, apoyándolas en el cráneo, y su hocico se arrugó, con las mandíbulas entreabiertas, al sisear una advertencia justo antes de saltar. Anticipándose a su movimiento, inclinó las ancas y saltó ligeramente sobre la cama para

quedarse mirándola.

¿Lo ves? Ahí lo tienes.

Inclinó la cabeza mientras le miraba, moviendo la cola de un lado a otro. Sus grandes orejas giraron hacia delante y sus patas golpearon el suelo con excitación. *¡Lo he conseguido!*

Lo hizo. Observó cómo ella merodeaba por la habitación, olisqueando las patas de la mesa y de las sillas, y chocando la nariz contra el cristal de la puerta del balcón. Ella resopló y se volvió fácilmente, con la gracia natural del felino, explorando la habitación con sus nuevos sentidos.

Las cosas huelen raro.

Le envió una risa mental. *Lo harán. Te acostumbrarás.*

Bajó al colchón, reclinándose con gracia en el borde de la cama, desde donde podía observarla. Ella se acercó, levantando la cabeza para olisquearle, y se rozaron los hocicos.

Vale, esto está muy bien, admitió. Su mirada oblicua examinó la cama. *Me pregunto si podría llegar a saltar ahí arriba.*

Nunca lo sabrás hasta que lo intentes. Añadió una advertencia mientras ella se agachaba, volviendo a desplazar su peso sobre los cuartos traseros. *Por lo poco que había podido leer, los caracales están hechos para saltar en el aire. Pueden atrapar pájaros al vuelo. No te esfuerces demasiado o te pasarás de la raya.*

Lo consiguió. Ajustó la profundidad de su postura. Azotó la cola una vez y saltó a la cama junto a él. Sin esfuerzo aparente, se tumbó boca abajo, con las patas estiradas ante ella.

¡Bien hecho!

¿Cómo llega un gato salvaje africano a América? Apoyó la cabeza en las patas, un poco inclinada hacia él. Detrás de ella, sólo se movía la punta de la cola, que se balanceaba perezosamente de un lado a otro.

No lo sé. ¿Cómo hemos llegado a ser metamorfos? Hay todo tipo de teorías. Las aprenderás todas, le advirtió, arrugando el hocico. *YiaYia, como guardiana, probablemente encontrará a un anciano que te enseñe, no sólo las leyes, sino también nuestra historia, las distintas especies de cambiaformas, los territorios, los guardianes y los consejos de los distintos continentes, ese tipo de cosas. Cosas que todos aprendimos al crecer.*

Estuvo alerta para detectar signos de agitación mientras Tamera digería esto. No estaba seguro de cómo podría tratar con ella si su gato se alteraba. Era un poco más alta que Kitt, debido a sus largas patas, aunque él era más corpulento, musculoso y peludo. Era poco probable que pudiera hacerle daño si tenía que someterla, pero él no quería hacerle daño. Sus bigotes temblaban un poco, y la cola peluda se agitaba un poco hacia delante y hacia atrás, pero sorprendentemente había pocas pruebas más de agitación.

¿Estás bien? preguntó, dándole un cabezazo.

Su respuesta fue instantánea. *Sí. Estoy asombrada. Nunca pensé que algo así fuera posible.* Levantó la cabeza para mirarse las patas delanteras. *¡Son enormes! Y las garras también están afiladas. Creo que he arañado el suelo, no era mi intención.*

Alégrate de que sean retráctiles. Piensa en lo incómodo que sería si fueras un guepardo.

Aquellos ojos rasgados se abrieron de par en par y luego parpadearon. *¿Los guepardos no pueden retraer las garras? No lo sabía.*

Pueden semiretraerlos, no del todo.

Vaya. De repente, Tamera se tumbó de lado, boca abajo, con las largas patas traseras extendidas hasta casi el final del colchón. Un ronroneo áspero retumbó en su pecho. *Me siento tan perezosa. Quiero tumbarme aquí y no hacer nada.*

Kester soltó una risita. *Bienvenido a la vida felina. Quizá quieras no cambiarte si tienes poco*

tiempo o una cita o algo así. Puede que tu gato decida que no merece la pena molestarse.

A Tamera se le hincharon los costados y se rió divertida. Podría acostumbrarme a esto. Lástima que no puedas embotellarlo y venderlo como control del estrés.

Se le ocurrió un pensamiento repentino. Oh, espera. ¡Pájaros al vuelo!

Resistió el impulso de jugar con los largos mechones de sus orejas cuando se agitaron. ¿Qué pasa con ellas?

Justo después de llegar por primera vez a la posada, estaba sentada en la hierba dibujando y un arrendajo azul no paraba de bombardearme. Intenté espantarlo, pero no se iba. Así que, sin pensarlo, me levanté, salté en el aire y ¡lo atrapé!

¡Vaya!

¿Verdad? Recuerdo que yo estaba tan conmocionada como él. Le dejé ir, por supuesto, pero estaba realmente conmocionado. Quiero decir... debería haber sido imposible.

Probablemente fue algo aislado, rumió Kester. Normalmente no tenemos muchas habilidades extra en nuestra forma humana. Sin embargo, nuestros sentidos siempre están un poco aumentados. Como metamorfo felino, veo en la oscuridad mucho mejor que un humano, y también oigo mejor. Un halcón o un águila tendrán una vista increíble a larga distancia. Un metamorfo lobo u oso tendrá un olfato mejorado. Aunque físicamente no adoptamos cualidades de nuestro animal, al mismo tiempo, los metamorfos felinos suelen ser más ágiles, los lobos más rápidos, los osos más fuertes. Los metamorfos nutria y hurón son increíblemente juguetones.

Lanzó una especie de graznido que podría haber sido una carcajada si hubiera tenido forma humana. ¿Un hurón?

Cedió al impulso de morderle la oreja empenachada. Sí, aunque hay que reconocer que son pocos. La mayoría de los cambiaformas son especies depredadoras, ya que las de presa se han extinguido con el paso de los siglos. Aunque me han dicho que hay cambiaformas canguro en Australia.

Tamera sacudió la cabeza, apartando la oreja de su boca. Canguros. Nutrias. Águilas. Osos. Esto es simplemente... guau.

Aquí en esta zona, además de mi familia de mapaches de Maine, hay un montón de lince, algunos lince y al menos una familia de lobos que yo sepa. Dado que en el valle del Hudson abundan los osos negros, voy a suponer que también hay algunos cambiadores de osos negros. El equipo de construcción que está haciendo el granero de Troy está formado en su mayoría por lince y un lince, y el herrero que viene a casa de Troy y a la clínica veterinaria es un lince.

Mi mente está aturdida ahora mismo, admitió Tamera. Bostezó, mostrando de forma excelente unos colmillos blancos afilados como agujas. Creo que debería dormir. ¿Cómo vuelvo a cambiarme?

Hubo un momento de silencio.

Mierda.

CAPÍTULO 19



"EH, ¿HERMANA?" Kester mantuvo una mirada cautelosa sobre el agitado gato que merodeaba por la habitación mientras hablaba por teléfono. "Tenemos un pequeño problema. ¿Puedes venir al Bed & Breakfast?".

"¿Tú también necesitas a Troy?", preguntó.

"No, no, sólo tú. Pero, bueno, tal vez quieras decirle a Troy que Tamera dice que hoy está enferma".

Hizo una mueca de dolor cuando un grito agudo le llegó a través del teléfono.

"Está bien, ¿vale? Tranquilízate. Se ha cambiado por la noche mientras dormía... sí, ha ido bien, le ha parecido bien, pero no sabe cómo volver a cambiarse. Así que ven rápido, ¿quieres? Está un poco asustada".

"¡Yo también me asustaría! Hazle saber que voy para allá, Kester. Cuando esté allí podrás contármelo todo, y luego llamaré a YiaYia para que me aconseje mientras estamos todos juntos".

"Estamos en su habitación, segundo piso, 202. He desbloqueado la puerta, entra. Tengo que volver a cambiar a Kitt para mantenerla tranquila, pero ven rápido".

Cerró el teléfono y se volvió hacia Tamera, que lo miraba con ojos muy abiertos, presa del pánico.

"Katerina viene hacia aquí. Todo va a ir bien. Lo solucionaremos".

Se dirigió a la puerta de su habitación y cerró la cerradura antes de llamar al Cambio.

A cuatro patas, cruzó la habitación hasta donde estaba ella, acariciando su cuerpo cubierto de pelo. *Tienes que mantener a tu gato tranquilo. Lo digo en serio, Tamera. No tienes experiencia en controlarla, y lo último que necesitamos es que una gata salvaje africana se desmelene en la posada.*

Jadeaba pesadamente, con la cola agitada. Su voz mental tenía pánico. *¿Y si no puedo volver a mi forma humana?*

No pudo resistirse a burlarse de ella. *Pero sabrás que no estás loca.*

Tamera aplastó las orejas contra el cráneo y siseó. *No tiene gracia.*

Kester le hizo sentir su diversión. *En serio. Nunca he oído hablar de nadie atrapado en su forma metamorfa, jamás. Cuando llegue Katerina, le diremos que llame a YiaYia, la tranquilizó. Aún no he tenido ocasión de hablar de esto contigo, pero cuando existe un fuerte vínculo familiar, o de pareja, el que tiene forma animal puede enviar pensamientos telepáticos al humano. Eso significa que Katerina y yo podemos hablar telepáticamente aunque sólo uno de los dos esté cambiado. Así que Katerina puede hablar con YiaYia y contarnos lo que dice, y si*

tienes alguna pregunta puedes transmitirla a través de mí. ¿De acuerdo?

Su gran cuerpo temblaba y le temblaban los bigotes. *De acuerdo.*

Su voz mental se apagó y él le lamió la mejilla. Ella lo permitió, e incluso le devolvió un tímido lametón.

Esa es mi chica, aprobó.

Se oyó un clic al girar el picaporte y la puerta se abrió de golpe. Katerina se detuvo en la abertura, con la boca abierta mientras contemplaba el bronceado cuerpo de Tamera, agachada en el suelo junto a la cama.

"¡Dios mío!", exhaló, cerrando la puerta tras de sí con un movimiento de la mano sin apartar los ojos de Tamera. "¡Un caracal! Eres preciosa!"

Cruzó corriendo la habitación y se arrodilló junto a su amiga, hundiendo los dedos en el áspero pelaje del cuello del gato. "Sólo los he visto en fotos. Oh, ¡Gato te tendrá tanta envidia!".

Kester tosió, como si estuviera a punto de vomitar una bola de pelo. Katerina sonrió. Se sentó, doblando las piernas bajo ella.

"Vale, antes de que llame a YiaYia, ahorremos tiempo y cuéntame todo lo que ha pasado. Por ejemplo, ¿cuál fue la secuencia de acontecimientos que te hizo cambiar, Tamera?".

Kester recibió de Tamera la impresión mental de un encogimiento de hombros.

No lo sabe, hermana. Puedo conjeturar, pero sólo son conjeturas. Tuvo una pesadilla y yo me acerqué al balcón y la desperté. Hablamos un poco y se quedó dormida mientras yo estaba aquí. Yo también me dormí y me desperté cuando ella cambió. Si tuviera que adivinar, diría que se sintió lo bastante relajada y segura como para dejar caer sus muros defensivos, lo que permitió que entrara su gato.

Katerina arrugó la nariz, pensativa, mientras miraba fijamente a Tamera. "Debo decir que no pareces muy relajada. Es comprensible. Pero ¡eh! ¡Kester y yo estamos aquí ahora! Si no puedes estar a salvo con nosotros, ¿con quién puedes estarlo?".

Sonrió y le hizo cosquillas en la oreja al caracal. "Vale, voy a llamar a YiaYia a ver qué dice".

El pánico llenó la voz mental de Tamera y se inclinó hacia Kester. *No lo hice a propósito. Sé que debía esperar hasta llegar a Maine para Acción de Gracias.*

Eh, eh. La tranquilizó, enviando su miedo a Katerina. *Ya lo sabemos. Acaba de ocurrir.*

"Kalimera, YiaYia". Katerina hizo una pausa, escuchando, y se rió. "Sí, ¿cómo lo sabías?" Le guiñó un ojo a Kester. "Sí, YiaYia. No, no, no es nada malo, pero anoche Tamera cambió por primera vez. Es una caracal, por cierto, y es preciosa. En fin, Kester estuvo aquí, dijo que fue espontáneo, mientras ella dormía".

Le bailaron los ojos y tapó el teléfono con una mano. "Quiere saber qué hacías aquí mientras ella dormía, Kester".

Si estuviera en forma humana, habría puesto los ojos en blanco. Dio un manotazo a su hermana con una pata, y ella se echó a reír. Levantó una mano para pedir silencio mientras daba la explicación que Kester le había dado antes por teléfono, y luego hizo una pausa, escuchando atentamente.

"¡Oh!" Sonrió a Tamera, que la observaba con ojos muy abiertos y ansiosos. "Dice que es bueno que te hayas cambiado sin querer. Dice que eso significa que tu gato se siente cómodo contigo, y contigo también, Kester".

Volvió a su conversación. "Ya, pero... espera, YiaYia, ése no es el problema. Kester dice que Tamera no puede volver a su forma humana". Levantó la vista. "Quiere saber cuánto tiempo lleva Cambiada".

Kester miró el reloj de la mesilla de noche. *Habrán pasado unas tres horas, más o menos. Intentó volver a cambiar hace sólo media hora.*

Al transmitir esta información, Katerina hizo una mueca de dolor al escuchar la respuesta de su abuela. Miró a su hermano y a Tamera y se aclaró la garganta. "Creo que YiaYia piensa que has pulsado el botón del pánico demasiado pronto, ¿y qué hay de malo en pasar algún tiempo conociendo a tu gata? Claro que no quiere volver a cambiar, acaban de dejarla salir por primera vez. Por cierto, estoy parafraseando". Hizo una pausa. "Sí, YiaYia. De acuerdo. El miércoles por la noche. Entendido. *Addio, YiaYia.*"

Pulsó el botón del teléfono para cortar la llamada y lo arrojó al bolso, que se había quedado abierto al dejarlo caer junto a la puerta.

"YiaYia dijo que dejáramos de ponernos dramáticos -se rió Katerina- y le diéramos unas horas más. Si a la hora de la cena no ha vuelto a cambiar, deberíamos llamarla y enviarla a uno de los metamorfos más viejos que viven en la comunidad... probablemente uno de los lince... para que trabajara con ella y consiguiera que volviera a ser humana".

Kester acarició con el hocico la cabeza del caracal. *¿Puedes hacer eso, Tamera? ¿Relajarte un poco y disfrutar simplemente de ser tu gato?*

Lo intentaré.

Katerina bostezó un poco, estirándose. "Vale, YiaYia dice que, por lo que sabe, eres el único caracal de Estados Unidos. De hecho, dice que nunca ha sabido de un cambiaformas caracal, así que va a preguntar por ahí".

Kester pensó en ello. *Sólo tuve un minuto para escanear un artículo en Google, pero recuerdo que decía que son gatos muy reservados, y también nocturnos.*

Tamera le golpeó con la nariz. *¿Y eso qué tiene que ver?*

Kester no se dio cuenta de lo tenso que había estado, hasta que el alivio le inundó al oír sus palabras. Se estaba calmando lo suficiente como para hacer preguntas. Eso era bueno.

Recuerda que te decía que nuestra naturaleza animal puede influir, hasta cierto punto, en algunos de nuestros comportamientos como humanos. Los cambiaformas de oso, por ejemplo, además de tender a ser grandes en sus formas humanas, tienden a empezar a guardar la comida en otoño.

"Y se vuelven ariscos", añadió Katerina, que había estado escuchando lo que decía Kester. Arrugó la nariz. "Muy ariscos".

Sí, Kester lo secundó. *Cruzarse con un oso metamorfo cuando está a punto de hibernar es casi tan malo como cruzarse con un oso de verdad.*

"Así que si los caracales son reservados por naturaleza, quizá se mantengan al margen de la comunidad cambiaformas en su conjunto". Katerina se encogió de hombros. "Sólo estoy haciendo conjeturas. Podría estar totalmente equivocada, y ni siquiera estoy segura de que eso esté permitido. Que permanezcan totalmente ocultos. Alguien del Consejo tendría que saber de ellos, aunque nadie más lo supiera, como su Guardián regional".

Tamera le empujó la nariz a Kester. *Nadie se presentó cuando murieron mis padres. Si el Consejo sabía quiénes eran, si el Alcaide lo sabía, ¿no habrían venido a buscarme?*

"Así es", asintió Katerina después de que Kester le transmitiera lo que había dicho. "De ninguna manera se dejaría a un cachorro metamorfo en el sistema para que acabara siendo criado por no metamorfos. Así que tus padres deben de haber estado completamente fuera del radar de algún modo".

Tamera bajó la cabeza hasta las patas y echó las orejas un poco hacia atrás. Su cola se agitó inquieta. *Creo que...*

Hizo una pausa, y Kester se incorporó, enroscando la cola sobre las patas delanteras, observando a Katerina. La mirada de su hermana estaba fija en el caracal, pero ella hizo un gesto minúsculo con los dedos, una señal privada para él. Se quedó callado, esperando.

"Nada de lo que hicieron tus padres se refleja en ti, Tamera". dijo Katerina en voz baja. "Puedes contarnos lo que quieras. Si es algo que no quieres que contemos a nadie más, lo mantendremos en secreto".

El aire brilló y chispeó, y de repente el caracal desapareció, y Tamera quedó tendida en el suelo. Se incorporó y se apartó el pelo de la cara.

"Vaya, he vuelto". Se miró y chilló, tratando de cubrirse. "¡Estoy desnuda!"

Katerina se rió, y le tiró el pijama que se había quedado acumulado en la cama cuando Tamera se cambió. "Es un inconveniente con el que siempre tenemos que trabajar".

Tamera se puso rápidamente el pijama y luego lo miró, desconcertada. "¿Qué ha pasado?"

Kester se apresuró a volver a su forma humana y se puso rápidamente el pantalón del pijama. Se levantó y tendió las manos a Tamera y a su hermana, poniéndolas en pie.

"Déjame ir a mi habitación y ponerme ropa de calle. Ahora vuelvo".

Katerina le siguió hasta el pasillo y mantuvieron un coloquio en voz baja.

"¿Sabes lo que acaba de pasar?", preguntó en voz baja.

Katerina asintió. "Dejó de sentirse segura y su gato se retiró. Ve a cambiarte, Kester, y vuelve enseguida".

Lo empujó a través de la puerta y se volvió hacia Tamera.

"¿Por qué no te vestes tú también? Podemos bajar todos a tomar algo caliente".

"¡No, no!" Tamera pareció estremecerse, rodeándose con los brazos como si tuviera frío... o miedo, pensó Katerina. "No quiero salir. ¿No podemos quedarnos aquí?"

"No hay problema".

Teniendo en cuenta lo que Troy había descubierto en su investigación, Katerina tenía una idea bastante aproximada de lo que Tamera había estado a punto de contarle, así que parecía razonable que no fuera sólo la gata de Tamera la que sintiera miedo. Esta habitación era lo más parecido que Tamera tenía a una guarida, y quería permanecer a salvo en ella. "Te diré una cosa: mientras te vistes, iré a buscarnos algo al comedor. Sé que Kester querrá café y yo té. ¿Y tú?"

"Un cacao caliente estaría bien".

"Vale, ahora vuelvo".

Cuando volvió con una bandeja que contenía no sólo tres tazas humeantes, sino también un plato de magdalenas y bollería danesa, Tamera se había puesto unos vaqueros y una camisa de manga larga, y Kester arrastraba una silla extra desde el balcón.

"Probablemente sea mejor que hablemos aquí, donde no corremos el riesgo de que nos oigan", explicó.

Katerina asintió y, tras repartir las tazas, colocó la bandeja en la mesilla de noche, donde podían servirse.

"¿Ibas a decirnos algo?" preguntó una vez que todos estuvieron cómodos. Como Tamera dudaba, preguntó: "¿Es confidencial?"

"¡No! Eso es", Tamera soltó una media carcajada, encogiéndose un poco de hombros. "No lo es, ahora que sé que todo esto es real, no una especie de... de... episodio psicótico o algo así, ¿sabes?"

Katerina hizo una mueca de compasión. "¡Ay! Ha debido de ser duro".

"No tienes ni idea", le dijo Tamera. "El caso es que siempre he tenido estas pesadillas, toda mi vida. Bueno, al principio creía que eran pesadillas. Siempre eran iguales. Estaba de pie,

agarrada a unos barrotes de madera, creo que era una cuna. Un hombre gritaba, hablaba de engendros del diablo. Me apuntaba con una pistola. La mujer lloraba, intentaba suplicarle. Corrió hacia mí, justo cuando él apretó el gatillo, y ella cayó. Él la cogió, le suplicó que no muriera. Luego volvió a levantar el arma. No vi el segundo disparo, pero lo oigo en mis pesadillas y me despierto, gritando".

"Creíste que te disparaba", adivinó Katerina, y asintió.

"Sí, pero cuando era adolescente, vi los informes de los periódicos. Se había suicidado con ese segundo disparo".

Sin decir palabra, Kester se acercó a ella y se inclinó sobre el espacio entre sus sillas para abrazarla. Ella lo aceptó, dedicándoles una leve sonrisa.

"Eso le da un complejo diferente a todo el asunto", reflexionó Katerina. "Por tu pesadilla... que ahora voy a suponer que son recuerdos... tu padre era humano, y no tenía ni idea de lo que eran tu madre y tú".

Sus ojos se encontraron con los de Kester al otro lado de la cabeza de Tamera, y se preguntó por su expresión sobria si había llegado a la misma conclusión que ella. Los años de la infancia eran difíciles para los padres y la familia, que intentaban mantener su naturaleza oculta a los extraños. Los niños de esa edad eran propensos a Cambiar, inadvertidamente o a voluntad, demasiado jóvenes para saberlo. Si Tamera había Cambiado antes que su padre humano, eso podría muy bien haber precipitado esta tragedia.

"Bueno, ahora tienes familia", le dijo a Tamera con firmeza. "Familia cambiaformas. Nunca más tendrás que estar sola".

Kester soltó una risita. "Ni aunque quieras".

CAPÍTULO 20



SONÓ EL TELÉFONO de Kester y lo pasó para contestar. Enarcó una ceja, sorprendido, y le tendió el teléfono a Tamera.

"Es para ti".

Cogió el teléfono, parpadeando desconcertada. "¿Para mí?"

Se acercó el teléfono a la oreja. "Sí, ¿hola?", dijo con cautela.

"Saludos, Tamera". La voz pertenecía a una mujer mayor, con marcado acento griego. "Soy Maroulla Kazakis. No nos conocemos, pero he oído hablar mucho de ti a mis nietos".

"¡Oh!" El alivio la inundó y sonrió. "Me alegro de conocerte, aunque sólo sea por teléfono".

"¿Cómo te llevas con tu animal?"

Tamera levantó las piernas, temblando de placer. "¡Es increíble! ¡Jamás hubiera imaginado que algo así fuera posible! Kester y Katerina me llevan al bosque y corremos y jugamos. He encontrado un montón de vídeos de caracales en YouTube, y he estado practicando mis saltos".

Maroulla se rió, un sonido grave y gutural. "Imagino que estamos viendo los mismos vídeos. Yo también los he buscado, pues nunca había oído hablar de los caracales".

"Yo tampoco", admitió Tamera. "Es increíble lo alto que pueden saltar, y lo rápido. También tienen las piernas muy largas. Para saltar, supongo, pero yo paso mucho tiempo cayéndome".

"Será más fácil con la práctica", le aseguró Maroulla. "Tenía un motivo para llamar esta mañana. ¿Puedes ponernos en el altavoz? Me gustaría que Christopher también lo oyera".

"Sí, claro".

Le pasó el teléfono a Kester. "Lo quiere en altavoz", le explicó.

"Ah". Deslizó rápidamente el dedo por la pantalla y lo puso en altavoz, luego colocó el teléfono sobre la mesa que tenían delante. "Vale, YiaYia, te toca".

"Gracias, Christopher. Tamera, cuando supe de ti por primera vez, y una vez que supimos cuál era tu animal, tanteé a la comunidad de cambiaformas para ver si podíamos averiguar algo sobre tu familia, o de dónde procedías. Anoche se puso en contacto conmigo un hombre que dice ser tu tío".

"¿Tío?" repitió Tamera sin comprender.

"El hermano de tu madre", aclaró Maroulla. "Me envió una foto de su hermana. Sé que eras muy joven cuando murió, pero creo que deberías mirarla".

Tamera balbuceó un asentimiento. Nunca se había planteado que pudiera tener más familia en alguna parte. ¿Por qué no lo había pensado? Un pitido en el teléfono anunció la llegada de un mensaje, y Tamera deslizó el dedo por la superficie del teléfono. Apareció la foto y se quedó

mirándola, consciente de que Kester se inclinaba hacia ella para mirarla.

"Se parece mucho a ti", dijo.

Tragó saliva, incapaz de dejar de mirar a la mujer de la foto. Se parecía a ella, con la misma piel suave y cremosa, el pelo rojo oscuro y los ojos de un azul intenso, incluso la mancha de pecas en la nariz. Sin embargo, el rostro que le devolvía la mirada parecía embrujado; su expresión era solemne, sin sonrisa, los ojos apagados y sin vida. Tamera tragó saliva. También se parecía a la mujer de sus pesadillas.

"Es ella". Le tembló la voz y volvió a intentarlo. "Es mi madre".

El brazo de Kester le rodeó los hombros y ella se apoyó en él agradecida.

"Quiere conocerte", dijo Maroulla con suavidad. "¿Qué te gustaría hacer?"

"Um..." Sabía que debería estar encantada de tener familia, de no estar sola en el mundo. Tenía un tío, alguien que conocía a su madre, que podía hablarle de ella. Y también debía de haber más... tías y primos, y tal vez abuelos. Pero, de algún modo, todo parecía irreal y, al mismo tiempo, abrumador.

Kester, alarmado por su palidez y el débil temblor de su cuerpo al apoyarse en él, descolgó el teléfono y lo desconectó del altavoz.

"Creo que está en estado de shock, YiaYia. Dale un momento para que lo asimile".

"De todas formas, quería hablar contigo en privado". Hubo un momento de silencio antes de que continuara. "No estoy muy segura de ese hombre, Christopher. Era muy perentorio y oficioso, y había algo en él, en su forma de hablar, en el tono de su voz, que me ponía los pelos de punta. Dijo que Rebeca, su hermana, había huido de su familia, pero sé que había algo más que no me estaba contando. Estoy segura de que Tamera querrá conocer a ese tío, por supuesto, es natural. Si pudieras arreglártelas para acompañarla cuando se conozcan, me alegraría mucho".

"Puedo hacerlo", le aseguró Kester. "Lo hablaremos y te diremos lo que Tamera quiere hacer".

Intercambiaron despedidas y Kester colgó el teléfono, volviendo su atención hacia Tamera.

"¿Cómo estás?", preguntó él, pasándole los dedos por el pelo, alisando los mechones enmarañados.

"No lo sé", respondió ella con sinceridad, suspirando. "Llevo tanto tiempo sola que nunca se me ocurrió que pudiera tener familia ahí fuera. Sé que las autoridades buscaron al principio, pero nunca encontraron a nadie, y nadie se presentó."

Soltó una risa temblorosa. "¿Por qué no estoy extasiada? Debería estar encantada, ¿no?"

Las palabras de advertencia de su abuela resonaron incómodas en su mente, y Kester respondió sólo con moderado entusiasmo.

"Porque fue una gran sorpresa. Cuando hayas tenido la oportunidad de asimilarlo, podrás decidir si quieres conocerlo".

"¡Claro que quiero conocerle!". La respuesta fue instintiva, y Tamera hizo una pausa, mordiéndose el labio por la indecisión. "Al menos, creo que sí. Quiero decir... ¡es mi tío! ¿Por qué no iba a querer conocerle?"

"No hay prisa", la tranquilizó Kester. "Tómate un poco de tiempo para pensar en el cuándo y el dónde, y luego llamaremos a YiaYia para que lo organice. ¿De acuerdo?"

"De acuerdo".



LA CARACAL RUBICUNDA correteaba por el bosque, con sus grandes zarpas golpeando los

montones de hojas de colores. Detrás de ella correteaba un gran Maine Coon atigrado y marrón, que de vez en cuando se abalanzaba juguetón sobre su cola y le mordisqueaba los talones.

Al llegar al linde del bosque, Tamera rodeó el tronco de un gran arce y se tumbó de lado, jadeando alegremente. Al acercarse a su barbilla, Kitt empujó la cabeza contra la suya, y ella le pasó una gran lengua por la gola.

¿Cómo es que tú y los gatos de Katerina tenéis nombre propio y el mío no? El tono mental de Tamera era enfurruñado.

Kitt resopló. *Bueno, ¿se lo has preguntado?*

Oh. Tamera sonaba dubitativa. ¿Tengo que preguntar?

Kitt se encogió mentalmente de hombros. *Kitt me dijo su nombre cuando yo tenía unos cinco años, supongo. Pero tú has reprimido el tuyo durante tanto tiempo... prueba a preguntarlo a ver si obtienes respuesta.*

Um, ¿hola? pensó Tamera tímidamente. Golpeó a Kitt con una gran pata mientras él se reía a carcajadas. *¿Tienes un nombre por el que pueda llamarte?*

El silencio respondió a su petición. Volvió a intentarlo, pero nada.

Dale tiempo, le dijo Kitt. Todo esto es tan nuevo para ella como para ti.

Tamera estuvo de acuerdo, pero suspiró. *Siento que voy kilómetros por detrás de los demás.*

Kitt le dio un cabezazo en señal de simpatía. *Te estás poniendo al día. No ha pasado tanto tiempo, tienes que darte un respiro. Ya has recorrido un largo camino.*

Ya lo sé. Es que...

Lo quieres todo ahora. Lo entiendo. Y llegará. Agitó la cola. Cambiémonos y salgamos a comer, y luego vayamos a hacer algo. Los dos tenemos que volver al trabajo mañana, además pronostican que la ola de calor terminará esta semana, así que éste puede ser nuestro último domingo agradable hasta la primavera.

Vaya idea. Le golpeó juguetonamente la cola. ¿Qué quieres hacer?

No sé. ¿Qué te parece el putt-putt golf?

Si tuviera forma humana, estaría rodando por los pasillos riendo, le informó. ¿Golf Putt-putt? ¿En serio?

Resopló, ofendido. *¿Qué tiene de malo el putt-putt golf?*

Bueno, ahora que lo pensaba... Nada, admitió. En realidad, suena divertido, excepto... que es domingo.

Ya lo sé. Por eso lo sugerí.

Estará lleno de niños.

Oh. Parecía decepcionado. Sí, ya veo lo que quieres decir.

Como ayer tuve que trabajar, el miércoles sólo trabajo media jornada. Si pudieras salir temprano, podríamos ir entonces, se ofreció.

Se lo pensó mejor. Probablemente pueda arreglarlo. Nuestra nueva subdirectora se está portando muy bien, puedo dejarla a cargo por la tarde.

Trato hecho.

Sí, pero aún quiero hacer algo hoy.

Tamera se estiró lujosamente y golpeó unas hojas que flotaban desde las ramas superiores. Le lanzó una mirada de reojo.

Te tiemblan los bigotes, le dijo Kitt. ¿Qué te pasa?

Bueno, no tenemos que hacerlo, es sólo algo que he querido hacer...

Kitt le pellizcó el hombro. *Escúpelo.*

El Fantasma de la Ópera vuelve a representarse en Broadway. En el Majestic. Estuvo

cerrado durante mucho tiempo debido a la pandemia, pero acabo de leer que han vuelto a abrir.
Que sea Broadway. Kitt se puso en pie y le dio un codazo. Vamos, cambiémonos, vistámonos
y volvamos al B&B, y yo me ocuparé de conseguirnos entradas por Internet.



ESTABA COMPLETAMENTE OSCURO cuando salieron del Teatro Majestic, y la ciudad estaba llena de luces y ruido. Kester mantenía el brazo alrededor de Tamera, estabilizándola. La miró con preocupación.

"¿Seguro que estás bien?"

Ella asintió, intentando sofocar los sollozos que amenazaban con abrumarla. "Mmhmm".

Se rió entre dientes. "No tenía ni idea. Deberías haberme avisado de que trajera una caja de Kleenex".

"Puffs", hipó.

"De acuerdo, Puffs". Sonrió. "Caminemos un poco, ¿qué te parece?".

Tamera moqueó lastimeramente. "Está bien".

"Quizá encontremos una bodega o algo y podamos comprarte unos Kleenex".

"Puffs".

Kester puso los ojos en blanco. "Como quieras. ¿Te apetece cenar algo?".

Tamera se frotó los ojos, aún con cara de lúgubre. "¿Supongo? Quiero decir, claro".

Sacó el móvil y se puso a buscar. "Hay muchos sitios a los que se puede ir andando, y todos de camino a la Gran Estación Central".

"¿Cómo qué?"

"Bueno, hmmm". Echó un vistazo a la pantalla. "¿Bubba Gump's?"

Ella frunció el ceño y él soltó una risita. "No, eh. Vale, ¡eh! Hay un sitio italiano". Señaló hacia el final de la manzana.

"Me encanta el italiano", admitió.

"Lo sé". Kester se inclinó para besarle la frente.

La azafata que los recibió observó con conocimiento de causa las mejillas manchadas de lágrimas y los ojos enrojecidos de Tamera, y sonrió con simpatía.

"Acabas de llegar de Fantasma, ¿eh?"

Kester se rió. "Supongo que ves esto a menudo".

"Ah, sí". Guiñó un ojo y palmeó el hombro de Tamera. "Vamos, cariño, te prepararemos unos pañuelos y un buen vaso de vino".

Tamera logró esbozar una sonrisa temblorosa. "Eso sería perfecto".

Una vez sentada, y con medio vaso de vino a sus espaldas, Tamera se sintió claramente mejor. Miró el menú y levantó las cejas, sorprendida.

"¡Tienen ternera!"

Kester frunció un poco el ceño, perplejo. "La ternera es una cosa".

"Sí, pero llevo toda la vida oyendo hablar de ternera esto y ternera lo otro", explicó Tamera. "Pero nunca la había visto servida en ningún sitio. Siempre quise probar la ternera a la parmesana".

Sonrió, con un aspecto devastador a la luz de las velas. "Ahora es tu oportunidad".

Dudó y volvió a mirar el menú. Kester dio un golpecito en la parte superior de su menú, y ella levantó la vista, sorprendida.

"Ni se te ocurra ir allí", advirtió.

"Pero es caro".

"Me lo puedo permitir. Además, hemos quedado para ir al teatro y cenar. El cielo es el límite".

Ambos pidieron la ternera a la parmesana, y la camarera trajo una cesta con pan caliente y un plato con hierbas y aceite para mojar.

"Entonces", dijo Kester, al cabo de unos minutos. "¿Has pensado más en lo que quieres hacer con este tío?".

Tamera asintió y tragó saliva antes de contestar.

"¿Sinceramente? Apenas he podido pensar en otra cosa desde el viernes", suspiró. "Es como si siempre estuviera en el fondo de mi mente, ¿sabes?".

"Sí que lo sé. Entonces, ¿qué crees que harás?".

"Tengo que reunirme con él. Simplemente... tengo que hacerlo. Pero al mismo tiempo, tengo una sensación extraña. No sé cómo describirla".

¿"Como si se te quisieran erizar los pelos de la nuca"? sugirió Kester.

Ella le miró con cierta sorpresa. "¡Eso es exactamente!".

Kester eligió sus palabras con cuidado, mojó el extremo de su pan en el aceite y dio un mordisco. Ella esperó pacientemente mientras él masticaba el pan y tragaba.

"Ésta es la cuestión -dijo, bajando la voz y mirando a su alrededor para asegurarse de que no había nadie lo bastante cerca como para oírlo-. "Todo el asunto de los cambiantes, piénsalo. No es simplemente algo que hacemos. Es magia, Tamera. Magia. Somos criaturas mágicas, lo mires como lo mires".

"¡Oh!" Sus ojos se abrieron de sorpresa al asimilar sus palabras. "Yo... Tienes razón. Nunca lo había pensado así".

"Por eso, tenemos instintos que van más allá de los humanos o de los animales. A veces, tenemos sentimientos sobre las cosas que no se pueden negar. No hace falta que hayas conocido a este tío, ni siquiera que hayas hablado con él, para tener algún tipo de intuición a su alrededor. En general, vas a encontrar que esos sentimientos intuitivos, esos instintos sobre personas o situaciones, son válidos".

Ella asintió lentamente. "Ya lo veo. Aquí he estado intentando equivocarme porque ni siquiera he conocido aún a ese hombre y ya me cae mal, cuando no hay ninguna justificación terrenal para ello."

Kester guiñó un ojo. "Lo nuestro es lo sobrenatural, nena".

Tamera puso los ojos en blanco y se planteó tirarle el pan. Echó un vistazo a las mesas cubiertas de lino y a los auténticos adornos de lujo del restaurante, pero decidió que el lugar tenía demasiada clase para eso, así que se abstuvo.

"¿Estás diciendo que no debería reunirme con él?"

"En absoluto", la sorprendió Kester diciéndole. "Sin duda creo que deberías hacerlo. Pero tu instinto te dice que seas prudente, y debes seguirlo. No hace falta que me acompañes cuando os reunáis..."

Tamera sacudía la cabeza con fervor y le interrumpió. "De ninguna manera. Te necesito conmigo, Kester". Se estremeció. "No quiero encontrarme con él sola. Tengo miedo. Un poco".

"Entonces eso es lo que haremos", la tranquilizó, acercándose a la mesa para cogerle la mano. "Pero voy a hacer otra sugerencia. Además de reunirnos en público, que es lo más inteligente cada vez que te encuentras con un desconocido, creo que deberías pedirles a Jacinth y a Katerina que estuvieran allí. No con nosotros, pero cerca, con suerte lo bastante cerca como para escuchar, pero al menos lo bastante cerca como para hacerte una idea del tipo".

Miró a Kester pensativamente. "Crees que quiere algo".

Dudó un momento y luego asintió. "Así es. Y ésa es una de las razones por las que creo que deberías reunirte con él al menos una vez. Ver qué es lo que quiere ese hombre, por qué se presenta. Eso, y el hecho de que siempre te lo preguntarás, si no lo hiciste".

Tamera hizo una mueca. "Sí, también está eso. Vale, llamaré a Maroulla mañana a la hora de comer y le diré que organice una reunión... ¿quizá el viernes por la tarde?".

"Eso suena bien".

Ambos se recostaron en sus sillas cuando llegó la camarera con una enorme bandeja con la comida. Kester aspiró el aroma con aprecio y le sonrió, cogiendo el tenedor.

"Buen provecho, Tamera".

"Buen provecho".

CAPÍTULO 21



A LA MAÑANA SIGUIENTE, era casi la hora de comer cuando Bárbara asomó la cabeza en la sala de suministros, donde Tamera estaba reorganizando por completo las estanterías, una tarea muy necesaria que había asumido como proyecto especial.

"¡Eh! Tienes visita delante, Tamera".

"¿Yo?" Parpadeó sorprendida, incapaz de imaginar quién podía ser. Había perdido el contacto con sus pocas amigas de Houston tras el último huracán, y si se trataba de una de las Boss Ladies, Barbara se lo habría dicho. Curiosa, se apresuró a salir a la recepción, donde la esperaba un completo desconocido. Era un hombre blanco mayor, delgado y de aspecto ascético, con el pelo largo y canoso y unos penetrantes ojos castaño claro. Estos ojos estaban fijos en ella ahora, cuando se acercó al mostrador.

"Sí, ¿en qué puedo ayudarte?" preguntó.

La miró de arriba abajo, críticamente, le pareció a ella. "¿Tamera Austen?"

"Sí, soy yo".

"Soy tu tío, Mahmud Amrani".

Un poco desconcertada, no supo qué decir de inmediato. Había pensado llamar a Maroulla a la hora de comer para decirle que había accedido a reunirse con aquel hombre. Parecía muy poco probable que Maroulla le hubiera dicho dónde trabajaba.

"¿Cómo me has encontrado?" Supuso que había sido descortés. Habría sido educado decir que se alegraba de conocerle; al fin y al cabo, era de la familia, pero la pregunta pareció salirle de sopetón antes de que tuviera tiempo de pensar.

Su débil sonrisa le pareció condescendiente. Incluso condescendiente.

"Una vez supe tu nombre, no fue ningún problema". Hizo un gesto de barrido con la mano, apartando el tema como si fuera irrelevante. "Llevo años buscándote. Tu madre debió de cambiarse el nombre después de huir".

"¿Por qué huyó?"

Extendió las manos. "Era joven. Necia. Creía que sabía más que sus mayores y se negó a dejarse guiar por nosotros. Es una gran tristeza que muriera antes de entrar en razón".

Levantando los grilletes, lo único que se le ocurrió decir a Tamera fue: "Ya veo".

Tuvo una repentina sensación de su gato, acobardado en un rincón oscuro de su mente. *Hombre malo. No me gusta. No te fíes.*

No pudo evitar un sobresalto de sorpresa. Le habían dicho que su animal podría hablarle, pero era la primera vez que ocurría. Tentativamente, insegura de cómo comunicarse de esta

manera, le dirigió sus pensamientos. *Estoy de acuerdo. Pero debemos ser educados, y entonces me libraré de él.*

La invadió una sensación de aprobación y casi se alegró. ¡Podía hablar con su gato!

"¿Quizá podamos hablar en un lugar más privado?", preguntó su tío.

Con un poco de pánico, Tamera pensó con rapidez. De ninguna manera quería quedarse a solas con él en una habitación pequeña, así que las pequeñas salas de reconocimiento quedaban descartadas. En lugar de eso, señaló la puerta exterior que había detrás de él.

"Podríamos ir fuera, por el paseo. Tan cerca de la hora de comer, será lo bastante privado".

Con un breve movimiento de cabeza, Mahmoud se volvió y cruzó la habitación, empujó la puerta y salió. Tamera se dio cuenta de que no mantenía la puerta abierta para que ella pasara, sino que la cerraba cuando él salía. En efecto, se cerró más o menos en su cara. Aunque los hombres ya no solían mantener la puerta abierta para que las mujeres pasaran primero, fue bastante grosero por su parte.

Hombre malo, reiteró su gato.

Sí, lo sé, se tranquilizó.

Mahmoud se detuvo unos pasos más adelante, girándose para mirarla. Ella se detuvo a un par de metros, manteniendo intacto su espacio personal. Teniendo en cuenta los buenos modales, forzó una sonrisa amistosa en su rostro.

"Me entusiasmó saber por Maroulla que tenía familia. ¿De qué parte del país eres?"

"Somos de Marruecos, no lejos de Marrakech, en las estribaciones de la cordillera del Atlas, al sur".

"¡Marruecos!" Ella le miró asombrada, y luego se acordó de cerrar la boca.

"No tengo ni idea de cómo Noureen llegó a América". Su voz estaba cargada de desaprobación. "Creo que conoció a un estadounidense, en los mercados quizá, que la atrajo lejos de su hogar".

Cierto, pensó para sí. Aunque tenía que admitir que la teoría no era tan descabellada, su desconfianza instintiva hacia el hombre que se hacía llamar su tío la llevaba a no querer creer ni una palabra de lo que decía. Además, en su opinión personal, no se parecía en nada a Mahmoud. No había ni rastro de ascendencia árabe o africana. Pero ella no era genetista, así que ¿quién podía decirlo? Pero su acento era puramente del Medio Oeste americano, lo que ponía en duda todo el asunto de Marruecos.

"Siempre pensé que se llamaba Rebeca. Supongo que también se lo cambió. Entonces... ¿tengo más familia?". No pudo evitar preguntar. Quizá le gustaran más otros miembros de su familia que éste.

"Sí, claro", dijo con un deje de impaciencia. "Tienes tíos y primos. Todos están ansiosos por conocerte".

"¿Conocerme?" Ella se le quedó mirando, desconcertada. "¿En Marruecos?"

"Naturalmente. Me doy cuenta de que quizá no tengas mucho dinero para trabajar en este lugar". Su mirada recorrió la clínica de techo bajo con claro desagrado. "Te pagaré el viaje a Marrakech y, por supuesto, te mantendré cuando llegues".

Vaya. No puede ser. En lo más profundo de su ser, su gato siseó con una mezcla de disgusto y miedo, y tuvo la clara impresión de que se le erizaban los pelos. Tamera se esforzó por encontrar las palabras adecuadas, resistiendo el deseo instintivo de dar un paso atrás, alejándose de Mahmoud. De ninguna manera iba a mostrar miedo a aquel hombre.

"Aquí se han portado muy bien conmigo", tropezó con las palabras. "Y sólo llevo unas semanas en el trabajo. Tenemos una recepcionista de baja por maternidad, no podía dejar la

clínica en la estacada. Pero me encantaría conocer a mi familia. Podría organizar unas vacaciones y venir de visita, quizá después de Año Nuevo, cuando pasen las fiestas".

El corazón le palpitó incómodo en el pecho cuando el rostro de Mahmoud pareció ensombrecerse. Su voz, cuando hablaba, estaba cargada de ira.

"Eres mi sobrina. Debes venir conmigo y reunirte con la familia a la que tu madre dio la espalda".

"¡Eh, ahí!"

La alegre voz hizo que ambas se giraran hacia la clínica, y Tamera quiso llorar de alivio al ver a Katerina entrar por la puerta con su habitual exuberancia. Se acercó a ellos y deslizó la mano por debajo del brazo de Tamera para que juntasen los codos. Sonrió a Mahmoud.

"Me enteré de que tu tío había venido de visita, así que no pude resistirme a venir a conocerle", soltó Katerina, ante la total admiración de Tamera. Incluso tendió la mano al hombre mayor, que la ignoró. Sin embargo, pareció hacer un intento por contener su ira. Katerina no pareció darse cuenta, y su sonrisa no vaciló en ningún momento. "Soy Katerina, una de las amigas del grupo de Tamera. Estoy encantada de conocerte. Tamera se ha lamentado a menudo de su falta de familia, ¡sé que debe de estar encantada de que la hayas encontrado!"

Un codazo hizo que Tamera siguiera el ejemplo de Katerina. "Sí, así es. Creía que estaba sola en el mundo". Lanzó a su tío una mirada de disculpa. "Pero tengo que volver al trabajo. Vuelve dentro y te daré tu número de teléfono para que estemos en contacto, y entonces podrás contarme todo sobre mi familia".

Con mala cara, Mahmoud obedeció, pero ella no le había dejado muchas opciones. Una vez que ella hubo introducido su número en el teléfono y él el suyo, se marchó bruscamente. Katerina hizo una seña a Tamera y la condujo al despacho de Troy, que afortunadamente estaba vacío. Tamera se hundió en la silla más cercana, con las piernas temblorosas.

"No sé cómo agradecértelo", le dijo a Katerina. "No sé por qué, pero me da mucho miedo".

"Gracias a Barbara", dijo Katerina, deslizando una cadera sobre el escritorio para posarse allí. "Pensó que no parecías muy contenta de que se presentara así, así que llamó a Troy. Estaba de suerte, porque Troy y yo teníamos planes para comer, y acababa de llegar".

Tamera se estremeció. "Me da escalofríos. Maroulla me llamó anoche y me dijo que se había puesto en contacto con ella, pero le dije que necesitaba un poco de tiempo para pensármelo. Iba a llamarla durante la pausa para comer... pero esta mañana, ¡aquí está!".

"Espeluznante", coincidió Katerina. "No me gustaba nada, y a Cat tampoco".

"¡Oh!" Tamera se animó, olvidando a su cuestionable pariente. "¡Pude comunicarme con mi gata! Por cierto, a ella tampoco le gustaba. Fue la primera vez que la oí en mi cabeza. Dijo 'hombre malo'. Y pude... pude *sentir* su aversión hacia él. Como mis propios sentimientos, pero por separado".

"Eso está bien. Confía en ella", instó Katerina. "Nuestros animales funcionan por instinto, no por intelecto, y a menudo sus impresiones sobre otras personas serán correctas".

"Seguro que no estaba en desacuerdo", dijo Tamera con fervor. "Dice que es de Marruecos y quiere que vaya allí con él".

Los ojos de Katerina brillaron de interés. "Marruecos, ¿de verdad?"

"Sí, pero no me dio la impresión de que se refiriera a unas vacaciones". Dudó, mordiéndose el labio. "Esto puede parecer exagerado, o quizá estoy paranoica o algo así, pero realmente creo que si no hubieras salido justo en ese momento, podría haber intentado obligarme a ir con él".

Tragó saliva nerviosa. "Dime que estoy loca".

"Lo haría, pero no creo que te equivoques", dijo Katerina con seriedad. "Está claro que no

estaba contento contigo cuando se fue. ¿Vas a contestar cuando llame? Porque llamará".

"Lo sé. Y en cierto modo tengo que hacerlo. Es mi tío y me dijo que tenía más familia. Me gustaría saber de ellos". Volvió a morderse el labio. "Supongo que podría aceptar quedar con él, quizá para cenar, y llevarme a Kester conmigo. No intentaría presionarme con Kester allí, y me sentiría más segura".

"Es un buen plan. En serio, ese tío me da malas vibraciones".

El asentimiento de Tamera fue un ferviente: "¡Yo también!".

Se levantó y se agarró al respaldo de la silla mientras le temblaban un poco las rodillas. "Vaya, creo que todavía estoy un poco temblorosa".

Preocupada, Katerina se acercó. "¿Necesitas que te eche una mano?"

"No, no. Vete a comer con Troy. Tengo que volver a la recepción. Estaré bien".

Forzando la obediencia en sus piernas, se encaminó por el corto pasillo hacia la recepción.

"Ya he vuelto", dijo cuando Barbara levantó la vista. "Gracias por pedir refuerzos".

"Pude ver que parecías descontenta de que apareciera y, para ser sincera, había algo en él que no me gustaba".

Tamera se dejó caer en una silla, girándola para mirar a Barbara. "A mí también me pareció raro. Supongo que éste es uno de esos casos en los que debes tener cuidado con lo que deseas. Toda mi vida quise tener mi propia familia y ahora estamos aquí". Hizo un gesto con la mano en dirección a la puerta por la que había entrado Mahmoud.

La expresión de la mujer mayor era comprensiva. "Quizá los demás no sean como él", sugirió.

Tamera hizo una mueca. "Podría ser, pero, por desgracia, parece que están todos en Marruecos".

"¡Marruecos!" Bárbara estaba tan asombrada como Tamera. "Ese hombre es tan americano como la tarta de manzana".

"Lo sé, ¿verdad? Todo esto es raro. Pero te diré una cosa, no voy a ir tan lejos como el aparcamiento en compañía de ese hombre, tío o no".

Bárbara entrecerró los ojos. "¿Ofreció alguna prueba? A lo mejor no tiene nada que ver contigo".

Tamera se lo pensó, con los labios fruncidos. "No llegué a pedírselo. Sólo quería alejarme de él lo más rápido posible. La próxima vez que hable con él, le preguntaré".

"¿Estarás bien sola en la recepción si me voy a comer?". preguntó Barbara.

Tamera se apresuró a tranquilizarla. "No me pasará nada. Además, ya casi es hora de que llegue Holly".

"Ah, es verdad. Vale, volveré a la una".

"Que tengas un buen almuerzo".

Por fin sola detrás del mostrador de recepción, Tamera respiró hondo y luego lo soltó. Su primer instinto fue llamar a Kester, pero estaba trabajando y, en realidad, ¿qué podía hacer? Mahmoud se había marchado, aunque de mala gana. Pero ella no iba a abandonar la seguridad de la clínica cuando llegara la hora de su propia pausa para comer, eso estaba claro. Tal vez estuviera realmente paranoica, pero se le ponía la carne de gallina ante la idea de salir ahora mismo.

Llamaba para que le trajeran un bocadillo o algo así, y podía comer en la recepción. La clínica cerraba desde el mediodía hasta la una, así que básicamente estaba de guardia telefónica, de la que se encargaría Holly cuando llegara, dejando a Tamera libre para su propio almuerzo. Empujó su silla de ruedas hasta el puesto de Barbara y echó un vistazo al libro de citas. El último

cliente era a las tres, un par de huskies que iban a vacunarse anualmente.

Tal vez podría pedir que la dejaran marchar antes, después de acomodar a los perros en la sala de reconocimiento para el Dr. MacPherson. Quería volver a casa, a la posada, donde se sentía segura. No tenía ni idea de por qué la posada le parecía más segura que la clínica veterinaria, con toda la gente que había allí, pero el anhelo que sentía de volver a la posada, la sensación de seguridad que había allí, era fuerte.

Sí, ¡a casa! dijo su gato, dándole un codazo. *Den.*

Pronto, pensó en el animal. *Nadie puede atraparnos aquí.*

Hombre malo. Insistió el gato.

Vaya, esto llevaba hablar consigo misma a un nivel completamente nuevo. Aun así, consoló al animal. *Ya lo sé. Pero se ha ido.*

Holly llegó media hora después, llena de energía y tan alegre que Tamera quería esconderse.

Ocultarse es bueno.

¡Calla! Reprendió.

Cuando Barbara volvió poco después de la llegada de Holly, Tamera abordó el tema de irse antes.

"Hmm". Ajustándose las gafas de leer, Barbara echó un vistazo a la agenda. "No veo por qué no. Mientras no surja ninguna emergencia en la que te necesitemos, no hay problema".

El tiempo parecía pasar lentamente. Sin embargo, cuando dieron las tres, se mostró reacia a abandonar el edificio. Douglas estaba en el granero, así que esperó a que Troy saliera de la sala de reconocimiento.

"¿Dr. Shelton?" Dudó, sintiendo el calor de la vergüenza subir a sus mejillas. "Salgo temprano, me preguntaba... bueno... ¿podría acompañarme hasta mi coche? Está justo detrás".

Cambió de dirección inmediatamente, acercándose a ella.

"Por supuesto", dijo con su voz profunda y retumbante. La mirada que le dirigió fue compasiva. "Sigues asustada, ¿eh? Katerina me contó lo de la visita de tu tío".

"S-sí", admitió. "Sólo un poco. En cuanto llegue a la posada, llamaré a Maroulla".

"Es una buena idea", aprobó, y luego sonrió. "Será mejor que llames también a Kester, creo que preferirá oírlo primero de ti que de Katerina. Si la conozco, ya le ha dejado media docena de mensajes de voz".

"¡Oh! Buena idea, lo haré".

Habían salido del edificio mientras hablaban, y se detuvieron ahora junto al coche de ella.

"Gracias", dijo, agradecida por el apoyo del robusto veterinario. "Ahora estaré bien".

Esperó a que ella estuviera en su coche con las puertas cerradas antes de volver a la clínica. Respirando hondo y examinando la carretera con atención una vez que salió de la clínica, Tamera llegó a la posada sin incidentes y sin rastro de su tío. No es que supiera qué conducía, pero en cualquier caso nadie la había seguido. Se maldijo por no haber mirado por la ventanilla después de que él se marchara, para ver qué conducía.

El alivio la inundó cuando entró en el aparcamiento que había detrás de la posada, pero se cuidó de mirar a su alrededor antes de salir del coche. Rependiéndose a sí misma por ser una miedosa, se apresuró a entrar en la posada. Martin, el empleado diurno, estaba sentado tras el mostrador de facturación.

"Hola, Martin", le saludó. "¿Dónde está Angus, lo sabes?".

"Hola a ti también, señora Austen. Ha vuelto a la cocina con Renee".

"Vale, gracias". Saludó con la mano y cruzó el vestíbulo hacia el salón y el comedor. Se alegró de ver a Angus y a Renee en la puerta de la cocina, al parecer consultando algo. Ambos

miraron a su alrededor con sonrisas de bienvenida cuando ella se dirigió hacia ellos.

"Llegas pronto a casa -observó Renee, echando un rápido vistazo al reloj de pared-.

"Sí, ha surgido algo y... ¿tenéis un momento?". preguntó, sin querer molestarles si estaban haciendo algo importante.

"Sí, claro", respondió Angus. "¿De qué se trata?"

Entrelazó los dedos y luego respiró hondo, haciendo un esfuerzo consciente por calmar aquel hábito nervioso.

"Hoy ha venido a verme a la clínica un hombre que decía ser mi tío. Se había puesto en contacto con..." De pronto se dio cuenta de que los posaderos no sabían nada de cambiaformas, ni de que Maroulla fuera la Guardiana, ni nada de eso. Tragó saliva e improvisó. "Había tenido un investigador, que intentaba encontrar a la familia de mi madre. En fin, me llamó el viernes y me dijo que se había puesto en contacto con ella. Dijo que tenía una especie de vibración 'apagada' de él, así que iba a pensármelo y volvería a hablar con ella si quería reunirme con él. Así que estoy segura de que no le dijo dónde trabajaba, lo que me preocupa..."

"Que podría seguirte hasta aquí", terminó Angus cuando ella vaciló. Su mirada se dirigió a su esposa, y pareció producirse algún tipo de comunicación silenciosa. "Negaremos tener conocimiento de ti, si alguien que no conocemos viene a preguntar".

Dejó escapar un suspiro de alivio. "Gracias. Me siento tan tonta, porque, sinceramente, no hay motivos para pensar que sea una amenaza, pero me ha dado escalofríos, y ni siquiera sé por qué".

Renee alargó la mano para cogerla con un cálido apretón. "¿Qué te dice tu gato?"

Tamera parpadeó, luego miró a Angus. Luego hacia atrás. "Um".

Renee se rió y le apretó la mano. "Sí, lo sabemos. Pero ellos no saben que lo sabemos. Ha sido un poco divertido ver cómo andaban de puntillas a nuestro alrededor, intentando que no supiéramos que había algo diferente en ellos".

"Ahora hablemos de tu gato", incitó Angus.

"A mi gata no le gustaba nada", respondió Tamera sin vacilar. "Le llamó hombre malo y me dijo que no confiara en él".

"Ya está". Renee asintió y le soltó la mano. "Ahora, ve a llamar a la señora Kazakis -supongo que es tu investigadora, y buena salvadora, por cierto- e infórmale de lo ocurrido. Mantendremos la posada a salvo por ti".

"Aquí me siento segura", admitió Tamera. "Desde que salió de la clínica, lo único que he querido hacer ha sido volver a la posada. Sé que suena extraño, pero es casi como si... bueno... como si él no pudiera atraparme aquí".

Se estremeció ante sus propias palabras, pensando que sonaba idiota, pero la pareja mayor le sonrió.

"Así es como debes sentirte aquí, jovencita", le dijo Angus.

"Aquí estás a salvo, y nos aseguraremos de que no pueda llegar hasta ti". Renee sonrió tranquilizadora. "Sube ahora mismo y enviaremos un mensaje a los recepcionistas y al personal".

"De acuerdo. Gracias a los dos".

"¡Pero no les digas que lo sabemos!". la llamó Renee, riendo, y ella les hizo un gesto de comprensión.

Sintiéndose ya más ligera, Tamera abandonó a los dueños de la posada y subió a su habitación. En cuanto cerró la puerta con llave, sacó el teléfono. Se sentó en el centro de la cama, levantando las piernas para sentarse con las piernas cruzadas sobre el mullido edredón, y escuchó el tono de llamada y, a continuación, la nítida voz de Maroulla mientras la Guardiana contestaba.

"Maroulla, soy Tamera".

"Oh, bien". Maroulla no perdió el tiempo con sutilezas. "Ya he oído la historia de Katerina, y he estado investigando a ese tal Mahmud Amrani".

"¿Oh? ¿Has encontrado algo interesante?"

"Sólo que no parece existir. Al menos no con ese nombre. ¿Katerina dijo que parecía americano?"

"Como tarta de manzana", repitió Tamera la franca descripción de Bárbara. "¿Pero por qué iba a mentir?"

"No tengo ni idea. Pero me he puesto en contacto con el Consejo Norteafricano. No tienen conocimiento de este hombre, ni de ningún cambiaformas caracal. ¿Dijo dónde, en concreto, en Marruecos?"

"Sí, dijo algo de estar en las estribaciones al sur de Marrakech. No era exacto".

"Les llamaré más tarde esta noche, nos llevan nueve horas de ventaja. Quizá conocer siquiera la zona general sea útil".

"Mi gato me habló por primera vez", soltó Tamera. "No le gustaba. Quería esconderse".

"Escúchala, pues", aconsejó Maroulla secamente.

"Lo estoy, créeme. Estoy algo asustada desde entonces, y ni siquiera sé por qué. Pero he vuelto pronto a casa y se lo he dicho a Angus y a Renee. No dejarán que ningún extraño sepa que estoy aquí".

"Excelente". La aprobación retumbaba en la voz de Maroulla. "Debo avisarte de que Christopher llegará a casa justo después del trabajo".

Hizo una mueca de dolor. "Esperaba hablar con él y decírselo antes de que Katerina llegara a él".

La risa de Maroulla estaba llena de alegría. "No ha habido suerte. Ahora relájate, deja que Christopher te lleve a cenar y yo me pondré en contacto".

"De acuerdo. Gracias, Maroulla".

"De nada. Adiós".

Apenas había colgado el teléfono cuando volvió a sonar. Sonriendo, lo cogió y ganó la rápida apuesta que había hecho consigo misma.

"Hola, preciosa". Era Kester, por supuesto.

"Hola, tú. Acabo de hablar por teléfono con Maroulla. Supongo que te has enterado".

"Desde luego que sí, y tengo órdenes de mi YiaYia de llevarte a cenar y no dejar que te inquietes. Palabras tuyas, no mías".

"Preocuparme es una palabra más amable que la que yo habría elegido", admitió Tamera. "Me siento asustada y temblorosa, y como no hay ninguna razón para que me sienta así, luego también siento que estoy siendo paranoica".

"Que estés paranoico no significa que alguien no te persiga".

"Oh, ja, ja. Muy gracioso". Le sacó la lengua al teléfono.

"En serio, estás bien. ¿Se lo has dicho a Angus y a Renee? Vigilaban a Katerina cuando Beatrice la acechaba".

"Sí, es lo primero que hice al entrar. Ah, claro. Salí pronto del trabajo, así que estoy aquí en la posada, en mi habitación. Y, sinceramente, no hay ningún peligro real, sólo estoy asustada, eso es todo".

"Trabajaremos para calmar el factor repulsivo", prometió Kester. "¿Qué tal un italiano? No hay nada como carburar para calmar los nervios".

"¡Ohhh!" Desplegó las piernas y rodó sobre el vientre. "¿Olive Garden? Por favor, di que hay

un Olive Garden".

"Claro, pero está en Yonkers. Si no te importa conducir más, podemos ir allí".

"Ningún trayecto es demasiado largo", le aseguró. Ya la llamaban el sabor de los palitos de pan y el aroma del aliño de la ensalada. "¿Podemos tomar también postre? Tienen una tarta de mousse de chocolate que está de muerte".

"Sí, también podemos tomar postre".

Él se reía de ella, pero a ella le daba igual. Agitó los pies en el aire, moviendo los dedos. "¡Esto es increíble! Hacía siglos que no iba al Olive Garden".

"¿Qué, no los tienen en Houston?".

"¡Por supuesto! Pero hace tiempo que no voy a uno, incluso antes de irme de Texas. La mayoría de las veces trabajaba diez horas diarias en el refugio. No es que me importara", se apresuró a añadir. "Pero normalmente estaba demasiado agotada para hacer algo más que desplomarme una vez llegaba a casa. Y cuando tenía un día libre, sólo quería quedarme en casa y vegetar, así que no salía a cenar muy a menudo."

"Estaré allí en hora y media".

"Hmmm". Pensó en los dedos de los pies. "Creo que me puliré las uñas mientras espero. Sólo por diversión. Estaré lista y haré algunos bocetos en el balcón. Así te veré cuando llegues y podré bajar corriendo".

"Es un plan, entonces. Nos vemos sobre las cinco y media".

CAPÍTULO 22



PASARON VARIOS DÍAS sin visitas ni llamadas de su tío, y la aprensión de Tamera fue desapareciendo poco a poco. Al volver a la posada después del trabajo, una semana más tarde, abrió el portátil para consultar sus correos electrónicos. Vio uno de la Academia de Arte, y su corazón empezó a latir incómodo. Con la boca repentinamente seca, abrió el correo con dedos temblorosos.

Se quedó sentada, leyendo el correo imposible. Luego volvió a leerlo. Y luego otra vez. Siempre decía lo mismo.

Buscó a ciegas el teléfono con la mano. Apartó la mirada de la pantalla el tiempo suficiente para encontrar el nombre de Kester y pulsar el botón para llamar.

"¡Yasou!" fue su alegre saludo. Había aprendido que era una palabra multiusos, para decir hola o adiós, pero también podía utilizarse como brindis.

"¿Kester?" No podía apartar los ojos del correo electrónico.

Su voz cambió de inmediato, aumentando su preocupación. "¿Qué ocurre? ¿Qué te ocurre? ¿Ha vuelto a aparecer tu tío?"

"No, no. No, quiero decir... no tiene nada que ver con él". Tropezaba con las palabras, con un extraño zumbido en la cabeza. "Yo... me matriculé en la Academia de Arte de Nueva York para hacer un máster y..."

Tragó saliva, intentando creer. "Me han aceptado. Incluso me han preparado un paquete de becas para cubrir la matrícula y los libros. Y puedo solicitar más, becas y esas cosas, claro, pero... pero me han aceptado. Me han aceptado". De repente estaba llorando, y ni siquiera sabía por qué. "¡Me han aceptado!"

Su risa sonó en el oído. "¿Entonces por qué lloras?"

Ella tuvo un hipo. "No sé. No puedo asimilarlo del todo".

"No te muevas".

Un minuto después, se oyó un ruido sordo en el exterior y se abrió la puerta del balcón. Miró fijamente a Kester mientras entraba en la habitación, y luego entrecerró los ojos.

"¿Vas a tomar por costumbre saltar entre nuestros balcones?"

Le guiñó un ojo mientras llegaba a su lado. "Si eso significa que llegaré antes. Ahora enséñame tu carta".

Lo escaneó y luego se enderezó para mirarla. "Tamera, esto es fantástico. No es que me sorprenda, porque he visto lo que puedes hacer. Pero... ¡guau!"

"Lo sé, ¿verdad? Empezó a llorar de nuevo, pero soltó una risita cuando Kester cogió la caja

de pañuelos de papel de la mesilla y le tendió uno. "Gracias.

Se secó las mejillas. "No sé por qué sigo llorando. Al mismo tiempo, quiero saltar y gritar y reír como una loca".

"Eso sí que puedo entenderlo". Se sentó en el borde de la cama y, cogiéndole la mano, tiró de ella desde la silla para que se sentara a su lado. Tiró de ella con fuerza. "Joder, estoy orgulloso de ti".

Le miró con los ojos húmedos. "¿De verdad?"

"Claro que sí". Le acarició el pelo. "¿Esto es para el semestre de primavera?"

"No, no lo permiten. El semestre empieza en agosto, así que tengo mucho tiempo para solicitar subvenciones y becas que me ayuden con los suministros y los gastos de manutención, y todo eso."

Sintió que se ponía tenso y le miró interrogante.

"¿Tendrás que mudarte?", preguntó.

"¡Oh! No, puedo desplazarme fácilmente. Trenes, metro, taxis". Sonrió. "Siempre puedo leer o dibujar en el tren".

"Cierto".

Kester le cogió la mano, jugando distraídamente con sus dedos. Le miró a la cara. "Sabes que nunca me interpondría en lo que quieres hacer. Sin embargo, odiaría que te fueras. Siento que tenemos algo, Tamera, y me gustaría tener la oportunidad de explorarlo".

Ella giró sus dedos en los de él, cogiéndole la mano. "Yo siento lo mismo", dijo, sintiéndose tímida. Sentía que se le calentaba la cara, pero Kester había dado el primer paso y le correspondía a ella aceptarlo. "No sabía si tú sí, pero lo esperaba".

La mano libre de Tamera se acercó a la mejilla de ella y él se inclinó hacia ella, posando los labios sobre los suyos, mezclando sus alientos hasta que la besó lenta y cálidamente. Cuando levantó la cabeza, Tamera sonrió soñadoramente.

"Definitivamente tenemos algo".

Sonó el teléfono de Kester y se separaron para que pudiera mirar la pantalla. "Soy YiaYia".

"Buenas tardes, YiaYia".

Escuchó un minuto, luego dejó el teléfono sobre el escritorio y pulsó un botón. "Es para los dos", le dijo a Tamera.

Se inclinó para hablar por teléfono. "Hola, Maroulla".

"Hola, querida. Un momento mientras enlazo con Katerina".

Tamera miró inquisitivamente a Kester. "¿Eslabón dentro?", dijo en silencio. Él se encogió de hombros, ignorante, y esperaron un momento.

"Estoy aquí", sonó la alegre voz de Katerina. "¿Qué pasa?"

"Nos ha surgido una pequeña situación", les dijo Maroulla. "El tío de Tamera... aunque, según tengo entendido, es tu tío abuelo, el hermano del padre de tu madre... se ha dirigido al Consejo con una petición formal para que se le conceda la tutela de su sobrina nieta".

"¿Qué? casi chilló Tamera. "¡No puede hacer eso!"

"No, claro que no", dijo Maroulla pacíficamente. "Ese hombre me desagrada mucho, mi querida Tamera. Aunque fueras menor de edad, no le permitiría tener la tutela. Sin embargo, al hacer esto nos ha abierto la puerta para averiguar más cosas sobre él. Nos parece muy preocupante que absolutamente nadie entre los cambiaformas sepa nada de este hombre ni de la familia que dice tener. No hemos podido encontrar ningún motivo para pedirle que comparezca ante nosotros oficialmente, así que esto nos brinda nuestra oportunidad."

Tamera no pudo contener el escalofrío de aprensión que la recorrió. "Quieres que

comparezca ante este Consejo y oiga lo que tiene que decir".

"Sí. Y quiero que Kester y Katerina también estén allí, apoyándote, y Troy también, Katerina, querida, si él puede arreglarlo".

"¿Cuándo es esto?" quiso saber Kester. Apretó el brazo de Tamera y ella se volvió hacia él, ocultando la cara contra su hombro. Sintió que le acariciaba el pelo. "Todo irá bien", susurró.

"Mañana por la tarde a las ocho. Eso da tiempo a los miembros del Consejo a llegar en avión. Me he puesto en contacto con una iglesia cercana y he dispuesto el uso de una de sus salas de reunión para que haya intimidad."

"Creo que Jacinth también debería estar allí", dijo Katerina, con voz dura. "No me fío en absoluto de este hombre".

"Muy buena idea", aprobó Maroulla. "Por supuesto, pídele a Jacinto que venga".

"Es peligroso", coincidió Kester con su hermana. "No lo conozco, pero por lo que me ha contado Tamera, se parece demasiado a esos supervivientes, o supremacistas, esos grupos contrarios a la sociedad que salen y viven aislados".

"¿Tamera?" preguntó Katerina, con voz preocupada. "Estás muy callada. ¿Te parece bien?"

"No estoy muy contenta". Le tembló la voz y tomó aire para serenarse. "Pero iré. ¿Me... me prometes que no me obligarán a ir con él?"

"Eso nunca ocurrirá", dijo Maroulla con énfasis tranquilizador. "Debo ir a arreglar las cosas. Os enviaré por SMS la dirección de la iglesia".

Abandonó la conferencia telefónica.

"Voy a llamar a Jacinth para avisarla", les dijo Katerina. "Kester, no dejes que Tamera se inquiete. Es imposible que ese hombre se la lleve. El Consejo no se lo permitirá y, diablos, *nosotros tampoco*. ¿De acuerdo, Tamera?"

Tamera consiguió decir un tembloroso "Vale", y Kester pulsó el botón para cortar la llamada.

"Esto no me gusta", dijo Tamera inmediatamente a Kester. Le temblaba todo el cuerpo. "¿Y si... no sé... y si de repente se le ocurre alguna razón de peso y el Consejo cree que debo ir con él?"

Kester le pasó una mano por el pelo, las largas y lentas caricias la tranquilizaron. "Eso no va a ocurrir. Nadie puede obligarte a hacer nada. Las leyes cambiaformas no están hechas para sustituir a las leyes humanas, y ningún juez humano decretaría la tutela de un adulto sin razones claras y convincentes. Eres adulta, eres autosuficiente. Tienes un empleo estable, has trabajado en la universidad y tienes un título universitario. Además, el Consejo no se dedica a eso, no está para eso".

"De acuerdo".

Tamera se relajó contra él, aislando los pensamientos que le daban vueltas en la cabeza.

Pero no estaba bien, pensó mientras yacía en la cama aquella noche, incapaz de dormir, con la mirada fija en el techo por encima de ella. En realidad, no. No podía apartar la preocupación que la carcomía, los pensamientos intrusos que estaban lejos de reconfortarla.

¿Qué ocurriría si el Consejo fallaba en su contra? A pesar de todas las garantías, la pregunta seguía dando vueltas en sus pensamientos. Quería confiar en ellos... confiar en Maroulla, en Kester y en Katerina. Pero si ocurría lo peor... necesitaba un plan. Eso abriría toda una madriguera por la que meterse. Primero tendría que salir de la reunión. Estaba segura de que Jacinto la ayudaría al menos en eso. Si Jacinth la traía aquí, a su habitación, podría hacer las maletas y marcharse antes de que Mahmoud o cualquier miembro del Consejo llegaran de la iglesia.

¿Pero entonces qué? Tendría que desaparecer, y eso no era tan fácil como parecía en las películas y series policíacas, en las que todo el mundo tenía carnés falsos. ¿Y podrían rastrear su

cuenta bancaria? ¿Cuánta influencia tenía el Consejo? Tendría que vaciar su cuenta bancaria, conseguir todo en efectivo. Quizá pudiera conseguir cheques de viaje. ¿Seguían existiendo? Tendría que buscarlo en Google y averiguarlo. Aún tenía su pequeña herencia, en un fondo fiduciario. En caso necesario, podría vivir de ella durante bastante tiempo, pero ¿cómo podría acceder a los fondos sin que la localizaran?

Si conseguía un trabajo, aunque le pagaran con un cheque o en metálico, podría ser localizada a través de su número de la seguridad social, pero éste podría no aparecer en ningún sistema hasta que su empleador pagara los impuestos, lo que significaba, ¿quizás tres meses en un trabajo, si su empleador pagaba trimestralmente? Entonces tendría que trasladarse a otra parte del país y volver a empezar.

A menos que pudiera conseguir un DNI y una seguridad social falsos. ¿Cómo lo hizo? ¿Simplemente entrar en territorio de bandas de alguna gran ciudad con una bolsa de dinero y pedirlo? Ella no lo creía.

"¡Esto es una locura!" Se reprendió a sí misma en voz alta, agarrándose la cabeza. "¡Para ya!"

Desde el exterior oyó un ruido sordo y familiar, y luego unos ligeros golpecitos en la puerta de su balcón.

"¿Tamera?" llamó Kester en voz baja. "¿Estás despierta?"

Se echó las sábanas hacia atrás y se levantó, atravesando la habitación para abrir la puerta. Kester abrió los brazos y ella entró en ellos.

"Sí", suspiró ella. "¿Cómo lo has sabido?"

"Me lo imaginaba. Yo tampoco podía dormir".

Ella le pinchó. "¿Por qué? Tú no eres el que se preocupa de que lo arrastren a Marruecos".

"No", dijo con franqueza. "Pero me preocupa *que* te preocupes".

Se apartó de él y cruzó la habitación para sentarse en la mesita del rincón. Kester la siguió y se sentó frente a ella.

"No puedo evitarlo", admitió. "No dejo de pensar: ¿y si me dicen que tengo que dejar que me lleve? Y yo no, de ninguna manera, no me iré *nunca* con ese hombre. Entonces tendría que huir, desaparecer. Pero ni siquiera sé cómo conseguir una identificación falsa, así que ¿cómo viviría? Y...".

"¡Guau! Guau!" Kester levantó las manos, sacudiendo la cabeza. "Has estado yendo a un lugar oscuro, ¿verdad? Escucha, Tamera. Te *juro... te juro... que* no va a pasar nada de eso. He nacido en la sociedad de los cambiaformas, sé cómo funcionamos, sé cómo funciona el Consejo. Son ventajas que tú no tienes. Te has criado como humana, y sólo estás acostumbrada al sistema judicial estadounidense, y no puedes evitar pensar en ellos en los mismos términos, así que, por supuesto, no tienes la misma confianza absoluta en el Consejo que yo. Por favor, Tamera, confía en mí en esto. No tienes por qué temer".

Tamera respiró hondo y luego lo soltó, dejando que el estrés y la preocupación fluyeran con él. "De acuerdo. Confío en ti, Kester".

"Bien". Le sonrió con picardía. "Además, aunque lo intentaran, Jacinto estará allí. Seguro que te llevaría enseguida a un lugar seguro y te prepararía un nuevo comienzo".

Al imaginárselo, Tamera tuvo que soltar una risita. "Lo haría, ¿verdad?"

"En un santiamén", estuvo de acuerdo. "Y probablemente le encantaría cada minuto".

"Eso también es cierto". Aun así, la idea de quedarse sola esta noche hizo que su corazón diera un brinco. Tragó saliva nerviosa. Se había valido por sí misma toda su vida y no estaba acostumbrada a pedir ayuda.

"¿Te... te quedarías conmigo esta noche?". Tartamudeó y se apresuró a añadir: "Sólo para

dormir. Me ayudaría no estar sola".

"Por supuesto", respondió Kester sin vacilar. "Deja que me ponga el pijama. Ahora vuelvo".

Se levantó de la cama cuando él salió de la habitación y abrió el cajón de la cómoda para sacar un conjunto de camisa de dormir y pantalones cortos. Se cambió rápidamente del camisón largo de franela que llevaba puesto. No es que fuera feo, es que... bueno, gritaba "abuelita". Estaba esperando cuando él llamó a su puerta... la del pasillo esta vez.

"¿Qué, no querías saltar la barandilla otra vez?". Le saludó con una sonrisa.

"No, esto era más fácil".

Ambos se metieron en la cama y Kester les tapó con las mantas.

"Siento todo esto", se disculpó Tamera. "De verdad".

"No te disculpes". Se rió entre dientes. "Después de todo, puedo dormir en tu cama".

Tuvo que soltar una risita, y luego se puso sobria. "No es el Consejo lo que me da miedo. De verdad. Es a él. Mahmoud. Me da mucho miedo. Mi gata está de acuerdo, quiere esconderse cuando pienso en él, pero también está enfadada. Siento que quiere sisear y escupir, y es tanto furia como miedo".

"Los instintos de un gato son excelentes, mucho mejores que los nuestros. Haces bien en escucharla. Nunca debes desatender a tu gata cuando siente algo con fuerza. Y también es bueno que puedas sentirla, teniendo en cuenta el tiempo que habías pasado sin saber que estaba allí".

Tamera se rió suavemente. "Nunca volveré a estar verdaderamente sola, ¿verdad?".

Le besó la frente. "No, nunca. Pero yo también voy a estar siempre aquí, Tamera".

Le rodeó la cintura con el brazo y tiró de ella para que quedara de espaldas a su pecho.

"Ya está", dijo, acariciándole el pelo. "Ya te tengo. Duerme sana y salva".

"Me alegro de que estés aquí", murmuró ella, acurrucando la mejilla en la almohada. "Buenas noches."

CAPÍTULO 23



TAMERA MIRÓ NERVIOSA A SU ALREDEDOR. A su izquierda, Katerina la cogió de la mano y le dedicó una sonrisa tranquilizadora, y Kester hizo lo mismo desde su derecha. Se sentaron en un pequeño grupo de sillas agrupadas ante una mesa curvada en forma de U que se alzaba sobre una plataforma elevada en un extremo de una sala octogonal suavemente iluminada, de techos altos y suelos de madera pulida. Había una docena de sillas en la mesa, todas mirando hacia delante y todas ocupadas. Ella tragó saliva.

"Son miembros del Consejo Americano", le susurró Katerina. "No te preocupes. Mira sus expresiones. Ya les cae mal ese tío".

Si no estuviera tan nerviosa, se habría reído de la descripción de Katerina. Sin embargo, vio que era cierto. Mahmoud estaba sentado un poco a un lado de la mesa del Consejo, con expresión sombría y malhumorada. Miraba beligerante al Consejo, con el pecho un poco hinchado; probablemente no era la mejor actitud, pensó. La mayoría del Consejo parecía evitar el contacto visual con él, pero muchas miradas curiosas y, esperaba, amistosas, se dirigían hacia ella. Logró esbozar una débil sonrisa y deseó que las mariposas de su vientre dejaran de dar volteretas.

Desde un lado de la sala, Jacinth la saludó alegremente desde un asiento situado entre Douglas y Troy. Observó que Julian y Alessandra, la pareja que había llevado a la gatita Lacey al picnic en casa de Troy, también estaban presentes.

En la cabecera de la mesa, una mujer latina mayor, con el pelo largo y negro teñido de plata y vestida con unos elegantes vaqueros y una chaqueta de ante con flecos, revolvió unos papeles sobre la mesa que tenía delante y luego se puso en pie.

"Soy Larissa Gonzales, la jefa del Consejo Americano". Dirigió una cálida sonrisa a Tamera, que, sorprendida, parpadeó un poco. "Me gustaría darte la bienvenida, Tamera Austen, a la comunidad cambiaformas. Tengo entendido que has crecido sin conocer tu herencia, así que esto debe de haber sido una gran conmoción para ti".

Se oyó un susurro de diversión en la mesa y Kester le apretó la mano.

"¿Ves? Te lo dije", susurró.

continuó Larissa. "Ya que están todos, quizá deberíamos pasar a los asuntos que nos traen aquí".

"Antes de empezar, me gustaría decir algo". Tamera carraspeó nerviosamente cuando todos los ojos se volvieron hacia ella. Su mirada se dirigió a Larissa, que inclinó graciosamente la cabeza en señal de permiso.

"Acepté venir hoy aquí sobre todo... bueno, totalmente... por respeto a Maroulla. Ella y su familia fueron quienes me hablaron por primera vez de los cambiaformas y de que yo era uno de ellos, cuando toda mi vida hasta ahora había pensado que estaba como una cabra. Me ayudaron a superar mi primer Cambio. Estuvieron a mi lado para contarme cosas y responder a mis preguntas. Maroulla me va a asignar un Anciano para que me enseñe las leyes y la historia, todo lo que la mayoría de vosotros sabéis al crecer, pero yo nunca supe".

Tragó saliva, deseando no tener la boca tan seca. Apretando con fuerza los dedos sobre la mesa, miró de una persona a otra, encontrándose directamente con sus miradas. Curiosamente, descubrió que algunos sonreían, asintiendo con la cabeza para animarla a continuar.

"No os conozco a ninguno de vosotros, ni vosotros a mí. No tengo motivos para confiar en vosotros, ni reconozco que tengáis autoridad sobre mí. Bueno", enmendó. "Claro que tienes autoridad sobre mí en lo que respecta a las leyes, las normas que deben seguir los cambiaformas. Lo entiendo, de verdad. Pero no veo ninguna razón por la que debas tener autoridad sobre mis elecciones personales, o por la que tenga que obedecerte si decides nombrar a alguien que tenga autoridad sobre mí. Para quitarme la posibilidad de elegir. Lo siento, simplemente no lo veo".

"Estoy segura de que todos sabéis que me quedé huérfana de bebé. Ningún cambiaformas vino a por mí, me acogió, me crió como cambiaformas. No digo esto para culpar a nadie. Nadie sabía de mí. Lo entiendo. Pero el hecho es que crecí en casas de acogida, en hogares colectivos. Me independicé el día que cumplí dieciocho años. Conseguí un trabajo y trabajé a jornada completa. Después del último huracán en Houston, me mudé a Nueva York... sobre todo para alejarme de los huracanes". Se rió un poco, y en la mesa se oyeron risitas divertidas.

"Conseguí un trabajo aquí, empezando una carrera. Me han aceptado en un programa para cursar un máster en arte. He hecho amigos y me he forjado una vida. Y ahora...", hizo una pausa y miró al hombre delgado que la miraba desde un lado. "Ahora llega un completo desconocido, afirmando ser un pariente y reclamando autoridad absoluta sobre mí. Insiste en que debo... ¡debo! ... ir a Marruecos con él y vivir allí, bajo su dominio. Que mi madre formara parte o no de su clan, como él afirma, no tiene nada que ver. Yo soy mi propia persona. Tomo mis propias decisiones. Así que... aunque estoy dispuesta a venir y escuchar lo que tienes que decir, no me siento obligada en modo alguno a acatar tu decisión, si esa decisión es que tengo que someterme a que otra persona tome el control de mi vida."

Volvió a sentarse en su silla, y a cada lado de ella, Katerina y Kester pusieron sus manos sobre las suyas sobre la mesa. Sonriéndoles trémulamente, con el corazón en la garganta, esperó, observando a los miembros del Consejo.

En la cabecera de la mesa, Larissa se inclinó hacia delante.

"Sra. Austen... ¿puedo llamarla Tamera?". Ante el asentimiento de Tamera, continuó. "Parece que hay un pequeño malentendido en cuanto al propósito de esta reunión. No estamos aquí en calidad de jueces. Esta situación es muy poco habitual. Por lo que sabemos, nunca se ha dado el caso de un metamorfo que se haya criado entre humanos sin tener conciencia de nosotros, ni de lo que somos. A esto se añade que la familia ampliada se presente a reclamar. Así que cuando Maroulla se puso en contacto con nosotros, pensamos que lo mejor para todos sería celebrar este... diálogo... con la asistencia del Consejo, y tener un registro oficial del mismo para nuestros historiadores. No estamos aquí para emitir juicios en un sentido u otro, ni mucho menos para imponer una decisión".

Parte de la tensión que se acumulaba en su pecho se aflojó y pudo devolver la sonrisa a la portavoz. "Gracias."

Larissa señaló al pequeño grupo sentado a un lado. "Hemos conocido a la mayoría de tus

amigos hace unos meses. Dr. Shelton y Dr. McCandliss, me alegro de verlos en mejores circunstancias que en nuestro último encuentro".

Mahmoud los miró con claro desagrado. "Son humanos", dijo, con mordaz desaprobación.

"Lo somos", respondió Douglas con facilidad. "Aquí soy el Elegido de Jacinto", y señaló a Jacinto sentado a su izquierda, "y Troya es la Elegida de Katerina".

Las fosas nasales del hombre temblaban con aparente desagrado. "No veo por qué deberías estar presente en esto".

Troy se removió en su silla y todas las miradas se volvieron hacia él. "Douglas y yo somos socios de la Clínica Veterinaria Country, donde Tamera es una valiosa empleada. Eso nos convierte en sus empleadores. Y también somos sus amigos".

Katerina asintió enérgicamente cuando Jacinto tomó la palabra.

"Tamera ha estado sola, sin familia ni amigos íntimos, toda su vida hasta que vino aquí. Estamos aquí para que sepa que no está sola, nunca más. Que tiene gente que está a su lado y la apoya. La consideramos parte de nuestra familia".

Los ojos de Mahmoud se abrieron de par en par, claramente horrorizados. "¡Sois Djinn!"

Hizo una señal con la mano, como para alejar el mal.

Jacinto puso los ojos en blanco. "Por el amor de Dios. ¿Este hombre es de verdad?"

Al mirar alrededor de la mesa, Tamera se tranquilizó. Las expresiones de los rostros de los distintos miembros del consejo oscilaban entre la desaprobación y el asco más absoluto cuando miraban a Mahmoud.

Kester se levantó de su asiento, llamando la atención de todos.

"Para dejar bien claro que mi interés en esto es personal, declaro oficialmente que Tamera es mi Elegida, y la cortejaré con la esperanza de que, con el tiempo, acepte mi pretensión".

"¡No!" La explosiva respuesta resonó en el techo mientras el tío de Tamera se ponía en pie de un salto, golpeando la mesa con un puño. "No eres un caracal. Te lo prohíbo".

"Con el debido respeto, señor -se esforzó Kester por mantener la voz uniforme, sus emociones fuertemente bajo control-, no está en tu mano prohibírselo. La elección, llegado el momento, será suya. Ambos somos adultos con consentimiento. Ambos somos ciudadanos estadounidenses y podemos casarnos según esas leyes. Tampoco hay leyes entre los cambiaformas que exijan que tengamos que pedir permiso a nadie para aparearnos".

"No puede permitirse", tronó el hombre. "La línea caracal debe mantenerse pura. Hay menos de diez hembras cambiantes de caracal conocidas. Debe aparearse con un caracal".

Tamera se quedó boquiabierta. "¿Cómo dices? ¿De qué siglo vienes? Soy una persona, no una máquina reproductora".

"Sr. Amrani", insertó Larissa con suavidad. "¿Tengo entendido que es usted el tío abuelo de Tamera?".

"Sí. Su madre era la única hija de mi hermano. Mis hijos y sus familias viven todos juntos en nuestro complejo familiar de Marruecos".

¿Compuesto? dijo Tamera en silencio a Katerina, que arrugó la nariz en señal de acuerdo. A pesar de su curiosidad, Tamera no podía evitar querer saber más.

"En mi partida de nacimiento pone que mi madre nació en Houston, Texas".

El hombre hizo un gesto despectivo con la mano. "Está claro que obtuvo una identificación falsa. Deseaba salir del recinto, ir a la universidad y estudiar enfermería. Naturalmente, se lo prohibí".

"Naturalmente", murmuró Katerina, pero tan bajo que sólo Tamera y Kester pudieron oírla. Tamera reprimió una risita.

"Un día nos despertamos y había desaparecido. Nuestros hombres la buscaron durante años, pero no encontraron ningún rastro. Obviamente, encontró el camino a América. No fue hasta que el Consejo pasó la voz pidiendo información sobre una hembra de caracal cuando supimos de la existencia de una niña."

"¿Te han registrado los machos?" Eso lo dijo Maroulla.

"Ciertamente. Las hembras se quedan en el recinto, cuidando de los niños, cocinando y limpiando, etc. Y era crucial que recuperáramos a Noureen. Su madre tuvo once hijos, y Noureen era la única niña".

Se oyeron crujidos alrededor de la mesa. Tamera observó con interés que, por alguna razón, nadie levantaba la cabeza. Todos los miembros del Consejo miraban hacia abajo, como fascinados por los verticilos de la madera de la mesa; algunos parecían tomar notas en blocs de papel, pero todos se cuidaban mucho de no mirar en dirección a Mahmoud.

"Así que ya ves por qué necesitamos a Tamera", continuó, su tono cargado de convicción, seguro de que el Consejo estaba totalmente de acuerdo. "Debemos tener caracales de raza pura, ya que nuestros machos tienen muy pocas hembras con las que reproducirse".

Los puños de Tamera se cerraron sobre su regazo, clavándose las uñas en las palmas. A su lado, Katerina irradiaba furia, y Kester no menos.

Al final de la mesa, el sonido de un carraspeo la hizo levantar la vista. Maroulla le sonreía, la amable sonrisa de su arrugado rostro la tranquilizaba.

"Tamera, la elección depende de ti".

El hombre que estaba frente a ella hizo un gesto de impaciencia. "Tonterías. Claro que debe venir conmigo".

Larissa le dirigió una mirada severa. "Señor Amrani, Tamera es, como ella ha señalado, una adulta. Ninguno de nosotros tiene derecho a coaccionarla para que lleve una vida que no desea. La decisión es sólo suya, y este Consejo apoyará plenamente cualquier decisión que tome".

Hubo asentimientos de arriba a abajo de la mesa, y Tamera se animó al ver el apoyo de todos los rostros que había allí, salvando al hombre que tenía enfrente. Respiró hondo. No tenía que tomar ninguna decisión. A menos que se tratara de asaltar su recinto y liberar a todas las mujeres que allí mantenían sometidas.

"Elijo quedarme aquí y continuar mi trabajo en la clínica, cursando mi maestría". Su mano se deslizó hacia un lado, agarrando la de Kester, y sus mejillas se calentaron un poco. "Quizá permitir que este joven me corteje".

"Quede constancia de ello". Larissa asintió, y hubo murmullos de aprobación, incluso cuando la mano de Mahmoud volvió a golpear la mesa.

"¡No! Ella no puede aparearse con este... este... sea lo que sea. El linaje caracal debe permanecer puro".

"Hablas de mi nieto". La voz de Maroulla estaba crispada por la desaprobación. "No me gusta la falta de respeto con la que hablas de mi familia, de esta joven o de este Consejo".

Sin decir palabra, Mahmoud se levantó de la mesa y, dándose la vuelta, salió del edificio. Tamera respiró profundamente aliviada. Si era sincera, él aún la asustaba. Se volvió cuando Larissa se acercó a ella, tendiéndole ambas manos. Un poco desconcertada, extendió las manos para que se las estrechara cálidamente.

"Bienvenida, *hija*", le dijo Larissa, sonriendo. "Te pido disculpas por que tu primera presentación ante el Consejo haya sido en circunstancias tan desagradables. Doblemente, dado tu malentendido inicial sobre el motivo de nuestra reunión de hoy".

"Hicimos todo lo posible por tranquilizarla", dijo Kester. "Hemos crecido conociendo el

papel del Consejo en nuestras vidas, pero todo esto es nuevo para Tamera. Le ha costado entender que el Consejo nunca pensaría en obligarla a irse con su tío".

"Esas pobres mujeres", se estremeció Tamera. "No culpo a mi madre por haber huido. ¿No se puede hacer algo por ellas?"

"Por desgracia, no", suspiró Larissa. "Nadie tenía ni idea de que en esta época se mantuvieran unos ideales tan anticuados. Aunque lo hubiéramos sabido, no podríamos hacer nada. No, a menos que las mujeres logren escapar o encuentren la forma de ponerse en contacto con nosotros, pidiéndonos ayuda. No obstante, he avisado al jefe del Consejo Norteafricano. Intentarán localizar este recinto y podrán investigar. Una vez que sepamos dónde están, y la situación allí, se podrán tomar decisiones en el Gran Consejo, el más alto Consejo Cambiaformas por encima de todos los Consejos regionales".

Sonrió un poco a Tamera. "Si hubieras decidido irte con él, y no es que pensara ni por un momento que lo harías, habría hecho todo lo posible por disuadirte, después de oír cómo hablaba. Ojalá tu madre hubiera acudido a nosotros, nos hubiera contado lo que pasaba. Le habríamos dado refugio y la habríamos ayudado a empezar de nuevo aquí. Por desgracia, por lo que sé, puede que no supiera nada del Consejo. Confió en la persona equivocada y lo pagó con su vida".

"No estoy segura de que la muerte no fuera preferible a la clase de vida de la que ella huyó". Los labios de Tamera se apretaron.

Maroulla se les unió en ese momento. "Tamera, háganos del máster en el que te han aceptado. Es la primera vez que oigo hablar de él".

Tamera hizo una mueca. "Recibí la carta de aceptación ayer, cuando llegué a casa del trabajo. Se lo conté a Kester e íbamos a celebrarlo, pero luego... bueno... la noche fue cuesta abajo a partir de ahí". Hizo un gesto que abarcaba la sala de reuniones. "En fin, está en la Academia de las Artes de Manhattan. Me inscribí en su plan de estudios de Pintura. He hecho sobre todo bocetos y dibujos a lápiz de color desde que estoy aquí, y por supuesto sé hacer óleos y acrílicos, pero mi verdadero amor es la acuarela."

Larissa pareció interesada. "¿Así que ya tienes una licenciatura?"

"Sí, fui a la universidad en Houston y allí me licencié, también en arte".

"Hmm". Maroulla y Larissa intercambiaron una mirada significativa. "Y Katerina, licenciada en Bellas Artes, parece tener el dibujo como especialidad".

"Oh, ya veo a dónde quieres llegar", dijo Kester, mirando entre los dos miembros del Consejo.

"Cuando Katerina se dedicaba al diseño de moda, estaba demasiado ocupada para que esto pudiera siquiera sugerirse", empezó Maroulla, "pero desde que ha cambiado el diseño de moda por el arte, hemos estado considerando la posibilidad de abrir un diálogo con ella..."

"YiaYia, un minuto", dijo Kester, interrumpiéndola. Agitó la mano y alzó la voz para llamar: "¡Eh, hermanita! Ven aquí, ¿quieres?"

Katerina había estado hablando con Jacinto al otro lado de la habitación. "Claro", le respondió.

Jacynth saludó con la mano, con una sonrisa radiante. "Nos vamos a casa, Tamera. Luego hablamos, ¿vale?"

Tamera le dedicó a Jacynth una sonrisa de agradecimiento y le levantó el pulgar mientras la pareja se marchaba.

Katerina cruzó la sala con Troya a su lado. Sus ojos brillantes y curiosos recorrieron sus rostros. "¿Qué pasa?"

Maroulla y Larissa intercambiaron otra de esas miradas.

"Adelante", invitó Maroulla a la mujer del Consejo. "Fue idea tuya".

"El valle del Hudson es un imán natural para los cambiaformas del noreste, con sus colinas y montañas boscosas, y sus extensos parques arbolados y reservas naturales. He pensado que quizá podríamos ver si tú, Katerina... y ahora también Tamera... podríais estar interesadas en impartir clases de arte para nuestros niños y jóvenes."

"Me apunto a eso", dijo Katerina, casi saltando de entusiasmo.

"Cuenta conmigo también", dijo Tamera, chocando los cinco con la palma de la mano de su amiga. "Quizá un sábado por la mañana. Podríamos quedar en el parque para hacer bocetos si el tiempo lo permite..."

"O en el granero de Troy cuando hace frío", se entusiasmó Katerina.

Los ojos de Tamera brillaron al surgir otra idea. "Sabes, esas fiestas Paint 'n Sip son muy populares en Houston. ¿Conocemos a algún vinatero?"

Katerina hizo un gesto despectivo con una mano. "No necesitamos un vinatero, sólo unas cuantas botellas de vino y hacer algunos deberes sobre ellas".

"Podríamos hacerlo por la noche, como una salida nocturna de madres", sugirió Tamera.

"¿Qué tal una de pareja y tomamos, no sé. Escocés y coñac y... no sé, ¿coñac? ... para elegir".

"Y sin torno de alfarero". Tamera sonrió a Katerina. "No queremos ser tópicos".

Katerina soltó una risita. "Sabes que preguntarán".

"¡Oh! Podríamos hacer noches temáticas... ya sabes, arte caribeño y ron..."

"Eso sería ir demasiado lejos".

"¡Señoritas! Señoritas!" Kester agitó la mano delante de ellas.

Larissa se reía. "No me había dado cuenta de que íbamos a abrir la caja de Pandora. Casi odio hacer otra sugerencia", les dijo.

Katerina sonrió. "Adelante, golpéanos con ella".

"Bueno, si los dos pudierais encontrar tiempo, se me había ocurrido la idea de ofrecer un campamento de verano para el arte. De una o dos semanas, tal vez. O durante una semana, con dos o tres sesiones de verano. Entonces los niños podrían apuntarse y venir de todo el país, y los adultos como acompañantes. Pero, y aquí está el verdadero propósito, en este campamento de verano estarían con otros cambiaformas. No tendrían que ocultar su verdadera naturaleza, ni cuidar su lengua de cualquier desliz accidental".

"¿Y si contratamos a adolescentes mayores como orientadores?", sugirió Kester. "Eso les daría trabajo en verano. Podrían experimentar la experiencia de estar lejos de casa, pero seguirían rodeados de comunidad".

"También universitarios", sugirió Tamera.

"También podríamos hacer escapadas de fin de semana, para adultos. De viernes por la tarde a domingo. Luego podríamos viajar y celebrarlo en distintos lugares". Katerina se puso de puntillas. "Dios mío, esto va a ser muy divertido".

"Ya veo por qué estabas tan segura de que le gustaría la idea", le dijo Larissa a Maroulla, que sólo se rió.

"No tenía ninguna duda sobre mi nieta", dijo. "Con Katerina teniendo el dibujo como especialidad y ahora tú, Tamera, con tu concentración en la pintura, parece casi predestinado".

"Ahí está otra vez esa maldita Dama Coincidencia levantando la cabeza", comentó Troy, enlazando sus dedos con los de Katerina.

Larissa los miró a todos pensativamente. "Parece que la coincidencia desempeña un papel bastante importante en vuestra comunidad", dijo pensativa.

Katerina señaló con el dedo a Tamera. "Tenemos que reunirnos y hablar de esto".

"Totalmente", respondió Tamera. "Mañana, a comer".

"Te toca". Katerina se volvió hacia su abuela. "Redactaremos un plan y te lo enviaré por correo electrónico".

"Un largo almuerzo", añadió Tamera riendo. "Ya sabes, espera. Que sea el sábado, así podremos tomarnos todo el tiempo que necesitemos. Ah, y también llamaré a Jacinth en cuanto vuelva a casa. Querrá participar".

"Vale, ya está". Troy cogió a Katerina de la mano y se la llevó a rastras.

Katerina se rió, miró hacia atrás y levantó el pulgar y el meñique de la mano libre. "Llámame", dijo en silencio, y Tamera le envió un pulgar hacia arriba.

Maroulla sonrió a Tamera. "Ya debes de estar deseando irte a casa", dijo. "El Consejo tiene otros asuntos que queremos aprovechar para discutir, ya que estamos todos aquí".

"Lo tomaré como una orden para que nos vayamos", comentó Kester mientras se acercaba a ellos. "Buenas noches, YiaYia".

"*Kalenikta*, Christopher".

Con una última sonrisa a ambos, Maroulla se volvió y caminó hacia donde esperaba el resto del Consejo.

Larissa puso una mano en el hombro de Tamera. "Ha sido un placer conocerte, Tamera. Bienvenida a nuestra comunidad".

Fuera la esperaban Kester, Katerina y Troy. Ambos escudriñaban el aparcamiento con atención, pero parecía que Mahmoud se había ido de verdad. Con cierto alivio, Tamera subió al asiento del copiloto, contenta de permitir que Kester condujera.

"Aún me siento un poco temblorosa", le dijo. "Estuve bien allí un rato, hasta que salimos fuera".

"Es seguro, y nos dirigimos directamente a la posada".

Ella asintió y le miró de reojo por debajo de las pestañas. Sus mejillas se colorearon ligeramente. "Así que... cortejando, ¿eh?"

Buscó la mano de ella y se la llevó a los labios. "Había planeado un escenario más romántico para sacar el tema", admitió. "Era la forma en que estaba sentado allí, tan santurrón y oficioso, tan seguro de que tenía todo el derecho sobre ti. Necesitaba que supiera que no era tu única opción, que no era el único que te quería. Pero llegué en un momento muy inoportuno. Lo siento, Tamera".

"Me pareció que llegaste en el momento perfecto, Kester", dijo ella, sonriendo mientras frotaba la mejilla contra su mano. "Me encanta que quieras cortejarme".



AQUELLA NOCHE, sola en su habitación, después de un largo y relajante baño de burbujas que disolvió lo último que le quedaba de estrés por las horas de anticipación de la reunión del Consejo, Tamera se vistió con un bonito pijama de algodón... aún hacía demasiado calor para los de franela que se había comprado para el invierno... y entró en su dormitorio. Se dejó caer en la cama y se tumbó con los pies en alto, riéndose para sus adentros. ¡Kester quería cortejarla! La quería para su Elegida... No es que ella entendiera muy bien las connotaciones de aquello, pero a primera vista, el significado estaba bastante claro.

En su teléfono sonaba "Friend Like Me" de Aladdin, que era su tono de llamada para Jacinto. Era tan perfecto que le hacía reír cada vez que lo oía. Deslizó el teléfono para responder a la

llamada.

"¡Eh!"

"Hola. Dime, ¿cómo lo llevas?"

"Muy bien", tranquilizó a su amiga. "Fue un gran alivio, ¿sabes? Kester me había asegurado que no se trataba de que decidieran sobre la tutela, pero no podía evitar preocuparme. Pero bien está lo que bien acaba".

"Espero que no vuelvas a ver a ese hombre". Jacinth vaciló, la pausa parecía ominosa. "No sé, Tamera, ese hombre me da mala espina".

"Tú y yo", asintió Tamera con vehemencia. "Igual que todos los demás. Al menos ya se ha ido. Esperemos que haya vuelto a Marruecos".

"Con el rabo metido entre las piernas". Jacinto soltó una risita. "Aún así. Quizá sea cosa mía, después de todo lo que hemos pasado con Beatrice, pero ten cuidado, ¿vale? No me fío en absoluto de ese tipo. No camines por callejones oscuros ni salgas solo a algún sitio".

Tragó saliva. "Caramba, nunca lo había pensado. Ese tío parece de ese tipo, ¿verdad? Tendré cuidado, te lo prometo".

"¡Bien! ¿Qué es eso de un máster?". instó Jacinto.

"¡Oh! Te lo habría dicho enseguida, el correo electrónico acaba de llegar anteanoche, pero entonces Maroulla llamó para hablar de la reunión con el Consejo, y he estado hecha un lío desde entonces", confesó Tamera, sintiéndose culpable. "Se me fue volando de la cabeza".

"¡Dímelo ahora!", exigió el Djinn. "¡Sé que nos has dado lo básico, pero quiero detalles!".

explicó Tamera rápidamente, excitándose de nuevo.

"Pero adivina qué más".

"¿Qué?"

"Cuando todos se fueron, Maroulla y Larissa se acercaron a mí y a Katerina. Quieren que consideremos la posibilidad de dar clases de arte a los niños metamorfos, e incluso tal vez un campamento de arte en verano".

"¡Oh! ¡Qué idea tan maravillosa!"

"Sí, pero escucha esto. Katerina y yo pensamos: ¿y si hacemos algo también para los adultos? ¿Conoces esos eventos Paint 'n Sip que son tan populares? Pensamos que quizá podríamos hacerlos también. Nos reuniremos a la hora de comer para hablar de los detalles y elaborar un plan para enviar a Maroulla".

"Quiero participar en esto", le dijo Jacinth.

Tamera sonrió. "No se nos ocurriría hacerlo sin ti", aseguró al Djinn. "¿Podemos vernos mañana a las once? Al principio pensábamos encontrarnos en ese sitio italiano, pero tendríamos que tener mucho cuidado, hablando de cambiaformas, así que pensamos que sería mejor encontrarnos en casa de Katerina y hacer el pedido."

La respuesta de Jacinth fue un pensativo "Hmm", así que Tamera esperó en un silencio expectante.

"¿Sabes?", dijo Jacinto, "si vamos al restaurante, puedo poner una barrera mágica alrededor de nuestra cabina, para que nadie más pueda oírnos".

Tamera se incorporó, doblando las piernas bajo el colchón. "Vaya, ¿de verdad? ¿Puedes hacer eso?"

"Claro que puedo", respondió Jacinto con altivez.

"Sí que es útil tenerte cerca", bromeó.

Podía oír la sonrisa del Djinn a través de la línea telefónica. "No tienes ni idea".

CAPÍTULO 24



"VALE, LO PRIMERO ES LO PRIMERO". Katerina sacó el portátil de la bolsa y lo puso sobre la mesa, abriendo la tapa. "Por cierto, ¿qué *es lo primero*?".

"Pedir comida", dijo Jacinto con firmeza.

Esperaron impacientes a que la camarera viniera a tomarles nota. Una vez hecho esto, y con el vino y las cestas de pan sobre la mesa, Tamera levantó la mano.

"Antes de empezar, tengo algo que quería preguntarte primero, si te parece bien".

Inmediatamente captó su atención. "Claro", dijo Katerina. "¿Qué pasa?"

"Bueno...", empezó ella, sintiendo que se le calentaban las mejillas. "Bueno, en la reunión del Consejo, Kester dijo que quería cortejarme, que fuera su Elegida. Dado el contexto, me hago a la idea, pero..."

"¡Dios mío!" interrumpió Katerina. "Lo había olvidado por completo, con todo el estrés y ese imbécil de Mahmoud". Chilló y abandonó la silla para lanzarse a abrazar a Tamera.

"Um... ¿de qué se trata, más exactamente?" preguntó Tamera.

"Un Elegido es aquella persona con la que quieres estar el resto de tu vida", le dijo Jacinth, sonriendo suavemente. "Douglas es mi Elegido. Puedes salir con alguien, incluso casarte con alguien, y que no sea tu Elegido. Es una especie de vínculo místico".

"Y Troya es mío", dijo Katerina. "Entre los cambiaformas, tu animal también forma parte de la Elección. Tu gato reconocería a la otra persona como tu Elegido, al igual que tú".

Sí, *Kitt es nuestra*, ronroneó su gata.

Tamera dio un respingo, sobresaltada. "¡Vaya!"

"¿Qué? corearon Jacinto y Katerina.

"Mi gato acaba de decir que Kitt es nuestra".

"Qué envidia", declaró Katerina, suspirando.

Sorprendida, Tamera la miró fijamente. "¿Por qué?"

"Mi gato no me habla, no de esa manera, con palabras", explicó su amiga. "No parece que ocurra con los animales domésticos, como los gatos domésticos y los perros. Cuanto más salvaje es el animal, más probable es que se comuniquen con la mitad humana con palabras. Llegan con más fuerza, es la explicación generalmente aceptada. Nadie sabe muy bien por qué, pero es probable que en algún momento alguien del Consejo se ponga en contacto contigo, ya que están investigando los porqués y los no".

"Intenté preguntarle cómo se llamaba, hace tiempo", admitió Tamera. "Pero no me contestó. Eso fue antes de todo esto con Mahmoud. Pero no contestó".

"Pero ahora ha hablado contigo. Inténtalo de nuevo", instó Katerina.

"De acuerdo".

Tamera volvió sus pensamientos hacia su interior. *Hola, otra yo.*

Hubo la sensación de un ronroneo retumbante y el codazo de una cabeza felina.

Tamera dio un respingo, sobresaltada. "¡Vaya!"

"¿Qué? corearon Jacinto y Katerina.

"Sólo ronroneó, muy fuerte, y me dio un codazo con la cabeza".

"Bueno, me escucha", dijo Katerina. "Eso ya es algo".

"Vale, déjame que le pregunte".

Así que, yo gato, ¿tienes un nombre por el que pueda llamarte?

El ronroneo aumentó y una sensación de inmensa satisfacción la inundó. *Puedes llamarme Noble Guerrero.*

Tamera sintió que se le caía la mandíbula. "Tú... ella..."

Apoyó los codos en la mesa y enterró la cabeza entre las manos. "No me lo creo", murmuró.

Oyó las risas de sus amigas. Jacinto la pinchó.

"Tienes que decírnoslo", bromeó.

"¡Argh! Quiero tirarme del pelo!"

"¡Cuéntanoslo!" insistió Katerina.

Tamera levantó la cabeza para mirarlos. "Quiere que la llamen Noble Guerrero".

Las dos la miraron fijamente durante un largo minuto, y luego Jacinth soltó una carcajada. Katerina sólo soltó una risita.

"Bueno, es una gata. La gata también tiene una opinión bastante elevada de sí misma. Debería haberte avisado".

Tamera fulminó con la mirada a Jacinto, que seguía riéndose.

"Vale", suspiró. "Yo me encargo".

No te voy a llamar Noble Guerrero, le dijo a su gato con voz severa. Envío una imagen mental de la leona del Rey León. *¿Qué te parece Nala?*

Hubo un momento de silencio.

Es muy guapa, admitió su gato a regañadientes. *Para ser un león. Recuerdo que vimos esta película muchas veces. Su compañero es muy guapo, y se convierte en el Rey de la manada. Muy bien. Acepto.*

Tamera se lo comunicó a sus amigos, que aplaudieron la elección del nombre, aunque con cierta hilaridad.

"Vale, volvamos al tema de los Elegidos. ¿Qué le has dicho a Kester?" preguntó Katerina, sin ningún pudor. "Estoy segura de que hablasteis de ello... del cortejo y todo eso... anoche".

Tamera asintió, sintiendo que las mejillas se le calentaban de nuevo. "Así es. Ambos sentimos una atracción entre nosotros, desde el principio. Queremos explorarla y ver adónde nos lleva".

"Esto es tan emocionante", exclamó Jacinth. "¡Deberíamos tomar champán!"

"Creo que aquí no sirven champán", objetó Katerina.

"Vino, pues".

"Ya estamos tomando vino", señaló Tamera, intentando no reírse cuando Jacinth hizo un mohín. "Por ahora es sólo un cortejo. Ya habrá tiempo para el champán, estoy segura".

"Vale", dijo Katerina enérgicamente, golpeando el borde de la mesa con el tenedor. "Empecemos. ¿Qué es lo primero?"

"Las clases de arte de los niños", le recordó Tamera.

"Ah, claro. Estoy pensando en los sábados, para que las madres no tengan que estar yendo y viniendo después del colegio".

"Por no hablar de que las escuelas salen a horas diferentes", añadió Jacinth.

"Claro", asintió Tamera. "Entonces... creo que a mediodía. De once a una".

"¿Todos los sábados?" dijo Katerina dubitativa, arrugando la nariz. "Eso también nos ata un poco".

"¿Cada dos?" sugirió Jacinto.

"No, no". Tamera rebotó en su asiento. "¡Ya lo sé! El primer y tercer sábado de cada mes".

"Durante seis semanas", asintió Katerina, tecleando notas en su portátil. "Y ahora, ¿dónde?"

"Me gusta la idea de lo que dijiste ayer". Tamera se volvió hacia Jacinto y le explicó. "En el parque cuando hace buen tiempo, y en el granero cuando hace frío".

"Podemos bajar balas de heno para que se sienten en el centro", se entusiasma Jacinth. "Y el granero tiene ese gran calefactor espacial alrededor del cual podemos poner las balas. A los niños les encantará".

Tamera frunció el ceño. "El parque está bien para hacer bocetos y dibujar, pero sería complicado intentar que un montón de niños pintaran todos allí. Podríamos utilizar el granero para pintar siempre".

"Vale, entonces el parque para dibujar, pero sólo cuando haga buen tiempo", murmuró Katerina, tecleando furiosamente. "Podemos conseguir una mesa de caballete larga para el granero, y despejaremos un establo para guardar todas las cosas... Podemos poner la mesa de punta y tener estantes para los suministros".

"¿Qué tal una mesa plegable?" sugirió Tamera. "Eso será más fácil. Y necesitaremos algunos de esos caballetes de sobremesa. Pueden servir para dos cosas, aquí en el granero y en el Paint 'n Sip".

Jacinth levantó la mano. "Perdona. ¿Qué es un Paint 'n Sip? Anoche lo mencionaste por teléfono y capto la idea general, pero ¿podrías explicármelo un poco más?".

"¡Oh!" Tamera sonrió, contoneándose excitada en su asiento. "Vale, la gente viene a pintar y a beber vino. Todos pintan el mismo proyecto. Les proporcionamos el lienzo, los pinceles, las pinturas, todo. Luego les guiamos paso a paso por el cuadro. Cada uno tendrá una paleta y nosotros le suministraremos los colores, además, por supuesto, pueden embellecer sobre la marcha, o los artistas experimentados pueden hacer sus propias cosas por completo. En fin, y también hay una variedad de vinos para que elijan".

"También necesitaríamos comida... aperitivos de algún tipo", dijo Katerina pensativa. "Para acompañar el vino. ¿Quizá fruta, galletas saladas o dulces?"

"La fruta podría estar cortada y en esos palillos tan elegantes".

Katerina puso los ojos en blanco. "Picos de cóctel".

Tamera sonrió. "Sí, esos".

"Podemos hacer una lista de los suministros que necesitaremos más adelante", les dijo Katerina. "Ahora mismo, centrémonos en los planes en sí. De acuerdo. Parejas paint 'n sip, me gustaría hacer algo distinto que sólo el vino. Anoche, Troy me recordó que de lo que se trataba era de pintar, no de emborracharse, y pensó que debíamos abandonar la idea del licor fuerte".

"Ah, claro". Tamera asintió con la cabeza y luego se quedó pensativa. "Hmm".

"¡Sé exactamente lo que hay que hacer!" Jacinth les sonrió. "¿Por qué no tomáis unas bebidas mezcladas divertidas... como bellinis y mimosas, quizá margaritas?".

Katerina arrugó la nariz. "Para eso necesitaríamos a alguien que hiciera de camarero".

"Yo no daré clase, lo haréis vosotros dos, así que puedo hacer esa parte", se ofreció Jacinth.

"¡Muy bien! Es increíble!" exclamó Tamera. "Sugiero una vez al mes".

"Hecho". Katerina tecleó un poco más.

"Err, ¿dónde vamos a hacerlo?", preguntó Tamera.

Katerina sonrió con picardía. "En la charcutería de Kester, cuando lo consiga. Como es una charcutería, supongo que cerrará sobre las cuatro de la tarde. Así podrá dejarnos utilizar el local una noche al mes".

Tamera soltó una risita, imaginándose la expresión de Kester cuando le dieran la noticia. "Tienes que ser tú quien se lo diga".

"Lo estoy deseando". Katerina guiñó un ojo. Luego adoptó una expresión sobria. "Vale, tenemos clases de arte para los niños y Paint 'n Sip para los adultos. ¿Qué es lo siguiente?"

"Campamento de arte", le recordó Tamera.

"Ah, claro".

Jacinto se iluminó como un faro. "¡Esto va a ser increíblemente alucinante!"

"¿Cómo vamos a hacerlo?". se preguntó Tamera en voz alta. "Tendríamos que encontrar algún lugar con cabañas y aulas o lo que sea. No tengo ni idea de cómo ni siquiera de por dónde empezar a buscar".

Katerina hizo un gesto desdeñoso con la mano. "No tenemos que preocuparnos por eso. Como esto es cosa del Consejo, ellos se encargarán de eso, sólo tenemos que decirles lo que necesitamos. Para eso estamos aquí, ahora, para averiguarlo".

"¿Has estado alguna vez en un campamento?" preguntó Tamera a Katerina.

"Pues no", confesó.

Tamera suspiró, fingiendo sentirse agobiada. "Supongo que soy yo, entonces. Me mandan mucho al campamento de verano. Así que, vale, primero, cabañas. Digamos que de seis a ocho por cabaña, así que dependerá del tamaño del grupo, además tienes que tener cabañas separadas para chicos y chicas."

"Camarotes separados, de seis a ocho niños por camarote", repitió Katerina, tecleando como una loca.

"Son de seis a ocho personas en la cabaña", corrigió Tamera. "Una de esas personas tiene que ser monitora de campamento".

"¡Claro! No queremos una situación de trampa para los padres", coincidió Katerina.

Jacinto miró entre los dos, con el ceño fruncido por la perplejidad. "¿Qué es una trampa para padres?"

Katerina y Tamera se miraron y sonrieron. "¡Noche de cine!" Chocaron las palmas de las manos.

"Es una película", explicó Tamera. "Te encantará".

"¿Podemos verlo esta noche?" preguntó Jacinto con entusiasmo.

"Estoy libre", dijo Tamera. "¿Katerina?"

"Sí, me vale. Tengo las dos versiones en DVD. Quedemos en casa de Jacinto y la vemos allí, a los niños también les encantará. Bueno, a Benny sí, probablemente esté un poco por encima de Molly a estas alturas".

"Traeré bebidas", se ofreció Tamera.

"Haré palomitas". se ofreció Jacinto. "Con mantequilla, por supuesto".

"Volvamos a lo nuestro". Katerina golpeó la superficie de la mesa para llamar su atención.

"Cinco o siete chicos y un consejero por cabaña, y cabañas separadas para chicas y chicos", leyó. "Algún tipo de edificio para dar clases".

Tamera asintió. "También queremos que tenga una zona para hacer hogueras. Eso es

evidente. Un lago o una piscina también estarían genial, sobre todo porque será verano".

"Espera un momento". Jacinth levantó las manos en señal de tiempo muerto. "¿Cuál es el objetivo de este campamento, además de enseñar arte?"

"Para que los niños metamorfos puedan asistir y ser ellos mismos, sin tener que vigilar lo que dicen. Sin preocuparse por los lapsus linguae, o por decir o hacer accidentalmente algo que haga sospechar a los humanos que son diferentes. Incluso podríamos cambiar y salir a correr por la noche... con la supervisión adecuada", añadió Katerina.

"También deberíamos traer a alguien que enseñara a esculpir, o a tallar madera", sugirió Tamera. "E incluso un profesor de manualidades".

"Muy bien, ésta es la cuestión", dijo Jacinth. "Esto es terriblemente complejo para tener un programa sólo de arte. Y dejaría fuera a los niños a los que simplemente no les interesa el arte, por la razón que sea. ¿Por qué no abrir el ámbito del campamento a todos los niños cambiaformas, independientemente de sus intereses? Busca un campamento en un lago y enseña natación y piragüismo. Enseña tiro con arco y la sabiduría de la madera. A hacer nudos y a utilizar la brújula. Aprovecha que estás en la naturaleza y explora el cielo nocturno. Enséñales a encontrar la estrella polar, la Osa Mayor, Orión y todo eso. Enséñales a encender un fuego... y a apagarlo o sofocarlo.

Tamera se quedó mirando al Djinn con total y absoluto asombro. "¡Eres brillante!"

Katerina estaba demasiado ocupada tecleando para hablar, pero asintió enérgicamente.

"¿Dónde piensas encontrar a los monitores del campamento?" quiso saber Jacinth.

"Habíamos pensado contratar a adolescentes metamorfos". Tamera miró a Katerina en busca de confirmación. "¿Quizá, digamos, de dieciséis para arriba?"

Katerina hizo una pausa lo bastante larga para decir: "Sí, y estudiantes universitarios".

Asintiendo, Tamera continuó. "Claro, y luego un puñado de adultos en la cúspide de la pirámide para supervisarlos todo. También se necesitarán algunos adultos que se ocupen de la enseñanza, aunque también querríamos formar a los orientadores en diversas áreas. O, como... no sé... digamos que uno de los consejeros adolescentes sabe tocar la guitarra, podría dirigir el canto alrededor de la hoguera por la noche. Ese tipo de cosas".

"He aquí una sugerencia", dijo Jacinth, frunciendo el ceño pensativamente. "No sé si eres consciente de que el Alto Consejo ha estado animando a los distintos Consejos de los Otros a interactuar más. Tradicionalmente, cada uno nos hemos mantenido al margen todo este tiempo. Pero sé que miran hacia el futuro, para cuando al menos un tipo de Otro salga a la luz".

"Sí, lo sé". Katerina suspiró y sus dedos se aquietaron. "Aunque me encantaría que eso ocurriera cuando yo haya muerto y me haya ido, es mucho más probable que ocurra mañana, o la semana que viene, que dentro de cincuenta años. Es inevitable, y cada día lo es más".

"Así que, ¿por qué no reserváis algunos de vuestros puestos de monitores de campamento, y uno de vuestros puestos de adultos responsables, y lanzáis una invitación para que se presenten Otros de distintos tipos? Sería una forma maravillosa de aumentar la socialización y el entendimiento entre nuestras diversas... especies, supongo que dirías, a falta de un término mejor".

"En ese caso, podríamos abrir algunas plazas para que asistieran otros niños", reflexionó Katerina. "Eso abre la puerta a que vengan Benny y Molly, si tú y Douglas también queréis, Jacinth. No son Otros, pero saben de nosotros, así que sería bueno para ellos, y para los niños cambiaformas, poder interactuar con niños humanos que saben de ellos."

"Dios mío". Katerina se desplomó sobre la mesa. "¿Puedes ver... la cara de Douglas... cuando le dices que sus hijos van a ir a un c-campamento con v-vampiros consejeros?"

Tamera soltó una carcajada, al igual que Jacinto.

"¡Me encanta!" declaró el Djinn. "Me aseguraré de grabarlo en mi cámara".

Katerina se enderezó. "¡Graba, nada! Quiero *estar* allí cuando se lo digas".

"Sí, yo también", dijo Tamera, sonriendo.

"Muy bien, señoras, volvamos a lo nuestro. ¿Cuánto debería durar el campamento?"

Se intercambiaron miradas alrededor de la mesa.

"¿Dos semanas?", sugirió Tamera.

"No queremos menos que eso", convino Katerina. "Podríamos celebrar dos o tres sesiones, una al mes: junio, julio y agosto".

"Alternativamente, podríamos hacer sólo una sesión de seis semanas".

"Demasiado tiempo", se opuso Katerina. "Interferiría con los planes familiares de verano. Como mínimo, sería ambicioso. Me inclino más por dos o tres campamentos de dos semanas. Y también daría un poco de descanso a los monitores y profesores".

"Siempre se puede hacer un campamento de seis semanas en años futuros, después de que veamos cómo va el próximo verano".

"Sí, es verdad". Katerina guardó su documento. "¡Vale! Se lo enviaré a YiaYia y veremos qué opina el Consejo. Una cosa más. Metamos a Alessandra en esto. Si optamos por el campamento de verano general, no sólo de temática artística, podríamos hacer que viniera a dar clases sobre hierbas, y fabricación de jabones y velas."

"¡Oh! ¡Es fantástico!" dijo Jacinth, con los ojos brillantes de emoción. "La llamaré a ver qué le parece. Ahora, escucha. Tengo una gran idea, otra cosa que podemos hacer, no relacionada con los proyectos oficiales de tu Consejo. Te aseguro que te va a encantar".

Tamera se sentó en el borde de la silla, expectante, y Katerina hizo lo mismo.

"¡Cuéntalo!" instó Tamera.

La Djinn se inclinó, con los brazos sobre la mesa, y una enorme sonrisa iluminó su rostro. "La Experiencia de Arte y Glamping Sólo para Mujeres".

"¡Dios mío, es fabuloso!" exclamó Katerina.

Tamera asintió con la cabeza. "¡Cuéntanos más!"

"Estoy pensando en un fin de semana largo, de viernes por la tarde a domingo por la tarde. Primero tuve la idea de hacer glamping sólo nosotros, junto con Alessandra, por supuesto, y Melanthe, la hermana de Katerina, pero luego, mientras hablábamos de todas las clases de arte, pensé que esto también serviría para eso. Salimos y acampamos en tiendas elegantes, con muchas comodidades. Podemos hacer fiestas de bocetos en el bosque y sesiones de pintura en la zona de hogueras. Veladas alrededor de la hoguera, bebiendo y contando historias".

Tamera podía imaginárselo en su mente, ¡y no podía esperar! Sin embargo... "No tengo ni idea de glamping", confesó. "He visto fotos de tiendas de campaña iluminadas, pero...".

Jacinth hizo un gesto con la mano en señal de despidio. "Yo me ocuparé de las tiendas". Sus ojos centelleaban de diversión. "Y habrá un jacuzzi, por supuesto".

"Me apunto", declaró Katerina. "Me moriré si tenemos que esperar a la primavera".

"Pues no", la sonrisa de Jacinto era brillante y llena de picardía. "Podemos hacer que calienten las tiendas, sin problema. Al fin y al cabo, serán tiendas de Djinn".

"¡Ohhh!" Tamera y Katerina suspiraron al unísono, y Jacinth se rió.

"Vale, olvídate de todo lo demás, hagámoslo primero sólo para nosotras", dijo Katerina entusiasmada. "Luego podemos organizarlo como un evento para... oye, ¿y si lo hacemos abierto para cualquier Otra mujer? No sólo cambiaformas y Djinn. Hablando de eso", hizo una pausa y miró inquisitivamente a Jacinth. "¿Hay más Djinn por la zona?"

Jacynth negó con la cabeza, agitando su larga coleta de ébano. "No en esta zona en concreto, pero hay algunos en Nueva York. Los djinn no suelen vivir aquí, en este plano de existencia, a menos que sean Portadores de Deseos y su magia de recipiente esté activada".

"¿Quieres decir que alguien ha encontrado su recipiente y está consiguiendo deseos?", preguntó Tamera, frunciendo el ceño mientras lidiaba con sus limitados conocimientos. "¿A eso te refieres con Portador de Deseos?".

"Oh, olvidé que no lo sabías". Jacinto parecía arrepentido. "No todos los Djinn conceden deseos. Los que eligen hacerlo, se llaman Portadores de Deseos. Elegimos un recipiente de algún tipo... una tetera, una lámpara de aceite, un frasco de perfume... y lo imbuimos con la magia de los deseos, que es muy específica".

Sus hoyuelos aparecieron mientras sonreía. "En realidad tenemos que pasar por un entrenamiento para convertirnos en Portadores de Deseos. No cualquier Djinn puede empezar a conceder deseos. La magia es muy compleja. Además, debemos tener al menos doscientos años para ser Portadores de Deseos".

Katerina tenía los ojos redondos como platos. "No tenía ni idea. Sabía que concedías deseos, pero no conocía el resto".

"¿Aún concedes deseos?" preguntó Tamera, curiosa. "Es decir, ¿una vez que se es Portador de Deseos, siempre se es Portador de Deseos? ¿O puedes dejar de hacerlo cuando quieras?".

"Oh, sí, podemos parar", le aseguró Jacinto. "Y por ahora, he dejado mi tetera a un lado, la magia en suspenso hasta que vuelva a activarla. No deseo alejarme de Douglas y de los niños. Cuando crezcan, tal vez lo haga de vez en cuando. No estoy obligada a quedarme con mi tetera a menos que me llamen, así que puedo vivir en casa con Douglas cuando no me llamen. Pero por ahora, no. Estoy disfrutando de mi vida como prometida de Douglas, como madre de los niños".

"Así que, la Experiencia Artística y Glamping Sólo para Mujeres", Katerina les devolvió al tema anterior. "Estoy pensando en dos veces al año, primavera y otoño".

"Perfecto", asintió Tamera. "Al fin y al cabo, no queremos desgastarnos con todas estas cosas".

"Oh, tendremos ayuda", la tranquilizó Katerina. "El glamping lo haremos nosotros mismos, pero el Consejo tendrá gente que nos ayude con las clases y los campamentos de verano".

Volvieron a sentarse en sus sillas y se sonrieron mutuamente. "¡Esto va a ser bueno!"

CAPÍTULO 25



TAMERA BAILABA SOBRE la nieve ligera, y sus patas esparcían nieve a su alrededor mientras saltaba de un sitio a otro. ¡Era divertido! Le hacían cosquillas cuando le caían en la nariz, y estornudó, dándose zarpazos en la nariz. Levantó el hocico y lamió los copos de nieve que caían. Un movimiento captó el rabillo de sus ojos y giró, agitando la punta de la cola.

Se sentó, lamiéndose el hombro donde yacían los copos de nieve derritiéndose. Quería jugar. Aquel perezoso Kester estaba dormido, a pesar de que era la primera nevada. Iba a despertarlo. Se agachó y se deslizó por la maleza hasta el borde de los árboles del aparcamiento. Consideró la situación. Había uno de los grandes robles en el césped, no lejos de su habitación, con las ramas muy extendidas. Estaba segura de que podría saltar a las ramas más bajas y desde allí al balcón. Se le movieron los bigotes y soltó un chasquido de alegría.

Le costó un poco llegar hasta el balcón, pero su gata sabía saltar y trepar, sólo necesitaba práctica. Satisfecha de sí misma, se acercó a la puerta de la habitación de Kester y la golpeó con la nariz. Al mirar dentro, vio que las mantas de la cama se movían. Volvió a golpearla y sintió una oleada de satisfacción cuando él se incorporó, mirándola a través de la puerta. Se alejó corriendo, saltando por encima de la barandilla del balcón para agarrarse al tronco del roble. Vaya, ¡su gato sí que sabía saltar!

En cualquier momento, Kester iba a cambiar y a ir tras ella. Oh, ¡ella iba a guiarle en un bonito baile!

Bajó por el tronco del árbol y corrió por el césped hacia el bosque. Se detuvo y miró hacia atrás, con una oreja larga y empenachada girada hacia la posada. Sí, aquel chasquido era la cerradura girando en la puerta de su balcón. ¡La perseguiría en cualquier momento! Se dio la vuelta y corrió hacia el bosque. Casi había llegado al pequeño arroyo que serpenteaba entre los árboles, cuando hubo una furiosa explosión de plumas casi bajo sus pies.

Sobresaltada, patinó hasta detenerse, casi perdiendo el equilibrio. Siguiendo el objeto en movimiento con su aguda mirada, se dio cuenta de que era un pavo salvaje. Nunca había visto uno de verdad, pero había visto fotos, claro. Hmmm. Pavo salvaje. Su gata estaba ansiosa por cazar y avanzó a grandes zancadas, más alerta ahora. Más pavos salieron de la maleza y ella los persiguió.

Un bajo muro de piedra, cubierto densamente de hiedra, marcaba el límite de la propiedad de la posada. Sin embargo, no era un impedimento y lo franqueó con facilidad. Se agachó, cerca del suelo, escudriñando los arbustos que la rodeaban, dispuesta a saltar sobre cualquier presa que apareciera a la vista. Un pavo salvaje cazado por ella misma sería un regalo estupendo con el que

sorprender a Renee. Renee podría cocinarlo para el gran banquete de Acción de Gracias que la posada ofrecía a sus huéspedes.

Estaba a punto de ponerse en pie, dispuesta a acechar, cuando algo la picó en los cuartos traseros. Gruñendo de disgusto, se giró para ver un pequeño objeto aparentemente adherido al pelaje de su flanco. Tardó un minuto en asimilarlo, mientras el mundo parecía nadar ante sus ojos. Un dardo... un dardo tranquilizante.

¡Kester! gritó en su mente, aunque sabía que sería inútil; él estaba detrás de ella, en alguna parte, y si estaba demasiado lejos, no podría oírla. *Kester, ¡ayuda!*

Dos figuras surgieron del bosque, convergiendo hacia ella. Dos hombres corpulentos con pesados abrigos y gorros de lana se inclinaron sobre ella. La levantaron. El mundo a su alrededor se inclinó y ella cayó en la oscuridad.



SE SENTÍA SOMNOLIENTA Y ENFERMA, y el suelo bajo ella temblaba y se agitaba, como si hubiera maquinaria pesada cerca. Un zumbido quejumbroso que le dolía en los oídos. Intentó levantar la cabeza con dificultad y sus ojos se abrieron un poco. ¿Dónde estaba? ¿Qué estaba ocurriendo?

Unos barrotes metálicos se encontraron con su mirada, justo cuando se dio cuenta de que también había metal bajo ella. Una jaula. Estaba en una jaula de metal. Sacudió la cabeza para despejar la niebla que le impedía pensar con claridad y se obligó a mirar a su alrededor. Era el hangar de carga de un avión. Nunca había estado en uno, pero no cabía duda de que era allí donde estaba. ¿Qué había ocurrido?

Se puso en pie y se balanceó. Estaba mareada y sus ojos no querían mantener la concentración. La jaula apenas tenía altura suficiente para mantenerse en pie. De todos modos, no parecía que mereciera la pena ponerse de pie, así que volvió a tumbarse. Desde aquí podía ver el cerrojo de la puerta de la jaula. No sólo un pestillo, sino una cerradura. Aunque pudiera volver a su forma humana... y no estaba segura de poder hacerlo, con lo enferma que se sentía... no podría salir.

Poco a poco empezó a recordar... jugar en el bosque, el dardo y aquellos hombres. La habían capturado. La pregunta era: ¿quién? ¿Y por qué? El agudo filo del miedo apartó los últimos velos de confusión.

Tamera.

La voz estaba en su cabeza. Masculina. Conocía esa voz, pero el recuerdo era lejano, se le escapaba.

¿Quién eres tú? No pudo evitar que el temblor del miedo se reflejara en su voz, aunque lo intentó.

Soy Kieran. Ya me conoces. No temas.

¡Kieran! El príncipe Djinn de la barbacoa. Creía que los Djinn no eran telepáticos.

Los más jóvenes, no. Soy un Anciano, aunque no pude llegar hasta ti mientras dormías. ¿Sabes dónde estás?

Estoy en una jaula en un avión, creo que en la bodega de carga. Dos hombres en el bosque me dispararon con un dardo tranquilizante. No sé quiénes son ni adónde me llevan.

Creemos que se trata del clan de los caracales. ¿Estás solo en la bodega?

Miró a su alrededor con recelo. Podía ver la puerta de la cabina del avión, pero estaba firmemente cerrada. *Sí, estoy sola.*

Te envío a Jacinto. Tenemos el permiso de tu Consejo para ayudarte.

Tamera parpadeó. ¿Enviar a Jacinto? Apenas se había formado la idea, cuando el aire crepitó con el zumbido de la magia. Jacinth estaba fuera de la jaula, con su cabello de ébano volando a su alrededor y sus ojos oscuros brillando con una furia magnífica. En un instante estaba dentro de la jaula, arrodillada junto a Tamera.

"No puedo hablar telepáticamente -susurró el Djinn-, aunque puedo oírte si me envías tus pensamientos mientras estás en tu forma de gato. Pero hemos encontrado una forma de evitarlo".

Abrió la mano para mostrar un par de pequeños aros dorados, cada uno con lo que parecía ser una gota de zafiro.

¿Pendientes?

"Sí, y hemos conseguido que Julián las hechice, para que permanezcan en tus oídos si cambias. Pero mira, las gemas esconden un pequeño transmisor. Podrás oírme hablar a tu oído, pero alguien que esté a tu lado no podrá oírme".

Aunque la Djinn hablaba alegremente, seguía desprendiendo una especie de calor chispeante y Tamera percibió su profundo enfado.

"Pero ésta es la parte bonita", le dijo Jacinto, mostrándole un collar dorado de aspecto delicado. De él colgaba una botellita, y Tamera levantó la cabeza para mirar interrogante a la Djinn, que sonrió brillantemente.

"Es una botella de Djinn que reduce a este tamaño. Esta cadena también está obligada a permanecer contigo durante el Cambio. Estaré dentro de ella y podré ver y oír todo lo que ocurra".

¿Qué está pasando? preguntó lastimeramente Tamera. *Parece que sabes más que yo.*

"Toma, vamos a ponértelos antes de que venga nadie", dijo Jacinth, pasando la mano por el cuello de Tamera para sujetar el collar en su sitio. "Así podremos hablar y, si lo necesito, podré meterme en mi botella. De todos modos, querrás permanecer en tu forma gatuna cuando los hombres estén cerca, ¿vale?".

Sí, no tengo ningún problema. El miedo temblaba en su tono mental ante la perspectiva de una violación. Se preparó para el dolor de los pendientes que le perforaban la piel, aunque en su forma humana tenía las orejas perforadas, por supuesto. Pero Jacinth se sentó sobre sus talones. Tamera sacudió la cabeza de forma experimental, sintiendo cómo los pendientes se balanceaban en su sitio.

Oye, ¡yo no sentí eso en absoluto!

El Djinn parecía ofendido. "¡Claro que no! Como si fuera a hacer algo que te hiciera daño, aunque fuera un poco". Dobló las piernas bajo ella, aparentemente perfectamente cómoda encerrada en aquella pequeña jaula con un caracal.

"Primero tengo que decirte que estoy aquí a petición de tu Consejo Americano, que por cierto está absolutamente furioso". Jacinth parecía totalmente complacida por ello. "Al parecer, secuestrar hembras metamorfomorfos para obligarlas a reproducirse con otros metamorfos es inaceptable en extremo. Se han puesto en contacto no sólo con el Consejo de Cambiantes del Norte de África, sino también con el Alto Consejo de los Otros. Normalmente, las especies mágicas no interfieren entre sí; es decir, si yo quisiera interferir en asuntos relacionados con los cambiaformas, tendría que tener una muy buena razón, y tendría que contar con el permiso del Consejo de los Cambiaformas, y viceversa. Pero en este caso, tu Larissa, jefa del Consejo Americano de los Cambiantes, acudió ella misma al Alto Consejo y solicitó la ayuda de los Djinn, así que aquí me tienes".

Así que supongo que no me llevarás a casa sin más. No pudo evitar el miedo que enhebraba su voz. Jacinto también lo oyó y le acarició la cabeza con un gesto tranquilizador.

"Estaré aquí contigo, ¿vale? No corres ningún peligro, en ningún momento, porque si eso ocurriera, sí, te llevaría a casa. Te lo prometo, Tamera. No voy a permitir que te ocurra nada malo. Larissa dijo que, aunque antes no tenían derecho a interferir en este recinto de caracales, sus acciones al secuestrarte les hicieron perder los derechos de autogobierno. Pero los Consejos quieren ver qué ocurre, saber si las mujeres son realmente prisioneras y, más aún, si *quieren* ser liberadas. Si es así, las sacaremos. Mientras no corran peligro... y sí, eso incluye la violación - aseguró a Tamera mientras el pelaje de la gata ondulaba por la angustia emocional-, recopilaremos toda la información que podamos. Esto ayudará a los Consejos a decidir qué acciones, más allá de recuperarte, quieren emprender, y si deciden cerrar este lugar."

Los ojos de Tamera se entrecerraron y, a pesar de todo, un ronroneo retumbó en su garganta. *Me gusta cómo suena eso... cerrándolos.*

Jacinto sonrió. "Pensé que lo harías. Escucha, quería preguntarte algo. Douglas y yo nos casaremos el mes que viene y celebraremos una recepción privada para nuestros familiares y amigos. ¿Vendrías?"

Abrió los ojos de golpe y miró fijamente a su amiga. *¿En serio? ¿Vamos a hacerlo ahora?*

Jacinto se encogió de hombros, con aire indiferente. "¿Por qué no? Olvidé traer mi tablero del Monopoly".

Eres certificable, Jacinto.

El Djinn se echó a reír. "Oh, vamos. Podrás visitar a Qaf", la engatusó.

¿Qaf? ¿Qué...? Oh, espera. Frunció el ceño, concentrada. Al menos, en su mente fruncía el ceño; no estaba segura de que la expresión se reflejara en su cara de gata peluda. *Recuerdo que dijiste algo sobre una patria Djinn.*

"Eso es", dijo Jacinto con ánimo. "El monte Qaf. Es un lugar místico, en un plano distinto de éste que habitan los humanos. Hay que ser mágico para llegar allí. Douglas y yo nos casaremos en una sencilla ceremonia legal aquí en la Tierra, y luego iremos todos a Qaf para nuestra recepción. Un viejo amigo mío se ha ofrecido voluntario para transportar a los que no son Djinn. Le conociste en Troy's el día que supiste de los Otros... el joven Djinn, Remi".

Tamera parpadeó, digiriendo aquello. *Vaya. Vale, definitivamente me has distraído. Cuéntame más.*

La mujer djinn se acomodó más cómodamente en la jaula de metal, apareciendo un cojín bajo ella. Otro apareció a su lado. "Aquí tienes uno para ti también".

Soltando una risita, Tamera se acercó al cojín, agradecida por la comodidad que le proporcionaba.

"La leyenda dice que Qaf existe en los confines de la Tierra y que está hecho de esmeralda, lo que da un tono verde al cielo. No sé lo de la esmeralda -dijo con franqueza-, pero algunos días el cielo se tiñe de un verde tenue que se mezcla con el azul y crea casi una aurora. Es precioso. Hay pueblos de djinn por todas partes. Las aldeas existen tanto en el mundo real, este plano de existencia, como en Qaf, al mismo tiempo".

A Tamera le daba vueltas la cabeza. *Creía que habías dicho que tenías que tener magia para llegar a Qaf.*

A Jacinto le brillaron los ojos. "Así es. Si entraras en una aldea de djinn aquí en la Tierra, no sabrías que es una aldea de djinn, y tú misma no estarías en Qaf". Hizo una pausa, como para calibrar el nivel de confusión de Tamera.

Tamera intentó encontrar palabras para su pregunta; el problema era que eran muchas preguntas. *Pero... para la recepción, tenemos que ir a Qaf, ¿no?*

"De acuerdo". Jacinto asintió, meneando su larga y pesada cola de ébano. "Quieres toda la

experiencia Qaf. Confía en mí".

¡Claro que sí! Es que... es un poco confuso.

"Si recuerdas que Qaf es un lugar místico, eso te ayudará. No puedes pensar en él en términos de la realidad que conoces, tienes que dejar ir los límites de lo que te dice el sentido común".

Lo entiendo, dijo Tamera con ironía. Porque mi sentido común me dice que esto es imposible. Vale, entonces, ¿qué se lleva a una fiesta en Qaf?

"Ponte algo elegante, pero cómodo", aconsejó Jacinth. "A los Djinn nos encanta cualquier oportunidad de disfrazarnos, pero una fiesta también puede durar horas, así que querrás estar cómoda".

Algo elegante pero cómodo. Cierto. ¿Sabes que esos términos son una contradicción inherente?

Jacinto se rió. "Saldremos de compras para encontrar lo que más te guste, y haremos que Katerina nos acompañe. Será divertido".

A pesar de su interés, Tamera ahogó un bostezo. Jacinth sacó del aire una almohada y una manta suave y mullida. "Estamos sobre el Atlántico, aún faltan horas para aterrizar. Deberías dormir los últimos efectos del tranquilizante. Y necesitarás estar alerta cuando aterricemos".

Jacinth tiró de la manta sobre ella mientras se estiraba, y el cojín que había bajo ella se expandió hasta cubrir todo el suelo de la jaula. Tamera disfrutó de la comodidad adicional, pero...

¿Qué pasa con los hombres de delante? ¿Y si vuelven para ver cómo estoy?

"No verán nada más que a ti, en la jaula, dormida", la tranquilizó Jacinto. "Deberías saber que Kester está fuera de sí. Oyó tu llamada de socorro, ¿sabes? Así que te estaba siguiendo, pero cuando llegó ya te habías ido. Encontró las huellas en la nieve donde te habían derribado, y luego te llevó. Llamó a Katerina, que llamó a Maroulla, que llamó a Larissa, que habló con el Consejo, y luego llamó a Katerina y le dijo que me llamara a mí y me pidiera que llamara a Kieran".

Ya medio dormida, esta avalancha de información hizo que Tamera sacudiera la cabeza, desconcertada. *Son muchas llamadas.*

"¡Ya lo creo! De todas formas, Kester está loco como una cabra, deberías saber que *no está* de acuerdo con este plan de recopilación de información".

A mí tampoco me entusiasma. La voz mental de Tamera era irónica. *Si me hubieran pedido que me presentara voluntaria para ir de incógnito, creo que me habría negado. Pero había querido que cerraran aquel lugar incluso antes de que decidieran llevarme, lo quisiera o no. Así que, sí. Cuenta conmigo en esto.*

Su determinación vaciló, al recordar a Mahmoud y su expresión ferviente y fanática. *Pero tú me sacarás, si... ¿si ocurre algo? ¿Pase lo que pase?*

"Pase lo que pase". Jacinto se acercó a ella, la abrazó, le acarició el pelaje. "Te lo prometo. Y Kieran también está en contacto permanente conmigo. Y créeme, si las cosas se tuercen hasta el punto de que el propio Kieran tenga que intervenir, lo van a lamentar mucho, mucho, te lo aseguro".

Recordando el porte intimidatorio del príncipe Djinn y el poder de su presencia, Tamera podía creerlo.

De acuerdo, dijo, la determinación reforzando su tono. Acabemos con esos gilipollas.

CAPÍTULO 26



EL AVIÓN ESTABA DESCENDIENDO DEFINITIVAMENTE, y la aprensión de Tamera volvió a aumentar a medida que el avión tocaba tierra. Se apoyó en el suelo metálico de la jaula lo mejor que pudo mientras las ruedas chocaban y se accionaban los frenos, y el avión se estremecía.

Jacynth le sonrió, sus ojos castaños chocolates centelleaban de expectación. "¡Hora del espectáculo!"

El Djinn pareció disolverse ante los ojos de Tamera, encogiéndose en una fina niebla que se derramó en el collar que llevaba.

"¿Puedes oírme?" La voz era un pequeño susurro en su oído.

Sí.

"Bien. El collar es lo bastante pequeño como para que no lo noten en tu pelaje, al menos no a menos que se acerquen mucho, cosa que no harán contigo en la jaula, pero mantén las orejas hacia atrás. Date el gusto de mostrar tu mal genio todo lo que quieras para que no noten los pendientes, además tus orejas estarán hacia atrás".

Entendido.

La puerta de la bodega de carga se abrió con estrépito y ella se puso en pie instintivamente, con el hocico arrugado en un gruñido y las orejas echadas hacia atrás. Al parecer, no había necesitado el consejo de Jacinto; su gata se había enfurecido por sí sola.

Se acercó un hombre vestido con un mono de lona. Su mirada la evaluaba, aprobándola. Ella siseó y golpeó los barrotes con una pata, con las garras extendidas.

"Tranquilo, nadie va a hacerte daño". El hombre cogió un gran trapo doblado que había en el suelo y lo sacudió. "Sólo vamos a devolverte a donde perteneces. Pero tengo que cubrir la jaula para que nadie te vea. Se quitará en cuanto te tengamos en el camión".

Eso no detuvo la explosión de furia del gato cuando la pesada lona cayó sobre la jaula, bloqueando toda luz. Se oyeron pasos y la jaula se levantó. Al parecer, estaba provista de una especie de barrotes que permitían a los hombres transportar la jaula sin ponerse al alcance de sus garras.

Gruñó continuamente mientras inclinaban la jaula, la bajaban por la rampa y la deslizaban en la parte trasera de algo... camión o furgoneta, no sabía qué. Hacía calor y estaba seco, y extraños olores asaltaron sus fosas nasales cuando olfateó el aire que se abría paso bajo la tela.

"¿No hay problemas?" Era alguien que estaba a un lado del vehículo, así que un tercer hombre.

"Creía que ibas a traer la furgoneta". Era el primer hombre que le había hablado dentro del

avión.

"No hay batería".

"Demonios. Tendremos que dejar la funda en la jaula. No podemos ir conduciendo con ella en la jaula".

¿Dónde estamos? pensó Tamera a Jacinto.

"Marruecos", le susurraron al oído. "Esto parece una pista de aterrizaje privada, pero no está lejos de Marrakech. Supongo que este recinto estará en algún lugar de las montañas o las estribaciones, quizá en un valle aislado".

En Marruecos. Estaba en Marruecos. Debería habérselo imaginado. Sacudió la cabeza, aún luchando contra la incredulidad. Siempre había querido viajar, pero no se lo había imaginado así.

Unos pasos le indicaron que los hombres se alejaban. Las puertas se abrieron y se cerraron de golpe, y el camión se puso en movimiento.

El trayecto parecía eterno y su aprensión iba en aumento. No ayudaba que estuviera encerrada en aquella pequeña jaula; su gato quería levantarse y pasear.

"Sólo han pasado veinte minutos". La voccecita de Jacinto en su oído traicionaba la diversión. "Además, no importa lo lejos que esté este lugar de cualquier ciudad o civilización. Recuérdalo, Tamera. Cuando llegue el momento de sacarnos de allí, nos habremos ido, ¿vale? Probablemente de vuelta a casa de Katerina y Troy. Allí nos esperan Kester y Maroulla".

El consuelo la tranquilizó. Apareció un recipiente con agua en un rincón de la jaula y bebió con sed. Parecía que también le ayudaba a despejarse.

Gracias.

"Lo siento, no se me había ocurrido antes". La voz del Djinn era de disculpa.

El motor del camión parecía esforzarse, subiendo una cuesta, y la caja del camión se balanceaba de un lado a otro en una carretera accidentada. Su aprensión volvió con toda su fuerza cuando se detuvo y pudo oír el sonido del freno de mano.

"Estás a salvo, Tamera". La voz de Jacinth en su oído era suave, susurrante y tranquilizadora. "Estoy contigo hasta el final. Recuérdalo".

Inclinó la cabeza en señal de asentimiento, pero su cuerpo estaba tenso mientras levantaban la jaula y la llevaban a algún tipo de edificio.

"Aquí dentro".

Conocía aquella voz. Se le erizaron los pelos y siseó de indignación.

Colocó la jaula en el suelo y le quitó la tapa. Su némesis estaba delante, con la mirada atenta. Incapaz de contenerse, atacó los barrotes de la jaula, su gato furioso más allá de lo razonable.

Mahmoud parecía impasible.

"Bienvenida a tu nuevo hogar, sobrina". Hizo una pausa y ella le gruñó. "Comprendo que eres una recién llegada al mundo de los cambiaformas y que hace poco que conoces nuestra existencia. Estoy dispuesta a pasar por alto tu negativa a acompañarme el mes pasado, ya que no puedes comprender la necesidad de mantener puras nuestras líneas. Por ello, retendré el castigo por tu desobediencia. Sin embargo, no agotes mi paciencia".

"Generoso por su parte". Jacinto rió suavemente en su oído.

"Tienes unos días para acostumbrarte a tus nuevas circunstancias. El compañero que he elegido para ti se encuentra de viaje por asuntos del clan, y regresará dentro de tres días. Espero que cuando llegue le recibas como es debido".

Con un aullido de rabia, Tamera atacó los barrotes de la jaula, escupiendo salvajemente. Él la ignoró, volviéndose para dirigirse a los hombres que la habían traído.

"Llévala a la habitación de las mujeres. Le han preparado una habitación y una comida".

"La comida es buena", susurró Jacinto. "No planea matarte de hambre hasta la sumisión".

Sin embargo, respondió mientras le levantaban la jaula.

"Para entonces ya nos habremos ido". La voz del Djinn era firme, tranquilizadora.

La llevaron por un pasillo hasta otra habitación, y luego por una puerta hasta una especie de patio. Había altos muros que lo rodeaban, rematados con una especie de alambre de espino. Realmente era un recinto, pensó disgustada y su gato siseó. Había un hombre de guardia ante la solitaria puerta de un gran edificio situado enfrente. Había ventanas que daban al patio, pero estaban enrejadas. Los barrotes eran de un precioso hierro forjado... pero seguían siendo barrotes.

El hombre se movió para abrir la puerta, y la llevaron a una habitación grande y fresca, con varias puertas que se abrían a partir de ella. Había media docena de mujeres sentadas, y otra entró por una puerta abierta. Una cocina, pensó Tamera, ya que desde allí llegaban aromas fragantes.

"Aquí está", anunció uno de los hombres; el del avión. Colocó la jaula en el suelo y sacó una llave, quitando el cerrojo de la puerta de la jaula. Sin decir palabra, ambos hombres se dieron la vuelta y se marcharon. Al parecer, no se requirieron explicaciones de ningún tipo. Le pareció interesante que ninguna de las mujeres hiciera ningún movimiento, ni hablara, hasta que el hombre se hubo marchado, y se lo transmitió a Jacinth, que tarareó en señal de acuerdo.

Cuando la puerta se cerró tras los hombres, giró la cabeza para observar a las mujeres que se acercaban a la jaula. Contó que eran siete, de distintas edades, desde la suya propia hasta mediados de los cuarenta.

Una joven se acercó y sonrió insegura. "Hola, Tamera. No me conoces... bueno, claro que no". Soltó una especie de carcajada, apartándose un poco el pelo de la cara. "Soy Layla. Soy tu hermana".

Tamera se sorprendió tanto que su gato se cayó y se encontró tirada en el suelo de la jaula. Cuando se incorporó, la puerta de la jaula se abrió y unas manos la ayudaron a salir.

"¿Hermana? Sólo pudo mirar fijamente a la mujer, que se parecía asombrosamente a ella. Alguien le tendió un vestido largo de algodón, simplemente negro, pero cubierto de bordados brillantes. Se lo puso.

Layla asintió. "Sólo tenía un año cuando Noureen escapó. Nuestra madre".

Tamera se quedó boquiabierta. "¿Y te dejó atrás?"

Una de las mujeres reunidas a su alrededor soltó una breve carcajada. Era una mujer mayor, de aspecto cansado, con arrugas en el rostro y el vientre ligeramente redondeado por el embarazo. "Los niños son nuestros rehenes. Los hombres se aseguran de que los niños permanezcan aquí cerca, vigilados, cuando se nos permite salir para ir al mercado y demás. Y, por supuesto, nosotras también tenemos guardias con nosotras. Es prácticamente imposible escapar, incluso solo".

"Noureen ya estaba embarazada de ti", susurró Layla, y las mujeres se reunieron en un nudo más apretado a su alrededor. "Mahmoud no lo sabe, cree que tu padre era humano, que fuiste concebida después de que ella escapara. Noureen no quería que nacieras aquí, que estuvieras atrapada como nosotras".

Tamera tragó saliva. Todo esto era mucho peor de lo que había pensado.

Pregúntales, susurró Jacinto. *Pregúntales si se irían si pudieran*.

"Entonces... ¿realmente sois prisioneros? ¿Y los niños también?"

"Cualquier chica lo sería", le dijeron. "Los chicos que sobreviven hasta la edad adulta son adoctrinados y se convierten en uno de ellos".

Antes de que pudiera continuar, habló la mujer que venía de la cocina.

"Tenemos mucho tiempo para hablar. Supongo que necesita comida después de su largo viaje".

Los dedos de Layla se entrelazaron con los suyos. "Ven", le dijo. "Te enseñaré el cuarto de baño... Seguro que lo necesitas... y luego comeremos y hablaremos".

Al volver a la cocina unos minutos después, fue recibida con un aluvión de preguntas. ¿Cómo era su vida? ¿Tenía un trabajo como las mujeres que veían en la televisión? ¿Un teléfono móvil? Layla le tendió un vaso de algún tipo de bebida afrutada fría.

"Ninguna de nosotras ha conocido nunca a nadie que haya vivido fuera", dijo, refiriéndose al recinto. "Claro que vemos a mujeres que están libres en los mercados, pero nunca se nos permite hablar con ellas".

La más joven, una chica de aspecto desafiante que apenas llegaba a la adolescencia, tomó la palabra. "¿Es cierto que ahí fuera los hombres deben tener el permiso de una mujer para mantener relaciones sexuales con ella?"

Hubo un momento de silencio, pero todos los rostros que la miraban querían oír su respuesta. Ella pensó que apenas les latía el corazón mientras esperaban su respuesta.

"Sí, es cierto. De hecho, en casi todos los países es ilegal, y se castiga con penas de cárcel, que un hombre mantenga relaciones sexuales con una mujer en contra de su voluntad. Es violación", dijo sin rodeos.

"Talya acaba de cumplir catorce años", explicó Layla con un suspiro. "Tendrá que someterse a su compañero elegido la semana que viene".

Consternada, Tamera se quedó mirando a la chica.

"No percibo a nadie más en el edificio", la incitó Jacinto. "Pregunta por las otras mujeres y los niños".

Obedientemente, Tamera echó un vistazo a la mesa, como si sintiera curiosidad. "¿Esto es todo? ¿Y los niños y las mujeres mayores?"

"Los chicos van a la escuela cerca de aquí", le dijo la mujer de más edad. "Yo soy Sasha. Ellas son Abya, Miriam, Takesha y Yasmeen".

Cada mujer asintió al ser presentada, y Layla retomó la explicación.

"Se llevaron a las chicas más jóvenes por hoy. No sabían lo que haría tu gato y no querían que las niñas se asustaran o sufrieran daños. Aisha de Sasha -y señaló con la cabeza a la mujer mayor, embarazada- es la más pequeña, sólo tiene un año".

Un año y su madre ya está embarazada de varios meses otra vez, pensó Tamera indignada.

"Que sigan hablando", le susurró Jacinto al oído. "Estoy transmitiendo todo esto a Kieran. Ninguno de nosotros sabía que algo así podía ocurrir".

"¿Así que los chicos tienen estudios? ¿Van a la universidad?"

Las mujeres se miraban nerviosas. Ya estaban todos sentados alrededor de la mesa, cada uno con algún tipo de bebida.

"Los que aspiran a algo así como la universidad, no son los que... sobrevivirían", dijo con dificultad una de las mujeres, Yasmeen.

"Somos muy pocas mujeres, y a los machos no se les permite procrear con mujeres que no sean de nuestra especie, por lo que sólo a las más *dignas*", y la voz de Sasha era áspera, mordaz, "se les permite madurar hasta la edad adulta".

Tamera la miró fijamente. ¿Quería decir...?

"A mi último hijo le han permitido vivir", dijo otra mujer, parpadeando para no llorar. "Desde que tuve una hija, he demostrado que puedo parir hembras, así que esperan que mi descendencia proporcione a su vez hembras, pero los tres niños nacidos antes de que la tuviera a

ella..." su voz se entrecortó, su expresión desesperada.

"He tenido seis hijos", dijo Layla con amargura. "Todos me los quitaron. Pensé que tal vez... puesto que Noureen había dado a luz a dos niñas, que tal vez... pero no fue así. A mi Yousuf se lo llevaron este verano, junto con otros dos niños".

En su cabeza, Tamera echaba cuentas frenéticamente. Layla sólo tenía un año más que ella, es decir, unos veinticinco, ¿y ya había tenido *seis* hijos?

"¿Qué...?" Tragó saliva. "¿Qué les ocurre?"

Todas las mujeres de la mesa parecían enfermas, y ninguna parecía dispuesta a responder.

"Díselo". Era Sasha, la mayor, con el rostro marcado. "Debería saber lo que les ocurrirá a sus hijos".

"Hay un sacrificio", dijo Talya, la adolescente, lentamente, aferrando el vaso que sostenía con tanta fuerza que Tamera pensó que podría romperse. El rostro de la joven estaba retorcido por el miedo. "En el solsticio de verano. Mahmoud elige a los que considera indignos para criarlos. Los niños son llevados al mediodía al desierto y abandonados allí".

No tenía palabras. ¿Qué podría decir?

"A ti también te habrían matado", le dijo Talya con la brusquedad de la infancia aún presente en su forma de hablar. "Si hubieras sido varón, o si no necesitaran tanto a las hembras, porque eres mestiza y tu padre humano, o eso creían".

"Éste será mi último hijo", soltó Sasha, con voz áspera. "He tardado dos años en concebir, mis menstruaciones se están espaciando demasiado. Cuando nazca mi hijo, yo también dejaré de ser digna".

Tamera la miró horrorizada.

No se lo voy a pedir, le dijo a Jacinto. *No soporto oírlo. No quiero saberlo.*

"¡Estoy aguantando!" le espetó Jacinth al oído. Tamera tardó un momento en darse cuenta de que el Djinn debía estar hablando con Kieran. "Lo siento, Tamera".

¿Estás de broma? Yo mismo estoy aguantando a duras penas. ¿Qué dice Kieran?

"Todo el mundo está consternado. Tu Consejo Americano está trabajando frenéticamente con el Consejo Norteafricano, así como con el Alto Consejo de los Otros. Creo que se puede decir con seguridad que una... ¿cómo la llaman... una Fuerza de Tarea Conjunta? Llegará allí en el próximo día o así. Han detectado el complejo por satélite y, según Kieran, se está celebrando una reunión logística para coordinar el rescate". Hizo una pausa y continuó. "Se están encontrando hogares para estas mujeres y niños. La mitad de la comunidad de cambiaformas se está presentando voluntaria para acogerlos".

¿Así que todo lo que tenemos que hacer es esperar sentados?

"Todo lo que tenemos que hacer es esperar sentados", confirmó el Djinn.

"No todos los hombres están de acuerdo con lo que ha estado ocurriendo", dijo Sasha de repente. "Mi hijo Zuni dice que esto está mal. Cree que puede salvarme cuando me lleven. Pero yo sé que no puede. Mi siguiente hijo, Samir, tiene dieciséis años, le encantan los ordenadores y ya sueña con ir a la universidad. Le digo que debe guardarse esos pensamientos y no hablar nunca de ello. Creo que Mahmoud le vigila. Temo por él".

"Pero no pueden hacer nada para cambiar las cosas", convino Yasmeeen con tristeza. "Incluso los chicos que sobreviven a la infancia, si empiezan a expresar opiniones divergentes, simplemente desaparecen, al igual que las mujeres demasiado viejas para dar a luz".

Sasha dio una fuerte palmada. "¡Basta ya! No viviremos sentados lamentándonos de nuestro destino. Comamos y pongamos caras alegres a los niños cuando lleguen. Tal vez, Tamera, complazcas nuestras preguntas y nos cuentes historias del mundo exterior".

CAPÍTULO 27



"¿CÓMO ES QUE TODOS HABLÁIS INGLÉS?". Tamera se asombró de que hubiera tardado tanto en darse cuenta de que todos hablaban inglés, teniendo en cuenta que estaban muy adentrados en Marruecos.

"Este recinto no siempre fue así", le dijo Sasha, colocándole un plato lleno de arroz y pollo y un montón de algo granuloso, no estaba segura pero pensó que podría ser cuscús. "Fue el padre de Mahmoud quien descubrió que los cambiadores de caracal corrían peligro de extinguirse, y reunió a unos cuantos de su clan en Kenia. Se dispersaron, buscando donde hubiera caracales, por los bordes del continente africano, así como por Oriente Próximo, Irán y la India".

Yasmeen asintió con la cabeza. "Mi madre me lo contó, al principio tenía sentido para todos. Para intentar evitar la extinción de los cambiaformas caracal, y ella y otros lo aceptaron de buen grado al principio. Nadie se dio cuenta, entonces, de en qué se convertiría".

"Y cuando se daban cuenta, ya era demasiado tarde", convino Abya. "Para entonces las mujeres éramos prisioneras, y los hombres que se oponían desaparecían de la noche a la mañana. Todo esto fue antes de nuestra época, por supuesto". Hubo un murmullo de asentimiento por parte de los demás. "Esto es todo lo que la mayoría de nosotras hemos conocido, y los hombres que se opondrían, nuestros hijos a los que hemos criado, saben que no deben hacerlo. No pueden hacer nada. Pero al menos están vivos".

Ardía en ella la necesidad de dar a aquellas mujeres algún tipo de esperanza. Sabía que no podía, pero cuanto más oía, más difícil le resultaba guardarse para sí el conocimiento de cierto rescate. Hábilmente, cambió el rumbo de la conversación.

"¿Sabías que yo no sabía que era metamorfo hasta hace dos meses? De hecho, ni siquiera sabía que existiera tal cosa, ni ninguno de los Otros".

Esta estratagema tuvo un éxito rotundo, ya que los rostros inexpresivos se volvieron hacia ella, con su incredulidad patente.

"¿Cómo es posible? ¿No tenías que cambiarte?"

"Sentí la necesidad de cambiar", admitió Tamera con una mueca. "Pensé que me estaba volviendo loca, o que tenía algún tipo de episodio psicótico".

"¿Y cómo te has enterado?" La curiosidad hizo que Talya, la adolescente, saliera de su caparazón. Era más miedo que hosquedad, se había dado cuenta Tamera.

"Acababa de mudarme a Nueva York y de aceptar un nuevo trabajo, y me invitaron a una barbacoa en casa de uno de mis jefes. Resulta que dos de mis nuevos amigos eran metamorfos, y todo el mundo allí sabía lo de Otros. Sabían lo que era y habían estado intentando averiguar

cómo decírmelo. Y justo en medio de todo, de la nada, aparece este hombre, y quiero decir de la nada. Un minuto no estaba allí, y al siguiente sí. En fin, resulta que era un Djinn, y..."

"¡Un Djinn!" "¡Un demonio!"

Una mujer se persignó y otras dos hicieron el signo para alejar el mal de ojo. Parpadeó asombrada ante Abya, que había mencionado al demonio.

"¡No era un demonio!"

"Los djinn son demonios", corearon varias voces.

"Pero no lo son", objetó ella.

"Algunos podrían considerarse demonios", le indicó Jacinto suavemente al oído. "Los Djinn son como la humanidad, en el sentido de que Dios nos creó con libre albedrío. Hay Djinn buenos, igual que hay hombres buenos, y hay Djinn malos, igual que hay hombres malos. Dados los poderes mágicos que tienen los Djinn, los malos pueden equipararse fácilmente a un demonio. Así está escrito en el Corán. Pregúntales".

"Algunos de vosotros seguro que sois musulmanes. ¿Quién tiene aquí un Corán?"

Vio que Yasmeen se agitaba y levantaba la mano.

"¿No dice que los Djinn fueron creados con libre albedrío, como el hombre? ¿Y que algunos son buenos y otros malos?"

"Sí, así es". admitió Yasmeen. "Sobre todo habla de los malos, pero seguro que pueden seguir el camino de la rectitud".

Miriam tomó la palabra. "Los machos siempre nos están diciendo que los Djinn son demonios. Había olvidado que también podían ser buenos".

"Hmmm", reflexionó Jacinto en voz baja. "Marruecos es un país predominantemente musulmán, como sabes. Es posible que los hombres tuvieran miedo de que las mujeres intentaran entrar en contacto con un Djinn y solicitaran su ayuda".

Tamera transmitió esta idea a las mujeres y vio cómo sus rostros se dibujaban en líneas pensativas.

"Os lo aseguro", les dijo. "No todos los Djinn son demonios. De hecho, una de mis mejores amigas es una Djinn, y es la mejor amiga de algunos de los cambiaformas de mi comunidad, y ha ayudado al Consejo de los Cambiaformas. Es muy buena, es Portadora de Deseos y concede deseos, como en el cuento de hadas".

Hubo un murmullo de tenue excitación.

"¿Crees que podría encontrarte?" Miriam expresó la pregunta que había en cada rostro. "¿Crees que nos concedería deseos?"

"Sólo necesitaría un deseo". Layla habló por primera vez desde que habían entrado en la cocina. "Desearía sacarnos a todos de aquí, junto con nuestros hijos".

"Y antes de la semana que viene", añadió Talya, hurgando en la comida de su plato, con los hombros de la joven adolescente caídos por la desesperanza.

Tamera no podía soportarlo ni un minuto más. *¡Jacinth!*

"Lo sé, lo sé", susurró Jacinth en respuesta. "Dios mío, Kieran va a matarme. Espera, deja que me asegure de que los hombres se quedan en el otro edificio".

Un instante después, sintió el familiar zumbido de la magia, y una corriente de niebla brotó de su collar. Creció y se fusionó hasta que emergió la figura de una mujer. Era Jacinto, pero un Jacinto que nunca había visto antes. La Djinn vestía un largo caftán azul de suave lana peinada, con ricos bordados en el escote y las mangas con hilos de oro y plata. Llevaba el pelo recogido en una coleta en la parte superior de la cabeza, que fluía en una larga caída de seda color ébano que le llegaba hasta la cintura. Llevaba brazaletes de oro en las muñecas y los delicados pies

calzados con suaves zapatillas de cuero.

Se oyó un grito ahogado colectivo y Tamera se volvió rápidamente, llevándose un dedo a los labios.

"¡Shhh! Esta es mi amiga Jacinth. Está aquí para ayudar".

"Soy Djinn", anunció Jacinto, con los ojos encendidos mientras parecía vacilar entre la ira y la compasión. "No temáis. Me envía el Consejo. No por ellos", e hizo un gesto despectivo con la mano hacia el edificio de enfrente. "Sino por el Consejo de los Cambiantes. La ayuda está al llegar, pero debes tener paciencia otro día".

Sasha, la mayor, se quedó mirándola un largo rato, con la sospecha luchando contra la esperanza.

"¿Por qué iba a importarle a un Djinn lo que nos ocurra?" preguntó finalmente.

"¿Por qué? Porque esta...." Los ojos de Jacinth relampaguearon y levantó una mano para señalar todo el recinto. "¡Esto es despreciable! He vivido novecientos años y nunca he oído nada tan atroz como lo que he oído ahora".

"¿Vienen otros cambiaformas?" Era Talya, la adolescente, con el rostro iluminado por una esperanza desesperada. "¿Vienen otros cambiaformas a rescatarnos?"

"Sí. Técnicamente, los Djinn no deben participar en tu liberación; éste es un asunto de los Cambiantes. Me enviaron para reunir información y transmitírsela a mi Príncipe, que mantiene informados a los Consejos Cambiantes. Tamera es norteamericana y fue secuestrada, por lo que el Consejo Norteamericano es el que lidera el esfuerzo, aunque también participa el Consejo Norteaficano y, al parecer, un puñado de cambiantes indignados de Rumanía. No me preguntes por qué".

"¿Nos obligarán a acostarnos con alguna de ellas?" Tamera no estaba segura de quién había hecho la pregunta, pero todas las mujeres parecían contener la respiración esperando la respuesta.

"No". La respuesta de Jacinto fue firme, sin invitar a la duda. "Vienen a liberarte. Tendrás tu vida por vivir, tu elección de aparearte o no, y con quién. No debes preocuparte. Los Consejos cuidarán de ti. Y no de esta manera -dijo, con una mirada mordaz alrededor del pequeño edificio. "Ellos se encargarán de que aprendas lo que necesitas saber. Otros metamorfos te acogerán en sus casas y te ayudarán durante el periodo de adaptación".

"Y los hombres os mintieron sobre la extinción de los caracales y sobre la sangre pura", les dijo Tamera, llamando su atención. "Según me enseñaron, los genes cambiantes son... bueno, no conozco el término científico correcto, pero yo utilizaría la palabra absoluto".

"¿Dominante, tal vez?" sugirió Jacinto.

"Eso también. El caso es que, aunque mi padre hubiera sido humano, no soy medio humana. Mis genes son todos de metamorfo, porque nací metamorfo. Si hubiera nacido humana, sería toda humana, no medio cambiante. Si me hubiera apareado con una osa y hubiera tenido un oseño, el bebé sería todo oso, sin ADN de caracal... pero si hubiera tenido un caracal, el bebé sería todo caracal, sin ADN de oso".

Jacinth asintió y añadió: "Lo mismo ocurre con los Djinn. Mi Elegida es humana. Cuando tengamos bebés, serán humanos o Djinn... no mitad humanos, mitad Djinn. Nuestra mejor amiga, Katerina, es una metamorfa felina y su Elegida también es humana, y sus bebés serán humanos o metamorfos felinos. Así son los Otros".

Hubo un murmullo de asombro y un creciente enfado.

"¿Entonces nuestro linaje no se extinguiría, porque si diéramos a luz a un caracal, sería puro, sin importar el padre?"

"Sí, exactamente".

Sasha se balanceó, con la piel pálida, y Yasmeen saltó a su lado.

"Tantos hijos míos...", balbuceó entrecortadamente, con lágrimas corriendo por su rostro delineado. Yasmeen la apretó contra una silla. "Podrían haber vivido, mis bebés".

"Y el mío", dijo Yasmeen, levantando la vista mientras mantenía los brazos alrededor de la mujer mayor. "Cinco de mis hijos capturados".

"Lo que están haciendo estos hombres es una atrocidad", les dijo Jacinto. "Aunque lo que dijeran sobre la genética fuera cierto, seguiría siendo una atrocidad. No podemos traer de vuelta a los que ya no están, pero los hijos que tenéis ahora, y los que tengáis en el futuro, estarán a salvo".

"La trajeron aquí de todos modos". Con cara de poco convencida, Talya señaló a Tamera. "Fueron tras ella, le dispararon tranquilizantes y la trajeron aquí, después de que se negara a venir".

La voz de Jacinto cuando respondió era dura, y sus ojos oscuros de ira reprimida. "Te aseguro que no quedará nadie libre para ir a por ti. Los responsables de esto, los que eligieron este camino, serán castigados".

"¿Cómo sabrán la diferencia? Algunos podrían mentir, decir que fueron coaccionados. Como ese Badr", dijo Sasha con amargura. "Nadie le coaccionaba. Pero podría decir que sí, cuando este Consejo le interroga".

"Ahí es donde el Djinn puede ayudar", respondió Jacinto. Señaló la mesa, donde habían aparecido humeantes tazas de té. "Por favor, sentémonos".

"Ahora, sobre tu pregunta", dijo mientras las sillas raspaban el suelo y todos retomaban sus asientos. "Ésta es una de las razones por las que los Consejos de los Cambiantes han pedido ayuda a los Djinn. Algunos Djinn pueden leer la mente. Yo no", se apresuró a decir, con las mejillas encendidas por el humor. "Aún soy muy joven para ser un Djinn. Me refiero a los Ancianos, los que tienen miles de años. Puedo oír a Tamera, si me envía un pensamiento intencionadamente, pero sólo entonces, y eso no es lo mismo que leer su mente. Por supuesto, nuestros Ancianos no violan la intimidad personal como norma, pero en este caso será necesario saber quién participa en esto voluntariamente y quién no".

Levantó una mano, como si escuchara algo desde lejos. La observaron con total atención, la tensión en la sala era palpable. Al cabo de un momento, asintió con la cabeza y volvió a prestar atención a los presentes.

"Kieran dice que los Cambiaformas se están reuniendo en el aeropuerto de Nueva York, y esperan que el primer avión de los rescatadores despegue en la próxima hora más o menos. Llegarán a Marrakech en algún momento de la mañana. El Consejo Norteafricano está reuniendo vehículos y armas, y se reunirá con los norteamericanos... y rumanos... cuando lleguen". Miró deliberadamente a cada mujer, sosteniéndoles la mirada. "Dice que debes, absolutamente *debes*, actuar igual que siempre con los hombres. Que vean y oigan lo que esperan ver y oír. No hay problema si los chicos están en la escuela cuando llegue el rescate, pueden ser recogidos más tarde, pero debemos permanecer en este edificio y mantener a los niños aquí cerca de nosotras."

Alrededor de la mesa, las mujeres se acercaban unas a otras, cogidas de la mano, con los dedos apretados. La esperanza se mezclaba con el miedo.

"¿Quién es ese Kieran?" quiso saber Yasmeen.

Jacinto sonrió. "Es un Príncipe de los Djinn, uno de nuestros Ancianos y miembro del Alto Consejo. Le conozco de toda la vida".

"Es el primer Otro que conocí", añadió Tamera, con la esperanza de romper la tensión de la sala. "Es de quien empecé a hablarte antes. Ni siquiera sabía que existieran los Otros, ni los

metamorfos, ni nada, y él apareció de la nada. Y entonces Jacinth se le echa encima hablando de siglos, y yo pienso: ¿siglos? Creo que para entonces ya estaba hiperventilando. Entonces alguien más mencionó a un metamorfo, he olvidado quién era".

Jacinth retomó el relato con evidente fruición. "Y entonces Benny te pregunta si eres un mapache de Maine como Katerina".

"¡Ohmigosh, lo había olvidado!". Ambos rieron alegremente.

Los rostros de la mesa se mostraban divertidos.

"¿Qué es un mapache de Maine?" quiso saber Talya.

"¡Oh!" Tamera se echó a reír. "Benny sólo tiene seis años. Se refería a un Maine Coon, es una raza de gato, la mayor de los gatos domésticos. Tienen la cola anillada, porque son atigrados, les gusta el agua y usan mucho las patas, así que existe una vieja leyenda popular que dice que nacieron del apareamiento entre gatos domésticos y mapaches. La verdad es que probablemente llegaron con los vikingos, hay otra raza tan parecida que es casi imposible distinguirlos, el gato de los Bosques de Noruega".

"No sabía que los metamorfos pudieran ser gatos domésticos", comentó Sasha. "Creía que sólo los animales salvajes eran metamorfos".

Tamera miró a Jacinth, que le devolvió la mirada. El Djinn se encogió de hombros. "Ahora que lo dices, nunca he oído hablar de otros gatos domésticos metamorfos, sólo de los mapaches de Maine. Son gatos bastante grandes... los machos pueden ser casi tan grandes como un caracal hembra".

"Mi Elegido es un Maine Coon", admitió Tamera, añorando la presencia reconfortante de Kester en aquel momento, sus brazos alrededor de ella. "Es más pequeño que yo, pero no mucho. Nuestra amiga Katerina es su hermana. Su abuela es una guardiana regional del Consejo de los Cambiantes".

Sasha frunció el ceño. "Sí, sobre eso. ¿Qué son esos Consejos de los que has estado hablando?"

Jacinth miró fijamente a Sasha y luego a las otras mujeres alrededor de la mesa. Sus ojos empezaron a brillar con una mezcla de indignación y furia creciente, y su pecho se hinchó.

"¿Quieres decir que ni siquiera te han enseñado sobre los Consejos?"

Tamera miró a su amigo Djinn. "Eso explica por qué mi madre no acudió al Consejo en busca de ayuda, una vez que había escapado y estaba a salvo en América. No lo sabía". Suspiró y señaló a Jacinth. "Explícame tú lo de los Consejos. Soy tan nueva en todo esto que podrías explicármelo mejor que yo".

Escuchó las explicaciones de Jacinth, que respondía a las preguntas de las mujeres. Sus pensamientos iban a la deriva, preocupada por el día siguiente y el intento de rescate. Volvió al presente sobresaltada cuando la mano de Jacinth tocó la suya.

"Creo que deberíamos irnos todos a la cama", dijo Jacinth. "Intentad dormir bien".

"¿Estás de broma?" La adolescente, Talya, la miró fijamente. "Es imposible que pueda dormir".

Tamera vio acuerdo en las expresiones de preocupación de la mesa. Había esperanza, sí, pero también miedo. Habían vivido tanto tiempo sometidos que no podían comprender que aquello llegara a su fin, ni cómo serían sus vidas una vez libres de aquí.

"Puede que nos tengan prisioneros y no nos permitan estar en contacto con nadie del exterior", dijo Yasmeen. Señaló con un gesto de la barbilla la espaciosa habitación con su televisor de pantalla grande. "Pero se nos permite ver la televisión, películas. Conocemos los peligros de una situación así. ¿Y si los hombres de aquí nos utilizan como rehenes y obligan a los

rescatadores a marcharse amenazando con hacernos daño a nosotras o a los niños?".

La sonrisa de Jacinto era brillante y sus ojos brillaban de placer. "Ésa es una de las razones por las que me enviaron aquí con Tamera. Evitaré que algo así ocurra. También por eso Kieran nos ha ordenado que permanezcamos aquí, en este edificio, y mantengamos a los niños cerca. Cuando los hombres vengan a arrastraros fuera para utilizaros como escudos... lo que con toda seguridad intentarán hacer... se encontrarán con que no pueden abrir la puerta. Los barrotes que ponen en las ventanas para manteneros dentro, también les mantendrán a ellos fuera".

"Pero..."

Jacinto se puso en pie, con voz repentinamente severa. "Pero nada".

Parecía algo más alta, su piel desprendía un brillo incandescente, como si estuviera iluminada desde dentro por una vela. Extrañamente, pequeñas llamas azules parecían parpadear a su alrededor, a lo largo de sus brazos y lamiéndole la frente.

"Soy Djinn". Su voz resonó en la habitación repentinamente inmóvil. "Estos hombres quieren hacerte creer que los Djinn son demonios, malvados. Pero son ellos los que son malvados, y temen a los Djinn como yo, porque lo que yo decida hacer, ninguno de ellos puede impedírmelo. Sólo estoy sujeto a mis propias leyes y a las leyes de todos los Otros... leyes que estos mismos hombres no sólo han quebrantado, sino que han ignorado descaradamente".

Su mirada pasó de un rostro a otro y pareció suavizarse.

"Me enviaron para protegerte, y lo haré. Soy Djinn. Si quisiera, podría sacarte de aquí, a ti y a tus hijos, y colocarte en el hogar de mis Elegidos, antes de que pudieras parpadear. En este mismo instante podría hacerlo, ¿comprendes?".

Ante los asentimientos de las mujeres, hechizadas por sus palabras, continuó.

"No lo he hecho, porque los Consejos Cambiaformas desean que los Cambiaformas rescaten a los suyos. Lo cual es comprensible y la forma correcta de proceder. Pero tampoco están dispuestos a correr ningún riesgo contigo ni con tus hijos. No hay razón para pensar que vaya a ser necesario, pero si las cosas van mal, puedo apartarte del conflicto y *lo haré en menos que canta un gallo*".

CAPÍTULO 28



EL RUIDO DE UNOS gritos la despertó, y Tamera se sentó en la cama, alarmada. No había ventanas en su habitación -ni siquiera una con barrotes-, ya que estaba situada contra la pared exterior del recinto, pero el reloj que había junto a la cama marcaba las 6 de la mañana. Aún no había amanecido. Encendió la luz, saltó de la cama y se puso la ropa.

Salió de su dormitorio al vestíbulo justo cuando se abrían otras puertas, mujeres asustadas y niños con ojos soñolientos que se asomaban, algunos tímidamente, otros ya vestidos como ella. Al avanzar por el pasillo hasta la habitación principal, vio a Jacinth acurrucada a sus anchas en un cómodo sillón, con una taza de té en la mano, con un aspecto sorprendentemente despierto y alegre.

"Parece que nuestro grupo de rescate ha llegado antes de lo esperado", gritó, haciéndoles un gesto con la mano. "Salid y esperemos todos juntos. Tengo café y té preparados en la cocina".

La sala se llenó de mujeres y niños, desde la hija de un año de Sasha hasta su hijo de doce. El miedo y la aprensión de la sala parecían trasladarse a los niños. La adolescente Talya, sin embargo, cruzó la sala hacia Jacinto como el metal hacia un imán, sentándose tan cerca del Djinn como pudo.

"Ojalá supiéramos lo que está pasando", se inquietó Abya, sosteniendo en brazos a un niño pequeño dormido, mientras otros dos pequeños se aferraban nerviosos a sus largas faldas.

"¡Oh!" Jacinth parecía como si le hubieran dado un regalo de Navidad anticipado. "Es una buena idea", dijo entusiasmada.

Sin previo aviso, el televisor de pantalla grande situado en el centro de la pared cobró vida. Mostraba la parte delantera del recinto iluminada por enormes luces brillantes montadas sobre ruedas, del tipo utilizado en la construcción nocturna en las autopistas. Había camiones y jeeps parados al azar en la entrada, con sus luces reflejándose en el sólido muro y la doble verja de entrada. Había hombres armados preparados junto a los vehículos, mientras un grupo más pequeño discutía acaloradamente con Mahmoud y otros hombres del recinto.

La televisión no emitía ningún sonido, y Jacinto dejó que su mirada se desviara hacia los niños.

"Pensé que era mejor no poder oír", explicó con voz suave. "No es que no sepamos lo que pasa, en general".

En ese momento, la puerta exterior del patio emitió un traqueteo metálico, como si estuvieran probando un cerrojo. Jacinto sonrió, con cara de satisfacción.

"Justo a tiempo".

Hizo un gesto hacia el televisor, y la pantalla se dividió en cuatro partes, mostrando la parte delantera, derecha e izquierda del recinto en diferentes ventanas, y una ventana que mostraba la puerta del patio del edificio donde vivían las mujeres. Allí había un hombre que tiraba infructuosamente de la puerta, mientras otro le arengaba. El segundo hombre apartó al primero con impaciencia y agarró él mismo la manilla de la puerta, tirando bruscamente de ella sin éxito.

La tensión de la sala se desvaneció casi palpablemente, y las mujeres empezaron a sonreír al darse cuenta de que los hombres no podían entrar.

"Mamá, ¿qué está pasando?" quiso saber Ahmed, el hijo mayor de Sasha.

"Nos vamos de viaje", respondió Sasha con sencillez pero sinceridad, ante el profundo agradecimiento de Tamera. "Los visitantes nos llevarán a su hermoso país, con bonitas casas, y verdes colinas y bosques por los que correr".

Una niña mayor, que parecía tener ocho o nueve años, estudió la pantalla del televisor. "Me parece que están discutiendo".

"Hay cierto desacuerdo", dijo Sasha con admirable sangre fría. "Pero llegarán a un acuerdo y entonces nos iremos".

Fuera, en el patio, el primer hombre se había marchado y ahora regresaba con una palanca, entregándosela al que seguía trabajando en la puerta. El otro hombre gritó algo y se volvió hacia la primera de las ventanas enrejadas.

"Oh, sí", canturreó Jacinto mientras el hombre observaba la ventana. "Vamos, hazlo. Sabes que quieres hacerlo".

"Quizá deberíamos comer palomitas", observó secamente Tamera.

Jacinto le dirigió un guiño y volvió a prestar atención a la escena que se desarrollaba. Captada su atención, todos los ojos se clavaron en la pantalla que mostraba el patio. El hombre que empuñaba la palanca gritó de repente, dejándola caer como si estuviera ardiendo, lo que al parecer no estaba tan lejos de la realidad, ya que se había vuelto de un rojo incandescente y fundido. Simultáneamente, el otro hombre alargó las manos para agarrar los barrotes de la ventana con ambas manos, y luego gritó cuando salieron chispas del metal. Apartó las manos de un tirón, cayendo al suelo, y su cuerpo parecía sufrir algún tipo de convulsión.

"Electricidad", dijo Jacinto con satisfacción. Estaba disfrutando demasiado, y Tamera le lanzó una mirada. La Djinn se limitó a devolverle la sonrisa.

"Se supone que tengo que asegurarme de que no entre nadie", dijo, con los ojos muy abiertos y cándidos. "Funciona, ¿verdad?".

"¡Oh!" Sasha lanzó un grito y se puso en pie, apuntando con una mano. Todos observaron cómo un joven salía de la casa principal, con un rifle en las manos. Se lo puso al hombro y dio lo que parecía una orden a los dos que habían intentado entrar en la casa de las mujeres. El primer hombre levantó las manos, y pudieron ver las ampollas rojas y de aspecto desagradable de donde había sujetado la palanca.

"Ése es mi Zuni", susurró Sasha, con los ojos muy abiertos por el asombro y el orgullo. "¡Y mira! Mi Samir!"

Un adolescente, también armado, entró en el patio, apoyando a su hermano. Juntos obligaron a los dos hombres a volver al interior del edificio principal. Sasha lloró de alegría.

"Sabía... Sabía que seguían siendo verdaderos".

"¡Mira ahí!" Talya se puso en pie de un salto y señaló la pantalla superior. En la parte delantera del recinto, los rescatadores se cubrían tras pesados escudos del tipo que Tamera había visto en programas de televisión, pero nunca en la vida real. Otros permanecían detrás de los vehículos, intercambiando disparos con los hombres del complejo que se habían retirado al

edificio principal.

"¡Sasha!" Jacinth miró bruscamente a su alrededor. "He desbloqueado la puerta de este edificio. Trae a tus hijos aquí antes de que los otros hombres tengan la oportunidad de ir a por ellos y tomar represalias. Rápido, rápido!"

Sasha voló hacia la puerta, gritando. Los dos hombres... aunque el más joven apenas era más que un niño, según vio Tamera... atravesaron la entrada, rodeando a su madre con los brazos. Uno de ellos cerró la puerta de golpe, y todos oyeron claramente el chasquido de un cerrojo cuando la djinn accionó la cerradura que había ideado. Y justo a tiempo. Se oyeron gritos de alarma cuando la puerta del edificio principal se abrió de golpe y media docena de hombres armados entraron en tropel en el patio.

Jacinto bostezó. "No te preocupes. No hay más sorpresas, esto será más de lo mismo que ya has visto. Tómate un té y siéntate", aconsejó.

"¡Mira!" Layla señaló al televisor y se llevó las manos a la boca. Todas las miradas volaron hacia el televisor cuando uno de los hombres levantó una ametralladora y disparó contra la puerta de su edificio, que las mujeres observaban con los ojos muy abiertos. Podían oír los gritos de consternación del exterior cuando la ráfaga de balas rebotó en la puerta y los hombres cayeron al suelo. Los maldiciones llenaron el aire y la ametralladora dejó de disparar.

"¡Ametralladoras!" Talya se quedó mirando la televisión, con los ojos muy abiertos. "¿De dónde demonios han sacado ametralladoras?"

"Lenguaje". regañó Sasha a la chica. Miró a Tamera. "Siempre estaban preparados para un asedio", explicó. "Tienen una habitación en el sótano llena de armas. Quizá siempre esperaron algo así".

"Esto es mejor que la telerrealidad", dijo Jacinth, apoyando los pies en una otomana. Un bol de palomitas apareció en su regazo.

Tamera la miró con el ceño fruncido. "Te estás divirtiendo demasiado. No es una fiesta, ¿sabes?"

Zuni y Samir parecían desconcertados. El mayor se volvió hacia su madre: "¿Qué está pasando aquí?"

Su madre les cogió de las manos y les llevó hasta donde estaba sentada Jacinto. "Ésta es Jacinto. Es una Djinn, la enviaron para protegernos mientras la gente de fuera -otros Cambiantes- se reunía para liberarnos de aquí. Todos juntos tendremos una nueva vida en una nueva tierra. Jacinth, Tamera, estos son mis hijos, Zuni y Samir".

El adolescente, Samir, miró a Talya, que seguía instalada junto al Djinn. "Estarás a salvo".

El rostro de la muchacha estaba teñido de rubor, pero asintió temblorosamente. "Sí".

"*Il-hamdulillah*", exhaló con fervor.

Mirando de uno a otro, Tamera pensó en el joven... chico, en realidad, no mucho mayor de dieciséis años. Había un vínculo. Era imposible saber si duraría hasta la edad adulta, pero al menos ahora tendrían la oportunidad de averiguarlo.

"No sabíamos lo que estaba pasando", contó Zuni a su madre. "Nos mantenían a los más jóvenes en la parte de atrás, para que no pudiéramos oír lo que decían los otros que venían. Entonces Mahmoud dijo a M'buto y a Nabil que fueran a buscar a las mujeres, que las sacaran con las manos atadas, y sabíamos que no podíamos permitirlo, así que nos colamos en el sótano a por armas."

"Parece que se ha acabado", Jacinth volvió a dirigir su atención a la pantalla de televisión. Efectivamente, los hombres del recinto estaban de rodillas, con las manos detrás de la cabeza, un grupo de rescatadores los sujetaba a punta de pistola mientras otros los ataban. A otros los

sacaban del edificio principal.

Varias personas armadas con equipo táctico irrumpieron en el patio. Uno de ellos se quitó el casco, dejando al descubierto una espesa cabellera desgreñada de pelo dorado mojado por el sol. Tamera se puso en pie de un salto y corrió hacia la puerta. Oyó que el cerrojo retrocedía al llegar a ella y abrió la puerta de un tirón.

"¡Kester!"

La cogió entre sus brazos, estrechándola contra él. Al cabo de un minuto, se apartó y sus ojos dorados escrutaron su rostro.

"¿Estás bien? No paraban de decirme que estabas bien, pero yo estaba muy preocupada".

Tamera sonrió. "Sí, estoy bien. Habría estado aterrorizada si no hubiera sido por Jacinth, pero estuvo conmigo en todo momento". Su sonrisa se desvaneció y la rabia apareció en su voz. "Lo que realmente estoy es cabreada. En serio, muy cabreada".

Le acarició ligeramente la mejilla y ella se inclinó hacia su mano. "Tengo una hermana", susurró. "Ha estado prisionera aquí toda su vida, y yo nunca lo supe. Ni siquiera culpa a nuestra madre por escapar y dejarla atrás. No puedo ni imaginarlo..."

"¡Vaya! ¿En serio? ¿Una hermana?" La sacudió suavemente. "Céntrate en lo positivo, Tamera. Tienes una hermana. Una familia".

"Sí. Parpadeó para ahuyentar las lágrimas que habían brotado. "Sí, quiero. Entra y conoce a todo el mundo".

"¡Kieran!"

Tamera se volvió para ver a Jacinth en la puerta, con los ojos fijos en el imponente Djinn que había aparecido detrás de Kester. Con un sollozo, Jacinth cruzó el patio a la carrera, lanzándose contra él. El Príncipe Djinn pareció sorprendido, dudando un instante antes de abrazarla.

"Mataron a los bebés", lloró, su esbelto cuerpo temblaba. "Mataron a tantos bebés, Kieran. Y a las madres... cuando se hicieron demasiado viejas para tener hijos, también las mataron".

Atónita, Tamera sintió que se le caía la mandíbula mientras los miraba un momento antes de caer en la cuenta. Todo lo de aquella mañana... la comida y las bebidas calientes, las pantallas de televisión, las palomitas... había sido una actuación. Un magnífico y desinteresado trabajo de actuación para mantener a todos tranquilos durante lo que, de otro modo, habría sido una prueba aterradora.

"¿Asesinada?" Uno de los rescatadores que estaba lo bastante cerca como para oírlo levantó una mano para quitarse el casco protector, y Tamera vio el rostro de Larissa, la concejala de su región. "¿Asesinada?" Repitió la palabra como si nunca la hubiera oído.

"Nuestros hijos", la voz de Sasha llegó desde detrás de ella, amarga y furiosa. "A los que no consideraban dignos de criar, los llevó al desierto y los dejó morir al sol".

Temblando de rabia, Sasha se acercó a Mahmoud, de pie entre dos de los rescatadores, con los brazos atados a la espalda. "Has matado a mis hijos. A siete. Siete hijos, muertos por tu culpa".

Larissa se volvió lentamente para mirar al hombre. "¿Has matado a niños cambiaformas?"

El rostro de Mahmoud se retorció de rabia. "¡No eran dignos! No teníamos suficientes mujeres para la reproducción, y no podíamos dejar que los hombres crecieran para aparearse con forasteros. Teníamos que elegir sólo a los más dignos para continuar la línea".

Talya dio un paso adelante, su mano alcanzó la de Jacinto y la agarró con fuerza. "Se llevaron a mi madre. Mataron a mis hermanos antes de que yo naciera, y cuando no pudo tener otro hijo después de mí, se la llevaron. Nunca volvimos a verla".

"Y mi madre", asintió Abya.

"Y la mía".

"Y la mía".

"Y la mía.

"Y mis hijos".

El coro de asentimiento aumentó a medida que las mujeres se reunían a su alrededor. Los niños más pequeños lloraban, confusos; los que tenían edad suficiente para ser conscientes de la pérdida de sus hermanos también alzaban la voz para que se les oyera.

"¿Qué nos pasará ahora?" Era Sasha, abrazando a su hija pequeña y rodeando a sus hijos.

Se llevaban a los hombres cambiaformas caracal, fuertemente atados.

"Serán juzgados ante el Consejo de los Cambiantes", dijo Larissa, asintiendo tras ellos. "En cuanto a las mujeres y los niños, y a vosotros dos jóvenes, los distintos consejos regionales han reunido algunas opciones para vosotros. Primero, iremos todos a Casablanca. El Consejo Norteafricano tiene allí una mezquita con zonas separadas para las mujeres, y un parque infantil y una escuela para los niños. Os quedaréis allí mientras arreglamos las cosas, decidimos adónde queréis ir, qué queréis hacer. Tenemos gente en varios gobiernos para conseguir el papeleo necesario... certificados de nacimiento, pasaportes. Los que queráis venir a América recibiréis tarjetas verdes".

"¿Podría ir a la universidad?" preguntó Samir, con los ojos llenos de esperanza.

"Toda su vida ha querido ser arquitecto", les dijo Sasha. "Ni siquiera podía permitir que me lo pidiera, por miedo...".

"Lo sé, maman. Pero si ahora somos libres, quizá por fin sea posible".

La mano de Talya se aferró firmemente a la de Jacinto. "Quiero quedarme contigo". Afirmó la adolescente.

Jacinto miró al adolescente, sobresaltado. "¿Conmigo? Pero..."

"No tengo familia. Se llevaron a todos". El rostro de la niña, tan joven, mostraba todas sus expresiones... tristeza, rabia, soledad. Vulnerabilidad. "Excepto mi padre, que era uno de ellos". Su barbilla señaló la puerta donde se habían llevado a los hombres. "Y él no es mi familia. No quiero tener nada que ver con él".

"Oh, cariño".

Los ojos de Jacinth, bañados en lágrimas, se encontraron con los de Tamera. Tamera sintió que su corazón se derretía. ¿Cómo podría ninguna de las dos rechazar a aquella chica? Para alivio de Tamera... y probablemente de Jacinth... Larissa intervino bruscamente.

"Ya habrá tiempo para tomar esas decisiones. Tardaremos unos días en conseguir el papeleo para que nadie vaya a ninguna parte. Ahora mismo, tenemos que marcharnos. Me han dicho que hay dos o tres hombres que no estaban aquí esta mañana, y prefiero que saquemos de aquí a las mujeres y los niños antes de que regresen. Dos equipos se quedarán aquí, uno para revisar todos los papeles y archivos que hay, y otro para montar guardia."

Sonrió tranquilizadora a las mujeres. "Hemos traído equipaje para ti. Entrad ahora y recoged las pertenencias que deseáis llevaros. Todo lo demás os será proporcionado".

CAPÍTULO 29



LA MEZQUITA DE las afueras de Casablanca era un edificio hermoso y elegante, con los arcos de herradura y los coloridos azulejos vidriados por los que era famoso Marruecos. Un patio cerrado en la parte delantera albergaba una bonita fuente tintineante. Un gran arco conducía, presumiblemente, a la mezquita propiamente dicha. A la izquierda del patio, un arco más pequeño sostenía unas puertas de madera bellamente tallada. Éstas se abrieron justo cuando el patio empezaba a llenarse, y salió una mujer despampanante.

Tamera se detuvo bruscamente, incapaz de dejar de mirar. La mujer era alta, con largas y ondulantes ondas de pelo rojo oscuro que le caían hasta la cintura. Unos brillantes ojos verdes, rasgados como los de un gato, se veían realzados por unas curvadas pestañas negras. Su magnífico colorido se realzaba con un vestido largo de algodón negro, de corte sencillo y bordado con brillantes motivos en punto de cruz.

Se sorprendió al oír una exclamación de sorpresa detrás de ella. Jacinto corrió hacia delante, abrazando a la mujer.

"¡Madre!"

"*Salaam*, querida". Se abrazaron, luego la mujer Djinn apartó a Jacinto de ella, los ojos verdes se entrecerraron en el rostro de Jacinto, su expresión preocupada. "No podía mantenerme alejada, tenía que venir a ver lo que ocurría por mí misma. Nunca había visto a Kieran tan enfadado en todos mis siglos".

"Y con razón", respondió Jacinto, con sus propios ojos brillando furiosos. "No habría pensado... Bueno, ya te enterarás. Madre, ésta es Tamera, ya te he hablado de ella. Tamera, mi madre, Zahra".

El rostro de la mujer se iluminó con una sonrisa de satisfacción, y Tamera se encontró con las manos cogidas en un cálido apretón y las mejillas ligeramente besadas. "Encantada de conocerte".

Tamera se dio cuenta de que Talya estaba de pie a cierta distancia, mirando fijamente de Jacinto a Zahra con asombro en sus ojos marrones. Jacinto se volvió, tendió la mano a la adolescente y tiró de ella hacia delante.

"Y ésta es Talya".

"Ella nos rescató", dijo Talya sin rodeos, con los dedos agarrados a los de Jacinth como a un salvavidas. "Iba a ser apareada la semana que viene, y ella me salvó".

"¡Pero si no eres más que una niña!", exclamó Zahra, observando a la esbelta muchacha con consternación.

Los hombros de Talya se encogieron de hombros. "Cumpló catorce años la semana que viene. Una vez cumplidos los catorce, debemos ser criados". Hablaba con una franqueza extrañamente desvergonzada, que en sí misma era un indicio de la situación en el recinto, y Tamera sintió que la ira volvía a invadirla al recordárselo.

Jacinth miraba perpleja a su alrededor. "¿Dónde está Kieran? Con lo enfadado que estaba cuando hablé con él en ese recinto, habría pensado que estaría aquí".

La expresión de Zahra era irónica. "Precisamente por eso no está aquí. Con todo lo que han pasado estas mujeres, pensé que un Anciano Djinn en plena cólera no sería en absoluto lo que se necesitaba. Estarían aterrorizadas de él... y todos los demás también. Así que le envié fuera".

Su mirada esmeralda se posó en el rostro de Tamera, y una leve sonrisa curvó sus labios. "Jacinto es extrañamente plácido, para ser un Djinn. Tendemos a ser... temperamentales".

¿"Énfasis en el temperamento o en lo mental"? se burló Jacinto, riendo.

"¡Oh, tú!" respondió su madre con una mirada centelleante.

"Voy a quedarme con ella", dijo Talya desafiante, con la cabeza levantada como si se atreviera a negarlo.

Zahra levantó las cejas y miró a su hija. Jacinth se limitó a encogerse de hombros, moviendo las manos en un gesto de impotencia. *¿Qué voy a hacer?* exclamó en silencio.

Zahra le sacudió la cabeza y pasó junto a ellos, saludando al grupo de mujeres y niños que se había reunido junto a la fuente.

"*Marhabban*, bienvenido", les dijo. Con una mano hizo un elegante gesto hacia la puerta que había detrás de ella. "Pasad. Tenemos desayuno para todos. Comida y consuelo antes de los negocios".

"Hablas como una verdadera Djinn", sonó la voz de Katerina desde la puerta, y Tamera corrió hacia ella.

"¡Katerina!"

Katerina sonrió y la abrazó. "Kester también está aquí, lo tienen inflando colchones eléctricos dentro. No pensarías que no vendríamos a ayudarte a rescatarte, ¿verdad?"

Tamera se rió de ella. "¡Ya he visto a Kester, tonta! Pero te habría esperado en primera fila allí en el recinto!"

Con el rostro enfurruñado, Katerina frunció el ceño. "Pues yo lo habría sido. Por desgracia, había que saber distinguir un extremo del arma del otro, y no lo conseguí".

Cogió a Tamera de la mano y la arrastró hacia el interior del edificio. "Vamos, tómate un té. Tenemos aquí un montaje enorme, con la presencia de dos Consejos completos y contingentes de otros lugares. Esto va a ser muy interesante".

Atravesaron la pequeña puerta y Tamera se detuvo, parpadeando mientras sus ojos se adaptaban a la repentina penumbra tras el brillante resplandor de la luz matinal. Se encontró atrapada en un fuerte abrazo, y sus labios reclamados en un beso feroz, casi desesperado.

Se oyó una risita detrás de ella.

"Esto es una mezquita. No creo que debas hacer eso aquí". Era la voz de Jacinto.

Kester levantó la cabeza, aunque sus brazos permanecieron alrededor de ella, estrechándola.

"Mierda. Se me había olvidado".

"Tampoco debes decir eso en una mezquita", le reprendió Tamera. "Ni delante de los niños".

Él se rió, y ella se volvió, haciendo una seña a Layla, que se había quedado atrás insegura.

"Kester, ésta es mi hermana", dijo orgullosa, rodeándola con el brazo. "Layla, éste es mi Elegido, Kester. Su hermana es Katerina, a la que conociste fuera".

"¡A quién!" gritó Katerina, y Tamera puso los ojos en blanco.

Kester esbozó una amplia sonrisa. "Bienvenida a la familia, Layla. Mi abuela está por aquí, querrá conocerte. Mi madre habría venido, pero es la Ayudante del Alcaide, y nada iba a impedir que YiaYia viniera aquí a Marruecos, así que mamá tuvo que quedarse para vigilar las cosas".

Tiró de los dos hacia la gran sala. Estaba llena de gente, todos corriendo de aquí para allá.

Giró la cabeza, con Tamera aún cerca, y habló por encima del hombro a los que acababan de entrar en la sala. "¡Vamos, es hora de comer!"

Tras unos cinco minutos de confusión y actividad, las cosas se calmaron y todos... rescatados y rescatadores... se sentaron en varias mesas largas. Los niños hurgaban alegremente en sus desayunos, pero las mujeres del recinto estaban visiblemente inquietas, mirando de una cara a otra mientras jugueteaban con la comida que tenían delante.

En total, pensó Tamera, haciendo recuento mental, había diez mujeres rescatadas, incluidas ella misma y la adolescente Talya, así como los dos hijos de Sasha y otro joven que había estado ayudando a los rescatadores en el patio, y siete niños, cuatro de ellos niñas, además de dos bebés. De las mujeres, sólo Talya, instalada entre Jacinth y Zahra, parecía feliz.

Era demasiado para ellos, se dio cuenta Tamera. Había demasiada gente, demasiada buena voluntad. Susurró el pensamiento a Jacinth, ya que aún llevaba el collar encantado. Vio cómo los grandes ojos marrones parpadeaban, mirando a su alrededor, y luego una silenciosa inclinación de cabeza de la Djinn.

Un momento después, la mayoría de los rescatadores se levantaron de la mesa, excusándose para ir a ayudar a preparar los dormitorios, al parecer en otra habitación.

Después del desayuno, apartaron las mesas y llevaron a los niños al patio exterior, bajo la supervisión de Samir, el hijo de dieciséis años de Sasha, y una niña de doce, hija de una mujer callada llamada Adina, que había hablado poco durante todo aquello. Las madres, junto con Zuni y Talya, se sentaron alrededor de una de las mesas con varios miembros de los Consejos de Cambiantes. Tamera reconoció a dos de los miembros del Consejo Americano, pero los demás le eran desconocidos.

La discusión tuvo un comienzo lento. Larissa parecía ser la portavoz designada. Miró un montón de papeles que tenía sobre la mesa.

"Bueno, parece que los hombres llevaban un registro de todos los nacimientos, pero no hay certificados de nacimiento oficiales. Eso es lo primero que tendremos que solucionar, y una vez que los tengamos podremos seguir adelante con los pasaportes y los visados. Sin embargo, no debes preocuparte por eso. Nosotros nos ocuparemos de eso. Lo que necesitamos de ti es saber adónde deseas ir". Sonrió, parecía complacida. "Puedes elegir prácticamente cualquier lugar que desees. Todos los consejos de cambiaformas de todos los países se han ofrecido a acogerte".

Se hizo el silencio mientras las mujeres del recinto se miraban unas a otras. No estaban acostumbradas a tener elección, Tamera tuvo un destello de comprensión. Llevaban toda la vida acostumbradas a que les dijeran lo que tenían que hacer. Ahora, ante una elección, estaban perdidas.

Al parecer, Larissa llegó a la misma conclusión, pues preguntó suavemente: "¿Queréis quedaros todos juntos?"

"Quiero quedarme con mis hijos", respondió Sasha sin vacilar. Otras madres se sumaron, un coro de asentimiento.

La sonrisa de Larissa era comprensiva. "Ni que decir tiene", les tranquilizó.

Abya y Miriam intercambiaron miradas esperanzadas. "Somos hermanas", reveló Miriam. "¿Podríamos quedarnos juntas?"

"Por supuesto. ¿Deseáis quedaros aquí, en Marruecos? ¿O a América o a Inglaterra, ya que

todos habláis inglés tan bien? ¿A Europa?"

Se hizo un silencio incómodo y Tamera notó que lanzaban miradas dubitativas hacia el líder del Consejo Norteafricano, que les habían presentado como Bandar.

Finalmente fue Sasha quien habló.

"Ninguno de nosotros quiere quedarse en Marruecos. Cada vez que veo el desierto, pienso en mis hijos, abandonados en las arenas ardientes para que mueran bajo el sol. Si no vuelvo a ver el desierto en mi vida, será demasiado pronto".

"Y yo".

"Y yo".

A su lado, Layla permanecía en silencio. "¿Layla?" preguntó Larissa con suavidad.

Layla lanzó una tímida mirada a Tamera.

"Quiero estar contigo, Tamera. No tengo otra familia. Se llevaron a mis hijos a la muerte y no tengo a nadie. He pensado en ti a menudo durante estos años, preguntándome dónde estabas, cómo era tu vida. Me alegré de que fueras libre, y ahora yo también lo soy, y me alegro". Su expresión era agónica. "Pero no sé cómo viviré, qué haré, y sin embargo no deseo ser una carga".

Con el corazón encogido, Tamera miró a Kester. Él la saludó con una leve inclinación de cabeza, moviendo la mano para cubrir la suya sobre la mesa.

"Claro que vienes con nosotros", le dijo a Layla. "Eres de la familia".

"Y yo también estaré cerca", le dijo Talya desde el otro lado de la mesa, con la mirada desafiando a cualquiera a objetar. "Jacinth es la mejor amiga de Katerina y Tamera, así que nos veremos todo el tiempo. Podemos aprender a ser libres juntas".

Kester, a su lado, parecía estar conteniendo la risa. Controlándose por fin, se inclinó hacia Tamera.

"¿Lo sabe Douglas?" le susurró suavemente al oído.

Mordiendo su propia sonrisa, negó con la cabeza.

"¿Qué hago?" le preguntó Jacinth un poco más tarde, parecía desesperada mientras acorralaba a Tamera en un lugar tranquilo. "No es que no la quiera, ¡la quiero! Quiero aferrarme a ella, y abrazarla fuerte, y prometerle que nunca nadie le hará daño ni la obligará a hacer nada que no quiera. Pero no depende sólo de mí, Douglas también tiene algo que decir en esto. No puedo llegar a casa con una adolescente abandonada, como si Douglas trajera a casa un gatito para los niños".

Tamera arrugó la nariz, pensativa. Comprendía el dilema de Jacinto.

"Creo que Douglas tiene que venir aquí y verlo por sí mismo", dijo. "No basta con decírselo. Tiene que ver a Talya, tiene que oír de las otras mujeres por lo que han pasado. Creo que estará de acuerdo, pero tienes razón, tiene que ser una decisión mutua".

Al ver a Zahra al otro lado de la habitación, Jacinth hizo un gesto a su madre para que se uniera a ellas. En pocas palabras, le explicó su dilema. Zahra asintió y palmeó el brazo de su hija.

"Tienes razón, querida. Douglas debería estar aquí, él también tiene algo que ver en esto. Creo que Arthur está ahora en tu casa, leyendo con el pequeño Benny. Ve a hablar con Douglas y pregúntale si Arthur se quedará a vigilar a los niños un par de horas si Douglas acepta venir".

Al ver que la mirada de Jacinto seguía a Talya, su madre se echó a reír.

"No te preocupes, yo cuidaré de tu nido mientras estés fuera".

Tamera rió alegremente ante la expresión de Jacinto, y entonces el Djinn desapareció con un breve destello de electricidad que surcó el aire.

"Larissa, ¿me permites?" Un caballero mayor, europeo del este por su acento, miró a la mujer del Consejo en busca de permiso.

"Sí, adelante, Alexandru".

El hombre miró a las mujeres un poco escrutador. "Soy el Guardián de la región de los Cárpatos de Europa Oriental, que abarca Rumanía, Ucrania, Polonia, Eslovaquia y la República Checa. Estoy aquí a petición de un cambio de formas caracas de mi distrito, Stefan Grigorescu. Su hija de dieciséis años, Sofía, desapareció hace casi dos décadas. La dieron por muerta hace mucho tiempo, pero cuando nos enteramos, fue imposible no albergar la esperanza de que aún pudiera estar viva, aquí, en este recinto. Stefan habría venido en persona, pero está en el hospital con una pierna rota por un accidente de coche".

"Los hombres no anotaron dónde se encontraban las mujeres que obtuvieron, ni sus nombres", dijo Larissa, pasando las páginas de la carpeta de archivos con disgusto. "Simplemente aparecían en los registros de la nada, sin ninguna explicación".

"No conocemos a nadie que se llame Sofía", aventuró Layla, y otras mujeres de la mesa asintieron. "Sólo tendría unos treinta años, así que no era lo bastante mayor para que la mataran".

"A menos que muriera al dar a luz", dijo Layla con amargura. "Eso pasaba siempre".

Alexandru suspiró un poco y, quitándose las gafas, las lustró en la manga antes de volver a colocárselas. "

"¿Tienes una descripción de ella?" preguntó una de las mujeres... Tamera pensó que era Miriam, pero no podía estar segura...

"Ah, sí. Tenía el pelo largo y negro y los ojos marrones -respondió Alexandru, haciendo una mueca-.

Las risitas barrieron la mesa, mientras las mujeres se miraban... todas ellas con el pelo negro y los ojos castaños, excepto Tamera y Layla.

Suspiró y se puso en pie. "Comprendo que éste es un momento difícil y abrumador para ti. Pero te ruego que intentes recordar durante los próximos días. Cualquier información será bienvenida. Estaré aquí varios días, y Larissa tiene mi información de contacto, por supuesto. Además, los metamorfos de los Cárpatos deseamos ofrecer refugio a cualquiera de vosotros que quiera acudir a nosotros."

Hizo una reverencia a la antigua y se levantó de la mesa.

"Rumanía suena interesante", dijo Abya. "Creo que tendrían muchos bosques y zonas salvajes por las que correr".

"Siempre quise ir a Egipto y ver las Grandes Pirámides y la Esfinge", añadió su hermana Miriam".

"Ah, sí, esos también".

Larissa levantó una mano. "Deberíamos retomar el camino. En cuanto a dónde decidáis ir finalmente, os proporcionaremos información sobre cualquier país o región que os interese. Mientras tanto, esto es a grandes rasgos lo que tenemos planeado. Lo último que queremos es que pienses que nos hacemos cargo y que no tienes más opciones que las que tenías antes. Lo que estamos proporcionando es una estructura de apoyo. Cada Consejo tiene una serie de familias que se han ofrecido voluntarias para acogerte, para llevarte a sus casas. Cuando llegues por primera vez al país que elijas, te quedarás uno o dos días en casa del jefe de ese Consejo y te reunirás con las familias de acogida. Será algo informal, una reunión amistosa, para ver con quién te llevas mejor, quién te cae bien y, en última instancia, con quién deseas irte a vivir. Después nos ocuparemos de las necesidades a más largo plazo... educación, carreras, etc."

"Ninguna de nosotras ha recibido educación", declaró Yasmeen, abrazando a su hija. "A las mujeres nunca se nos permitió hacer más que aprender árabe e inglés, y algo de matemáticas e historia básicas. Los hombres nos proporcionaban libros de texto, y nosotras hacíamos lo que

podíamos para enseñar a los más pequeños. A los chicos se les permitía ir a la escuela, pero sólo hasta el principio de la adolescencia. A ninguno se le permitía ir a la escuela secundaria, y mucho menos a la universidad. Por supuesto, teníamos televisión, y aprendimos mucho de las películas, pero..." extendió las manos con impotencia. "No siempre sabemos lo que es verdad y lo que es ficción".

"Somos conscientes", asintió Larissa. "Estas cosas se arreglarán a nivel individual. Además de la escolarización, habrá que enseñarte cosas como a extender un cheque, a utilizar un ordenador, a usar un teléfono móvil..."

"¿Tendremos móviles?" interrumpió Talya, con los ojos brillantes de entusiasmo.

Se oyó una risita general y Larissa sonrió a la adolescente.

"Sí, claro. Hoy en día todo el mundo tiene móvil. Sin embargo, va a ser una adaptación; vuestras vidas, vuestro mundo, serán muy diferentes de lo que habéis conocido. Por eso insistimos tanto en que la asistencia será a nivel individual. No puedes empezar a saber lo que quieres, cuando no tienes ni idea de lo que hay disponible. No vamos a apresurarte a tomar decisiones que no conoces suficientemente. Nuestro objetivo es ayudarte a construir la vida que quieres, con nuestro apoyo".

Las mujeres se miraron. "Llevamos tanto tiempo juntas", vaciló Sasha. "Sólo nosotras en el mundo entero. Será extraño estar separadas".

Katerina levantó una mano para que la reconocieran, y Larissa la saludó con la cabeza. "¿Katerina?"

"Te enseñarán informática, te darán teléfonos móviles. Aprenderéis a estar en las redes sociales. Podría crear un grupo cerrado de Facebook sólo para que os mantengáis en contacto y podáis comunicaros entre vosotros, además de que, por supuesto, podéis publicar y enviaros mensajes directamente, pero creo que un grupo sería algo bueno."

Larissa la estudió un largo momento. "¿Estarías dispuesta a enseñarles a utilizar las redes sociales, a ayudarles a crear cuentas, a ser esencialmente una tutora en esto?"

Katerina asintió. "Por supuesto que sí".

"Podría enseñar mecanografía", añadió Tamera. Sonrió a su hermana y le apretó la mano. "En realidad no estoy cualificada para enseñar a nadie a utilizar un ordenador, pero puedo configurarles cuentas de correo electrónico, enseñarles a enviar y comprobar el correo, también a enviar fotos".

"¿Y el dinero?" preguntó Layla. "No tenemos dinero propio, y ninguno de nosotros ha trabajado nunca. No sabríamos cómo encontrar un trabajo, ni qué podríamos hacer".

Hubo un revuelo en la mesa cuando las demás mujeres asintieron, también claramente preocupadas y esperando la respuesta.

Larissa levantó una mano. "Por ahora, no debes preocuparte por eso. Los Consejos se ocuparán de ti mientras te integras en el mundo real... ahora tu mundo. Con el tiempo, sí, encontraréis trabajo y seréis autosuficientes, pero para eso falta mucho, y os ayudaremos en todo momento. Los que quieran ir a la universidad, ya nos las arreglaremos".

Las mujeres se miraron.

"¿Por qué haces esto por nosotros?" soltó Abya. "Somos extraños para vosotros, no deseamos caridad".

Hubo un murmullo de asentimiento por parte de las demás mujeres. Un anciano de pelo canoso se adelantó. Su expresión era una extraña mezcla de amabilidad y severidad.

"Soy Maurice, el jefe del Consejo Europeo del Norte. Sois metamorfos, y los metamorfos nos apoyamos mutuamente. Lo que os ha ocurrido es una abominación, una parodia que nunca se

habría permitido que ocurriera, si lo hubiéramos sabido. Es nuestra responsabilidad, como Consejos de Cambiantes, corregirlo y hacer todo lo que podamos para ayudarlos a adaptarlos y seguir adelante."

Un hombre alto y cadavérico tomó la palabra. "Soy Samir, alcaide marroquí del Consejo Norteaficano. En cuanto al dinero, la caridad no tiene nada que ver con el asunto que nos ocupa. Hemos confiscado los bienes de estos hombres, el recinto en el que estabas retenida, así como sus vehículos y otras pertenencias, además de embargar sus cuentas bancarias." Esbozó una fina sonrisa. "Te aseguro que ya no necesitarán esas cosas. Todo esto se liquidará y los activos se añadirán al dinero de sus cuentas bancarias, que luego se repartirá entre vosotros. Dado lo que habéis sufrido, no hay duda de que todos tenéis derecho a esos fondos."

"Es demasiado pronto para saber si será una gran suma", añadió otro de los marroquíes. "Pero debería haber suficiente para crear fideicomisos para cada uno de vosotros, que os proporcionen algún tipo de colchón financiero, un fondo de emergencia como mínimo, para el futuro".

Algunas de las mujeres aún parecían aprensivas.

"Hay tanto que aprender". Esto lo dijo Miriam, agarrando con fuerza la mano de su hermana.

"Sí, eso es innegable", respondió Larissa. "Pero estaremos aquí para ti, guiándote y ayudándote, en cada paso del camino. No quedarás a la deriva en un mundo extraño, para hundirte o nadar por tu cuenta. Tienes nuestra promesa más solemne al respecto".

CAPÍTULO 30



JACINTH SE TRANSPORTÓ A NUEVA YORK, al dormitorio que compartía con Douglas. Al fondo del pasillo, oía reír a los niños. Siguió el sonido hasta el salón, donde Arthur, el anciano Djinn que ayudaba a Benny en sus estudios, estaba sentado en uno de los cojines bajos esparcidos ante la chimenea. Benny estaba de pie sobre su cabeza mientras Molly aplaudía.

"¡Arturo!"

Levantó la vista con una sonrisa. "Jacinto. No esperábamos verte tan pronto. ¿Va todo bien?"

"Más o menos", disimuló. "Pero necesito hablar con Douglas. ¿Te importaría mucho quedarte con los niños otro par de horas? Puede que necesite que Douglas venga a Marruecos, para que vea las cosas por sí mismo".

"Por supuesto". La sonrisa de Arturo no era tan cansada, las arrugas de su rostro se atenuaron, notó ella con satisfacción. Estar con los niños le sentaba bien. "Tengo las cosas bien controladas aquí".

Benny soltó una risita, habiéndose puesto de pie con las manos. Jacinth ahogó una carcajada. "¡Ya lo veo!"

Douglas entró en el salón justo en ese momento, deteniéndose sorprendido.

"¡Jacinth!" Se acercó para estrecharla entre sus brazos. "No creía que ya hubieras vuelto. ¿Va todo bien?"

Tuvo que reírse ante este eco del saludo de Arturo. "Sí y no. Tenemos un dilema", admitió. "Tenemos que hablar en privado".

"Bueno, pues vamos". Douglas deslizó la mano hasta la de ella, apretándole los dedos y atrayéndola tras él hacia la cocina. "Acabo de exprimir unos limones y estaba a punto de añadir azúcar y agua para la limonada. Puedes contarme qué pasa mientras termino con eso".

Una vez en la cocina, Jacinth se subió a la encimera, encaramándose al borde.

"¿Los sacasteis de allí sin problemas?". Preguntó primero, con el rostro arrugado por la preocupación. "¿Hubo algún herido?"

"No, por ahí no hay problemas", me tranquilizó. "Hubo una pelea, por supuesto, pero les superaban ampliamente en número. Mantuve a las mujeres a salvo dentro, y los hombres no pudieron derribar la puerta para llegar hasta ellas y utilizarlas como rehenes. Realmente, no les quedaban más opciones que bajar las armas y rendirse".

Le lanzó una rápida mirada mientras medía el azúcar en la jarra, removiendo con una cuchara de madera de mango largo.

"¿Era tan malo como pensabas?"

Le costó contener la tensa bola de ira que hervía en su pecho. "Peor. Mucho peor, Douglas. Oh, no sufrieron abusos... no ese tipo de abusos, al menos. Ni palizas, ni pasar hambre, ni cosas así. Pero las obligaban a mantener relaciones sexuales... a procrear... ¡con hombres elegidos por alguna pureza genética de línea! Esas mujeres no tenían elección, Douglas. Nunca se les permitía salir del recinto a menos que fueran escoltadas por los hombres. Las mujeres nunca recibieron educación, y los hombres poco más que una educación básica, porque por supuesto no querían que los chicos fueran a la universidad, donde podrían aprender que lo que hacían estaba mal. Ninguno de ellos conocía siquiera la existencia de los Consejos, ni ninguna de nuestras leyes... nada excepto lo que esos desgraciados hombres les permitían saber".

Su expresión era pensativa mientras añadía agua, daba un último batido a la jarra y cruzaba el suelo para meterla en la nevera. Volvió, se enjuagó las manos y se las secó con un paño de cocina.

"Sé que te habías preguntado por qué la madre de Tamera no había pedido ayuda al Consejo aquí, por qué nadie sabía de ella".

"Exacto". Jacinth se mordisqueó el labio inferior mientras él se acercaba para colocarse ante ella, con las manos deslizándose hasta su cintura. "Pero tenemos un problema. Bueno, yo tengo un problema, y eso significa que es nuestro problema".

"Hay una adolescente, Talya". Resopló, soltando una bocanada de aire. "¡Adolescente! Cumple catorce años la semana que viene. Por lo visto, en ese recinto, cuando una chica cumple catorce años, se le elige una "pareja" -y utilizo el término vagamente- y se la cría. Talya estaba programada... ¡programada! ...la semana que viene".

Douglas se quedó boquiabierto y parecía tan aturdido como ella se había sentido al principio. "Tienes que estar de broma".

"Ojalá fuera así", dijo Jacinth, sintiéndose sombría al recordarlo. "Desde su punto de vista, llegamos justo a tiempo".

"Y bien que podría", coincidió Douglas. "Entonces, ¿dónde está el problema?"

Jacinth se mordió el labio. "Talya parece haberse centrado en mí como su salvadora personal. Apenas se separa de mí, e insiste a todo el mundo en que se viene a vivir conmigo".

"Ah". La mirada de Douglas se posó en su rostro. "¿Y cómo te sientes al respecto?"

"Como si quisiera salvarla", admitió. "Si pudieras ver a esta chica, Douglas. Sólo quiero recogerla, abrazarla y no soltarla nunca. No tiene familia... ¡Dios mío!" Recordó de repente. "¿Te lo puedes creer? Douglas, mataron a los chicos que consideraban que no eran lo bastante buenos para criar, para transmitir sus genes. Los llevaban al desierto en pleno verano y los dejaban allí para que murieran. Esta mujer, Sasha, perdió siete hijos a manos de esos asesinos. Y lo que es peor, ¡ella era la siguiente! Porque cuando una mujer ya no puede tener hijos, simplemente... desaparece. Como los niños".

La miró fijamente, aparentemente sin habla.

"Esta chica, Talya, no tiene a nadie. Se llevaron a todos sus hermanos, y luego a su madre, el año pasado. Y estaba a punto de ser obligada a mantener relaciones sexuales con uno de esos hombres para dar a luz a bebés para su *línea pura*".

Escupió las dos últimas palabras como si estuvieran sucias.

"Esto es casi increíble". Douglas le acarició el pelo, tranquilizándola. "¿Así que quieres acoger a esta chica?"

"Lo hago y no lo hago. Quiero decir que sí", dijo ella, con la voz apagada contra el pecho de él. "Si fuera sólo yo, no dudaría. Pero no soy sólo yo. También tiene que ser tu decisión, y además hay que tener en cuenta a los niños, si les molestaría que se introdujera de repente un

adolescente en la familia, si todos se adaptarían... si..."

Su voz se quebró. "No tengo ninguna experiencia en este tipo de cosas", dijo miserablemente. "Ni siquiera conocía a ningún niño antes de Ben y Molly".

"Jacinto". Retrocedió un poco y sus manos se acercaron a su rostro. Sus ojos se clavaron en los de ella, cálidos y tranquilizadores. "Eres una madre maravillosa. Lo significas todo para esos niños, y para mí. Si quieres intentarlo, lo haremos, y veremos qué pasa. ¿Y si estipulamos desde el principio que es un período de prueba?".

"Supongo". Se royó el labio inferior, pensando. "Me pregunto... El caso es que no ha recibido educación. Ninguna de las chicas la ha tenido. No podemos meterla en una escuela pública. ¿Crees que quizá Arthur...?".

Douglas se rió entre dientes. "Tú también estás decidido a ayudar a Arturo, ¿verdad?".

"Tiene mejor aspecto", se defendió. "Tienes que admitirlo. No está tan gris y ajado, y le brillan los ojos. Esto es bueno para él, Douglas. Le da un propósito".

Se inclinó para besarle la nariz. "Lo admito, y está claro que Arturo disfruta cada minuto que pasa con los niños".

"¿Quieres venir?", preguntó bruscamente. "¿Venir a Marruecos conmigo ahora, y ver y hablar con las mujeres de allí, hablar con Talya? No es justo pedirte cuando ni siquiera la conoces, y... bueno... Me gustaría mucho que vinieras, Douglas. Podemos pedirle a Arthur que se quede a cuidar de Ben y Molly".

Otra voz se oyó detrás de ellos. "¿Podrías esperar, por favor, unos momentos?".

Sobresaltada, Jacinto se dio la vuelta. "¡Madre! No sabía que tú también venías".

"Bueno, quería hablar en privado contigo y con Douglas", se disculpó Zahra. "Quizá ahora no sea el mejor momento, pero veo que estos terribles acontecimientos han ensombrecido tu espíritu, Jacinth. Has sido muy valiente al permanecer junto a tu amigo en esos momentos difíciles. Estoy orgullosa de ti, hija mía".

"¡Oh!" Los ojos de Jacinto se empañaron un poco. "Gracias, madre".

"Bueno. Ahora quería devolverte algo de tu alegría".

Conjuró un vaso que contenía una pulgada de un familiar líquido ambarino. Douglas miró el vaso como si fuera una cobra enroscada.

"La última vez que un Djinn me ofreció un whisky, fue porque estaba a punto de contarme que uno de nuestros técnicos veterinarios de la clínica era un cambiaformas pícaro homicida, y que su objetivo era mi mejor amigo y compañero".

Zahra se rió, el sonido tintineante se parecía mucho al de la risa de su hija.

"No está nada mal, te lo prometo. Arthur se ha llevado a los niños al patio a jugar, así que sentémonos todos aquí. Es mucho más cómodo para charlar".

Pasó junto a él con elegancia, hacia el salón. Jacinth observó que su madre vestía ahora uno de sus trajes favoritos, de seda y de un verde que hacía juego con sus ojos. Jacinth intercambió una mirada con Douglas, que parecía tan desconcertado como ella. Se encogió de hombros en un gesto de impotencia, y siguió a su madre. Zahra tenía pequeñas tazas de té humeantes en la mesita baja que había ante el sofá cuando se acercaron a sentarse, y le dio una a Jacinth. Douglas puso también su vaso de whisky sobre la mesa, preguntándose si realmente iba a necesitarlo.

"Así que, queridos". Zahra se sentó en un sillón frente a ellos, que estaban sentados uno al lado del otro en el sofá. "He hablado de esto con Kieran, y está de acuerdo en que ha llegado el momento de hablaros de algo que en general no se conoce, ni siquiera entre los Djinn".

Douglas cogió la mano de Jacinth y los dedos de ésta se entrelazaron con los suyos, pero ambos mantuvieron la mirada fija en Zahra. Durante un minuto, la anciana djinn jugueteó un

poco con el largo pañuelo de seda que llevaba sobre los hombros. Levantó la vista hacia ellos y se detuvo, dejando caer las manos sobre su regazo.

"Bueno". Volvió a hacer una pausa, sin saber cómo proceder. A su lado, Jacinth empezaba a mostrarse ansiosa. Por fin, Zahra se aclaró la garganta y cruzó una rodilla, esbelta y vestida de seda, sobre la otra; su traje de seda verde oscuro se ajustó al movimiento.

"No creo que ninguno de vosotros sepa que Douglas aún tiene un tercer deseo", les dijo.

Jacinth miró fijamente a su madre. "¡Claro que no! Usó su tercer deseo allí en el centro comercial".

Douglas asintió, incapaz de reprimir la sonrisa al recordar aquel día... la frenética búsqueda de Benny, luego ver a Jacinth... la multitud de gente, todos volviéndose para mirar mientras él le gritaba. "Lo hice", corroboró.

Zahra negó con la cabeza, y una leve sonrisa curvó sus labios mientras miraba a su hija. "¿Cuáles son las reglas que distinguen un deseo de un Deseo?". preguntó.

Jacinto parpadeó. "Bueno... tiene que ser un deseo real, de corazón, no una forma de hablar. Y... ¡oh! Hizo una pausa y volvió a parpadear. Sonrió lentamente. "Y tiene que necesitar magia".

"¿Necesitas magia?" repitió Douglas. "No la necesito".

Jacinth le apretó los dedos. "¿Recuerdas aquella primera noche en la que me pediste que fuera contigo a Los Ángeles? Te dije que no era un deseo aunque me lo pidieras, porque me estabas pidiendo, básicamente, un favor, y yo era libre de decir sí o no. La otra parte de eso, por supuesto, es que si me hubieras pedido que te transportara mágicamente a Los Ángeles, eso sí habría sido un Deseo. Ir contigo en el avión no requería magia, así que no era oficialmente un Deseo".

Zahra asentía, pero el brillo de sus ojos era vagamente inquietante. Como si, pensó Douglas, hubiera otro zapato que aún no había caído.

"¡Así que todavía te espera otro deseo!" Jacinth le sonrió, y vale, otro Deseo, sí, eso era algo bueno.

"Sin embargo, eso es lo de menos de lo que quería hablarte", dijo Zahra, confirmando su otra premonición sobre los zapatos.

Las bonitas cejas arqueadas de Jacinto se fruncieron en un ceño confuso.

"¿Qué pasa?"

De nuevo los dedos de Zahra jugaron con el pañuelo. "Hay algo más que no sabes, Jacinth. Al principio quise decírtelo, pero Kieran opinaba... y yo estaba de acuerdo con él... que tenías que tomar la decisión de casarte con Douglas por las razones correctas". Su mirada era medio compungida, medio obstinada. "El caso es que... es posible que un humano desee convertirse en Djinn". El grito ahogado de Jacinth fue audible, y Zahra se apresuró a continuar. "Por supuesto, tiene que ser por las razones adecuadas, y el Portador del Deseo tendría que llevar la petición al Consejo para que la aprobara. A veces incluso se concede", dijo con un destello de humor en sus expresivos ojos verde esmeralda.

Jacinth se quedó mirándola, y Douglas... bueno, ni siquiera sabía qué pensar. Sentía como si le hubieran dejado sin aliento.

Las mejillas de Jacinto se ruborizaron y sus ojos chispearon con el comienzo del mal genio. "Madre, ¿por qué no me lo dijiste? Cuando lo supiste..." Se le entrecortó la voz.

"No habría estado bien. Kieran y yo estábamos de acuerdo en eso. Tenías que aceptar a Douglas porque le querías, independientemente de las consecuencias".

"Yo...", Douglas se aclaró la garganta. "Vaya, esto es un poco chocante".

Miró a Jacinth, sentada a su lado en el sofá. Podría estar con ella para siempre. Para siempre.

Para siempre. Sacudió la cabeza, intentando aclarar su mente, que parecía extrañamente nublada. Pero....

"Benny y Molly", dijo con dificultad.

"Todos tenemos este dilema", dijo Zahra con voz suave. "Tenemos que ver envejecer y morir a los humanos a los que nos apegamos. Así son las cosas, el gran ciclo. Incluso a los inmortales a veces les resulta difícil seguir adelante; ya has visto la lucha de Arturo al respecto. La eternidad es un tiempo muy largo. A veces podemos entrar en el largo sueño, podrías llamarlo hibernación. Ningún inmortal es inmune a esto. Djinn, demonios, vampiros..."

"¡Vampiros!" De repente, la niebla se disipó de la cabeza de Douglas y se sentó como un poseso en el sofá. Se volvió para mirar a Jacinth. "¡Me dijiste que no existían!"

"En realidad, no", corrigió ella, sin molestarse en ocultar su diversión, con la risa bailándole en los ojos. "Lo que dije fue que te dejabas llevar por tu imaginación".

Abrió la boca para refutar aquello, y luego la cerró, recapacitando.

"Sí, pero... ¡Espera! Después de eso, más tarde, le dijiste a Benny que no existían esas cosas".

"Mentí". Hizo un mohín de exasperación. "¡Douglas! Por supuesto que no iba a decirle a un niño de seis años que en realidad hay vampiros y hombres lobo".

"¿Hombres lobo? Su voz alcanzó alturas peligrosas.

Se mordió el labio, reprimiendo con poco éxito unas risitas. ¿"Uy"?

¿"Hombres lobo"? ¿En serio?"

"No son muy comunes", dijo. Zahra asintió con la cabeza, aunque sus ojos también se encendieron de risa.

"¿Podemos volver a lo otro?", preguntó. "Creo que me ha explotado la cabeza".

Ayudada, Jacinth cogió el vaso de whisky, que había olvidado, y se lo entregó.

"Gracias", le dijo, aunque dudaba que incluso el excelente whisky escocés fuera a hacerle sentir mejor respecto a los vampiros y los hombres lobo. "Supongo que no tendrás ajo en casa".

"Ejem". Zahra atrajo de nuevo su atención hacia ella. "En cuanto a tus hijos, Douglas, he hablado con nuestro Consejo Gobernante, y están de acuerdo en que sería injusto pedir a un padre que dejara atrás a sus hijos, por así decirlo. Y lo que es más importante, Ben y Molly ya conocen a los Djinn y a los cambiaformas, y manejan bien esa información. A los dieciocho años, podrán elegir si desean convertirse en Djinn".

Douglas sacudió la cabeza, parecía aturdido.

"El caso es que no es algo que tengas que decidir ahora. De hecho -dijo Zahra meditativamente-, no deberías hacerlo. Deberías tomarte tu tiempo y pensarlo. Hablarlo detenidamente. No hay prisa, podrías esperar años antes de tomar esta decisión. Pero si te conviertes en Djinn, recuerda que los Djinn podemos ajustar nuestra apariencia a voluntad. Puedes aparentar envejecer como es normal para un humano, hasta que llegue el momento en que sea necesario pasar página para evitar sospechas."

"Es lo que pienso hacer por ti, Douglas". le dijo Jacinth, inclinándose hacia él para tranquilizarle. "No te habría gustado envejecer solo mientras yo permanecía siempre joven".

Parecía una opción inmensa, como un gran cañón abierto a sus pies.

"De repente aprecio mucho más la decisión que tuviste que tomar para estar conmigo", le dijo, acercándola. Sus labios encontraron los suyos, cálidos y generosos.

"Haremos lo que sugiere madre, y nos tomaremos nuestro tiempo para hablarlo... toda una vida si es necesario". Apoyó la cabeza en su hombro, con la barbilla inclinada, y le sonrió con ojos cálidos y cariñosos. "Apoyaré cualquiera que sea tu decisión, Douglas. Tomé la decisión de estar contigo, de permanecer con un hombre mortal hasta que te hubieras ido. Esto no cambia

nada".

Levantó una mano para acariciarle la mejilla. "No cambia nada", convino.

Jacinto rompió el abrazo para volverse de repente, mirando a Zahra.

"Si un humano puede Desear ser Djinn... ¿por qué no se lo pediste a Padre?".

Zahra sonrió con tristeza. "No tenía necesidad de preguntar a Omar para saber cuál habría sido su respuesta. Era un musulmán devoto, un erudito. Es posible que aún así me hubiera aceptado si hubiera sabido que era Djinn; eso, nunca lo sabré por mi propia inseguridad. Nunca consideré ni por un instante que pudiera elegir una vida inmortal, ni siquiera por mí".

Jacynth se levantó y fue a sentarse en el brazo de la silla de su madre, cogiendo la mano de Zahra.

"Qué triste. Lo siento, madre. No quería sacar el tema, simplemente... surgió".

Inclinándose hacia delante, Zahra cogió su taza de té, que al instante empezó a humear como si no hubiera estado allí fría los últimos cinco minutos. Le dio un sorbo y suspiró, meneando la cabeza hacia su hija.

"Tampoco está bien que tengas que evitar hablar de tu padre conmigo. Eso también es culpa mía". Se puso en pie. "Ahora, creo que deberíamos volver a Marruecos, donde nos necesitan en el aquí y ahora".

Douglas dejó su vaso vacío, de mala gana, le pareció a Jacinth, ocultando su diversión.

"Puedo ser un genio", dijo entumecido.

Le cogió del brazo con firmeza. "Djinn", corrigió con firmeza, antes de teletransportarlos a ambos a la mezquita de Casablanca.



"TALYA, éste es mi prometido, mi Elegido, Douglas McCandliss".

Talya se aferró a la mano de Jacinto, encogiéndose un poco hacia atrás, como si intentara ocultarse tras la esbelta figura del Djinn.

Douglas se sacudió su abstracción, apartando a la fuerza las visiones de su breve estancia en Qaf, y le tendió una mano. "Encantado de conocerte", dijo con suavidad.

La mirada de la chica se dirigió a su mano y luego, insegura, a Jacinto. Ah, claro.

"En América nos damos la mano", le dijo con una sonrisa. "Seguro que lo has visto en las películas, ¿verdad?".

La referencia cayó bien, y Talya soltó a Jacinth para extender la mano con un poco más de confianza y coger la de Douglas con cautela.

"Hola", dijo ella. Le estudió. "No eres Otro -dijo, con expresión sorprendida-.

"No, soy simplemente un humano", dijo con facilidad, y luego tragó saliva, al parecer recordando la posibilidad más reciente de su futuro. "Al menos... sí, soy humano".

Sus ojos se abrieron de par en par. "¿Y eso está permitido?", preguntó, mirando a su alrededor medio asustada.

Jacynth soltó un bufido poco femenino. "Como si alguien fuera a decirme que no puedo elegir a quien quiera".

"Quien sea", añadió Katerina, y se agachó rápidamente cuando Jacinth le dio un manotazo.

Douglas parecía pensativo. "En realidad, creo que *es* quien sea".

Jacinth se aclaró la garganta. "Perdona, creo que nos hemos desviado del tema".

Katerina soltó una risita. "¿Hubo un punto?"

"¡Claro que sí!" Jacinto frunció el ceño. "¿No había? ¡Oh! ¡Sí! La *cuestión* es que no existe

ninguna ley en ninguna parte que regule con quién podemos o no podemos casarnos, ya sea con humanos, con tipos de cambiaformas o con otros tipos. Elegimos a quien queremos".

"¿A quién?", murmuró Katerina.

"¡No empieces otra vez!" Douglas puso los ojos en blanco. "Os juro que los dos me llevaréis a una tumba prematura".

Jacynth se alegró de ver que Talya parecía más divertida que aprensiva. Qué bien. Puso la mano en el hombro de la chica.

"Verás, tenemos dos niños pequeños en casa, así que no estamos muy seguros de cómo proceder, de traer a la familia a alguien que nunca han conocido".

La mirada de Talya voló hacia ella y luego hacia Douglas. "Creía que aún no te habías casado. Prometido significa prometido, ¿no?".

"Claro", respondió Douglas. "Estoy divorciado. Benny y Molly son mis hijos de un matrimonio anterior. Benny tiene seis años y Molly sólo cuatro".

De nuevo esa mirada evaluadora que hacía que Talya pareciera el doble de su edad. De repente, sonrió brillantemente a Jacinto. "Así que... Douglas viene al matrimonio con dos niños... y tú vienes conmigo. Eso funciona, ¿no? Quiero decir, es justo y todo eso, ¿no?".

Las cejas de Douglas se alzaron sorprendidas, y en su mirada se reflejó una aprobación respetuosa hacia la adolescente. Jacinth sonrió a Talya, sintiéndose orgullosa de aquella niña.

"Es totalmente justo", convino ella. "¿Douglas?"

Asintió con la cabeza. "Me parece bien".

Echó un vistazo a la abarrotada sala comunitaria, a los colchones de aire alineados ordenadamente a cada lado de la sala, a los montones de ropa y objetos personales que traían y clasificaban los refugiados.

"¿Dónde están los responsables de esto?", preguntó. "No es como si pudieran ir a una cárcel normal, ¿verdad? ¿Habrá un... un... tribunal, o juicio, o lo que sea, como hicieron con Beatrice?".

Tamera se acercó a tiempo para oírlo. "¿Qué ha pasado con Beatrice? ¿Es la veterinaria a la que sustituí en la clínica?".

"Hubo un juicio ante el Consejo de los EE.UU.", le dijo Katerina. "Le pusieron un collar para que no pudiera cambiar a su forma humana, y la metieron en un refugio de vida salvaje".

Los ojos de Jacinto, habitualmente brillantes, relampaguearon de furia. "Pero fue una elección humana. Con Beatrice fue una especie de locura, perderse así ante su animal. Al final, no quedaba nada de lo humano en ella. Pero estos hombres... han cometido crímenes atroces, con plena conciencia e intención".

Talya había estado escuchando atentamente. "Entonces... ¿realmente serán castigados?".

"Ya lo creo", aseguró Jacinth a la chica.

"Aquí hay miembros de al menos cinco condados distintos", añadió Kester, con el brazo alrededor de la cintura de Tamera, manteniéndola pegada a él. "Y están cabreados. El juicio se celebrará probablemente ante el Gran Consejo de los metamorfos, y te aseguro que todos quieren un pedazo de estos tipos".

Tamera frunció el ceño, reflexionando sobre la situación. "¿Pero cómo sabrás quién participó voluntariamente y quién fue coaccionado, como Zuni?".

"Todos afirmarán que fueron coaccionados", dijo Talya con amargura, hundiendo sus delgados hombros.

"Pueden intentarlo", dijo Jacinth con la cabeza. Miró a Douglas, su expresión era una combinación de diversión y culpabilidad. Él suspiró.

"Vale, déjalo ahí. ¿Y ahora qué?"

"Vamos a traer un dragón".

La miraron estupefactos.

"He oído hablar de los cambiaformas de dragón", dijo Kester lentamente, "pero son muy raros, y he oído que nadie sabe siquiera quiénes son".

Jacynth negó con la cabeza, balanceando su larga coleta negra. "No, no existen los cambiaformas de dragón. Son dragones que pueden tomar forma humana a voluntad".

Tamera parpadeó, confusa. "¿No es lo mismo? Cambian de forma".

"Cierto", convino Douglas. "Recuerdo que dijiste algo sobre eso en casa de Troy, antes del picnic de aquel día. Tenía intención de preguntarte más sobre ello, pero entonces apareció Kieran y delató a todos ante Tamera y... bueno, lo olvidé".

"No es en absoluto lo mismo que un cambiaformas". explicó Jacinth. "Los metamorfos son humanos con una especie de... espíritu animal cohabitante, supongo que dirías. Pero su esencia sigue siendo humana, incluso en su forma animal. Pero las criaturas mitológicas, como los dragones, son lo contrario... siempre son su criatura, independientemente de la forma que adopten. También tienen ciertas capacidades mágicas que van mucho más allá de las que poseemos nosotros. Los dragones, por ejemplo, entre otras cosas, pueden oír una mentira. También pueden curar, aunque eso no es tan conocido. El Gran Consejo de los metamorfos ha solicitado ayuda para esclarecer lo ocurrido aquí, y hay gente que intenta ponerse en contacto con un dragón".

Tamera observó que Douglas estaba un poco pálido y se mordió una sonrisa. Intercambió una mirada divertida con Kester, contenta de tenerlo a su lado. Volvió a centrar su atención en Jacinth.

"¿Qué ocurrirá con los culpables?"

La djinn negó con la cabeza. "No tengo ni idea. Eso dependerá del Consejo de los metamorfos, los Djinn no tenemos nada que decir al respecto".

"No les va a ir bien", dijo Kester. Su voz estaba tensa por la ira. "Todos los metamorfos de aquí piden su sangre, incluidos los miembros del Consejo".

Hizo una pausa. "Había oído que había algunos metamorfos del Consejo Rumano. ¿Qué pasa con eso?"

Jacinto suspiró. "La hija de una de sus familias más importantes desapareció hace algunos años. Cuando se enteraron de lo que estaba ocurriendo aquí, vinieron, con la esperanza de que pudiera ser una de las mujeres que habían sido secuestradas y traídas aquí. Creo que esperan que alguna de las mujeres mayores sepa algo de ella".

Temblando, Tamera se acurrucó contra Kester. "Casi espero que no lo sepan", admitió. "Porque si hubiera estado aquí, pero ya no está...". No terminó la frase, pero todos sabían lo que no había dicho. La mujer estaría muerta, abandonada en el desierto como las demás.

"A esos tipos habría que colgarlos de las pelotas y desollarlos", gruñó Kester.

"No estoy en desacuerdo", dijo con fervor, mientras Talya asentía con la cabeza.

"Ahí está Maroulla", anunció Katerina. Dio un respingo y saludó con la mano. "¡YiaYia! Ven a hablar con nosotras".

La anciana se dirigió hacia donde estaban ellos. Parecía la dulce abuelita de alguien, pensó Tamera, en vez de la poderosa política que era.

"Bueno, queridas, esto es algo terrible", las saludó. Su sonrisa para Talya era cálida. "¿Cómo lo llevas, niña?"

"Ya estoy bien", afirmó la adolescente. "Me voy a vivir con Jacinth y Douglas".

"¿Lo eres ahora?" La mirada de la mujer mayor sobre Jacinto era sagaz y, pensó Tamera,

especulativa.

"¿Y qué va a pasar ahora, YiaYia?" quiso saber Katerina.

"Ah. En primer lugar, nuestra gente aún está recogiendo las pertenencias de las mujeres y los niños del recinto, así como confiscando los ordenadores, la contabilidad y otros registros que encontramos en la casa principal. Una vez que todo el mundo esté instalado, mantendremos entrevistas privadas con cada una de las mujeres para conocer su versión de los hechos. Luego se entrevistará a los hombres".

La sonrisa de Maroulla era escalofriante, sus ojos duros al mencionar a los hombres, sin dejar a nadie con la duda del tipo de entrevista que probablemente les harían.

"También tenemos que identificar y encontrar a los hombres implicados que no estaban presentes cuando hicimos la redada. Tenemos a algunos de nuestros mejores rastreadores en esto. Es probable que el juicio se celebre el mes que viene -continuó-, pues deseamos conocer todo el alcance de su iniquidad antes de que se enfrenten a nosotros. Lo cual probablemente sea bueno", admitió. "Las emociones están a flor de piel, y si el juicio se celebrara ahora, los hombres serían condenados a muerte de inmediato".

"Se lo merecen", dijo Talya con fiereza, aferrándose a la mano de Jacinto.

Sorprendentemente, Maroulla estuvo de acuerdo. "Sin duda, hija. Sin embargo, esas decisiones se toman mejor a la fría luz del día que en el calor del momento. Queremos poder mirar atrás, sea cual sea el juicio que emitamos sobre ellas, sabiendo que hicimos lo correcto por las razones correctas."

Talya pareció aceptarlo a regañadientes. Fue Jacinth, observó Tamera divertida, quien parecía dispuesta a ensartar a los hombres allí mismo.

Las notas musicales llenaron el aire, y todo el mundo empezó a comprobar sus bolsillos.

"Soy yo", anunció Katerina, levantando el teléfono. "Es un mensaje de Troy".

Esperaron y, al cabo de un minuto, ella guardó el teléfono. "Fue a la posada y habló con Angus y Renee, dándoles una versión depurada de lo ocurrido aquí. Han aceptado un descuento de grupo y han dicho que tienen varias habitaciones disponibles durante el tiempo que las necesitamos. Maroulla les llamará ella misma y se encargará de los asuntos financieros".

Talya parecía confusa. "¿Una versión limpia?"

Apretando la mano de la chica, Jacinto le sonrió. "Angus y Renee, los posaderos, son humanos y no conocen a los cambiaformas. Así que tuvimos que modificar un poco la verdad".

"Oh". La adolescente se tomó un momento para digerirlo.

Tamera se mordió el labio, recordando de pronto que Angus y Renee sí que conocían a los cambiaformas. Dudó, pero se quedó callada. Ya habría tiempo más tarde.

"¿Hay muchos humanos que no saben de nosotros?". quiso saber Talya.

Tamera intercambió una mirada con Kester, y observó que Jacinth y Douglas hacían lo mismo. Vaya, estas mujeres iban a tener mucho que aprender.

Al cabo de un rato, Jacinth se fue a ayudar con los preparativos de la cena en la cocina. La seguía de cerca Talya, que al parecer estaba decidida a no perder de vista al Djinn. Douglas vio a un grupo de hombres que traían mesas largas y sillas plegables y se fue a ayudar, dejando a Tamera, Kester y Layla solos.

Tamera se dio cuenta de repente de que era la primera vez que las tres estaban realmente solas. Cogió la mano de su hermana y la apretó suavemente.

"¿Te encuentras bien?"

Layla miró alrededor de la gran habitación un poco desamparada. "Es... es tan extraño", dijo. "Estar aquí y saber que nunca tendré que volver al recinto. He vivido allí toda mi vida, y sólo he

salido para ir a los mercados con los hombres que nos vigilaban. Siento que esto es un sueño y que despertaré".

"No es un sueño", la tranquilizó Tamera, mientras Kester asentía.

"Va a ser extraño durante un tiempo. Sólo recuerda que todos estamos aquí para ti, no sólo Tamera y yo, sino toda la comunidad de metamorfos".

"Sí. Layla asintió a medias, y su mirada siguió recorriendo la habitación. "Han venido tantos, y todos para ayudarnos. Esperamos y rezamos durante mucho tiempo para que nos rescataran, pero nunca creímos realmente que pudiera ocurrir. Después de que Noureen... nuestra madre... escapara, los hombres reforzaron la seguridad en las dependencias de las mujeres, rara vez se nos permitía salir del recinto desde entonces, y sólo si nos acompañaba uno de los hombres."

Tamera no pudo evitar preguntar. "¿No te molestó en absoluto que te dejara?"

Su hermana se encogió de hombros. "Es complicado. Yo sí, pero por otra parte no. Es decir, ojalá no me hubiera dejado, pero entiendo que nunca hubiera podido salir conmigo, y estaba embarazada. Sabía que al menos a mí no me matarían, pero si se quedaba y su nuevo bebé era una niña, crecería encarcelada y obligada a reproducirse como el resto de nosotros, y si era un niño era casi seguro que moriría. He tenido seis hijos, todos ellos llevados al desierto. Puedo desear que no me hubiera abandonado, y al mismo tiempo no culparla por haber escapado para salvar al hijo que llevaba. Cuando estaba embarazada, habría hecho cualquier cosa, habría aprovechado cualquier oportunidad, para escapar, por el bien de mi bebé. Pero nunca tuve la oportunidad".

Layla se mordió los labios, mirando de Tamera a Kester. "¿Seré una carga para ti? Por favor, dímelo sinceramente. Quiero estar con Tamera, pero sólo si tú me quieres".

"Claro que te quiero", la tranquilizó Tamera. "Nunca pensé que tendría una hermana, estoy encantada de tenerte en mi vida. El problema es que ahora mismo vivo en una pensión... una especie de hotel", aclaró. "Es la posada de la que hablaba Katerina hace unos minutos. Han dispuesto que algunos de vosotros os alojéis allí, lo cual es estupendo, ya que Kester y yo también nos alojamos allí. Allí tendréis vuestra propia habitación, y luego podremos..."

"¡No!" interrumpió Layla, con una expresión que delataba aprensión, y se abrazó a sí misma con fuerza. "Por favor... No quiero quedarme sola. No sola en un lugar extraño de un país extraño. Tendría mucho miedo".

"¿Y si le pides a Angus una de sus suites?". sugirió Kester. "Tienen dos habitaciones con un baño de conexión entre ellas. Así cada uno tendría su propia habitación, pero también estarían juntos".

A Layla se le iluminaron los ojos y miró esperanzada a Tamera. "¿Podríamos hacerlo? ¿No sería demasiado caro?"

Cerca de ellos, Maroulla habló, al parecer tras haber seguido su conversación.

"El Consejo te ayudará con eso. Lleva la cuenta del gasto adicional", le dijo a Tamera. "Aunque Layla sea tu hermana, no se va a dejar a nadie que se las apañe solo. Se trata de una responsabilidad de la comunidad cambiaformas, como hemos hablado esta mañana. Sasha se unirá a ti allí, así como Adina y sus hijos, y posiblemente Takesha".

"Así tendrás cerca a gente conocida aparte de mí". Tamera dedicó a su hermana una sonrisa alentadora. "Y Talya no estará lejos, viviendo con Jacinto".

Katerina se acercó a tiempo para oírlo, y sonrió, alargando la mano para coger una de las de Layla. "Yo también vivo cerca. Nos divertiremos mucho juntas, ya verás".

CAPÍTULO 31



JACINTH TRANSPORTÓ A TAMERA, Kester y Katerina al centro del salón de Troy. El gran veterinario levantó la vista del periódico que había estado leyendo y se rió cuando Katerina se lanzó hacia él a través de la habitación.

"Bienvenidos a casa", dijo con una amplia sonrisa. "¿Cómo os ha ido?"

"Para que quede claro". Tamera se puso las manos en las caderas. "Cuando dije que quería viajar, que me tranquilizaran, me llevaran a Marruecos y tuvieran que rescatarme no era precisamente lo que tenía en mente".

Jacinto le guiñó un ojo. "Tomo nota. Vale, os he traído a todos a casa, ahora tengo que ir a buscar a mis Elegidos y volver con los niños".

Tamera corrió hacia la Djinn, abrazándola con fuerza. "Gracias", susurró. "Gracias por todo. Si no hubiera sido por ti, habría sido mucho peor, aunque nos rescataran, aun así, estuviste ahí todo el tiempo conmigo. Nos lo hiciste más fácil a todos".

Jacinto le devolvió el abrazo. "De nada. Todo ha salido bien". Desapareció sin hacer ruido.

"¿Podemos irnos ya?" se quejó Kester. "Ver a mi hermana abrazar y besar a este tío es mi factor asco".

Sonriendo, Tamera pasó su brazo por el de él. "Sí, yo también quiero llegar a casa y empezar a sentirme de nuevo normal".

"Una normalidad que no va a durar mucho", le recordó él, tirando de ella para acercarla. "Layla llegará el fin de semana".

"¡Bien! Así que quiero tener tiempo para disfrutar de esta normalidad, antes de empezar mi nueva normalidad. ¿Vamos?"

"¡Espera!" Era Troy, con cara de perplejidad. "¿Quién es Layla y de dónde viene?"

"Katerina puede contártelo todo", Tamera ahogó un bostezo. Estaba muy contenta de haber vuelto, pero aunque sólo había estado fuera tres días, le parecía un año. De repente le parecía que apenas podía mantener la cabeza erguida de lo cansada que estaba. "Tú y ella sois las únicas que no vais a tener un miembro más en la familia".

"Tú y ella", se rió Katerina desde el regazo de Troy, y Tamera puso los ojos en blanco.

"Tu prometida se ha convertido en la policía de la gramática", le dijo a Troy.

Escaparon entre un coro de despedidas. En el coche, Tamera se inclinó de lado para apoyar la cabeza en el hombro de Kester.

"Despiértame cuando lleguemos". Sólo se burlaba a medias, pero fue recompensada por su vibrante risa.

"Así será. Quizá deberíamos haberle pedido a Jacinto que te metiera en la cama".

Ella sonrió, aunque sus párpados cayeron somnolientos. "No se me había ocurrido. Aunque sería un poco grosero".

Kester dejó caer un ligero beso sobre su pelo. "Aguanta. Llegaremos enseguida".

Se despertó sobresaltada cuando el coche se detuvo y Kester apagó el motor.

"¡Dios mío!" Se incorporó, mirando a su alrededor para ver que estaban en el familiar aparcamiento de detrás del Bed and Breakfast. "¿Me he quedado dormida?"

"Lo hiciste". Se rió entre dientes, frotándole ligeramente el hombro. "Fuera como una luz".

"Sólo hay como tres minutos desde Troy's hasta aquí", objetó ella, pero Kester se limitó a reírse.

"Venga, vamos dentro y podrás desplomarte".

"Eso suena muy bien", suspiró ella, desabrochándose el cinturón.

Dentro, al llegar al mostrador de recepción, el rostro de Angus se cubrió de sonrisas al verlos.

"Empezaba a preocuparme, aunque recibimos una llamada de tu abuela y nos dijo que estabas a salvo. Renee se alegrará de saber que has vuelto".

"Sanos y salvos", asintió Kester. "Tuvimos un poco de aventura. Tamera está un poco divertida, así que voy a acompañarla a la cama. Volveré abajo para contártelo todo".

"Acomódala y pondré el café en el salón".

Subiendo las escaleras, Tamera lanzó una pregunta. "¿Vas a contárselo todo?"

"Mhmm. Vamos a tener que decirle algo a la gente", dijo Kester, abriéndole la puerta y haciéndola pasar. "Tu hermana no va a saber lo más elemental sobre Estados Unidos o la vida aquí, habla con acento y las cosas más insignificantes pueden sobresaltarla".

"Cierto". Se sentó en el extremo de la cama y se quitó los zapatos antes de hundirse en ella.

Kester soltó una risita. "Se te va a descoyuntar la espalda si duermes así".

"Oh". Ella gimió y se incorporó del todo, de modo que su cabeza quedó apoyada en la almohada y sus pies en el colchón. "¿Así está mejor?"

"Mucho". Le echó una manta por encima.

"¿Y qué le decimos a la gente?" murmuró, intentando mantenerse despierta.

"Nos ceñiremos lo más posible a la verdad. Hace poco descubriste que el hombre que creías que era tu padre era en realidad tu padrastro. Habías estado buscando a tu padre biológico y te llegó la noticia de que acababa de morir en Marruecos, dejando otra hija, tu hermana, y te apresuraste a acudir a su lado."

"Eso funcionará". Se esforzó por contener un amplio bostezo, y fracasó.

Kester se rió. "Así será. Iré a encantar a los nativos, mientras duermes".

"Mhmm. Ni-ni", murmuró. Lo último que oyó fue el clic del interruptor de la luz y la puerta cerrándose.

Kester entró en su habitación y, dirigiéndose a la puerta de su balcón, la abrió de un tirón. Al llamar al Cambio, el familiar zumbido y la chispa de la magia llenaron la habitación. Entonces se puso en pie, con la cola agitándose plácidamente. Acariciándose, salió al balcón y se dirigió a la puerta que se abría desde el dormitorio de Tamera. Con los ojos perfectamente adaptados a la oscuridad del interior, la observó dormir durante unos minutos.

Satisfecho, se volvió para observar la fachada de la posada y el bosque que había más allá. Se la habían llevado justo de ese bosque... prácticamente a las puertas de la posada. La ira que había estado conteniendo, que no había tenido tiempo de sentir hasta ahora, surgió. Sus orejas se aplanaron y su cola se movió irritada de un lado a otro mientras merodeaba por el balcón.

Con facilidad, saltó a la barandilla del balcón e inclinó la cabeza para olfatear

inquisitivamente. No percibió olores extraños y levantó la vista para observar los árboles cercanos. Se disponía a saltar a las ramas del roble más cercano, cuando un movimiento en el bosque atrajo su atención. Miró fijamente al grupo de árboles cercanos al aparcamiento, y unos ojos feroces le devolvieron el brillo.

Hermano. La palabra susurró en su cabeza y se detuvo.

Las sombras se agitaron, y dos formas felinas se desprendieron del bosque, emergiendo sobre el césped. Su pelaje grueso y desgredado y sus orejas empenachadas los hicieron reconocibles al instante como gatos monteses, y su columna vertebral se relajó.

Somos Paul y Greg. El Consejo nos ha encomendado la vigilancia de esta posada. Vigilaremos a todas las hembras de caracal hasta que estemos seguros de que todos los machos han sido capturados, le aseguró la voz. *Estos bosques son seguros ahora, nadie podrá pasar de nosotros a Tamera o a su hermana, Layla, cuando llegue.*

Gracias, les dijo Kester, resonando la sinceridad en su voz mental.

Katerina y sus Elegidos nos conocen personalmente. La diversión enhebró la voz del varón. Es probable que nos volvamos a encontrar en la próxima barbacoa. Troy asa un buen filete.

Háblame del reloj de las mujeres. Nadie dijo nada al respecto cuando estuvimos en Marrakech.

No, no lo hicieron. La voz mental del lince pasó de ser la de un tipo despreocupado a algo mucho más peligroso. *Los Consejos no querían que las mujeres se preocuparan por su seguridad además de por todo lo demás, pero no han capturado a los dos hombres implicados que no estaban en el complejo cuando hicimos la redada, y...*

¿Estuviste allí? interrumpió Kester.

Oh, sí, fue la sombría respuesta. Claro que sí, y el resto de mi equipo también. Nos dedicamos a la construcción, explicó. *Cuando salió la convocatoria, nos ofrecimos voluntarios enseguida. Nos subieron al primer avión que salió de La Guardia.*

El gato montés se sentó y, estirando una pata trasera, empezó a acicalarse enérgicamente. *Los Consejos pensaron que las familias de acogida ya tendrían bastante con ayudar a las mujeres y los niños a adaptarse como para preocuparse también por su seguridad. Pensaron que sería mejor una vigilancia subrepticia.*

Kester pensó en decirle a Tamera que algunos de los hombres se habían escapado, y su gato siseó, las orejas echándose hacia atrás para aplastarse contra su cráneo.

Claro que sí. Estarían fuera de sí. De ninguna manera quiero que Tamera lo sepa.

De acuerdo. Así que estamos trabajando, sin miedo. Aun así, la mujer Djinn ha estado en contacto físico con todas y cada una de las mujeres y niños de ese recinto. No hay ningún lugar al que puedan ser llevados en el que ella no pueda encontrarlos.

¿Ah, sí? Eso sí que es interesante. No lo sabía.

Al parecer, es cosa de los Djinn. Así es como el Consejo encontró a Tamera tan rápido y supo lo que le había ocurrido. Aun así, no queremos arriesgarnos a que los hombres lleguen hasta ellas. Ya han sufrido bastante.

De acuerdo, retumbó Kester. Se estiró, arqueando la espalda, y sus garras se clavaron en la barandilla de madera. *Agradezco que tu tripulación esté vigilando. Diles a los chicos que llevaré la cerveza en la próxima barbacoa.*

Sonó la risa de Paul. *De acuerdo. Te lo haremos cumplir.*

Los gatos monteses volvieron a desaparecer entre los árboles y Kester bajó de un salto de la barandilla del balcón. Ahora que sabía que Tamera estaría a salvo, se cambiaría y bajaría a por ese café.

Encontró a Angus sentado junto a la chimenea en uno de los sillones con respaldo de ala. El hombre mayor señaló la silla situada frente a él. "Te he guardado un sitio".

Kester sonrió y echó un vistazo a la habitación, que estaba vacía, aparte del enorme y peludo perro blanco que había sobre la alfombra, con su compañera gatuna encima en su postura habitual.

"Estoy seguro de que Tony y María dieron mucha guerra por ello".

Angus se rió entre dientes e hizo un gesto hacia el aparador que había bajo la ventana delantera. "El café aún está caliente".

"Hallulujah", dijo Kester, sirviéndose una taza y acercándose a tomar asiento. Dio un sorbo apreciativo. "Han sido un par de días infernales".

"¿Algo que deba saber?"

Algo en la voz del anciano puso en alerta a Kester, que lo observó con más atención de la estrictamente educada. Angus estaba tranquilo como siempre, pero había algo en aquellos ojos oscuros como la noche. Ojos sabios, pensó Kester, y se preguntó si aquellos ojos veían más de lo que él había supuesto.

"¿Por qué preguntas eso?" replicó.

"Sé que hay algo diferente entre tu hermana y tú. No sé qué, y no es asunto mío. Entonces llega esta joven, y tiene el mismo algo diferente. Esto no me molesta. Soy viejo y he visto muchas cosas en mi vida. Pero..."

Hizo una pausa, inclinándose hacia delante, con los brazos apoyados en las rodillas y la mirada fija en el rostro de Kester. "Pero entonces empezaron a ocurrir cosas. Primero tengo extraños en mi bosque, y no me parecen muy buenos. Antes de que pueda descubrirlos, Tamera desaparece, los extraños también se van, y tú te largas como la bala de una pistola. Entonces recibo una extraña llamada de una mujer griega en Marruecos, solicitando un bloque de habitaciones, y ahora, tengo más extraños en mi bosque. Aunque éstos tienen una sensación distinta, como si sólo estuvieran aquí para vigilar".

Vaya, pensó Kester. Dejó la taza de café en la mesa auxiliar, junto a la silla, y juntó las manos, apoyando los codos en las rodillas, como hacía Angus. Estudió al anciano en silencio, intentando averiguar qué decir.

Angus se sentó en su silla riendo.

"Veo que te han educado bien. ¿Te ayudaría algo si te dijera que sé de la existencia de los Otros?"

Kester exhaló un suspiro que no había sido consciente de contener hasta entonces. Se pasó una mano por el pelo.

"Claro que sí. No estoy preparado para esto".

Angus asintió. "Te enseñan a no decir nada de lo que eres, y lo entiendo. Normalmente vivo y dejo vivir, pero si hay algún problema, necesito saber de qué se trata. Quizá pueda tomar mis propias medidas".

A cambio de un penique, a cambio de una libra, decidió Kester.

"Mi hermana y yo somos cambiaformas. Y Tamera también. Tamera fue secuestrada por... digamos que unos metamorfos no muy buenos, y llevada a un complejo de Marruecos para ser criada. El Consejo de Cambiantes fue a buscarla, junto con otra docena de mujeres que habían sido mantenidas prisioneras, incluida su hermana, Layla. Algunas de ellas se quedarán aquí, como se acordó contigo; llegarán aquí dentro de unos días, una vez arreglado el papeleo. Para ellos necesitamos el bloque de habitaciones. Ahora mismo hay algunos cambiaformas lince en tu bosque, enviados por nuestro Consejo por si acaso alguno de los hombres del complejo que no

fueron capturados decide pasarse por allí y atrapar a alguien".

"Cambiaformas. Bueno, ahora". El anciano sonaba complacido, acomodándose en su silla. Sus ojos sobre el rostro de Kester eran sagaces. "Así que Tamera se mudó aquí desde Houston y se encontró con vosotros por casualidad.

"Eso parece", convino Kester. "Aunque es algo más complicado que eso. Se quedó huérfana de joven, criada por humanos. No sólo no sabía que era metamorfa, sino que no sabía que existía tal cosa hasta que llegó aquí".

Angus soltó un silbido, largo y grave. "Eso sí que es terrible".

"Estuve con ella la primera vez que cambió. Aún le cuesta ser capaz de invocarlo a voluntad, pero está trabajando duro". Sonrió de repente. "Si de repente ves a una caracal vagando por tu bosque, ten en cuenta que es una invitada de pago".

Angus se rió con facilidad. "Ya veo. ¿Y tú?"

"En mi familia somos Maine Coons", le dijo Kester. "Gatos domésticos".

"Bueno, eso lo explica todo", murmuró Angus, como para sí mismo.

Curioso, Kester observó al viejo posadero. "¿Qué eres?", preguntó. A decir verdad, se moría de curiosidad.

Angus le guiñó un ojo, poniéndole un dedo en la nariz. "Ah", dijo enigmáticamente. "No te preocupes por lo que soy. Digamos que tengo formas de proteger esta posada y a sus huéspedes. Cuando supe lo del acosador de tu hermana, puse salvaguardas alrededor de mi propiedad, pero las retiré en cuanto ella se mudó con su joven. Me ocuparé de volver a ponerlas".

"Los hombres que el Consejo envió para vigilar...", empezó Kester, pero Angus le cortó.

"Deberían quedarse. No interferirán con mis defensas, ni las mías con las suyas. Nunca hay una sola línea de defensa, hijo. Además, sólo están protegidos los que se encuentran dentro de los límites de mi propiedad. Si se alejara aunque sólo fuera un metro de la propiedad, dejaría de estar bajo su protección".

"Ya veo. Kester se aclaró la garganta, sin saber cómo abordar el siguiente tema. "Er.... mi Consejo..."

"Sí, sí". intervino Angus, haciéndole señas con una mano para que guardara silencio. "Tienes que hablarles de mí y de que sé de ti. Querrán investigarme. Pueden enviar a una persona, pero diles que no permitiré que zumben por aquí como moscas".

Kester tuvo que reírse. "Sí, señor. Probablemente será mi abuela, Maroulla. Es la Alcaide regional, la que te llamó desde Marruecos".

"Aún mejor", asintió Angus.

"Tamera y yo cuidaremos de su hermana, Layla", explicó Kester. "La enviarán pronto, antes que a las demás, porque estaba muy ansiosa, temiendo no volver a ver a su nueva hermana".

Angus asintió, comprensivo. "Problemas de confianza".

"Sí. Al mismo tiempo, Katerina y yo solas no podemos hacernos cargo de todo el mundo, así que las familias de cambiaformas locales vendrán mucho, para ayudar a las otras mujeres que vienen y a sus hijos a aclimatarse. Por lo que me han dicho, ya hay una guardería centralizada para las familias de cambiaformas que viven en la zona, y ayudarán a que los niños se pongan al día, para que con el tiempo puedan pasar a la escuela pública. Además, hay una lince que es directora de un banco, vendrá un día y dará una clase sobre cómo gestionar una cuenta bancaria, y todo eso".

Angus enarcó las cejas. "Menuda organización tenéis".

Kester sintió un resplandor de orgullo por su pueblo. "La noticia corrió como la pólvora, y están llegando metamorfos de todas partes con ofertas de ayuda. Adina y Takesha son las otras

dos mujeres que vienen aquí con sus hijos. Lo último que supe es que varias se dirigen a Maine con Maroulla, dos hermanas y sus hijos van al Consejo de Inglaterra y una a El Cairo, Egipto."

El posadero asintió bruscamente. "Renee y yo también haremos lo que podamos. Si tienes necesidad, sólo tienes que pedirlo".

Surgió la gratitud y Kester sonrió. "Gracias".

CAPÍTULO 32



TAMERA TUVO QUE sonreír al ver la cara de su hermana al atravesar las puertas de la Llegada Internacional. Layla tenía los ojos redondos y asombrados, y una expresión conflictiva, que oscilaba entre el placer absoluto y el terror.

Era consciente de la tolerante diversión de Kester, pero no pudo contenerse y dio un respingo, saludando como una loca para llamar la atención de Layla. Al verla, Layla viró en su dirección, haciendo malabarismos con las bolsas y manejando su flamante equipaje de ruedas como una profesional entre la multitud. Al parecer, algunas cosas no necesitaban ser enseñadas, pensó Tamera con una risita interior.

Se abrazaron, besándose las mejillas a la manera tradicional de Oriente Medio, y luego Tamera se apartó para sonreír a su hermana.

"¿Qué te ha parecido volar?"

"¡Oh!" Layla soltó una pequeña carcajada. "Al principio, cuando empezamos a movernos y abandonamos el suelo, tuve mucho miedo. Pero luego, cuando estábamos en el aire, todo era tan diminuto abajo, como las casitas de juguete de un niño, y luego arriba, en las nubes, ¡era tan bonito! Creo que me gustaría volver a volar".

"Veremos qué podemos hacer", dijo Kester, extendiendo la mano para estrechar la de ella. "Deja que coja tu maleta grande. Katerina nos espera fuera, en la acera".

Al abrir la puerta que daba a la calle, se vieron asaltados por sonidos y olores... motores de coches, chirridos de frenos, ecos de bocinas, gritos estridentes y el olor de los tubos de escape de coches, camiones, autobuses y, sobre todo, el olor de los gases de escape de los reactores. Layla retrocedió visiblemente, con los ojos enormes.

"¡Es tan... tan grande!" exclamó.

Tamera se mordió el labio, intercambiando una mirada con Kester. Tras haber vivido toda su vida en Houston, nunca había *dejado de* estar en una gran ciudad hasta que llegó al valle del Hudson. No se había planteado la adaptación que podría suponer para alguien que sólo había conocido un complejo diminuto y aislado en un país del tercer mundo.

"Se hace más grande", dijo Kester alegremente, devolviendo el saludo a Katerina, que estaba aparcada un poco más abajo y les saludaba con la mano. "Ahí está mi hermana".

En pocos minutos tenían las maletas guardadas en el maletero del coche. Kester se sentó delante con Katerina, Tamera con su hermana en el asiento trasero. Layla estaba sentada con la espalda erguida, girando la cabeza a un lado y a otro, aparentemente decidida a no perderse nada.

Por un momento pensó que su hermana iba a desmayarse cuando llegaron a la autopista, de la

pura excitación que se reflejaba en su cara. Pero no duró mucho, ya que al llegar a la autopista el tráfico se paralizó de inmediato y empezó a ralentizarse.

"¿La gente vive así?" se preguntó Layla, mirando por las ventanas.

"Millones", respondió Tamera. "Pero vivimos en el norte del estado de Nueva York. Es sobre todo rural y semirural. No te creerías que estamos a menos de una hora en coche de todo esto".

Layla pareció relajarse cuando dejaron atrás la mancha urbana, aunque sus ojos siguieron abiertos y asombrados mientras continuaban hacia el norte. "¡Es tan verde! exclamó. "¡Y mira los colores de las hojas! Todas naranjas, amarillas y rojas".

"Los colores del otoño", asintió Kester desde delante. "Las empresas turísticas se forran trayendo a gente de todo el país para conducir por las carreteras secundarias y ver el cambio de las hojas".

"Ya veo por qué", respondió Layla, con la sonrisa más natural que Tamera le había visto hasta entonces. "Es precioso".

Cuando salieron de la carretera, Katerina giró la cabeza para mirarlos. "¿Quieres que baje la capota? preguntó. "Habríamos volado en pedazos en la autopista, pero hace una tarde preciosa, te encantarán los aromas de aquí fuera".

"Oh, sí", se entusiasmó Layla. Katerina se apartó a un lado de la carretera y Layla vio, con los ojos muy abiertos, cómo la capota retrocedía y se plegaba en su compartimento, detrás de su asiento.

Se sentó hacia delante con impaciencia cuando Katerina aminoró la marcha y señaló a la derecha. "Ésa es la clínica veterinaria. Troy, mi Elegido, es veterinario allí, al igual que Douglas, a quien conociste en Marrakech".

"Tú también trabajas allí, ¿verdad?" preguntó Layla a Tamera, sin apartar los ojos del edificio de ladrillo cubierto de hiedra que estaba apartado de la carretera.

"Sí. Te traeremos y te daremos una vuelta, si quieres, cuando te hayas instalado".

"¡Oh, sí, me encantaría!"

Tamera no pudo evitar alegrarse por el interés de su hermana.

Cuando entraron en la entrada de la pensión, Layla se quedó mirando la alta y elegante estructura, con la boca abierta.

"¿Voy a vivir aquí? ¿Contigo?"

"Por ahora", aceptó Tamera. "Hasta que... bueno... hasta que Kester y yo resolvamos las cosas".

"Buena respuesta", le dijo, haciéndole un gesto con el pulgar mientras abría la puerta del coche y se deslizaba fuera. "Venga, vamos a instalarte".

Angus estaba en el mostrador y levantó la vista cuando entraron. Su rostro se cubrió de sonrisas y se acercó.

"¡Katerina! Me alegro de volver a verte". Le estrechó la mano y luego miró a la recién llegada, que se encogió un poco detrás de su hermana. "Y tú debes de ser Layla. Bienvenida a Estados Unidos".

"Gracias -tartamudeó un poco Layla, sonrojada.

"Tamera tiene la llave de tu habitación, te hemos alojado en una suite del segundo piso. Está en la parte trasera de la posada -le dijo a Tamera disculpándose-, pero tiene su propio balcón y sigue teniendo vistas al bosque."

Tamera no pudo evitar el pequeño estremecimiento que la recorrió al oír hablar del bosque. Sintió una mano entre las suyas y miró para ver a Kester a su lado.

"Todo irá bien", murmuró. "Ahora es seguro".

Ella sonrió agradecida. "Lo sé".

"Me voy a casa", les dijo Katerina. "El sol es ideal para pintar bajo el gran castaño del prado. Me gustaría trabajar un poco esta tarde. Hasta luego".

"Adiós, hermanita". Kester besó la mejilla de su hermana. "Gracias por venir".

"Sí, gracias, Katerina", dijo Tamera.

"Por supuesto". Sonrió alegremente y saludó con la mano mientras se marchaba.

Tamera tiró de Layla hacia el salón. "¡Ven a ver!"

Cuando le explicó los horarios del desayuno y que había bebidas frías y calientes, así como bocadillos y galletas, Layla arrugó el ceño.

"Pero... ¿entonces no cocinamos nada?"

"Casi siempre cenamos fuera", dijo Kester.

"Pero eso envejece muy rápido", añadió Tamera, arrugando la nariz. "Nos dejamos caer por casa de Katerina y Troy de vez en cuando, y nos invitamos a cenar. Además, siempre hacen una gran barbacoa los sábados o domingos. Vienen todos, Douglas y Jacinth y los niños, y algunos más".

La cara de Layla se iluminó. "Veré a Talya entonces, ¿sí?"

"Por supuesto. Llamaremos para ver cuándo podemos ir a su casa a visitarles, y así podrás conocer a los niños".

"Me gustaría".

Cuando por fin la convencieron de que abandonara el salón, Tamera les llevó una bandeja con tres vasos de limonada, ya que su hermana y Kester tenían equipaje del que ocuparse. Juntos subieron a la suite.

Al abrir la puerta, anunció: "¡Hogar, dulce hogar!".

Layla entró, echando un vistazo a la gran cama de matrimonio, los elegantes muebles, las alfombras de felpa sobre los suelos de madera pulida. Tamera dejó la bandeja de vasos sobre una mesa y cruzó la habitación para empujar una puerta de madera blanca con picaporte de cristal. "Aquí está el baño". Cogió la mano de Layla, sonriendo. "Y por aquí", abrió la puerta del otro lado del cuarto de baño, "Ésta es tu habitación".

Se hizo a un lado, con Kester al hombro, observando cómo Layla se acercaba cautelosamente a la cama.

"¿Qué es? preguntó, observando una caja plana y rectangular que había sobre el colchón como si fuera una serpiente enroscada a punto de atacar.

Tamera reprimió una carcajada. "Es un portátil".

Layla se volvió para mirarla. "¿Un ordenador portátil? ¿Para mí?"

"Sí, para ti. Tenía intención de prepararlo y cargarlo, pero habría significado llegar tarde al aeropuerto, y no quería arriesgarme. Pero esto está cargado... ¡y además es todo tuyo!".

Se acercó a la cómoda y desenchufó el móvil del cargador, volviéndose para entregárselo a su hermana, que lo cogió con fuerza.

"¿Mi propio móvil?"

"Sí". Tamera se sentó en el borde de la cama, tirando de su hermana hacia abajo a su lado. Deslizó el teléfono y le mostró los Contactos.

"Ya estoy aquí, y Kester, y Katerina, y Jacinth. También te conseguiremos el número de Talya. Además, aquí está Maroulla, nuestra Guardiana".

Layla asintió, parecía nerviosa. "Sí. Me ha dicho que la llame todos los viernes. Para que sepa que me va bien". Estudió la lista de contactos. "¿Cómo le envío un mensaje? Todos los que salen en la televisión envían mensajes".

Tamera se inclinó, señalando. "¿Ves ese botón? Se llama icono... ése es para llamar, y ése para enviar mensajes".

Vio cómo su hermana pulsaba el icono de texto y aparecía el pequeño teclado. Layla abrió los ojos de asombro. "Estas letras no están en orden".

"No, así es como está configurado el teclado de una máquina de escribir. Los teclados de ordenador y de móvil son todos iguales. Ya te acostumbrarás. He buscado una aplicación de tutor de mecanografía que pondremos en tu portátil y te ayudará a aprender a teclear".

"¿Puedo enviar mensajes de texto a cualquiera, en cualquier lugar?" Layla parecía dudosa.

Tamera asintió. "Siempre que tengan móvil y envíen mensajes".

"¿Podré enviar mensajes de texto a Abya y Miriam en Inglaterra?"

"Sí, y Yasmeen también, en El Cairo. Los Consejos tendrán una lista, cuando cada uno de vosotros tenga su teléfono, con los números. Pero aseguraos de enviar mensajes de texto a la gente de fuera de Estados Unidos", advirtió. "Las llamadas internacionales son muy caras, pero los mensajes de texto no cuestan nada. Cuando todos os sintáis más cómodos con los teléfonos y los ordenadores, os pondremos un Zoom para que podáis hablar e incluso veros en vídeo".

Layla la miró fijamente. "¿En vídeo? ¿En serio?"

"Por supuesto". Tamera asintió. "Puede que estéis a medio mundo de distancia, pero podéis seguir en contacto todo el tiempo como si estuvierais en la habitación de al lado".

Los ojos de Layla se llenaron de lágrimas. "Gracias", susurró. "Es... es un poco duro estar sola... aunque seáis familia", se apresuró a tranquilizar a Tamera. "Pero los demás... sólo nos hemos tenido el uno al otro, durante tanto tiempo. A través de tantas cosas".

Tamera acarició el largo pelo de su hermana, tranquilizándola. "Lo comprendo. Todo el mundo lo entiende, y queremos que podáis estar todos en contacto. Adina y Takesha y sus hijos llegarán aquí el fin de semana, y Sasha no está tan lejos, en Maine".

"Lejos es relativo", añadió Kester. "En Estados Unidos estamos acostumbrados a las grandes distancias. Está a unas siete horas en coche, pero sólo a poco más de una hora en avión".

"¡Oh!" Layla parecía culpable. "Olvidé decírtelo, y se suponía que debía hacerlo. Es un cambio, que Sasha vendrá aquí, a esta posada, con sus hijos, y Zuni y Samir".

"No pasa nada", la tranquilizó Tamera.

Layla miró un poco insegura de Tamera a Kester. "¿Qué voy a hacer durante el día, mientras tú estás trabajando?"

"Oh, tendrás mucho que hacer", la tranquilizó Tamera. "Aunque me he tomado esta semana libre en el trabajo para pasar algún tiempo contigo, ayudarte a instalarte. Para empezar, necesitas ropa, así que he pensado que podríamos ir al centro comercial y..."

"¿Qué es un centro comercial?" preguntó Layla.

Kester rompió a reír, cayendo sobre la cama.

"Oh, tío", dijo. "Tienes muchos problemas, Tamera".

Ella sonrió y le dio un manotazo. "¡Calla! Te voy a hacer venir para que lleves las cosas al coche".

"Ohhh, ¡estoy enfermo!" Se agarró el medio, fingiendo gemir. "Creo que es el apéndice".

"Idiota", le dijo, y le guiñó un ojo a Layla, que los miraba entre divertida y confusa. "Un centro comercial es un edificio enorme -explicó-, normalmente de al menos dos plantas, lleno de tiendas de todo tipo. Y también algunos restaurantes".

Layla dio un respingo y dejó caer el teléfono cuando zumbó en su mano. Tamera soltó una risita, lo cogió y miró la pantalla.

"¡Oh!" Sonrió y se lo mostró a Layla. "Es un mensaje de texto para ti, de Miriam".

"¡Miriam!" Layla cogió el teléfono con impaciencia, escaneándolo. "¿Qué hago?"

Tamera le enseñó a escribir una respuesta y a enviarla. Con paciencia, guió a Layla para que añadiera a Miriam como contacto.

"Pero acostúmbrate a que te pite el teléfono", dijo Kester, con tono seco. "Imagino que esto es sólo el principio".

CAPÍTULO 33



TAMERA ABRIÓ EL BALCÓN, olfateando con aprecio la brisa vespertina. Le encantaba ese momento de la noche, cuando las luces del sol poniente se desvanecían lo suficiente como para que las estrellas empezaran a titilar. Jacinth había pasado antes por allí con Talya, y habían robado a Layla para pasar la noche. Estaría bien sentarse aquí fuera con Kester, los dos solos.

Salió al balcón y chilló al tropezar con el escabel que había olvidado colocar allí. Se tambaleó y buscó instintivamente la silla cercana para estabilizarse, justo cuando algo pequeño pasó silbando junto a su oído. Se volvió y vio un dardo delgado y emplumado que temblaba en la pared junto a ella.

"¡Kester!", gritó, dejándose caer instintivamente al suelo.

Abajo, intercambiando amistosos saludos con Angus mientras éste servía dos tazas de café, Kester casi dejó caer la cafetera al oír gritar a Tamera. Se volvió, a punto de subir las escaleras, pero la mano de Angus en su brazo lo detuvo.

"Espera".

En ese preciso momento, pareció desatarse el infierno en el bosque cercano. Gritos de pánico resonaron entre los árboles, entremezclados con gruñidos de felinos indignados.

Angus sonrió. "Problema resuelto".

Hizo un gesto, y Kester siguió al posadero hasta el césped, más allá del borde del aparcamiento, desde donde podían ver el bosque que se oscurecía.

Los gritos de pánico se habían convertido en gritos de auxilio. Justo dentro de los árboles, Kester pudo ver a dos hombres en lo que parecían arenas movedizas. Los hombres estaban atrapados en las arenas movedizas, hasta la cintura y hundiéndose rápidamente. Al borde del suelo reblandecido, dos gatos monteses merodeaban, gruñendo y escupiendo. El zumbido de la magia llenó el aire, y dos hombres de aspecto macizo se alzaron donde habían estado los gatos monteses.

"¿Qué demonios?" preguntó uno de ellos con voz desconcertada mientras se ponía rápidamente unos pantalones. "¿Arenas movedizas?"

"¡Socorro! Ayudadnos!" Los hombres atrapados estaban metidos hasta el pecho en las arenas movedizas, agitando los brazos. Kester divisó la boca de un cañón justo cuando se hundía bajo la arena.

Los cambiaformas se agacharon, buscando entre la maleza ramas caídas, y las sostuvieron a través de la arena hasta los hombres atrapados. Kester se apresuró a ayudar.

"¿Paul, supongo?" preguntó al hombre corpulento que tenía aspecto de capataz. Se rió por lo

bajo.

"Sí. Tengo unas esposas en la parte de atrás de mi cinturón, ahí en el suelo, cógelas mientras sacamos a estos tipos de aquí, ¿quieres?".

"Entendido".

No esperó a que sacaran a los hombres de las arenas movedizas. Les puso las esposas en las muñecas mientras aún tenían las piernas atrapadas.

Al volverse, encontró a Tamera a su lado, con la mirada fija en los hombres, hirviendo de ira.

"Estos son los hombres que me llevaron la primera vez. Al menos", enmendó. "Son los dos que estaban en el avión conmigo cuando aterrizamos en Marruecos".

"Bueno, ya no te molestarán más", dijo el otro cambiaformas, arrastrando al primero fuera de las arenas movedizas hasta que quedó tendido jadeando en el suelo. "¿Alguien quiere explicarme por qué hay arenas movedizas en esta parte del país? Por no mencionar que he pasado por este mismo lugar cientos de veces y nunca ha habido arenas movedizas".

"Considéralo una medida de protección", respondió Angus. "No os afectará en nada".

Los metamorfos pusieron en pie a los dos prisioneros, los hombres capturados hoscos y silenciosos.

Kester miró a Angus. "¿De verdad les habrían absorbido esas arenas movedizas?".

No había ni una pizca del humor habitual del anciano en su rostro, y Angus sostuvo con firmeza la mirada de Kester.

"Mi propiedad, mis invitados", dijo con su lento hablar. "Ya secuestraron una vez a un huésped de aquí. No volverá a ocurrir".

"No estoy seguro de que no lo prefirieran, de todos modos, teniendo en cuenta lo que les va a pasar cuando comparezcan ante el Consejo", rumió Paul. "Bueno, nos vamos. Encantado de haberle conocido, Sr. Johnston".

"Igualmente". Sus dientes brillaron blancos contra la piel oscura mientras Angus sonreía, estrechando firmemente la mano de Paul. "Tú y tus hombres sois libres de entrar a tomar un café si necesitáis un descanso de la guardia".

"¿Un descanso?" Tamera levantó la cabeza bruscamente. "¿Todavía vas a estar ahí fuera?".

Paul asintió, de mala gana. "Aún queda uno más, el peor de ellos, Mahmud. Estos dos no son él, y sigue ahí fuera.

Tamera lo miró fijamente, con un escalofrío recorriéndole la espalda. "Atraparon a Mahmoud, allí en el recinto. Le vi esposado".

"Mierda. ¿Nadie te lo ha dicho? De algún modo consiguió escapar antes de que lo sacaran de Marrakech. No sabemos dónde está, pero estamos buscando. No te preocupes. Nadie se arriesgará contigo ni con tu hermana, ni con las demás mujeres y niños. Hasta que se sepa dónde está, velaremos por ti... por todos vosotros".

"Preferiría que no lo supiera Layla", le dijo Kester. "Yo también desearía que no lo supieras. Odio que te preocupes".

"Me preocupé mucho cuando ese maldito dardo tranquilizante pasó zumbando por mi cabeza hace unos minutos". Resoplando de indignación, agarró a Kester de la mano y empezó a caminar de vuelta a la posada, tirando de él con ella.

Podía sentir su diversión.

"Me imaginé que te encenderías en ellos y yo tendría que estar reteniéndote", dijo.

"¿Para qué?" Se encogió de hombros. "No se puede llegar a mentes así. Malgastaría mi aliento y me rebajaría. Es mucho más digno marcharse sin decir una palabra".

"Tienes aquí a una mujer sabia", dijo Angus, poniéndose a su altura. Ella le sonrió.

"Sabes, en realidad no estaba en tu propiedad cuando me tranquilizaron la primera vez".

Kester se detuvo y tiró de ella para que le mirara. "¿No?"

"Bueno, empecé allí. Es decir, cambié justo dentro del bosque. Pero luego... bueno...". Rascó el suelo con la punta del zapato. "He estado leyendo mucho sobre los caracales y viendo vídeos en YouTube, y se supone que los caracales son unos cazadores de pájaros increíbles. Así que pensé en ir a cazar pavos salvajes. Por Renee".

Angus mantuvo el rostro sobrio, pero sus labios se crisparon. "¿Para Renee?", preguntó.

"Pues sí. Pensé que si podía pescar uno, ella podría congelarlo por ahora, y luego cocinarlo para esa gran cena de Acción de Gracias que está haciendo para todo el mundo."

Angus se echó a reír. "Así que has saltado el muro de piedra que es la frontera de mi tierra, y has ido más lejos".

Ella asintió, riéndose ante la expresión de Kester. "¿Qué? ¡Me estaba divirtiendo!"

Parecía esforzarse por divertirse. "Lo sé. Es sólo que... aquí estás, sin haber sabido nada de cambiaformas en toda tu vida hasta que aterrizaste aquí, y ahora sales a cazar pavos salvajes".

Sus ojos brillaban de diversión. "¿Quieres venir conmigo la próxima vez que salga?"

Se rió y la abrazó. "¡Claro que sí! No quiero perderme la oportunidad de ver a tu caracal en acción".

Angus sacudió la cabeza con fingida tristeza. "En mis tiempos, llevábamos a las citas a cenar y al cine. Ahora os convertís en gatos y salís a cazar pavos".



A LA MAÑANA SIGUIENTE, mientras Tamera salía de la ducha y se frotaba el pelo con una de las grandes toallas de felpa que le habían proporcionado en la posada, sonó su teléfono. Envolviéndose apresuradamente en la toalla, corrió al dormitorio y cogió el teléfono de la mesilla.

"¿Hola?", preguntó un poco sin aliento.

"Buenos días, Tamera. Ésta es Maroulla".

"¡Ah, sí!" Puso el teléfono en el altavoz para poder secarse y vestirse mientras hablaban. "¿Qué pasa?"

"¿Puedes coger a Layla y bajar? Estoy aquí en la posada, en el salón, y Christopher está conmigo".

Tamera se detuvo mientras se abrochaba la blusa, parpadeando ante el teléfono. La aprensión le subió por la espalda y tragó saliva. "Um, vale. Voy a vestirme, bajamos enseguida".

Deslizó el teléfono para finalizar la llamada y fue a llamar a la puerta de la habitación de su hermana. "¿Layla?"

La puerta se abrió y Layla la saludó con una sonrisa radiante. "He estado en Amazon mirando libros. Hay tantos tipos de libros, ¡nunca lo habría imaginado!".

Tamera sonrió. "Sí, no me digas. Después de oírte hablar de los libros que tengo en mi habitación, te he pedido un Kindle. Son mucho más baratos que los libros de bolsillo y puedes leerlos al instante. Haz una lista de los libros que quieres leer y, cuando llegue el Kindle, te enseñaré a cargarlos".

Layla la miró insegura. "¿Qué es un Kindle?"

"Ah, claro". Tamera se pasó los dedos por el pelo. "Luego te explicaré lo de Kindle y los libros electrónicos, pero ahora tenemos que bajar a la sala. Maroulla está aquí y quiere hablar con nosotros. Kester también. Ya está abajo".

"Sí, de acuerdo. Deja que me ponga los zapatos".

Un momento después estaban bajando la escalera. Al llegar al vestíbulo, Tamera respiró hondo y entró en el salón. Kester estaba sentado con Maroulla junto a la chimenea, donde crepitaba alegremente una hoguera. Maroulla sonrió cuando se acercaron, señalando el grupo de sillones agrupados.

"Buenos días a los dos, queridos. Por favor, sentaos y Christopher os traerá algo caliente para beber".

"Chocolate caliente para mí", le dijo Tamera a Kester.

"Tomaré té. Dulce, por favor". Layla eligió una silla cerca de la chimenea. "Es muy extraño que pueda hacer tanto calor y de repente haga frío".

"Me han dicho que éste es el tiempo habitual en esta época del año. Hemos tenido lo que se llama un Verano Indio -explicó Tamera mientras Kester cruzaba al otro extremo de la sala, donde estaban dispuestas las bebidas para los huéspedes de la posada-. "Es un periodo de tiempo inusualmente cálido y seco que a veces ocurre en otoño. Supongo que llega rápido y termina rápido. De hecho, nevó la semana pasada, justo antes de que me secuestraran".

"Aquí tenéis". Kester les entregó a cada uno una taza humeante y volvió a sentarse en el sofá bajo junto a su abuela.

"También he llamado a Katerina", dijo Maroulla. "No tardará en llegar".

Mientras hablaba, la puerta principal se abrió, enviando una ráfaga de aire frío a la habitación. Katerina entró, con los rizos despeinados por el viento.

"Hola a todos". Se quitó el ligero abrigo que llevaba y fue a dejar caer un beso en la mejilla de Maroulla. "*Kalimera*", saludó. "Buenos días".

"*Kalimera*", respondió Maroulla sonriendo a su nieta.

Katerina se dejó caer en uno de los sillones. "¿Qué pasa? Supongo que es algo importante, supuse que querías volver a casa, a Bangor, en cuanto aterrizaras".

"Es importante", admitió Maroulla, con una amable inclinación de cabeza. "Pero necesitaba traer aquí a Sasha y a sus hijos para que se quedaran unos días antes de dirigirnos al norte. Parece que aún quedan algunos cabos sueltos por atar, así que los acompañé hasta aquí. Ese joven, Martin, les está acompañando ahora a sus habitaciones en el piso de arriba. Sin embargo, también deseaba contarte yo mismo, y en confianza, los últimos acontecimientos. Los demás siguen con el jet-lag y agotados, y además tienen que lidiar con niños pequeños. No necesitan más en este momento".

Tamera y Layla parecían claramente aprensivas, y se cogieron de la mano. "¿Qué pasa?" preguntó Tamera.

"Quería decirte que esos hombres que detuvieron ayer aquí fueron persuadidos para que nos dieran la localización de Mahmoud. Han estado alojados en una cabaña en las montañas. No legalmente", añadió secamente. "Encontraron una cabaña vacía y entraron. Nuestra gente encontró la cabaña, pero Mahmoud no estaba allí. Es crucial que permanezcas alerta por ahora, aunque, como ahora sabemos, la propiedad de aquí te protegerá. Aun así, cuando salgas de la posada, ten cuidado. El lado positivo es que sonrió. "En la cabaña detuvimos a otros tres de los hombres del complejo de Marruecos que no estaban allí cuando rescatamos a las mujeres. Por lo que sabemos, aparte de Mahmoud, éste es el último de los culpables".

Tamera se estremeció de alivio y tendió una mano a su hermana, que la estrechó con fuerza.

"¿Qué les ocurrirá?" aventuró Layla.

"Se decidió no seguir adelante con una audiencia. El objetivo de una vista es presentar las circunstancias y las pruebas al Consejo, pero con los acontecimientos que se han producido, todo

el mundo está al corriente de ellos. Los hombres implicados serán encarcelados...".

"¡Espera!" Tamera levantó una mano. "¿Una prisión? ¿Una cárcel de verdad? ¿No el santuario de vida salvaje al que enviaron a Beatrice?"

"Olvidé que no nos conocías hasta hace poco", se disculpó Maroulla. "Sí, tenemos una especie de prisión, anexa al santuario de animales salvajes. Los reclusos cuidan allí de los animales con collar. Les dan de comer, limpian las jaulas, etc."

"Está protegida mágicamente", añadió Kester. "Por magos expertos. No es posible escapar".

Maroulla asintió. "Además, dada la habilidad demostrada por Mahmoud para escapar y evadirse, los djinn han accedido a añadir su propia magia para reforzar los cercos que rodean la prisión. Sin embargo -se enderezó en su silla-. "Te aseguro que, en el caso de Mahmoud, esta protección adicional es completamente innecesaria. Por sus crímenes, Mahmoud ha sido condenado a una vida solitaria en una celda.

Tamera se estremeció, recordando su propia estancia en una habitación pequeña. "¡Su animal se volverá loco!"

"A su tiempo". Maroulla asintió con una leve sonrisa. "Con el tiempo, ya no podrá controlar a su gato. Se apoderará de él y se convertirá en un pícaro. En ese momento, le pondrán un collar y lo trasladarán al santuario".

"Espero que tarde mucho tiempo", dijo Layla, con expresión feroz. "Espero que tarde años, y que él sepa que llegará y que no tiene elección, ni escapatoria. Espero que sienta la inevitabilidad de su destino en cada momento en que esté despierto".

Tamera tragó saliva y Katerina se inclinó hacia delante para poner su mano sobre la de Tamera.

"Es duro, sí", dijo ella, con comprensión en su voz, en sus ojos dorados. "Recuerda que no somos totalmente humanos. Nuestro lado animal tiene una mentalidad instintiva de matar o morir. El animal que hay en nosotros debe estar satisfecho de que se haya hecho verdadera justicia, de acuerdo con la enormidad del crimen".

"Mi caracal se revuelca ronroneando dentro de mí", admitió Tamera.

"Es duro". Los labios de Maroulla se apretaron. "Intencionadamente. El castigo se acordó por unanimidad. Lo que se hizo allí en Marruecos fue... inhumano e inexcusable. Hemos hecho correr la voz de que necesitamos la ayuda de todos los metamorfos que podamos tener en el campo de la psicología. Todas las mujeres necesitarán asesoramiento a largo plazo, así como los niños mayores. Eso significa que necesitamos encontrar terapeutas que puedan viajar con frecuencia, o incluso trasladarse".

Sonrió de repente a Katerina. "Tu amistad con el Djinn, Jacinto, ha tenido consecuencias inesperadas. Hacía cientos de años que no teníamos tanta interacción con Otros ajenos a la comunidad de cambiaformas. Jacinto se ha ofrecido, con permiso del Consejo de Djinn, a proporcionarnos amuletos de transporte, que permitirán a un terapeuta... ¿Supongo que el término moderno sería teletransportarse?".

Miró inquisitivamente a Kester, que asintió. Continuó. "Sí, para teletransportarse, pues, de un lado a otro entre su casa y sus pacientes".

Katerina parecía envidiosa. "Ojalá yo pudiera hacer eso".

Kester sonrió a su hermana. "Ya lo creo".

Le sacó la lengua.

"Niños", dijo Maroulla en tono de advertencia. Se volvió hacia Tamera y Layla. "Os pido disculpas por mis nietos. Cualquiera diría que vuelven a tener cinco años".

Tamera se rió. "Deberías verlos cuando están juntos en su forma gatuna. La piel vuela...

¡literalmente!".

Se dio cuenta de que Layla empezaba a parecer un poco abrumada, sus ojos tenían una mirada de ligero pánico.

"Iba a llevar a Layla a desayunar y luego a comprar ropa", le dijo a Maroulla, con la esperanza de poner fin a la reunión, pero sin querer ser grosera.

"Ah, sí". La mujer mayor cogió el maletín que había en el suelo, junto a su silla, y rebuscó en él un momento. Sacó una tarjeta bancaria y se la entregó a Layla, que la cogió con cara de confusión.

"Hemos abierto una cuenta bancaria para cada una de vosotras", explicó Maroulla. "Tendrás que llevarla a una sucursal local, Tamera, y hacer que firme un formulario de firma".

Tamera la miró sin comprender. "¿Cómo abriste la cuenta sin que ella estuviera allí y sin su firma?".

Maroulla se limitó a sonreír. "Tenemos nuestras costumbres. Pues bien. De los fondos inmediatamente disponibles de las cuentas de Mahmoud y sus hombres, hemos dispuesto que se reparta una suma global entre las mujeres y los pocos hombres considerados no culpables, como Zuni, el hijo de Sasha. Por ahora, se mantiene en un fideicomiso mientras arreglamos las cosas y cobramos las diversas acciones, así como la venta del complejo, los vehículos, etc. Hemos depositado una cantidad inicial de arranque en tu cuenta. Recibirás un estipendio cada mes, inicialmente durante tres meses. Esto os da a todos un tiempo para aclimataros a vuestras nuevas vidas, y nos da a nosotros, el Consejo, un respiro para averiguar qué se necesitará a largo plazo y formular un plan."

Los dedos de Layla aferraron la tarjeta y se quedaron mirando el rectángulo de plástico, con su nombre impreso en letras mayúsculas. Levantó los ojos asustada hacia Maroulla. "No sé administrar el dinero", balbuceó. "Y sólo he visto bancos en las películas".

"Yo te ayudaré", tranquilizó Tamera a su hermana. "Te enseñaré y estaré ahí en cada paso del camino".

Kester hizo una mueca. "Ha habido tantas cosas de las que ocuparme que se me olvidó decírtelo. Lydia -es la mujer de uno de los albañiles que trabajan en el granero de Troy- es directora de banco. Se ha ofrecido voluntaria para venir una tarde de la semana que viene, después de que todos se hayan asentado un poco, y enseñarles las cuentas bancarias... cheques, tarjetas bancarias, tarjetas de crédito, ahorros."

"Es una buena idea", aprobó Maroulla.

"También sugiere que se queden con las tarjetas bancarias y eviten por ahora todo el asunto de los talonarios de cheques. De todas formas, ya nadie utiliza cheques", concluyó.

Maroulla asintió y sonrió a Layla, que volvía a estar nerviosa. "Todos estáis en el mismo barco -la tranquilizó-. "Todos tendrán la ayuda que necesiten, te lo aseguro. Y ésa es otra razón por la que volveremos a evaluar las cosas dentro de tres meses".

"Pero no compres *todos los* libros en Amazon", se burló Tamera. "No tenemos sitio para ponerlos todos".

Layla se rió, un poco temblorosa. "No, no haré eso. Voy a... ¿cómo lo has dicho? ...cargaré este Kindle que me vas a regalar. Pero me gustará tener mi propio dinero y no depender de ti para cada pequeña cosa".

"No me importa comprarte cosas", dijo Tamera con fiereza, cogiendo la mano de su hermana y apretándola con fuerza. "Eres mi hermana, mi familia, y yo nunca había tenido una familia. Siempre estuve sola y pensé que siempre lo estaría. *Me encanta* comprarte cosas".

Maroulla se levantó de su asiento. "Os dejo con vuestras compras, entonces. Ambos tenéis mi

número, no dudéis en llamarme si tenéis algún problema o alguna pregunta que Christopher o Katerina no puedan responder. Ahora me dirijo a visitar a Melanthe y a ver a mis bisnietas".

"Muchas gracias", dijo Tamera, poniéndose cortésmente en pie y sonriendo a la mujer mayor en señal de gratitud. "Que tengas una visita maravillosa".

"Volveré a verte pronto", prometió Maroulla, con aire bastante misterioso.

"Te acompaño al coche, YiaYia", dijo Kester, y juntos se marcharon.

"¿Otra vez pronto?" repitió Tamera, mirando inquisitivamente a Katerina. "Eso ha sonado siniestro".

Su amiga frunció el ceño. "Sí, así es. Es más, creía que Sasha y su familia iban directamente a Maine desde Marruecos".

"Eso es lo que yo también pensaba. Veamos si Kester sabe algo más".

Sin embargo, cuando volvió de despedir a su abuela, negó tener conocimiento de lo que ocurría. "Pero ya conoces a YiaYia. Cuando ella quiera que lo sepamos, nos lo dirá".

Tenían que conformarse con eso.

CAPÍTULO 34



EL AMBIENTE EN el comedor era tenso, mientras todos tomaban asiento alrededor de la mesa de hojas abatibles que normalmente se utilizaba para los refrigerios de las veinticuatro horas, pero que ahora se ponía en servicio para esta reunión. Maroulla había llegado hacia las diez de la mañana y había pedido perentoriamente a todos que se reunieran en el comedor de la posada.

Tamera estaba sentada junto a su hermana, Layla, y a su otro lado estaba la adolescente Talya, que agarraba con fuerza la mano de Jacinth. Al otro lado de la mesa, Adina y Takesha parecían igualmente nerviosas. Sasha se sentó entre sus dos hijos mayores, Zuni y Samir. Las risas de los niños entraban por la ventana abierta que daba al jardín delantero, donde Katerina y Kester cuidaban de los más pequeños.

Maroulla entró con paso firme, pero fue la mujer que estaba a su lado la que atrajo las miradas de todos. Tamera se esforzó por no mirar, pero le resultó difícil. En un arrebato de súbita comprensión, se dio cuenta de que aquella mujer tenía que ser uno de los raros dragones legendarios, pero muy reales, de los que le habían hablado. Aunque no se había formado ninguna idea en la cabeza de cómo sería un dragón en forma humana, aquello distaba mucho de lo que había imaginado, si hubiera pensado en ello. Alta e imposiblemente delgada, la mujer dragón tenía la piel pálida como la leche y el pelo largo, liso y plateado. Tamera observó que sus ojos eran de distintos colores: uno plateado y el otro violeta. Un aura sutil de magia se aferraba a ella, y su mirada directa era extrañamente cautivadora.

"Buenos días", les saludó Maroulla. "Gracias a todos por acompañarnos en esta reunión. Me gustaría que conocierais a Kaylee, que ha venido especialmente para escuchar vuestras experiencias en el complejo de Marruecos".

"¡Kaylee!"

Tamera se volvió cuando Jacinth se puso en pie, corriendo hacia la mujer más alta. Se abrazaron, riendo, e intercambiaron besos al aire. Kaylee se echó hacia atrás, sonriendo, y acarició la mejilla de Jacinth.

"Estás estupenda. Veo que tener un Elegido te ha sentado bien".

"¿Te quedarás y vendrás a cenar con nosotros?" preguntó Jacinth. "Quiero que conozcas a Douglas y a los niños".

Miró a su alrededor y señaló a Talya. "Y ésta es la nueva miembro de nuestra familia, Talya. Fue una de las nacidas en el recinto marroquí, y ha venido a vivir con Douglas y conmigo".

Talya tragó saliva, nerviosa, y parecía querer desaparecer en el suelo. Un momento después, una bola blanca de pelo salió de debajo del sofá y saltó al regazo de la muchacha.

Talya parecía sobresaltada, pero sus manos subieron instintivamente para acariciar al gatito. "¡Lacey!" Miró a Jacinto. "No sabía que la habías traído".

Jacynth miraba al gatito con los párpados entrecerrados. "No lo sabía. Debí de meterse en mi bolso y no me di cuenta".

El gatito ronroneó, amasando el regazo de Talya, y la niña soltó una risita, inclinándose para acariciar el suave pelaje. Jacynth volvió a sentarse junto a Talya, y Kaylee se sentó a su lado.

Kaylee miró alrededor de la mesa, sonriendo suavemente al establecer contacto visual con cada una de las mujeres presentes.

"No es nuestro deseo causarte angustia". La voz de Kaylee tenía un acento extraño, casi cadencioso. A Tamera le pareció que el efecto era relajante, incluso tranquilizador, y notó que la tensión de la sala parecía disminuir. "Sin embargo, es muy importante tener una idea clara de lo ocurrido antes de dictar sentencia contra los hombres implicados".

"Yo iré primero", habló Sasha, "ya que soy la mujer de más edad que queda, y la que llevaba más tiempo allí".

Hizo una pausa, con los hombros un poco caídos. Su hijo mayor, Zuni, se inclinó hacia ella, murmurando su apoyo.

"Yo estaba recién casada, vivía en California, cuando Stephen vino por primera vez. Mi marido, Mario, también era un caracal. Stephen abogó por salvar a los cambiadores de caracal, pues quedaban muy pocos y estaban dispersos por todo el mundo. Había fundado este complejo en Marruecos con otros pocos metamorfos de caracal, con la idea de reunir a los metamorfos de caracal para que vivieran juntos y se apoyaran mutuamente. Parecía una buena idea, razonable, y mi marido y yo aceptamos ir. Yo era una novia joven, Mario mucho mayor que yo, pero éramos felices juntos. Al principio las cosas fueron bien. Me quedé embarazada y tuve a Zuni".

Sonrió al joven que tenía a su lado.

"Estos dos son tus hijos, ¿verdad?". preguntó Kaylee, con un tono suave que invitaba a la confidencia.

"Sí, Zuni, aquí presente, tiene veinticuatro años, y Samir dieciséis. Tengo otro hijo, Ahmed, de doce años, y mi hija, Aisha, de catorce meses".

"Ya veo. Por favor, continúa", invitó Kaylee.

Sasha asintió, respirando hondo. "Mario padecía del corazón y me lo arrebataron unos años después de nuestra llegada. Fue entonces cuando me dijeron que no podía marcharme. Mario y yo habíamos vivido en una casa separada en el recinto. Me trasladaron a la casa de las mujeres, y fue entonces cuando me enteré de que habían estado secuestrando y obligando a reproducirse a otras mujeres caracales." Tragó saliva. "Me obligaron a aparearme, primero con Stephen... por aquel entonces se hacía llamar Mahmoud... y con varios otros de los machos durante los años siguientes".

"Cuando Zuni tenía doce años, lo trasladaron a la casa principal, donde vivían los hombres, para *educarlo*", dijo con amargura. "Adoctrinado, más bien. Temía por él, pero rara vez me permitían visitarle sin que estuviera presente otro de los varones".

Las otras mujeres asentían, pues su historia se hacía eco de la suya.

"A los niños que vivían hasta los doce años siempre nos los quitaban para que vivieran con los hombres", confirmó Adina.

"Pero no todos vivieron hasta los doce años", incitó Kaylee. Durante todo el relato, su rostro había permanecido inexpresivo, aunque Tamera observó que de vez en cuando parpadeaban pequeñas llamaradas en sus ojos.

Se hizo el silencio, mientras las mujeres se miraban a la mesa, las unas a las otras, la lucha

por contener su pena, su rabia, clara.

"¡Oh!"

Ante la exclamación sobresaltada, todos miraron a Sasha, que observaba con cierta consternación al gatito que tenía en el regazo. Lacey amasó, mirando seráficamente a la mujer y parpadeando lentamente como hacen los gatos. Sasha extendió las manos hacia un lado.

"¿Qué hago?", preguntó impotente. "Yo... nunca había tocado a un gato. Nunca nos permitieron tener mascotas".

Jacinto se rió suavemente. "Sólo acaricia su pelaje... acaricia a lo largo de la columna desde el cuello hasta la espalda, o frótale la frente, eso le gusta".

Sasha obedeció con cierta cautela, y su rostro se dibujó en una sonrisa. "¡Es tan suave! Tan sedosa".

Se hizo audible un ronroneo retumbante, y las demás mujeres torcieron la cabeza para mirar, con aparente asombro.

"¡Está ronroneando!"

Tamera observó cómo Kaylee y Jacinth intercambiaban una tranquila mirada de satisfacción, y se preguntó si la presencia de Lacey en la posada era tan accidental como afirmaba Jacinth. La tensión en la habitación había disminuido definitivamente, las mujeres estaban relajadas y sonreían mientras se pasaban a la gatita de regazo en regazo.

"¿Qué tal si tomamos todos un té?" sugirió Jacinth. Sonrió ante el coro de asentimientos en torno a la mesa. Agitando una mano despreocupada, hizo aparecer humeantes tazas de té, junto con tazas, cucharas, nata y azúcar. Todos se afanaron en preparar el té a su gusto.

Kaylee esperó a que todos se sentaran con sus bebidas antes de volver a centrar su atención en el asunto que tenían entre manos.

"¿Qué puedes decirme de los chicos que desaparecieron?"

Zuni cuadró los hombros. "Se los llevaban por la noche", dijo, con mirada feroz mientras miraba desafiante a Kaylee. "Si Mahmoud no los consideraba *dignos* de criar, de continuar la línea del caracal, los llevaban al desierto en pleno verano y los dejaban allí para que murieran bajo el sol. Mi madre perdió siete hijos a manos de ese bastardo".

"Y a mi madre", añadió Talya furiosa. "Se llevaron a mi madre, porque se hizo demasiado vieja para tener más hijos. Se la llevaron por la noche, igual que a los chicos. También perdí a tres hermanos a manos de ellos".

"Mi madre habría sido la siguiente", dijo Zuni.

Sasha asintió en señal de confirmación. "Me he vuelto demasiado vieja para tener hijos, hace meses que no tengo flujo. Cada noche del último año he vivido con el temor de que vinieran a por mí, a llevarme".

Maroulla golpeó con los dedos la superficie de madera de la mesa, pensativa. "¿Sabes qué fue realmente de las mujeres? Si las dejaron en el desierto, seguro que de adultas podrían haber cambiado y encontrado el camino a una ciudad".

"Supongo que es posible", dijo Sasha, aunque su duda era evidente. "Pero éramos prescindibles, una vez que nuestra utilidad desapareció. ¿Por qué nos habrían perdonado? Además, podríamos contar a los demás lo que estaba ocurriendo, y traer ayuda".

"Sé que lo haría", habló Layla con fiereza. "Si me liberara, habría ido a buscar a todos los policías que encontrara y los habría traído para que me ayudaran. Puede que nunca hubiera salido de los muros del recinto, pero sigo sabiendo que estuvo mal, y seguramente tuvo que ser contrario a la ley."

De nuevo, hubo un coro de asentimientos alrededor de la mesa.

"También perdimos niñas, aunque no en el desierto", dijo Adina. Era la más tímida de todos, pero las palabras parecían brotar de ella.

Curiosamente, observó Tamera, Lacey estaba en ese momento en el regazo de Adina, dedicándole cariñosos parpadeos mientras la gatita se acurrucaba en sus brazos.

"Nunca se nos permitía ir al médico ni al hospital. Si enfermábamos, mejorábamos o moríamos. Mis hijas Noura y Aisha murieron al dar a luz. Noura sólo tenía dieciséis años".

"No iba a dejar que me tocara", confesó Talya, con mirada feroz. "Iba a Cambiar y a quedarme como mi caracal, me hicieran lo que me hicieran".

"¿Él?" preguntó Maroulla. "¿Cuál de los hombres?"

"Mahmud, por supuesto", contestó Talya con facilidad, con cara de pocos amigos. "Al menos, al principio".

"Mahmoud siempre era el primero", dijo Adina, con la voz empapada de disgusto. "Le gustaba utilizar a las mujeres siempre que quería, pero siempre era el primero para alguien traído al recinto, o que había alcanzado la edad de procrear".

Sasha se hizo eco del disgusto. "Ni siquiera se llamaba Mahmoud. Era Stephen, cuando todo empezó. A los hombres, cuando se alistaron, se les exigió que adoptaran un nombre africano o árabe, él insistió en ello. No creo que ninguno de ellos fuera realmente de origen africano o árabe. Todos eran hombres blancos".

Kaylee pareció suspirar. "Sí. Habría sido su forma de aislar a los recién llegados del mundo exterior, empezando a aislarlos de su antigua vida. Esta estrategia, ha sido eficaz en muchos casos de abuso".

"Tampoco se nos permitía poner nombre a nuestros hijos", añadió Takesha. "Los hombres elegían los nombres cuando nacían los bebés".

Maroulla cogió el maletín que había dejado en el suelo a su lado y sacó una carpeta, pasándosela a Sasha.

"Estos son los hombres que tenemos ahora bajo custodia. ¿Puedes echar un vistazo y decirme con cuáles te obligaron a estar?"

Sasha abrió la carpeta, hojeando las páginas, deteniéndose de vez en cuando. "M'buto", era la mano derecha de Mahmoud. Y éste de aquí, Nabil. Y este hombre, y esto".

Una a una, las mujeres revisaron la carpeta, nombrando a sus compañeros forzosos.

"Había varios más", dijo Adina. "Quizá aún no los tengas a todos. Aunque dos de ellos llevaban tiempo fuera del recinto. Uno, sólo cuestión de semanas".

"Así es. Adnan", dijo Takesha. "Sólo tenía unos veinte años. Le recuerdo, nació en el recinto, aunque su madre murió hace algunos años".

"Los hombres desaparecían de vez en cuando", dijo Sasha. "Nunca supimos por qué, claro. ¿Quizá rompieron con Mahmud y se marcharon?"

Samir, el hijo menor de Sasha, tomó la palabra. "Puedo decírtelo. Adnan salía con una chica de uno de los pueblos cercanos. Creo que una noche le pillaron escabulléndose para verla. Le vi, le golpearon. Luego se fue, no volví a verle".

Vaciló, mirando a su hermano Zuni, que asintió con la cabeza en señal de ánimo. "Tampoco secuestraron sólo a mujeres. Trajeron a un hombre el mes pasado. Era francés, creo. Al menos, hablaba francés. Se peleaba y lo encerraron en una habitación. Me encargaron que le llevara la comida. Mahmoud entraba, y Nabil, e intentaban hablar con él, pero él sólo se enfurecía con ellos. Pero por la noche, cuando estaba solo, le oía llorar y decir el nombre de una mujer. Tenía el corazón roto".

"Creemos que tal vez estaba casado con una mujer humana, y Mahmoud hizo que la

mataran", retomó el relato Zuni. "Llevaba un anillo de casado. Cuando Samir vino a hablarme de él, intenté hablarle, pero sólo se apartaba. Al cabo de un tiempo, empezó a cambiar cada vez que Mahmoud o cualquiera de los otros hombres se acercaba a donde lo tenían retenido y, finalmente, se quedó siempre en su forma animal. Entonces, la semana pasada, desapareció. Creo que lo mataron. No había forma de que escapara, la habitación estaba cerrada por fuera y las ventanas tenían barrotes".

Samir se quedó mirando la mesa, parecía incómodo. "Lo he conseguido".

Todos le miraron fijamente. "¿Qué has hecho?" preguntó Maroulla.

El color subió por el cuello del muchacho. "Le dejé marchar. Mahmoud se había ido de viaje... ¿quizá cuando fue a América a buscar a Tamera? Así que una noche, mientras todos dormían, entré a hurtadillas, desbloqueé la puerta y le dejé salir. Estaba en su forma de caracal, por lo que supe que podía llegar a una ciudad o algo por su cuenta. Le pedí que nos enviara ayuda. Le hablé de nuestra madre, de las otras mujeres. Lo que estaba ocurriendo".

Se encogió de hombros torpemente. "Cuando los demás metamorfos aparecieron en el complejo para rescatarnos, pensé que tal vez te había enviado a ti".

Sasha se inclinó sobre él para abrazarlo, tirando de él en un estrecho abrazo. Le besó la frente. "Estoy muy orgullosa de ti, hijo mío".

"Puede que aún esté volviendo a casa", dijo Maroulla secamente. "No sabría en quién confiar... desde luego, no se arriesgaría a ponerse en contacto con el Alcaide marroquí, aunque supiera cómo hacerlo. Correremos la voz de que le vigilen y le ayuden a volver a casa".

Tamera se revolvió, se inclinó más hacia su hermana y le dio un codazo con un hombro. "Layla, has estado muy callada".

Layla se encogió de hombros, con los ojos tristes. "No hay nada más que decir. Me ocurre lo mismo que a las demás. Los hombres que nos obligan a llevar a sus hijos. Nuestros hijos arrebatados. Amigas e hijas que enferman y mueren por falta de cuidados".

"Pero para ti fue diferente, si no recuerdo mal". preguntó Maroulla a Takesha con suavidad.

La joven miró a Zuni desde la mesa y luego se apartó rápidamente. "Sí. Aborté dos veces, al principio. Luego me emparejaron con Zuni. Yo... él..."

Se interrumpió, con el rostro carmesí.

"Me preocupo por ella", intervino Zuni con firmeza. Mantenía la cabeza alta, como si se atreviera a objetar. "Crecimos juntos, fuimos amigos de niños. Odiaba lo que ya le habían hecho, lo que les habían hecho a todos. No quería obligarla. No quería formar parte de aquello. Así que ella venía a mi habitación por la noche, como era preceptivo, y simplemente dormíamos. Pero entonces..."

Takesha le hizo callar y volvió la mirada hacia Kaylee, que había permanecido atenta pero en silencio. "Fue decisión mía. Sabía que si no me quedaba embarazada, me asignarían a otra persona. Me sentí segura con Zuni, me dejó claro lo que sentía por mí y me trató como algo valioso. No como esos otros. Así que... hicimos un bebé. Un hijo". Sus ojos se llenaron de lágrimas. "Y a él también se lo llevaron".

Zuni lanzó una mirada interrogativa a Maroulla, que ahora asintió, echando un vistazo a su teléfono y sonriendo. "Los tenemos", le dijo.

Cerró los ojos un momento y luego respiró hondo, estremeciéndose. Echó un vistazo a la mesa y su mirada se posó en Takesha.

"Había estado escuchando atentamente, espiando a los hombres mayores, sobre todo a Mahmud y a sus matones, N'buto y Nabil. En agosto, cuando se llevaron a nuestro hijo por la noche, yo estaba preparada. Cambié a mi caracal y me escondí en la parte trasera del camión

mientras se dirigían al desierto. Mientras sacaban a los chicos del camión, yo también me escabullí, y cuando los hombres se marcharon, llevé a los chicos a una zona protegida mientras yo iba en busca de ayuda. Había comprado un teléfono... creo que los llaman, ¿teléfono desechable? ...y lo metí en una bolsa que podía llevar como mi caracal. Llamé a un amigo que había hecho en Marrakech. Vino a buscar a los chicos y los ha mantenido a salvo mientras yo trabajaba para sacar a Takesha de allí".

Un grito ahogado recorrió la mesa y Takesha se tapó la boca con ambas manos.

"¿Está vivo? ¿Nuestro pequeño Rashid?"

Adina rompió a llorar. "¿Y el mío? A mi hijo se lo llevaron aquella misma noche".

"Como la mía". Layla temblaba y estaba pálida.

Zuni asintió. "Los tres. Maroulla me pidió que no dijera nada, mientras se ponían en contacto con mi amigo y cogían a los chicos".

"Ahora están en un avión", confirmó Maroulla, sonriendo. "Llegarán mañana por la mañana".

"Está vivo", susurró Layla. Miró a Tamera, con los ojos muy abiertos y brillantes. "Mi Yousuf está vivo".

Tamera la abrazó con fuerza. "¡Es maravilloso!" Sonrió. "Tendremos que decirles a Angus y a Renee que necesitaremos más camas".

Adina tsk'd. "No, no lo haremos. De ninguna manera voy a soltar a mi hijo de mis brazos".

Layla asintió fervientemente, al igual que Takesha.

"Siento haber tenido que mantenerlo en secreto", dijo Zuni, con la mirada fija en el rostro alegre de Takesha. "Sé que sufristeis, todos vosotros. Pero no podía arriesgarme a que Mahmoud se enterara... esperaba tu dolor y tu ira, ¿sabes? Siempre sospeché que disfrutaba con ello. Si hubiera tenido alguna sospecha de que los chicos habían sido rescatados, de que alguien de fuera del recinto sabía lo que estaba pasando, podría haber... No sé. No sé lo que habría hecho. Sólo sabía que no podía arriesgarme".

"¿Por qué tu amigo no informó de ello a su Consejo?" preguntó Sasha.

Zuni se encogió de hombros torpemente, coloreándose hasta las orejas. "No sabíamos si lo sabían, o si estaban implicados de algún modo. No sabíamos en quién confiar. Estaba trabajando en conseguir documentos de identidad falsos para mí, Takesha y los chicos, para que pudiéramos desaparecer. Pero hace falta dinero, y yo tenía poco", admitió. "Trabajaba, por supuesto, todos los hombres lo hacían, pero nuestros cheques se entregaban a Mahmoud. Así que tuve que buscar trabajos esporádicos aquí y allá, reunir dinero cuando podía y mantenerlo oculto hasta que tuve suficiente."

"Lo has hecho más que bien", le dijo Sasha, estrechando su mano. "Yo también estoy orgullosa de vosotros... de los dos, hijos míos".

Se coloreó profundamente. "Yo también intentaba conseguir lo suficiente para sacarte. Samir también ayudaba, cuando podía, lavando coches en la ciudad por dinero".

Mientras Sasha abrazaba a sus dos hijos, Kaylee miraba de rostro en rostro, pensativa. Su mirada se posó en Adina, y allí se quedó.

"Adina, ¿sí?"

Adina tragó saliva nerviosamente y asintió. "Sí, soy Adina".

"Pero ése no es tu verdadero nombre", incitó Kaylee suavemente, con simpatía en sus ojos de extraño color. "Tú también tienes una historia que no has contado. El tiempo de los secretos ha pasado".

Sólo Sasha parecía saber a qué se refería Kaylee. Se puso en pie y rodeó la mesa para colocar ambas manos sobre los hombros de Adina, mirándola solemnemente.

"Díselo", dijo ella. "Siempre tendrás remordimientos, si sigues por este camino".

Los ojos de Adina se llenaron de lágrimas, pero asintió con la cabeza, mirando vacilante a Kaylee y Maroulla.

"Te ayudaremos", insistió Kaylee.

"Soy Sofía", balbuceó Adina. "Yo fui la chica secuestrada en Rumanía. No hablé en la mezquita porque me da vergüenza. No sé cómo puedo enfrentarme a mi padre. Tengo hijos y no estoy casada".

Le rodaron lágrimas por las mejillas y miró hacia la mesa, con las manos apretadas sobre el regazo. "Mis padres son muy religiosos. No creí... que me quisieran... ahora".

"Te quiere", le dijo Maroulla, y su tono, habitualmente enérgico, se suavizó por la simpatía. "Te lo prometo. Yo misma he hablado con él".

Adina levantó la vista, sorprendida, apartándose las lágrimas de los ojos con una mano. "¿Has hablado con mi padre?"

"Sí. Me llamó y me rogó que encontrara a su hija, que descubriera si estaba viva y que la trajera a casa".

"Aunque..." A Adina le falló la voz, pero Maroulla asintió.

"Sabe lo que ocurrió en ese recinto. Tu madre también habló conmigo. Eres su hija. Te quieren y te acogerán a ti y a tus hijos, sus nietos, con los brazos abiertos".

Los ojos de Adina volvieron a llenarse. "No sé qué decir".

Había tanta añoranza en su rostro, pensó Tamera. Adina... o, mejor dicho, Sofía... deseaba tanto a su madre y a su padre, pero tenía miedo. La ira surgió en su interior, porque aquellos hombres habían arrebatado a aquella niña de su hogar, destruido su vida, arrebatado su futuro.

Sasha giró la silla en la que estaba sentada Adina para que la mujer más joven la mirara directamente.

"Siempre has deseado volver a casa, reunirse con tus padres. Ésta es tu oportunidad. Ya has oído a Maroulla. Te quieren. Incluso sabiéndolo todo, te quieren. Deja a un lado tu miedo, Adina, y alcanza lo que deseas".

Adina miró a Maroulla, que asintió. "Podemos tenerte a ti y a tus hijos en Rumanía a finales de semana, si ése es tu deseo".

"I..." Adina hizo una pausa y, cuando continuó, su voz era más firme y sus hombros se enderezaron. "Quiero irme a casa".

Maroulla sonrió radiante. "Nos encargaremos de que tú y tus hijos voléis a Rumanía dentro de unos días. Mientras tanto, tengo su número de teléfono, Tamera puede ayudarte a establecer una videoconferencia y podrás hablar con ellos directamente."

Los ojos de Adina se iluminaron de emoción. "¿Vídeos? ¿Puedo verlos?"

"Claro que sí".

Kaylee se puso en pie y la magia se acumuló en torno a la dragona como una nube. Era casi visible, pensó Tamera con asombro.

Se volvió hacia Maroulla. "No he oído más que la verdad en esta sala. Tu Consejo puede proceder a dictar sentencia". Miró a su alrededor e hizo una extraña reverencia, más bien una simple inclinación de cabeza en señal de reconocimiento.

"A través de ti, siento fuertemente tus pérdidas. Agarraos fuerte a los que están cerca de vosotros, pues es entre vosotros donde encontraréis fuerza y consuelo."

Con eso salió de la habitación, con paso largo y fluido. Inmediatamente se aligeró la presión del aire, aunque Tamera no había notado antes la sensación de peso hasta que se levantó.

Todos se levantaron de sus sillas y las mujeres del recinto rodearon a Adina, dándole abrazos

y besos y murmullos de apoyo. Mientras Maroulla acorralaba a Zuni y Samir para devolver la mesa y la silla a sus posiciones originales, Tamera se dirigió al exterior en busca de Kester.

Al salir a la brumosa luz del sol otoñal, observó que no había rastro del dragón, Kaylee. Kester estaba de espaldas en el patio, bajo un montón de niños que reían. Cuando ella se acercó, él la vio y salió del montón; los niños se dispersaron y él cruzó el césped para llegar a su lado.

Tamera entró en su abrazo, sintiendo que sus brazos la rodeaban, estrechándola.

"Dios", susurró. "Por lo que han pasado esas mujeres. Quiero decir... Yo estaba allí. Había oído sus historias. Pero oírlo todo de nuevo... es una locura, Kester. ¿Cómo pudieron esos hombres hacer cosas tan horribles? No lo entiendo... Nunca lo entenderé".

La abrazó con fuerza. "Ni yo. Pero ahora los tenemos fuera, y tienen la vida por delante para hacer lo que quieran".

"Cuando descubren lo que quieren", dijo Tamera con amargura. "Nunca tuvieron la oportunidad de elegir, ni siquiera saben lo que pueden elegir. Pero, ¡oh!" Se animó, recordando de repente. "¿Sabes que Zuni viajó al desierto cuando abandonaron a los tres últimos chicos y los salvó? Todo sin que nadie lo supiera. Hizo que un amigo acogiera a los niños. Maroulla dice que los chicos están ahora en un avión y llegarán por la mañana".

"Es un joven increíble", convino Kester. "Así que ése es el hijo de Adina, y... er... Takesha, ¿verdad? ¿Los tres últimos chicos que se llevaron?"

"Sí, y Layla. Ahora mismo están ocupadas abrazándose y llorando lágrimas de felicidad -dijo Tamera, sintiendo que también se le formaban algunas de esas lágrimas de felicidad detrás de los ojos.

"Tendremos que ir a Angus a por más camas".

Las lágrimas retrocedieron mientras ella reía. "No hace falta. Las tres juran que no soltarán a sus hijos de sus brazos hasta la edad adulta, o algo así".

Kester le sonrió. "Muy bien, entonces".

"Y Adina resultó ser Sofía, la chica rumana que secuestraron. Es una larga historia, te la contaré más tarde, pero va a volver a casa con su familia en Rumanía. Ah, y Jacinth ha traído a Lacey". Ante su mirada perdida, le dio un codazo. "¿La gatita?"

"¡Oh! Oh, claro". Kester parecía avergonzado. "Se me había olvidado. ¿Por qué ha traído un gatito a esto?"

"Tengo la ligera sospecha de que fue para consolar a las otras mujeres. Está claro que es una criatura mágica, todos lo sabemos, y de algún modo parecía acabar en el regazo de alguien que estuviera especialmente angustiado, en un momento dado. No es que no hubiera mucho por lo que estar angustiado -añadió. "Es que... me deja perpleja. De verdad".

Kester la acercó más a él, rozándole el pelo con los labios. "Se pondrán bien. Será un largo camino, pero están a salvo y ahora tienen una oportunidad de ser felices".

"Sí, ya lo sé. ¿Qué te parece si te dejo que me lleves a comer? sugirió Tamera con un brillo malvado, ladeando la cabeza para mirarlo. "No hemos tenido mucho tiempo a solas, tú y yo, desde que volvimos de Marruecos".

"Tú y yo", llamó Katerina desde donde estaba sentada en la hierba, con los niños revoloteando a su alrededor. Tamera puso los ojos en blanco.

Kester se rió y se inclinó, con los labios a escasos centímetros de los de ella. "Pasar tiempo a solas me parece bien".

Le mordisqueó el labio inferior burlonamente y luego la besó con los suyos. Ella se aferró a él durante un largo rato, y luego se recostó sobre los talones. Kester sonrió, acariciándole el pelo.

"Oye, he encontrado otro posible local para el restaurante. Podría organizar que fuéramos a

verlo después de comer. ¿Te interesa?"

"¡Claro que sí!" Arrugó la nariz, pensativa. "¿Quizá podríamos pasar un día? Dar una vuelta en coche, quizá visitar el parque Croton Point, o incluso ir a West Point y hacer turismo".

Kester puso los ojos en blanco. ¿"West Point"? ¿De verdad?"

Le dio un codazo con el hombro. "Mmhmm. Luego podemos parar a cenar en algún sitio de camino a casa. Vamos, será divertido".

"Diversión, lo llama ella", gimió. "Está bien, está bien. ¿Y tu hermana?"

Tamera se puso sobria. "Maroulla ha dispuesto que traigan la comida para todos. Supongo que a Layla le espera una larga noche, estará demasiado nerviosa para dormir sabiendo que se reunirá con su hijo. Pienso quedarme despierto con ella todo el tiempo que necesite, así que probablemente nos daremos un atracón. Podemos llevarle la cena para que coma bien antes de que le entre la ansiedad. Sé que si fuera yo, sería un desastre total".

"Casi fuiste tú". Los brazos de Kester la rodearon con fuerza. "Gracias a Dios por los genios".

"No estoy segura de que ése sea el término plural correcto", bromeó ella, con los ojos bailándole con picardía.

gimió. "¡No empieces!"

Sonriendo, Tamera se inclinó para besarle la mejilla. "Nunca".

CAPÍTULO 35



"¡VAYA!"

Kester miró por el parabrisas la tienda vacía. Estaban aparcados frente a un centro comercial de buen tamaño, a sólo una manzana de la autopista. Era perfecto, pensó. Era un poco más grande de lo que había imaginado, pero por lo demás era justo lo que buscaba. A su lado, los ojos de Tamera brillaban de interés mientras observaba la fachada de la tienda.

"No me digas. Tiene muy buena pinta", dijo ella. "Venga, vamos a verlo más de cerca. Podemos asomarnos por la ventana hasta que llegue el agente".

Ya había salido del coche mientras hablaba, y Kester se unió a ella en la acera. Mirando de arriba abajo el largo edificio de tiendas, le gustó lo que vio. Había una tienda que vendía café y bollería en un extremo y una pequeña tienda de comestibles en el otro, así como una oficina de seguros, una tienda de animales, una tienda de libros usados y un pediatra. La tienda vacía estaba en el centro, con la tienda de animales a un lado y la librería al otro.

"Es una ubicación fantástica", se entusiasmó Tamera. "¿Junto a una librería? Oh. Dios. Dios mío".

Kester asintió. "Antes debía de ser una bocatería o charcutería. Fíjate en el mostrador que hay a lo largo de la pared de la derecha, y en el mostrador con un lugar para tomar pedidos y registrar las compras. A menos que la trastienda sea muy pequeña, no creo que tenga que hacer ninguna remodelación. Basta con añadir algunas estanterías hacia el fondo para los productos importados".

"Es difícil saberlo sin estar dentro", dijo Tamera, con la nariz pegada a la ventana, "pero creo que probablemente podrías conseguir ocho o diez mesas en la parte principal".

Kester asintió con la cabeza. "La disposición es exactamente la que quería. A lo largo de toda la pared izquierda tendré un mural de Grecia. Tenemos un cambiante en Bangor que hace murales maravillosos. Luego, a lo largo de la pared derecha, más allá del mostrador de trabajo, pondré a la venta algunas de las obras de Katerina... también las tuyas, si quieres".

Tamera giró la cabeza para mirarle sorprendida, con una adorable mancha de suciedad del cristal en la nariz. "¿Mía? Quiero decir, ya lo habías mencionado antes, pero... ¿de verdad?".

"Claro que sí. Tienes un gran talento, por lo que he visto de tu trabajo, y tus edificios y paisajes locales complementarán los retratos de animales de Katerina".

Echó un vistazo a la amplia acera. "Podría poner cuatro, quizá cinco mesas aquí. La cafetería del fondo tiene cuatro, y ese escaparate parece un poco más estrecho que éste".

"Sí, y son mesas pequeñas, sólo para dos", observó Tamera, asomándose por el camino.

"Creo que podrías arreglártelas con mesas para cuatro".

Un Ford Explorer se detuvo y aparcó, y salió un hombre mayor, haciendo malabarismos con una taza de café, las llaves y un maletín. Kester fue a sostenerle el café mientras el hombre cerraba la puerta del camión con la cadera.

"¿Señor Edgeston?"

"Sí, buenos días. Y soy Frank. Tú debes de ser Christopher Kazakis". El hombre se metió las llaves en el bolsillo, tendió la mano libre a Kester y se estrecharon.

"Sí, y esta Tamera Austen".

"Encantado de conocerte, Frank".

Recuperando sus llaves una vez más, el agente abrió la puerta principal, abriéndola para que pasaran delante de él.

"Ésta era una pequeña tienda de bocadillos agradable y con éxito", dijo Frank, mirando a su alrededor con un suspiro. "Empezó a perder negocio cuando llegó el covid, como muchos de los negocios, y entonces el propietario se contagió, y eso fue todo. Sobrevivió, pero sus pulmones nunca volverán a ser los mismos. Una pena. Era un buen hombre y mantuvo el local".

Dejó su maletín sobre el mostrador de trabajo y les hizo un gesto con la cabeza. "Tomaos vuestro tiempo y mirad todo lo que queráis".

Kester se dirigió al corto pasillo de la parte trasera de la tienda, con Tamera pisándole los talones. En el pasillo sólo había un cuarto de baño, pero era espacioso y, lo que era aún más importante, estaba limpio. A través de una puerta opuesta a la del cuarto de baño estaba la trastienda. Al entrar en ella, miró a su alrededor con aprobación. La habitación era lo bastante espaciosa para guardar cosas, y también albergaba un pequeño despacho. Una puerta trasera conducía al esperado aparcamiento para empleados con contenedores al otro lado de un estrecho callejón.

Volvieron a atravesar el almacén hasta la parte principal de la tienda.

"Definitivamente estoy interesado", dijo Kester al agente.

Mientras se pronunciaban términos como red simple y red doble, metros cuadrados, periodos de fixturización y espacio competidor, a Tamera se le cruzaban los ojos. Le dio un golpecito en el hombro a Kester.

"Voy a bajar a la cafetería a esperar. Tengo mis cosas para dibujar en el coche, puedo dibujar un poco mientras tú hablas de negocios".

Dos cafés con leche y un esbozo de la futura charcutería después, Kester se reunió con ella. Se dejó caer en la silla frente a ella, sacudiendo la cabeza como para despejarla.

"Bueno, ya tenemos la pelota en marcha. He rellenado un montón de papeleo, y hemos llegado a unas negociaciones iniciales. El abogado de nuestra familia revisará lo que hemos preparado y negociará los detalles".

"¡Es estupendo!"

"Sí". Se levantó de la silla. "Déjame ir a por café y vuelvo enseguida".

Volvió a los pocos minutos con un capuchino humeante.

Tamera se inclinó hacia delante con impaciencia. "Vale, cuéntame los detalles", suplicó, la excitación le daba ganas de saltar.

"Siempre que me aprueben... y no hay razón para que no lo hagan... una vez finalizadas todas las negociaciones y firmados los papeles, tenemos un periodo de fixturización de sesenta días".

Ella le parpadeó. "Eh... ¿qué es eso?"

"Ah, claro". Kester se rió y dio un sorbo a su capuchino. "Ése es el período de tiempo para rehacer la tienda, en cuanto a modificaciones del edificio, pintura, etc. Normalmente se arregla

de dos maneras. O bien el propietario puede hacer los cambios sin cargo para el inquilino, pero éste paga el alquiler durante ese tiempo, o bien el inquilino paga las obras, pero no paga el alquiler. Yo he optado por la vía sin pagar alquiler. Y, sinceramente, no hay cambios en el edificio en sí que yo prevea. Nada de arrancar o construir más paredes, por ejemplo. Tendré que traer vitrinas, unidades de refrigeración y estanterías para la fachada y el almacén. Y quiero el interior recién pintado, tanto por delante como por detrás. También me gustaría poner un toldo en la fachada".

Tamera bailó encantada en su silla. "¿Así que está ocurriendo de verdad?"

"Está ocurriendo de verdad", confirmó Kester, sonriendo ampliamente. "Si todo va según lo previsto, firmaremos el próximo viernes. Ya tenemos la cita".

"¿Sabes cómo lo vas a llamar?"

"Sí". Le sonrió. "Kazakis".

Ella se rió encantada. "¡Me encanta!"

"He estado trabajando con un diseñador gráfico en logotipos, diseño de menús, ese tipo de cosas. Le llamaré esta noche y le diré que está en marcha".

"Vais a tener mucho que hacer". Pensar en todo lo que había que hacer le aturdiría la mente. "¿Crees que realmente podrás hacerlo en sesenta días?"

"Oh, claro", respondió con facilidad. "Recuerda que llevo años planeando esto mientras estaba en la universidad. Ya he elegido las estanterías, las vitrinas y la caja registradora. Mi prima lejana Valerie es contable y llevará la contabilidad. He hablado con el equipo de construcción local, los que arreglaron las puertas de Troy después de que Beatrice entrara a robar. Han accedido a pintar e instalar los electrodomésticos que hagan falta".

Ella sólo pudo mirarle asombrada. "No tenía ni idea de que tuvieras esto tan bien planeado".

Kester puso cara de satisfacción y levantó su taza de café hacia ella. "Sí. Todo está en su sitio, listo para rodar. Lo único que tenía que hacer era encontrar el sitio adecuado".

"¡Ohmigosh, estoy deseando contárselo a Katerina y a Jacinth!". Se retorció de emoción. "¡No se lo digamos por teléfono, quiero ver sus caras cuando se enteren!"

Kester consultó la hora en su teléfono. "Sólo son las dos de la tarde. ¿Y si, en lugar de hacer turismo y cenar, volvemos a la posada? ¿Podemos llamarles e invitarles a que se reúnan con nosotros para cenar en ese asador en el que cenamos la primera noche, y lo anunciamos?"

Tamera arrugó la nariz. "Es muy poco tiempo para ser sábado, puede que tengan planes".

Se encogió de hombros. "Entonces podemos hacer que mañana desayunemos en IHOP".

"Pero quiero decírselo a alguien esta noche", se quejó, poniéndole mala cara al otro lado de la mesa. "Es demasiado emocionante".

se rió. "Si no pueden venir esta noche, llevaremos a Layla al asador y se lo contaremos todo. ¿Qué te parece?"

Tamera se animó y asintió. "¡Me gusta!"

Afortunadamente para su cordura, porque estaba a punto de saltar del susto al anunciar la noticia, todos sus amigos estaban libres y encantados de quedar para cenar.

"Será la primera vez que Talya haga de canguro", dijo Jacinth satisfecha. "Se lleva bien con los niños. Pero tiene mucha experiencia con niños, desde el recinto. Si tengo alguna preocupación, sería que tiende a mimarlos demasiado".

"¡Impresionante!" se había entusiasmado Katerina cuando le preguntaron. "Troy y yo no hemos salido a cenar desde que volví de Marruecos. Será estupendo".

Buscando a Kester, Tamera lo encontró en su dormitorio hablando por teléfono con, al parecer, el artista gráfico. Tenía el portátil abierto, con una impresionante lista de tareas en una

especie de hoja de cálculo.

"Vaya, sí que eres organizado", le dijo cuando colgó el teléfono. "He hablado con Jacinth y Katerina, y pueden venir todos. Talya se quedará en casa cuidando de Benny y Molly. Así que sólo estaremos los adultos".

"Layla está dormida", añadió. "Hoy ha sido un día bastante agotador emocionalmente para ella. La despertaré a tiempo para prepararnos para irnos, si no se ha levantado para entonces".



ESPERARON HASTA DESPUÉS de cenar para hacer el anuncio. Cuando todos hubieron terminado de cenar y el camarero recogió la mesa, Kester se levantó, golpeando con la cuchara el vaso de agua.

"¡Attendez vous!" Hizo una pausa esperando a tener la atención de todos.

"Hoy he iniciado las negociaciones para el arrendamiento de un local comercial para mi cafetería y charcutería griega, Kazakis".

Katerina soltó un grito ahogado y aplaudió. "¡Kester! Lo has conseguido!" Se levantó de un salto de su asiento y corrió alrededor de la mesa para abrazar a su hermano. "¡Siempre dijiste que lo harías, y ahora lo has conseguido!"

"Es fabuloso", le felicitó Douglas.

Jacinth estaba igual de emocionada. "¿Cuándo abriréis, lo sabéis ya?"

"Espero firmar el papeleo el próximo viernes y abrir en dos meses".

"Si podemos ayudar de alguna manera, no dejes de decírnoslo", dijo Troy.

Layla parecía confusa. "¿Qué es esto... delicat-sin?"

Mientras Tamera se explicaba, Troy le hizo señas al camarero. "Una botella de vino... el mejor... y copas para todos", ordenó. "Esto sí que requiere champán", se disculpó con Kester. "Pero el vino es lo mejor que podemos hacer por ahora".

"Una celebración es una celebración, con champán o sin él", declaró Tamera cuando volvió el camarero y empezó a llenar copas de vino. Cuando todos tuvieron su copa, ella levantó la suya. "¡Un brindis! Por la nueva empresa de Kester... ¡Kazakis!".

"¡Kazakis!" La palabra resonó alrededor de la mesa mientras tocaban los bordes de los vasos y bebían.

"Ahora, el postre para todos corre de mi cuenta". Hizo señas al camarero para que volviera a la mesa. "Menús de postre, por favor".

Mientras los demás ojeaban los menús para hacer su elección, él se volvió hacia Tamera. "¿Qué te parece esta tarta de lava de chocolate con helado y chocolate caliente para dos?"

"Ohmigosh, ya estoy babeando", dijo mirando la foto. "¡Sí, vamos!"

Kester dio la orden, levantando la barbilla hacia el camarero. Cuando llegaron los postres, el camarero se movió por la mesa distribuyendo los pedidos, dejando a Kester y Tamera para el final. Colocó el plato de postres con dos tenedores delante de Kester. Sin embargo, en lugar de marcharse, sacó otro plato de postres, vacío salvo por una cajita de terciopelo negro en el centro. Con una amplia sonrisa, la colocó delante de Tamera.

Se hizo un silencio sepulcral en la mesa, todos los ojos puestos en ella mientras miraba la caja, estupefacta. Con cuidado, Kester levantó la caja del plato y la abrió, sosteniéndola para que ella viera el precioso anillo que había dentro. La esmeralda resplandecía cuando la luz de la vela parpadeaba sobre la gema, dos pequeños diamantes a cada lado de la gema, engarzados en oro amarillo sobre una banda de oro blanco.

"Eres mi Elegida, Tamera, la única mujer que deseo que camine a mi lado en esta vida. Quiero formar una familia contigo, pasar nuestras vidas juntos, incluso cuando seamos viejos y nos persigamos en sillas de ruedas por las residencias asistidas. ¿Quieres casarte conmigo, Tamera?".

A su lado, Layla moqueaba en la servilleta.

Levantó los ojos del anillo a la cara de Kester, viendo allí la felicidad, el amor y la tenue sombra de la incertidumbre.

"Sí, claro que sí". Ella sonrió y levantó la mano izquierda para que él la cogiera. Él deslizó el anillo en el dedo de ella, y estallaron los aplausos, no sólo de su mesa, sino de todos a su alrededor, pues otros clientes se habían dado cuenta de lo que ocurría y se habían girado para mirar.

Sintió que se le calentaban las mejillas, pero levantó los labios para encontrarse con los de Kester, cálidos y llenos de promesas.

CAPÍTULO 36



CUANDO VOLVIERON A LA POSADA, Tamera tiró del brazo de Kester justo cuando éste se disponía a abrir la puerta desde el aparcamiento.

"Quiero decírselo a Angus y a Renee", dijo, con los ojos brillantes de placer.

"Por supuesto". Kester abrió la puerta de un tirón y entraron en la posada.

"Iré arriba", les dijo Layla. Sus manos se retorcían nerviosas ante ella. "Mañana habrá mucho que hacer. Yousuf necesitará ropa... juguetes".

Tamera la estrechó en un fuerte abrazo. "Haremos todo eso. Mañana soy toda tuya, así que en cuanto lleguen los chicos, lo llevaremos al centro comercial. Le va a encantar y lo pasaremos muy bien".

"También necesitará cosas para aprender. Libros, lápices. No sé". Empezó a retorcerse las manos, angustiada.

"¿Qué edad tiene?"

A Layla se le empañaron los ojos. "Habría cumplido cinco años el mes que viene". Parpadeó, sus ojos se abrieron de par en par, y tartamudeó. "Quiero decir... que tiene cinco años. Tiene cinco años, y su cumpleaños fue el mes pasado".

Tamera agarró las manos de su hermana, calmando su nervioso aleteo. "Entonces le haremos una fiesta de cumpleaños tardía. No pasa nada, Layla. Todo irá bien. Descansa esta noche y no te preocupes por nada".

Siguieron por el pasillo hasta el vestíbulo, donde Angus estaba registrando a un par de huéspedes. Layla se dirigió al piso de arriba, mientras Tamera y Kester cruzaban al salón. Eligieron dos sillones cerca de la amplia puerta que separaba el vestíbulo del salón.

"Ahí está Renee", susurró Tamera a Kester, levantando la barbilla en dirección al comedor. "La llamaremos en cuanto Angus esté libre, y se lo diremos juntos".

"La pobre Layla es un desastre", suspiró, acomodándose contra los cojines del sillón acolchado. "No puedo imaginar por lo que está pasando. Esta noche va a ser dura para ella".

Kester asintió. "No podrá asentarse y creérselo de verdad hasta que él llegue y ella lo abraza".

"Tampoco va a ser mejor para Sasha y Adina". Se sentó de repente y sus ojos se iluminaron de emoción. "¡Ya sé! Preguntémosles a Angus y a Renee si podemos hacernos cargo del comedor esta noche. Tendremos bebidas y aperitivos, y tú y yo podemos ir a Target a comprar juegos de mesa para que jueguen con sus hijos. Y podemos conseguir un par de barajas de cartas y enseñarles Old Maid y Go Fish".

"Me parece una buena idea", aprobó Kester. "Ninguno de ellos va a dormir esta noche. Así podrán pasar las horas de espera apoyándose mutuamente. ¿A qué hora dijo Maroulla que llegarían los chicos?"

"El vuelo desde Marrakech no era directo, había una escala en...", se detuvo un momento, intentando recordar. "Oh... Amsterdam. Su avión debería llegar al aeropuerto JFK sobre las ocho de la mañana. Luego tienen que pasar por la aduana, y después el trayecto desde el aeropuerto... Dudo que lleguen antes de las once, si eso".

Arrugó la nariz. "Entonces va a ser una noche muy, muy larga".

"Sí, pero ¿qué te apuestas a que acaban durmiéndose antes del amanecer, entre el agotamiento de estar despiertos toda la noche y la agitación emocional? Así al menos dormirán unas horas".

"Y dormir esas últimas horas de espera, que serán las peores", convino Tamera.

En ese momento les llegó la voz de Angus, que terminaba de registrar a la señora del mostrador. "Si me dan sus llaves, iré a buscar su equipaje en cuanto termine de facturar a este caballero y se lo subiré a su habitación".

Curioso, Kester se giró en su silla. "¿Dónde está tu empleado de noche?"

La sonrisa irónica de Angus contenía una pizca de diversión. "Adam decidió enseñar a su hijo a patinar. Por desgracia, hacía mucho tiempo que él mismo no patinaba. Se cayó en cuanto se levantó y se golpeó la cabeza con los escalones de la puerta principal".

Tamera hizo una mueca de dolor. "¡Ay!"

"Está bien", la tranquilizó Angus. "Sólo un esguince de tobillo y un golpe en la cabeza. No hay conmoción cerebral, pero le dije que se tomara la noche libre. He llamado a Marcie, está de camino".

Kester se levantó de la silla y entró a grandes zancadas en el vestíbulo. "Cogeré el equipaje y lo subiré".

Sonrió cuando la mujer se volvió hacia él. Era anciana y menuda, su cabeza apenas le llegaba al pecho. Tenía el pelo largo y gris que le caía por la espalda. Era delgada, tenía la espalda ligeramente encorvada y se apoyaba en un bastón. Su rostro delineado era amable cuando le sonrió.

"Gracias, joven".

Su voz era sorprendentemente ligera para ser tan anciana, y sus ojos azul claro no estaban empañados por la edad, brillando con intensidad.

"Soy Kester", se presentó, y señaló a Tamera, que sonrió y saludó. "Y ella es Tamera. Los dos nos alojamos aquí, junto con la hermana de Tamera".

"Encantada de conoceros a los dos. Puedes llamarme Flora". Le tendió las llaves a Kester. "La mía es la Hyundai turquesa. Y estoy en la habitación 203".

Le cogió las llaves. "Hay un ascensor aquí al final del pasillo", sugirió con diplomacia. "Las escaleras son bastante empinadas".

"Sí, gracias".

Le precedió por el pasillo, apoyándose ligeramente en su bastón, y mientras ella esperaba el ascensor, él salió a buscar su coche. Levantó las cejas al ver el pequeño híbrido de colores brillantes. Esperaba algo... bueno... diferente. Algo de señora mayor, supuso. Sacó del maletero su maleta, una bolsa de mano y una bolsa para el portátil... sorprendiéndole de nuevo. No pudo evitar sonreír, imaginándose a la ancianita picoteando el teclado.

"Creo que puedo tener prejuicios", le dijo a Tamera, al volver a la sala tras entregar el equipaje de Flora en su habitación.

Parecía sobresaltada. "¿Cómo es eso?"

Él le explicó sus destrozadas ideas preconcebidas sobre las ancianitas, y ella se rió, dándole un puñetazo juguetón en el brazo.

"Deberías saberlo. Tú eres la que tiene una abuela poderosa que dirige tu barrio con mano dura". Sonrió. "Pero admito que Flora es exactamente igual a la bruja de cuento que yo pienso".

Kester le devolvió la sonrisa. "Cierto".

Angus terminó de registrar a su otro invitado y salió del mostrador para reunirse con ellos en el salón. Se levantaron de sus asientos cuando él se acercó y permanecieron juntos, con las manos enlazadas.

"Gracias por tu ayuda", dijo Angus a Kester.

"No hubo ningún problema", le aseguró Kester, mientras Tamera saludaba a Renee en el comedor, haciéndole señas para que se acercara. "Además, queríamos hablar contigo y con Renee".

Renee llegó hasta ellos y levantó las cejas en señal de pregunta. "¿Ah, sí? ¿Sobre qué?"

Kester sonrió y levantó la mano izquierda de Tamera, que había estado sujetando. La esmeralda brilló y los diamantes centellearon. "Tamera ha aceptado casarse conmigo".

"¡Vaya!" Renee sonrió de alegría. Se inclinó para besar la mejilla de Tamera. "Felicidades".

"Sí, enhorabuena", intervino Angus con su amplia y reluciente sonrisa. "Sé que seréis felices juntos".

"Me lo pidió después de cenar, con Jacinth y Katerina allí. Bueno, y también Douglas y Troy. Y Layla". Tamera soltó una risita, sin saber si su vértigo se debía al vino, a la felicidad, a la emoción del día o a todo lo anterior. "También hay más".

Dio un codazo a Kester. "A mí me toca contarle, ya que tú les dijiste lo del compromiso".

"Me parece justo", asintió.

Sonrió a Angus y a Renee. "Esta tarde, Kester ha encontrado un local para su tienda de delicatessen y ha presentado toda la documentación para empezar".

"¡Qué buena noticia!" Angus y su mujer compartieron una mirada de satisfacción. "Nos alegra oírlo. ¿Sabéis cuándo abriréis?"

"Sesenta días, si todo va según lo previsto y firmamos el papeleo final este viernes", les dijo Kester. "No está tan lejos de aquí, espero que ambos nos visitéis con regularidad".

"Puedes criticar nuestros pasteles", Tamera le guiñó un ojo a Renee.

Se rió alegremente. "¡No me atrevería! Ya que Christopher ha dicho que encargará a mi amiga Lydia la repostería".

"Espera, ¿qué? preguntó Tamera. "¿Conoces a Lydia? ¿La metamorfa lince?"

Renee esbozó una amplia sonrisa. "Desde luego que sí, somos amigas desde hace años, desde que Angus y yo nos mudamos aquí y pusimos en marcha el bed and breakfast".

"Esto es surrealista", Kester sacudió la cabeza. "Me puse en contacto con la Iglesia Ortodoxa Griega más cercana y me pusieron en contacto con ella. ¿Qué probabilidades hay de que sea buena amiga tuya?"

"Todo está conectado", les dijo Angus, con un atisbo de sonrisa en los labios. "¿No os dais cuenta ya, jóvenes?"

"Estoy empezando a hacerlo", admitió Kester. "Tengo que decirte que a veces es un poco inquietante".

"Eso es", asintió el hombre mayor, intercambiando una mirada enigmática con su mujer. "Así es".

"¡Oh!" recordó Tamera con retraso. "Queríamos preguntaros a los dos por otra cosa. El caso

es que las madres cuyos hijos llegan mañana, imaginamos que esta noche será difícil para ellas. Nos preguntábamos si podríamos..." Hizo una pausa, intentando pensar en la palabra adecuada.

¿"Comandante"? sugirió Kester, y ella se echó a reír.

"¡Sí, claro! ¿Nos preguntábamos si podíamos apropiarnos de tu comedor para pasar la noche? Traeremos cartas y juegos de mesa, y haremos todo lo posible para ayudarles a pasar la noche".

"Una idea excelente", asintió Angus.

Renee secundó su aprobación. "Dejaré fuera los hervidores eléctricos, y ya sabes dónde están las cosas en la cocina por si las necesitas. Pero no me quemes la cocina".

Tamera se echó a reír. "¡No me atrevería! Y, sinceramente, no necesitaremos mucho más que bebidas. Vamos a Target a comprar algunas cosas, y cogeremos galletas saladas y patatas fritas, y una bandeja de fruta quizá, y bandejas de salchichas y queso para picar".

"Y Oreos", añadió Kester. Le guiñó un ojo a Tamera. "Me gustan las Oreo".

"Sólo te gustan los centros", acusó.

Sonrió, sin arrepentirse. "Cierto".

CAPÍTULO 37



"¡LO SIENTO!" cantó Adina con demasiado entusiasmo mientras levantaba la pieza de Tamera del tablero y la volvía a colocar en Start.

"Estás disfrutando demasiado", murmuró Tamera, pero la otra mujer se limitó a reír.

"Me encanta". La mirada de Adina recorrió el tablero, donde tres de sus jugadores ya estaban a salvo en Casa y su última pieza en la recta final. La gatita, Lacey, estaba acurrucada en su regazo y observaba el tablero con los ojos muy abiertos. Había tenido que ser disuadida de varios intentos de unirse a la partida, y finalmente se conformó con moverse de regazo en regazo.

"Vamos, Talya", animó Sasha. "Con un siete puedes enviarla de vuelta al Inicio y darnos a todos una oportunidad".

Talya tiró los dados y Sasha gimió cuando salieron un uno y un tres.

En la mesa de al lado, Jacinth estaba limpiando la casa en el Yahtzee! al que jugaba con Takesha y Katerina. Echó un vistazo.

"Si ya casi has terminado, después de un descanso podemos empezar con el Monopoly".

Tamera arrugó la nariz, pensativa. "El Monopoly lleva una eternidad, incluso con sólo un par de jugadores. Eso quizá tenga que esperar a otro momento. Ya son las dos de la madrugada".

Con una ovación, Adina movió su última ficha a Casa, entre gemidos de sus compañeros. "¡He ganado!" Exclamó, radiante de entusiasmo. "¡He ganado!"

Tamera se acercó a la mesa para abrazarla. "Lo has conseguido. Enhorabuena".

"Ha sido divertido", admitió Sasha, sofocando un bostezo. "Y ha sido una buena idea, quedarme despierta hasta tarde y mantenerme ocupada. Pero ahora tengo sueño, creo que podría dormir ahora, si subo".

Jacinto hizo un pequeño mohín cuando, una a una, las demás mujeres fueron dándole la razón.

"Está bien que pases la noche en vela", se burló Tamera del Djinn. "Pero los mortales necesitamos dormir".

"Sigo bien", Talya se sacudió el pelo, mostrando el nuevo y bonito peinado, cortado a capas y con mechas que brillaban tenuemente bronce bajo la luz. "Tú y yo no tenemos que madrugar, Jacinth. Quedémonos y me enseñas el Monopoly".

"Tengo una idea mejor. Volvamos a casa y nos instalamos en mi habitación con palomitas y refrescos a ver películas de chicas", contrapropuso Jacinth.

"¿Qué son las películas de chicas? quiso saber Sasha.

Jacinth sonrió. "Son películas hechas para un público principalmente femenino".

"¿Como el romance?" preguntó Layla.

"No necesariamente, sólo películas que atraigan especialmente a las mujeres, normalmente con una protagonista femenina. Como Legalmente Rubia".

"Ésa es buena", aprobó Layla. "La vimos hace unas noches. Me encanta esa película".

Parecía medio inclinada a querer ir con Jacinth y Talya, pero Tamera negó con la cabeza.

"Mañana va a ser un día largo", le recordó a su hermana. "Si crees que podrás dormir un poco, deberías hacerlo".

Layla se lo pensó mejor y cedió. "Sí, estoy cansada", admitió. "¡Y quiero estar descansada y despierta cuando llegue mi Yousuf!".

Sasha y Adina secundaron este sentimiento, y juntas abandonaron el comedor, dirigiéndose escaleras arriba.

Talya y Jacinth ayudaron a Tamera a trasladar las mesas y las sillas a sus lugares habituales, mientras Katerina guardaba en cajas los juegos Sorry! y Yahtzee que acababan de utilizarse. Tamera miró la pila de juegos y la media docena de barajas con una mueca, pensando en subir todo eso por las escaleras.

"No te preocupes", dijo Jacinto con una mirada chispeante. Un momento después todo había desaparecido. "Está en tu habitación, en el estante superior del armario".

La respuesta de Tamera fue un sincero: "¡Bendita seas!".

Talya miró a su alrededor. "¿Dónde se ha metido Lacey?"

Efectivamente, el gatito no estaba en ninguna de las sillas (o mesas) del comedor. Jacinth se acercó a la amplia puerta que daba al salón y se echó a reír. "¡Venid a ver!"

Talya fue la primera en llegar hasta ella, y estalló en carcajadas. Curiosa, Tamera se asomó por encima del hombro de la chica, y se unió a las risas.

En la repisa de la chimenea estaba tumbado Tony, el gran pirineo blanco. Su gata atigrada amiga, María, estaba acurrucada en su hombro, y Lacey se había acurrucado junto a ella. Los tres parecían profundamente dormidos.

"Esto necesita una foto", declaró Katerina, sacando su teléfono y haciendo unas cuantas instantáneas. "Podría dibujar esto".

"Yo compraría uno", dijo Tamera con una sonrisa.

Jacynth se rió y tendió la mano a Talya. "Venga, Talya, vamos a casa".

"Ha sido divertido", dijo la adolescente por encima del hombro, cogiendo a Lacey y abrazándola mientras Jacinth la sacaba de la habitación. "Gracias y buenas noches".

Katerina abrazó con fuerza a Tamera. "Me voy. Tú también deberías irte a la cama, pareces agotada".

Tamera se rió entre dientes. "Dudo que me vaya directamente a la cama. Seguro que Kester me ha esperado despierto".

Guiñando un ojo alegremente, Katerina se echó la correa del bolso al hombro. "Sin duda. Me voy a dormir en cuanto lleguemos a casa, ya que por la mañana recibiremos a los mayores".

Tamera sintió un resplandor de calidez en el pecho. "Gracias", dijo con fervor. "Ha sido maravilloso que Troy y tú os ofrecierais a darles clases de equitación. Eso les mantendrá ocupados y ocupadas mientras sus madres se reúnen con los niños rescatados".

Bostezando detrás de la mano, Katerina asintió. "Fue idea de Troy. Creo que le está gustando la idea de enseñar a montar a los niños. Deberías oírle hacer planes y hablar consigo mismo". Volvió a bostezar. "Tengo que irme. Menos mal que sólo vivo al final de la calle".

Despidiéndose con la mano cuando Katerina se marchó, Tamera apagó las luces del comedor, excepto la luz tenue de la pared situada encima de la mesa de refrescos, y se dirigió al

piso de arriba. Entró en su habitación y se desplomó sobre la cama con un gemido. Le llamó la atención un movimiento en la puerta del balcón, y le hizo un gesto con los dedos a Kester.

"Has vuelto a saltar por encima de la barandilla del balcón".

Riéndose, abrió la puerta y entró, sentándose a su lado.

"Yo lo hice. Pobre Tamera, pareces hecha polvo".

"Lo estoy, pero es un buen tipo de acabado". Se puso de lado y le sonrió. "Se divirtieron mucho y, sobre todo, se olvidaron por completo de estar ansiosos".

soltó una risita. "Resulta que Adina tiene una vena competitiva asesina. ¿Quién lo habría dicho? Es tan callada y retraída la mayor parte del tiempo, que esperaba tener que retorcerle el brazo para que intentara jugar. Pero no, se metió de lleno y se lanzó al cuello".

"¿Fue a por la garganta?" repitió Kester, arqueando una ceja.

Volvió a soltar una risita. "Estoy tan cansada que me estoy volviendo loca".

Se rió entre dientes y la besó. "Métete en la cama y te abrazaré hasta que te duermas".

"Mm, es la mejor oferta que me han hecho en toda la noche".

CAPÍTULO 38



TAMERA ESTABA EN el porche de la posada junto a su hermana. Los dedos de Layla se aferraron a los suyos, temblorosos.

"Aún no puedo creerlo", susurró. "Tengo miedo incluso de intentar creer... no hasta que le vea".

"A nosotras nos pasa lo mismo", respondió Takesha desde su asiento en el columpio del porche, junto a Adina. Zuni y Sasha estaban cerca, Sasha parecía igual de ansiosa, pero Zuni sujetaba a su madre con un apretón reconfortante.

"No pasa nada", dijo. "Es real, y llegarán pronto".

Se había acordado que sólo las tres madres, junto con Zuni y Sasha, estarían presentes en esta reunión. Katerina y Troy habían pasado antes en el enorme camión de Troy para recoger a los niños, y los habían llevado a montar a caballo y a jugar con los cachorros. Talya también estaría en casa de Troy, para ayudar con los más pequeños.

"¿Cuánto falta? preguntó Layla, con los ojos clavados en la calle, que se curvaba a la vista desde detrás de un grupo de arces.

"En cualquier momento", tranquilizó Tamera. "Maroulla envió un mensaje hace unos minutos diciendo que habían salido de la autopista y pasaban por delante de la clínica veterinaria".

"¡Ahí vienen!" Adina saltó del columpio y se apresuró a subir los escalones del porche cuando apareció una furgoneta azul. La furgoneta aminoró la marcha para girar hacia el camino de grava de la posada, y Takesha se unió a ella. Las tres madres permanecieron juntas, con las manos entrelazadas, mientras observaban cómo la furgoneta aminoraba la marcha y se detenía a unos metros de distancia.

"No acosemos a la furgoneta", murmuró Tamera.

La puerta lateral de la furgoneta se abrió y el rostro sonriente de Maroulla apareció en el umbral. "Ya hemos llegado", gritó, y tres chiquillos pasaron corriendo junto a ella, saltando al suelo y corriendo por el césped.

Gritos de "¡Mamá!" llenaron el aire mientras los chicos corrían a los brazos de sus madres.

Tamera avanzó hasta unirse a Maroulla junto a la furgoneta, con los ojos puestos en los chicos. "Debo decir que no parecen traumatizados en absoluto".

Maroulla emitió un sonido que sólo podría describirse como un bufido. "Ni mucho menos", dijo crípticamente.

Un hombre mayor se acercó por la parte delantera de la furgoneta, y Maroulla se volvió para

hacerle señas de que se acercara a ellos.

"Éste es Mohammed", dijo. "Es del Consejo Norteafricano, y ha tenido la amabilidad de acompañar a los chicos hasta aquí. Mohammed, ésta es Tamera. Es la hermana de Layla".

"Ah, ésa sería la madre del joven Yousuf". El hombre le estrechó la mano, pero su mirada estaba fija en la reunión que se estaba produciendo a unos metros de distancia. "Es bueno ver a las familias reunidas. Ojalá hubiéramos sabido lo que estaba pasando. Le habríamos puesto fin hace mucho tiempo, y habríamos salvado más vidas que las de estos tres jóvenes".

"Para ser un grupo que dice dedicarse a salvar la línea de los cambiaformas caracales, desde luego han matado a muchos", dijo Maroulla con austeridad.

El más alto de los tres se separó de su madre y corrió hacia la furgoneta. "¿Puedo coger mi mochila?", preguntó, saltando de puntillas de emoción. "Quiero enseñarle a mamá mi tableta de fuego".

Tamera le miró fijamente. "¿Tu qué?"

Los otros chicos se les unieron, también clamando por sus mochilas. Mohammed se asomó a la furgoneta, sacó tres abultadas mochilas infantiles y se las pasó a los chicos.

"¿Qué es una Tableta de Fuego?" preguntó Sasha, acercándose por detrás de los chicos con las otras mujeres.

"No tengo ni idea", dijo Tamera sin comprender. "Al menos... pensaba que era una especie de lector electrónico Kindle".

Mohammed soltó una carcajada. "Es más que eso, es una tableta de verdad. Hechas para niños, éstas, con todo tipo de cosas educativas cargadas en ellas".

"La tía Farida nos compró una a cada uno", dijo con orgullo Ahmed, el hijo de Adina, sacando de su mochila una tableta azul brillante de aspecto bastante tosco.

"La señora me dijo que te dijera que cada uno venía con un año de Kids Plus, que puedes transferir a tu propia cuenta cuando estés preparado", explicó Mohammed.

Zuni, que había ido a abrir la parte trasera de la furgoneta para coger el equipaje, dio un grito. "¡Mira esto!"

Bajó, una tras otra, tres grandes maletas, colocándolas en la calzada. A continuación se deslizó y bajó, con cierta dificultad, un enorme baúl. Se hizo el silencio y las mujeres se quedaron mirando.

"¿Qué es todo eso?" preguntó finalmente Layla.

Riéndose, Mohammed se adelantó, cerrando las puertas de la furgoneta. Maroulla se volvió hacia Zuni.

"¿Sabías, joven, que tu amigo Omar procedía de una familia bastante rica e importante?".

Parpadeó. "Um... ¿no?"

"¡Mamá!" Rashid tiró de la manga de Takesha. "La tía Farida tenía perros. Muchos perros, y podíamos jugar con ellos. ¿Podemos tener un perro nosotros también?" Suplicó, con ojos parecidos a los de un cachorro suplicante. "¿Por favor?"

Takesha se inclinó para abrazarlo. "Nos quedaremos en esta posada durante un tiempo, hijo mío. Quizá cuando nos instalemos en nuestra propia casa en el futuro, podamos hablar de esto".

"Yousuf y Ahmed también tienen Tabletas de Fuego", le dijo con orgullo.

"¿Los compró para los tres chicos?" preguntó Tamera, sobresaltada.

Mohammed asintió, y luego indicó el equipaje que había detrás de la furgoneta. "Las maletas son su ropa, y el maletero está lleno de juguetes que ella les había comprado".

"Debemos darle las gracias", susurró Takesha, agarrando la mano de Zuni. "Le debemos mucho".

Maroulla sonrió para tranquilizarte. "Tenemos su dirección de correo electrónico y podemos organizar una reunión con Zoom. Yo misma he hablado con ella y le encantaría seguir en contacto con los chicos".

"Demasiado para nuestro viaje de compras", observó irónicamente Tamera, mirando el montón de equipaje.

"Oh, aún tendrán que ir de compras, en Marruecos todavía hace calor. Dudo que les haya comprado ropa para el frío", dijo Maroulla. "Pero ahora no hay especial prisa".

"Ya lo veo", respondió Tamera con ironía. "¡Esto parece suficiente para un pequeño ejército!".

En ese momento, Layla condujo a su hijo hasta Tamera. "Yousuf, ésta es mi hermana, tu tía Tamera. Vamos a vivir con ella aquí durante un tiempo".

El niño era adorable, con el pelo rojo oscuro de su madre y su tía y unos grandes ojos azul oscuro. También era tímido, medio escondido detrás de Layla mientras miraba a Tamera.

"Salaam", dijo, con la voz apenas por encima de un susurro.

"Para empezar, subamos estas maletas", dijo Zuni con decisión. Miró el baúl e hizo una mueca de dolor. "Éste va a ser un coñazo. Al menos sólo estamos en el segundo piso".

"No es tan malo con dos de nosotros", dijo Mohammed. "Luego tengo que volver al aeropuerto para coger el vuelo de vuelta a casa esta noche. Tengo un negocio y no puedo ausentarme más tiempo".

"Muy bien, hagámoslo". Zuni levantó una de las maletas tras comprobar la etiqueta. "Ésta es de Ahmed".

"Puedo llevar dos", dijo Mohammed, agarrando el asa de una maleta con cada mano y siguiendo a Zuni.

"Vamos", dijo Adina. "Sigamos a los chicos y empecemos a deshacer las maletas".

Sasha abrazaba a su nieto, con lágrimas de felicidad corriéndole por la cara. "Sí, muy bien. Buena idea".

"Subid", dijo Maroulla a Tamera y Layla. "Katerina viene a llevarnos al aeropuerto. Os dejo la furgoneta. La he alquilado por un mes. Como sois tantos aquí, la necesitaréis. Tú y Kester podéis haceros cargo de la furgoneta. Mañana estaré por aquí sólo para asegurarme de que todo va bien, antes de volver a casa, a Maine, con Sasha y sus hijos, a menos que ella decida quedarse aquí con Zuni y Takesha".

"Dadas las circunstancias, puede que sí", convino Tamera. "Dudo que quiera separarse de ellos, y Zuni no va a dejar a Takesha y a su hijo".

"Gracias", se acercó Layla, estrechando a Yousuf contra ella. Tenía los ojos llorosos mientras miraba a Maroulla. "Muchísimas gracias".

Maroulla sonrió y acarició suavemente la mejilla de Layla. "Es Zuni quien merece el agradecimiento. Pero de nada, querida. Ahora tienes a tu hijo, y a tu hermana, y toda tu vida por delante. No dejes que tu pasado te impida vivir tu futuro".

"No, no lo haré", prometió Layla, enviando una sonrisa radiante hacia Tamera. "Te lo prometo".

De camino escaleras arriba, se cruzaron con los dos hombres que volvían a recoger el baúl de los juguetes. Zuni se detuvo al verlos.

"Angus nos deja guardar las sillitas de coche y los asientos elevadores en el depósito de equipajes que hay junto al vestíbulo. Así no tendremos que subirlos y bajarlos por las escaleras".

"¡Oh! ¡Es una gran idea!" dijo Tamera aliviada. "Ni siquiera había pensado en eso. Hay tantos detalles de los que ocuparse que es un poco abrumador".

"Hemos recuperado a nuestros hijos". La voz de Zuni era solemne. "Y estamos todos juntos. Nos hemos ocupado de los malos. Ahora todos podemos respirar y relajarnos, y empezar a mirar hacia delante".

Los adelantó por las escaleras, siguiendo la estela de Mohammed.

Tamera le devolvió la mirada mientras seguían subiendo hacia el rellano. "Olvido lo joven que es", admitió ante su hermana. "Sólo veinticuatro años. Parece mucho mayor. Maduro".

Layla la precedió por el pasillo hasta su suite de habitaciones. "Todos tuvimos que crecer deprisa", dijo con voz triste. "Incluso los hombres tuvieron que luchar por su supervivencia. Sólo era fácil para los malos".

Tamera suspiró. "Supongo que sí. Pero no se equivoca. Es hora de que todos miremos hacia delante".

La maleta de Yousuf estaba en la puerta. Por suerte tenía ruedas, así que Tamera la introdujo fácilmente en la habitación. Yousuf se aferraba a la mano de su madre, mirando a su alrededor con los ojos muy abiertos. No estaba asustado, pensó Tamera, sino más bien curioso.

"¿Viviremos aquí?" preguntó, mirando a su madre.

"Sí, por ahora", respondió, señalando la puerta abierta que daba al cuarto de baño y la puerta abierta del otro lado. "Por ahí está la habitación de tu tía Tamera. Rashid y Ahmed están al final del pasillo".

"De acuerdo". El chiquillo pareció tomárselo con calma y se subió a la cama. "¿Me das un poco de agua?"

"¡Oh! Sí, claro". Layla se apresuró a ir al baño, sacó uno de los vasos de su envoltorio de plástico y lo llenó de agua, trayéndolo de vuelta. "¿Tienes hambre?"

"No, paramos en un sitio. Conseguí porros". Yousuf asintió entre tragos de agua.

Tamera y Layla intercambiaron miradas de desconcierto.

"¿Nugs?" preguntó Layla.

"Mmhmm. Miz Maroulla dijo que era pollo. Y patatas fritas".

"¡Ohh!" Se hizo la luz y Tamera se echó a reír. "¡Nuggets! Nuggets de pollo".

"Ahmed tiene una hamburguesa", les informó Yousuf.

Tamera miró el reloj. "¿Quieres que vayamos de compras y le compremos algo de la ropa de invierno que va a necesitar?"

Layla se sentó en la cama junto a Yousuf, abrazándolo con fuerza. Miró a Tamera en señal de disculpa. "¿Te importaría que pasáramos de eso?", aventuró insegura. "Me gustaría pasar algún tiempo con él, los dos solos. Desempaquetaré sus cosas y podrá enseñarme su tablet y todos sus juguetes".

"Sí, claro que no pasa nada", se apresuró a tranquilizarla Tamera, y luego le guiñó un ojo. "Además, a Kester y a mí siempre nos viene bien un rato a solas".

Layla se rió. "¡Sí, es verdad!"

"Entonces te recogeremos para cenar", dijo Tamera. "Todo el mundo ha quedado en casa de Katerina y Troy para comer chili".

"Estaré lista".

CAPÍTULO 39



A TAMERA LE dio un vuelco el corazón ante la inesperada oportunidad de pasar un rato a solas con Kester. Se apresuró a subir a su habitación, donde él le había dicho que pensaba pasar el tiempo poniendo las cosas en marcha para poner en orden su tienda de delicatessen.

"¡Hola!" Levantó la vista con una sonrisa cuando ella irrumpió. "¿Cómo van las cosas?"

"¡Maravilloso!" Se dejó caer sobre su cama con un exagerado suspiro de alivio. "Todo el mundo está extasiado, y no te lo vas a creer, esa señora que acogió a los chicos en Marrakech es fabulosamente rica, y les ha comprado montones de cosas. En serio. Toneladas. Grandes maletas de ropa, mochilas llenas de aparatos electrónicos y todo un baúl lleno de juguetes".

"Ha llamado Katerina".

Algo en la voz de Kester la hizo darse la vuelta y mirarlo interrogante. Él hizo una mueca. "Parece que YiaYia le ha dicho que, ahora que las cosas se están calmando con las mujeres y los niños rescatados, tenemos que volver a llevar la petición del Consejo a la clínica veterinaria".

"¡Ohmigosh! Lo había olvidado por completo", confesó.

"Entonces, quedamos para el viernes por la noche. Nos reuniremos en casa de Troy. Jacinth y Douglas también estarán allí, por supuesto".

Parpadeó sorprendida. "¿Jacinth?"

"Sí", confirmó. "Escucha esto. Jacinth habló con el Consejo de Djinn y obtuvo permiso para hablarles a Suzanne y Mac también de los Djinn".

Tamera intentó imaginárselo y resopló de risa. "Les va a estallar la cabeza".

Kester sonrió. "¿Verdad?"

Le pasó el brazo por la cintura y tiró de ella. "¿Cómo te ha ido? ¿Y cómo es que estás aquí y no pastoreando a tu hermana y a tu sobrino en una juerga de compras en Target?"

Se acurrucó contra él, sonriéndole. "Bueno, en realidad lo único que necesitan ahora es ropa para el frío, porque la señora de Marruecos les compró mucha ropa, y aún no hace ni de lejos el frío suficiente como para tener que preocuparse por ello. Layla quería pasar un rato a solas con Yousuf antes de irnos todos a cenar a casa de Troy, cosa que entiendo perfectamente. Así que pensé en venir a molestarte".

Kester dejó caer un beso sobre sus labios. "Es una idea estupenda. De todas formas, estaba a punto de cerrar aquí. ¿Qué tal si vamos a la tienda de animales que hay junto a la charcutería y cogemos una bolsita de semillas para pájaros y vamos al parque a dar de comer a los patos?"

Tamera frunció el ceño. "Creía que los patos emigraban al sur".

Se encogió de hombros. "Eso pensaba yo también, pero Troy dijo que algunos se quedan

todo el invierno. Y los gansos canadienses también están aquí todo el año, al parecer".

"De acuerdo, hagámoslo. No hemos tenido mucho tiempo a solas desde Marruecos, ¿sabes? Pensé que quizá deberíamos aprovechar la oportunidad cuando se presentara".

"Perfecto".

Veinte minutos después, estaban sentados codo con codo en la orilla del pequeño lago. Tamera se acurrucó más, apoyando la cabeza en el hombro de Kester. "Siento que pasamos tan poco tiempo solos desde que volvimos de Marruecos", suspiró. "Me encanta tener a mi hermana cerca... tener familia, ¿sabes? Y estoy totalmente de acuerdo en formar parte del esfuerzo de reubicación de los demás. De verdad. Pero, al mismo tiempo, odio no pasar tiempo contigo".

Levantó la cabeza para mirarle, con la preocupación brillando en sus ojos azul oscuro. "No quiero que sientas que no eres mi prioridad. Porque lo eres, Kester. Te quiero".

La estrechó contra sí, con un abrazo cálido y reconfortante. "Lo sé, Tamera. Y te quiero. Esta situación es temporal, recuérdalo. Y tengo que ocuparme de la charcutería, de amueblarla y abastecerla, de contratar empleados, de prepararla para abrir. Me va a tener locamente ocupada durante estos dos meses, además de que formaré a la nueva subdirectora de mi trabajo para que se haga cargo. Pero eso no significa en absoluto que tú no seas mi prioridad. Igual que tú lo son Layla, y Sasha, Takesha y Adina. Podemos hacer que esto funcione, y no perder la conexión entre nosotras. Lo importante es que estemos el uno para el otro durante todo esto. Es simplemente un periodo de transición. Las mujeres empezarán a encontrar su sitio y a dar pasos hacia la independencia. La tienda de delicatessen abrirá y las cosas volverán a la rutina".

Tamera le escuchó atentamente mientras hablaba, y luego se relajó con él. "Me gusta tu forma de pensar. Un periodo de transición. No lo había pensado así, pero tienes razón, esto es todo lo que es". Le frotó la cabeza en el hombro. "Ya que ahora tenemos este tiempo, hablemos de algo que no tenga que ver con cambiaformas ni con la charcutería".

Kester asintió con la cabeza. "He estado pensando. Deberíamos buscar un lugar donde vivir".

Tamera se sobresaltó y soltó una carcajada ahogada. "¡Vaya! Vale, eso es un salto. Um... Vale".

Sonrió. "Te estás repitiendo".

"Me has cogido por sorpresa", admitió. "Ni siquiera había pensado con tanta antelación". Hizo una pausa, con el ceño fruncido mientras consideraba las posibilidades. "Vale, aquí hay una colina en la que estoy dispuesta a morir: No quiero vivir en un apartamento".

Kester accedió fácilmente. "Lo mismo digo. Además, tendremos a Layla y al joven Yousuf con nosotros, al menos al principio. Aunque tengo suficiente para un anticipo para comprar algo, no quiero llegar a eso todavía".

"¡No, no! Estoy totalmente de acuerdo. Entonces... alquilamos una casa para empezar".

"Estaba pensando que quizá un año de alquiler", dijo Kester. "Luego, el verano que viene, podemos hacer balance de dónde estamos, ver si estamos preparados para empezar a buscar una compra o quedarnos donde estamos".

Él vaciló un poco y ella le miró interrogante. "Nunca hemos hablado de esto", dijo lentamente. "¿Quieres tener hijos?"

Tamera se quedó callada mientras la realidad de este nuevo giro en su vida la golpeaba. Los niños. Después de tanto tiempo creyendo que sería solitaria toda su vida, temiendo siempre caer por el precipicio de la locura, y ahora aquí estaba, con todo lo que siempre había deseado. Una familia. Un hogar propio con un marido maravilloso, cariñoso y totalmente sexy, y ahora... hijos.

"Me encantaría tener hijos", dijo, con la voz ronca mientras luchaba por contener las lágrimas que amenazaban. "Nunca pensé que pudiera tener esta felicidad. Me he pasado los últimos años

preocupada por si en cualquier momento sufría un brote psicótico y me internaban en una institución el resto de mi vida. Y ahora..."

Kester la abrazó con fuerza. "No te pasa nada. Nada. Y puedes tener todo lo que siempre has querido. Te lo juro".

"Pero nada de niños de inmediato". Recuperó la compostura y se inclinó para besarle la mejilla. "Esperemos a tener hijos hasta que la charcutería vaya bien y tengamos casa propia".

"Me gusta que pensemos igual". Él sonrió, y ella le devolvió la sonrisa.

"Pero nada de perros", precisó. "El nuestro va a ser un hogar exclusivamente felino".

A Kester le temblaron los labios. "¡Pero yo siempre quise una alpaca!".

Ella le miró fijamente, intentando determinar si hablaba en serio. "¿Una alpaca?"

"Sí. En realidad son estupendas como mascotas, y protegen al ganado de coyotes, zorros y otros depredadores. Son legales, aunque necesitaríamos al menos una hectárea para que tuvieran espacio suficiente. Son animales de carga, así que necesitaríamos al menos dos". Se rió al ver su cara. "Piensa en toda la atención que recibiríamos cuando sacáramos a pasear a nuestras alpacas".

"¿Hablas en serio?"

"Por supuesto. Y son geniales con los niños y los gatos. Con los perros, no tanto. Tener perros cerca les estresaría".

Tamera soltó una risita. "Así que no podíamos invitar a Joe a una barbacoa, porque estresaría a nuestra alpaca".

"Mocosa". Kester le dio un golpecito en la nariz con un dedo. "Voy a decirle que has dicho eso".

"¿Qué tal si esperamos a tener nuestra propia casa y entonces volvemos a tratar el tema de las alpacas?". sugirió Tamera.

"Me parece justo".

"¿Cuándo crees que deberíamos empezar a buscar alquileres?"

"Inmediatamente". Ante la mirada sorprendida de ella, se rió entre dientes. "En serio. Aunque me encanta el B&B, y Angus y Renee han sido maravillosos, empieza a volverme loca no tener una cocina en la que cocinar. Si conseguimos una de cuatro habitaciones, Layla y Yousuf podrán quedarse con nosotros el tiempo que ella tarde en ponerse en pie, y la habitación extra podrá convertirse en un despacho en casa. Sé que no íbamos a hablar de las familias marroquíes hace un momento, pero es algo a tener en cuenta. Como cualquier lugar en el que viviéramos tendría que estar razonablemente cerca, y tanto tu trabajo como mi charcutería están cerca, podríamos empezar a proporcionar cenas a los demás mientras se alojen en la posada. Tenemos alquilada la furgoneta de Maroulla, así que les llevaremos en caravana a cenar todas las noches".

Tamera se lo pensó, arrugando la nariz. "Sería mucho más barato, y más sano, que comer fuera o pedir comida a domicilio a todas horas", admitió. "Y desayunan en la posada, así que no tenemos que preocuparnos por eso".

Kester sacó su teléfono, abrió una aplicación y empezó a tomar notas. "¿Qué más?"

"¡Una chimenea!" Ella asintió con decisión. "Tiene que haber una chimenea".

"Claro, eso es imprescindible. Probablemente también queramos un patio grande y vallado. Aunque sólo sea por un año, Yousuf necesitará espacio para jugar, y de vez en cuando querremos que venga toda la pandilla... Katerina y Troy, Douglas y Jacinth y sus hijos".

"¿Qué tal un garaje?" sugirió Tamera. "Por el invierno".

"¡Claro! Para no tener que sacar los coches con pala". tecleó Kester en su aplicación. "Pero no te preocupes, la mayoría de las casas del noreste tienen garajes precisamente por eso".

Tamera confesó: "Tengo que ser sincera, nunca he estado cerca de la nieve, y me da un poco de miedo conducir en ella".

"He pasado los últimos seis años en California, así que también estoy un poco oxidado", admitió. "Lo importante es conducir despacio y estar alerta y preparado para cualquier cosa. Haremos que Katerina nos dé indicaciones, ya que ha estado aquí todo el tiempo. Y si alguna vez está tan pesado que te sientes incómodo conduciendo, no dudes en llamar a un Uber".

"¡Oh! ¡Eso es, puedo!". Asintió enérgicamente. "Es un pensamiento reconfortante, la verdad. Me libera de la presión de encontrarme en la situación de estar atascada donde estoy o de conducir cuando realmente tengo miedo de hacerlo".

Se chocaron los cinco y Tamera bostezó enormemente.

"Necesito una siesta", murmuró. "Ha sido una noche muy larga".

"Lo era". Se inclinó para besarla. "Venga, volvamos a la posada y te arroparé".

"Perfecto".

CAPÍTULO 40



LA CENA EN casa de Troy fue bien... no es que no debiera haber ido bien, pero Katerina no podía calmar la ansiedad que la invadía. Por primera vez apreciaba el gran peso de la decisión de hablar a los humanos sobre su especie. Con Troy no había sido tanto una decisión como *el modo de decírselo*; al fin y al cabo, era su Elegido. Pero Suzanne y Mac... ¿Y si se horrorizaban o se indignaban? ¿Y si no podían aceptar a los Otros?

Todos habían terminado de cenar, pero Katerina apenas había podido comer, a pesar de que Troy había preparado su increíble lasaña. Al otro lado de la mesa, Jacinth se reía de algo que había dicho Suzanne, aparentemente muy a gusto. Katerina sintió un destello de enfado hacia su amiga. ¿Acaso no sabía lo importante que era?

Estaba tan concentrada en los preocupantes pensamientos que le rondaban por la cabeza que casi se sobresalta cuando una mano cálida cubrió la suya. Giró la cabeza para encontrarse con la mirada de Troy. Le apretó suavemente la mano, con una sonrisa tranquilizadora.

"Relájate", dijo en silencio.

Al otro lado de Troy, Tamera dio un codazo a Kester, inclinándose para susurrarle: "Oh, esto va a ser divertido".

Captó la mirada de Katerina y le sonrió. "Tranquila, todo irá bien. Si yo puedo superarlo, ellos también".

"Ahora me pica la curiosidad", dijo Suzanne. "¿De qué va todo esto? Troy dijo que eran negocios".

"¿Qué tal si llevamos esto al salón?", sugirió Troy. "Así estaremos todos cómodos".

"Y no tendrás una conmoción cerebral por golpearte la cabeza contra el suelo cuando te desmayes", murmuró Katerina en voz baja. Al oírla, Tamera soltó una risita.

Mientras todos elegían asiento en los sofás y sillones de la sala, Troy se dirigió al armario de los licores y, con tranquila deliberación, eligió una botella alta llena de líquido ámbar. La llevó, junto con dos vasos de chupito, a la mesita que había sobre la gruesa alfombra frente al sofá. Los dejó ante Suzanne y Mac. Mac leyó la etiqueta y enarcó las cejas.

"Jack Daniels, ¿eh?"

Los ojos de Suzanne se entrecerraron al estudiar las dos copas. "¿Por qué sólo dos?"

"Porque tú lo vas a necesitar más que nosotros", respondió Douglas con brutal franqueza, sirviéndose dos tragos.

"Ay", dijo Mac, apoyándose en los cojines del sofá. "Eso suena siniestro".

Suzanne cogió la suya y se sentó alerta en el borde de su asiento, con una expresión mezcla

de curiosidad y recelo.

"Vale, estamos preparados. Ahora golpéanos. ¿Qué pasa?"

Katerina había sido elegida por unanimidad portavoz oficial. Se encaramó nerviosa al brazo del gran sillón reclinable de Troy, respiró hondo, le cogió la mano y la sujetó con fuerza. Había llegado el momento.

"Antes de empezar, necesito que me garantices el secreto absoluto. No puedes decir a nadie ni una palabra de lo que te vamos a decir en".

Los ojos de Mac se entrecerraron. "No es nada ilegal, ¿verdad?"

"No, no", se apresuró a asegurarle. "Nada de eso. Pero comprenderás una vez... una vez que sepas, que si esta información llega a conocimiento del público en general, cierto sector de la población podría correr un grave peligro".

"¿Una amenaza para la salud pública?" Suzanne parecía alarmada.

"¡No! ¡Claro que no! Nada de eso..." refutó Katerina, sumida en la confusión.

"Díselo, cariño", le aconsejó Troy, deslizándole su gran mano por la espalda de ella.

"Recuérdame que nunca me presente a concejal", le dijo antes de volver a centrar su atención en los dos veterinarios sentados en el sofá. Su mirada se fijó en Suzanne. "¿Sabes esas novelas de las que siempre nos reímos cuando vamos a la librería? ¿Los romances paranormales?"

"Sí". Suzanne asintió, con cara de perplejidad. "Vampiros, brujas, cambiaformas. ¿Qué pasa con ellos?"

Por el rabillo del ojo, Katerina pudo ver cómo Troy y Douglas se estremecían ante la mención de los vampiros. Ella y Jacinth nunca habían corroborado... ni negado... la existencia de los vampiros, sobre todo porque era muy divertido ver a los hombres retorcerse cuando surgía el tema.

"Sí, bueno... sobre los cambiaformas". Respiró hondo. "Realmente existen. Gente que puede cambiar de forma y convertirse en un animal a voluntad".

Mac la miró con el ceño fruncido. "¿Te refieres a los hombres lobo?"

Katerina quería agarrarse al pelo. "¿Por qué todo el mundo sigue *yendo* allí? No, los hombres lobo no... eso es otra cosa completamente.... PARA!" Giró la cabeza para mirar con el ceño fruncido a Douglas, que acababa de abrir la boca. A su lado, en el sofá, Jacinth se desternillaba de risa. "¡No estamos aquí para hablar de la existencia o inexistencia de los hombres lobo!"

"¿De qué hemos venido a hablar?" preguntó Suzanne con evidente confusión.

"Cambiaformas", le dijo Douglas, y Katerina suspiró aliviada de que alguien la estuviera ayudando. Se dio cuenta de que suspiró demasiado pronto, cuando él continuó. "Los hombres lobo son un tipo de metamorfos. Cuando los muerden..."

"Los hombres lobo *no son* un tipo de cambiaformas". Apretó los dientes.

"Bueno, cambian de forma", añadió Troy razonablemente. "Eso los convierte en metamorfos, ¿no?"

"Nunca he tenido a un hombre lobo ingresado en mi clínica", dijo Mac, tomándose lo obviamente como una especie de broma... ¿y quién podía culparle?

"La semana pasada traté a un híbrido de lobo", añadió Suzanne, entrando en materia. "Pero no se convirtió en nada".

"¡Gaaahhh!"

Incapaz de soportarlo ni un momento más, Katerina llamó al Cambio en ese momento. El zumbido y el estallido de la energía mágica la rodearon. El caftán que llevaba cayó y quedó colgando en pliegues sobre el brazo del sillón reclinable de Troy, y un instante después parpadeó con sus grandes ojos dorados ante los dos pares de ojos sorprendidos que la miraban fijamente en

el repentino silencio.

Gata salió delicadamente de los pliegues del caftán de seda y se subió a las rodillas de Troy, cuya mano subió automáticamente para acariciar su espeso pelaje.

"Es... es Cat", dijo Suzanne insegura, con la voz definitivamente temblorosa.

"Prrrrrow". Cat saltó ligeramente al sofá, agitando la cola. Metió la cabeza bajo la mano de Suzanne. La veterinaria se quedó paralizada, mirándola. Colocándose sobre el regazo de Suzanne, Cat se estiró lujosamente, con una pata grande y empenachada acariciando la pierna de Mac. Él extendió la mano tentativamente, rascándole bajo la barbilla, y ella alargó el cuello, ronroneando en señal de aprobación.

"¿Y se supone que debemos creer que Cat... es Katerina?". Los ojos de Suzanne escudriñaban el suelo y luego el techo, como si buscara alguna trampilla oculta.

Gata se incorporó con un bufido, girando las orejas hacia delante, mientras prestaba toda su atención a Suzanne. "¡Mawr!"

Los ojos azules de Suzanne se entrecerraron en ella. "Si eres Katerina, parpadea dos veces".

Gato parpadeó dos veces.

"¿De verdad puede entendernos?" Mac miró de Troy a Douglas.

"Sí". Troy soltó una risita cuando Cat se lanzó sobre él desde el sofá, cogiéndola en brazos. Le empujó la cabeza bajo la barbilla. "Es otra cosa, ¿verdad? Créeme, me quedé tan sorprendida como tú cuando me enteré".

"Lo estoy viendo con mis propios ojos", dijo Suzanne, "pero tengo que admitir que me cuesta aceptarlo".

"Creo que ahora tomaré un poco de ese JD". Mac había dejado antes el vaso sin tocar sobre la mesita, pero lo cogió y volvió a tirar el líquido. "Probablemente debería haber tomado algo más fuerte".

"Troy tenía una botella de Chivas Regal, pero se la bebió toda de juerga *cuando se enteró*", dijo Douglas, riéndose entre dientes.

"Entonces, ¿puede volver a cambiarse cuando quiera?". preguntó Suzanne, mirando a Cat con interés.

Cat saltó al suelo. Cogió una esquina del caftán con los dientes, lo arrancó del brazo de la silla y trotó hacia el pasillo que conducía a las habitaciones de invitados, arrastrando el caftán tras ella. Volvió a su forma humana y regresó al salón, con el caftán pegado a su esbelta figura. Troy tiró de ella hacia su regazo y ella se acurrucó en él.

"¿Qué tal lo lleváis?", preguntó, observando a Suzanne y Mac, que iban por su segundo trago de valor líquido.

"Es un poco demasiado". respondió Mac con sinceridad. "Quiero decir... lo vi. Pero no consigo hacerme a la idea de lo que vi".

Suzanne se enderezó, con los ojos muy abiertos. "Tu hermano, Kester...".

Katerina asintió con la cabeza, sonriendo, y Suzanne se quedó mirándola un largo rato, luego estalló en carcajadas. "¡Kitt y Cat!" Dirigió una mirada acusadora a Kester. "Robasteis el plumero del armario de suministros y lo destrozasteis por todo mi despacho".

Se limitó a sonreír. "¡Uy!"

"¡Te voy a *hacer oops*!"

Suzanne volvió a centrar su atención en Katerina. "Así que... cambiaformas. ¿Hay distintos tipos, o sólo gatos domésticos?".

"De todos los tipos", le aseguró Katerina. "Aunque la mayoría somos depredadores de un tipo u otro".

Mac miraba a Tamera con consideración. "¿Y tú, jovencita? No pareces sorprendida por todo esto".

Tamera agarró con fuerza la mano de Kester, y él le sonrió tranquilizadamente. "¿Por qué no te vas a cambiar a la habitación de invitados?"

"Es bastante nueva en esto", dijo Katerina mientras Tamera desaparecía por el pasillo. "No sabía que era metamorfa hasta hace poco y, como tú, ni siquiera era consciente de que existiera algo así. Es una historia un poco larga, para otra ocasión".

Tamera volvió a salir y Suzanne soltó un grito ahogado.

"Dios mío", jadeó. "¡Es un caracal!"

"Mrrr-r-r-r", Tamera emitió el agudo trino característico del caracal, zigzagueando alrededor de los pies de Kester y acariciándose contra sus piernas.

"Acerca una silla", le dijo Katerina a su hermano, y luego miró al otro lado de la habitación a Jacinth, que había permanecido totalmente callada todo este tiempo. Sin embargo, los ojos de la Djinn estaban llenos de alegría y le guiñó un ojo a Katerina.

"¿Me toca a mí?", preguntó.

"¿Tú también?" preguntó Suzanne, mientras Mac mostraba una expresión de "ya nada podría sorprenderme".

"No exactamente", disimuló Jacinth. "Verás, los cambiaformas no son los únicos seres paranormales".

Hizo una pausa para darles un momento para digerir aquello, antes de continuar. "Soy una Djinn".

"A..." Suzanne la miró sin comprender.

"Genie", añadió Douglas, estrechando el brazo alrededor de su prometida y suavizando la mirada mientras le acariciaba el pelo.

"Como en Aladino", dijo Katerina en tono de ayuda. "Pero prefieren que les llamen Djinn".

Mirando sus caras de incompreensión, Jacinth soltó una risita y, con un brillo travieso, hizo un pequeño gesto en el aire con los dedos. En la mesita apareció una gran bandeja de plata con una cafetera grande y ocho tazas.

Mac se quedó mirando la cafetera y luego levantó la vista hacia Jacinth. "Santo cielo", afirmó.

Suzanne parecía sin habla. Extendió la mano para servirse un poco de café, pero le temblaba visiblemente.

Katerina se levantó al instante. "Toma, déjame a mí", dijo. Llenó dos tazas, pasando una a Suzanne y otra a Mac, antes de mirar a su alrededor. "¿Alguien más?"

Todos optaron por el café, así que ella repartió tazas llenas y luego volvió a sentarse en el brazo de la silla de Troy. Tamera saltó al regazo de Kester y se quedó allí tumbada, aunque en realidad era demasiado grande para caber en su regazo sin el apoyo de su brazo, ronroneando y parpadeando a los reunidos.

"Esto es demasiado para asimilarlo -concedió Mac, rodeando a su mujer con el brazo. Su mirada se estrechó hacia Katerina. "Ese perro te mordió bastante hace unos meses. Cojeabas mucho de la pata delantera, aquella noche que vinimos a por espaguetis".

Katerina deslizó el brazo de su caftán hacia arriba, dejando al descubierto la piel lisa y sin marcas de su brazo y su hombro.

"Todo curado. Si nos hieren en nuestra forma animal, y permanecemos en ella mientras se cura, no quedan cicatrices. Pero", sonrió, anticipándose a la siguiente pregunta, "no, si nos hieren en nuestra forma humana, cambiar a la animal no evita que nos queden cicatrices".

El café parecía estar ayudando a Suzanne, o estaba superando el shock mientras la curiosidad profesional pasaba a primer plano.

"Así que no hay cicatrices. ¿Te duele?", preguntó. "¿Cuándo te cambias?"

Katerina negó con la cabeza. "En absoluto. Es una especie de... bueno... cosquilleo por todas partes, no está mal. Casi cosquillas, supongo".

"Hay un poco de desorientación", añadió Kester. "Sólo por un momento, y luego se acaba y estamos en nuestra otra forma".

"¿Y conservas todas tus facultades cuando eres un gato?". Los ojos de Mac se clavaron en Tamera, que lanzó su grito lastimero, moviendo la cabeza en señal de asentimiento.

Kester sonrió. "Sí. Pero la gata también está ahí, y tiende a ser más dominante cuando estamos en esa forma. Por ejemplo, si un ratón corriera por el suelo, Tamera estaría fuera de mí en un santiamén y persiguiéndolo".

"*Mewrr-er-er-er*", asintió Tamera, con sus orejas exageradamente grandes levantándose con interés ante la mención de un ratón, los bigotes temblorosos mientras sus ojos se entrecerraban, escudriñando el suelo en busca de cualquier posible movimiento.

"Puede que incluso lo mate, porque ésa es la naturaleza del gato", continuó Kester, acariciando la cabeza peluda de su Elegido. "Pero a la parte humana le repugnaría la idea de comérselo de verdad, y no lo hará".

"No me digas", dijo Katerina, poniendo cara de asco.

Como por consentimiento silencioso, Mac y Suzanne se vuelven para mirar a Douglas y Jacinth, sentados acurrucados en el sofá de dos plazas.

"¿Cómo te encontraste con un genio... Djinn?"

"¡Ja!" Douglas se recostó contra los cojines, cruzando una pierna sobre la otra. "Compré su tetera en una tienda de antigüedades. Estaba sentado en mi sofá pasando la mano por los diseños grabados en ella, y de repente allí estaba ella, ¡de pie delante de mí!"

Jacinto sonrió, sus ojos centellearon. "¡Estaba tan decidido a no creer! Intentó echarme de su casa. Y luego, una vez que creyó, me dijo que volviera a mi tetera, ¡y trató de devolverla a la tienda de antigüedades!"

Douglas le dio un codazo. "No eres nada si no eres persistente".

Suzanne los miraba con los ojos muy abiertos. "¡Tu tetera! ¿Quieres decir... que todo eso de los deseos también es real?"

"Oh, sí". Jacinto sonrió. "Tres deseos, como en los cuentos".

Mac se incorporó bruscamente. "¡Benny y Molly! Douglas los había estado buscando durante todo ese tiempo, y de repente los encontraron".

Sonrió, y sus ojos color chocolate se suavizaron de afecto. "Sí, ése fue su primer deseo. Encontrar a sus hijos. Le dije que podía recuperarlos, y él tampoco lo creyó".

"Estaba enfadado", admitió Douglas. "Estaba destrozado por su pérdida, preocupándome por ellos todos los días, y de repente aparece esta mujer, y por alguna razón le cuento que los han secuestrado, y ella simplemente dice 'vale'. Como si no fuera para tanto. Empecé a gritarle que se fuera de mi casa, cuando sonó mi teléfono y era mi investigador privado, que los había estado buscando, diciéndome que los habían encontrado".

Jacinth le sonrió, y sus ojos centellearon con picardía. Suzanne soltó un aullido cuando el café de su taza se volvió a llenar, levantando un fragante vapor. Mac se rió cuando su taza se llenó y bebió un sorbo.

"Así que tenemos un caracal por recepcionista, Troy está prometido a un mapache de Maine, cuyo hermano también es un mapache de Maine, y Douglas está prometido a un Djinn. ¿Qué

más?" preguntó Mac.

Jacinto hizo una mueca malvada. "¿Recuerdas a nuestros amigos Julián y Alessandra? Julian es un mago de seiscientos años, de Génova, Italia".

Suzanne se atragantó con un sorbo de su café, y Mac la golpeó suavemente en la espalda. "¿Seis... cien?"

Cuando Jacinth se limitó a sonreír, Mac le entrecerró los ojos. "¿Cuántos años tienes?"

"No preguntes", advirtió Douglas, "a menos que realmente quieras saberlo".

"Lo sabemos. Queremos saberlo, quiero decir". La voz de Suzanne seguía rasposa y tosió para aclararse. "A estas alturas, vamos a por todas, ¿por qué no?"

"Se me considera joven para ser un Djinn, con sólo novecientos años". respondió Jacinto.

Douglas asintió. "Su padre era Omar Khayyam... quizá hayas oído hablar de él".

¿"El astrónomo y matemático"? Mac parecía convenientemente impresionado.

"¡Y poeta!" La mirada asombrada de Suzanne se clavó en Jacinto. "Eso es... increíble. ¿Era... también un Djinn?"

Jacinto negó con la cabeza, mientras su pesada melena de ébano se agitaba sobre sus hombros. "No, una humana. Mi madre es Djinn".

"Entonces, ¿qué es un mago?" quiso saber Mac.

"Un mago es un mago ceremonial", respondió Jacinto. "Estudian alquimia... es un poco complicado, pero la explicación más sencilla es que intentan convertir los metales comunes... hierro y demás... en metales raros... oro... y buscan el elixir de la vida, también conocido como la Piedra Filosofal. Que no es una piedra en absoluto, sino el elixir".

"¡Como en Harry Potter!" exclamó Suzanne.

Jacinto sonrió y asintió enérgicamente. "Sí, y realmente existió un Nicolás Flamel. Aunque, históricamente, no está claro si fue realmente un alquimista; las afirmaciones de que lo era no surgieron hasta algunos siglos después de su muerte."

"Su *supuesta* muerte", añadió Troy, haciendo una mueca. "He estado buscando el tema en Google".

Jacinth negó con la cabeza. "Nunca lo sabremos... a menos que se presente y se dé a conocer en algún momento".

Suzanne se pasó los dedos por el pelo, intercambió una larga mirada con su marido antes de volver a centrar su atención en ellos, su mirada iba de Douglas a Troy, y luego de vuelta.

"Entonces... ¿supongo que hay alguna razón para que nos cuenten todo esto?", preguntó. "Desde luego, puedo entender la necesidad de guardar el secreto, así que... ¿por qué a nosotros?"

Troy levantó una ceja mirando a Katerina. "¿Quieres llevarte esto?"

Asintió con la cabeza y volvió su atención a la pareja del sofá.

"Los metamorfos tienen sus propias leyes, aparte del mundo humano, y cada región tiene un Consejo local, con el Gran Consejo en general. Aunque tenemos muchos metamorfos en las profesiones médicas, tenemos muy pocos veterinarios, y ninguno en la región noreste. El Consejo del Noreste se ha puesto en contacto con Troy y Douglas para que vuestra clínica sea... una clínica a la que acudir, supongo que dirías... para los metamorfos que, por la razón que sea, se lesionan mientras están en su forma animal y necesitan cuidados que un médico no puede proporcionarles".

"No sólo eso", tomó el relevo Douglas, "concretamente les gustaría enviarnos a un cambiaformas que sea veterinario recién licenciado para que haga prácticas con nosotros, que también pueda trabajar con nosotros en las preocupaciones específicas de los animales que también son humanos".

Suzanne y Mac se miraron.

"Demonios", dijo Mac, sacudiendo la cabeza. Buscó la cafetera para servirse otra taza. "Ahora me gustaría tanto trabajar en tu clínica".

Todos se rieron, y la intensidad de la sala pareció aligerarse un poco.

"El Consejo se ofreció a sufragar el coste de contratar a un interno, pero ya hemos estado pensando en contratar a otro veterinario", dijo Douglas. "Sin embargo, les dije que no podíamos tomar una decisión así sin que tú participaras en ella. Eres socia de pleno derecho en esta clínica, Suzanne, y Mac es tu marido".

"No habría sido justo obligarte a ocultarle un secreto así a tu marido", asintió Katerina, sonriendo a Suzanne. "Troy y Douglas respondieron por vosotros ante el Consejo, al igual que yo".

"Y yo", añadió Kester, "y Tamera".

"Vaya. Suzanne miró a cada uno de ellos alrededor de la habitación, y su mirada se posó en Tamera, que seguía en su forma de caracal sobre el regazo de Kester. "Esto es simplemente... guau".

"Yo también respondí por ti", añadió Jacinto. "Los Djinn también tienen su propio Consejo, y una vez que Katerina me comunicó la decisión de hablarte de los cambiaformas, hablé con uno de nuestros Ancianos..."

"El Príncipe, querrás decir", insertó Katerina con ironía, y Jacinto se rió.

"Sí, el príncipe. Y dio su consentimiento para que te hablara del Djinn".

Los ojos de Suzanne se abrieron de par en par mientras miraba fijamente a Jacinto. "¿Un príncipe? ¿Un genio-Djinn-príncipe?"

Jacinto asintió, sonriendo con picardía. "Ése tiene varios miles de años".

Mac dejó su taza de café y volvió a coger su vaso de chupito. "Creo que tomaré un poco más de ese JD".

CAPÍTULO 41



TAMERA ESTABA SENTADA en el césped, en su lugar favorito, al borde del bosque, bajo unas ramas anchas y sombreadas. Las hojas formaban una alfombra roja y dorada a su alrededor, pues por fin había llegado el otoño. Le encantaba el olor del aire, leñoso y fresco, y con toques de humo de las chimeneas en uso. Se asomó al bed and breakfast, con el lápiz posado sobre su cuaderno de dibujo. Esta vez estaba haciendo un primer plano de la torreta más cercana. Había decidido hacerlo al pastel, para colgarlo en la pared de Kazakis, y éstos eran sólo los bocetos iniciales. Conseguir los ángulos y las proporciones era crucial.

Estaba sujetando un transportador, mirando más allá de él hacia la torre para asegurarse de que tenía el ángulo correcto, cuando el cierre de la puerta de un coche llamó su atención. Miró hacia la calle, donde un coche se había acercado a la acera, se le secó la boca y el corazón le palpitó incómodo. Mahmoud se acercaba a ella a pasos rápidos y largos.

Levantándose con rapidez, huyó hacia el sombreado refugio del bosque. Hacía tiempo que los cambiaformas habían dejado de patrullar por aquí, sabiendo que los propios bosques eran una defensa y, sospechaba, una desconfianza innata hacia el suelo bajo los árboles desde el episodio de las arenas movedizas. Ese mismo suelo sería ahora su protección. Se escabulló detrás de un árbol y se quitó la ropa, luego llamó al Cambio hacia ella.

A cuatro patas, corrió por el bosque. Eligió un árbol grande, saltó alto, agarró una rama con las garras y se encaramó a ella. No tenía que preocuparse por el olor; los gatos eran cazadores visuales. No podría encontrarla a menos que la viera.

Subió más alto y luego se estiró sobre una rama, oculta de la vista de cualquiera que estuviera abajo por el espeso follaje. Por suerte, aún no había llegado la estación fría, así que todavía quedaban muchas hojas en las ramas de los árboles para ocultarla. Se acercó la cola al cuerpo para que no le colgara. Aún no dominaba por completo su cuerpo y no quería que la punta de su cola la delatara.

¡Kester! gritó en silencio. No estaba lejos, en su habitación, trabajando con el portátil, así que sabía que la oiría. *Está aquí... Mahmoud. Estoy en el bosque, escondida.*

Ya voy, la voz de Kester era firme, tranquilizadora. *También se lo haré saber a Angus.*

Con todos los músculos tensos, escuchó, esforzándose por oír pasos que se acercaban, o el sonido de un gran gato abriéndose paso entre las hojas crujientes que cubrían el suelo. En cambio, lo que oyó fue un agudo grito de sorpresa y alarma.

Dentro del cuerpo de la gata, Tamera se encogió, sabiendo lo que estaba por venir. Su gata temblaba y bajó la cabeza hacia la rama en la que estaba tumbada. Apretó los ojos con decisión

mientras los gritos de rabia se convertían en miedo y luego en desesperación. Los gritos de auxilio resonaron en el bosque.

Todos sus instintos la impulsaban a saltar del árbol, a correr para ayudar a alguien en peligro. Resistió el impulso. Era un violador, se recordó a sí misma, aguzando el oído, intentando bloquear los sonidos. Un monstruo asesino sin corazón ni alma. Se merecía todos los castigos que los bosques mágicos de Angus pudieran infligirle. Era terrible, sin embargo, aferrarse a la rama de su árbol, temblar de horror cuando los gritos lejanos se amortiguaron y finalmente cesaron del todo, el silencio se apoderó del bosque.

Tamera se sentía mal y no se movió del sitio. Temblaba tanto que no estaba segura de poder bajar del árbol. Hasta que no oyó a Kester, con voz de alarma, no pudo recobrar la compostura y llegar al suelo. Kester se apresuró a acercarse a ella, y ella apoyó la cabeza en su pecho mientras él le acariciaba el pelaje, comprobando que no tenía heridas.

Con un tranquilizador golpe de lengua en su mejilla, la guió hasta donde había dejado su ropa. Se cambió y empezó a ponerse la ropa con dedos temblorosos.

"Fue Mahmoud", le dijo a Kester, que la observaba con ojos oscuros de ansiedad. "Vino a por mí. Yo... le maté".

"¿Qué?"

Sus brazos la rodearon y ella se inclinó hacia él, aferrándose con fuerza. "Le llevé al bosque, sabiendo... sabiendo lo que pasaría. Fue tan horrible, oírle... y luego, al final, no. Me siento mal. Podría haber ido a ayudarlo, a salvarle la vida, y... no lo hice. Le dejé morir".

Se estremeció, sintiendo la mano de Kester en su pelo, acariciándola con murmullos tranquilizadores.

"Fue el instrumento de su propia muerte". La profunda voz de Angus, surgida aparentemente de la nada, hizo que casi se sobresaltara. Miró a su alrededor cuando Angus apareció.

"Lo sé", admitió, apoyando la cabeza en el pecho de Kester. De algún modo, no podía dejar de temblar. "Lo sé. Pero elegí adentrarme en los árboles. Quería que me siguiera. Sabía que las arenas movedizas estaban allí. Quería que entrara en este bosque, que se lo tragara".

Tenía un gran nudo en la garganta y volvió la cara hacia el hombro de Kester cuando le saltaron las lágrimas. "Quería que muriera".

"Pero tú no le mataste. Eso no es culpa tuya", dijo Kester.

Angus estuvo de acuerdo. "No le obligaste a seguirte hasta este bosque. Tomó una decisión y cosechó las consecuencias".

Tamera soltó una risita un poco histérica. "Conoció a la Parca".

La risa de Kester retumbó bajo su mejilla. "Ahí está mi niña. Vamos, no llores más. Se ha ido y ya no supone ningún peligro para ti ni para nadie. Dudo que tu hermana o las demás damas vayan a derramar lágrimas por él".

"No derramo lágrimas por él", negó ella, levantando rápidamente la vista. "Se merecía lo que le pasó, y más. Fue tan horrible oír sus gritos y... al final...", se interrumpió, sintiéndose mal de nuevo. "En cualquier caso, podemos decirles a todos que no tienen que preocuparse nunca más por Mahmoud".

"Ésa es la actitud", aprobó Angus.

"Probablemente te harán una fiesta y te aclamarán como a un héroe", se burló Kester.

"No fui yo quien hechizó el suelo para que se convirtiera en arenas movedizas. Angus es el verdadero héroe". Sonrió, aunque un poco trémula, al hombre mayor. "Gracias. Habríamos pasado el resto de nuestras vidas mirando por encima del hombro, sabiendo que Mahmoud seguía ahí fuera".

Kester sonrió a Angus. "Así *te harán* una fiesta y te aclamarán como a un héroe".

"Paso", dijo Angus secamente. "¿Es el último de ellos, entonces? ¿Este Mahmoud?"

"Es el último", confirmó Kester. "Todos los demás están condenados y encarcelados de por vida. Aún tenemos gente revisando los registros que encontramos en el recinto para intentar relacionarlos con algún metamorfo desaparecido conocido. Al menos sus familias podrán tener una especie de cierre".

Una profunda tristeza la invadió, como una pesada presión en el pecho. "Eso no es mucho consuelo".

Kester le acarició el pelo. "Ya lo sé. Pero es todo lo que podemos hacer por ellos".

"Supongo", suspiró ella.

"Vamos", la instó, volviéndola hacia el sendero que atravesaba el bosque. "Vamos a llamar a Maroulla para avisarla".

Angus se colocó a su lado, y juntos los tres emprendieron el camino de vuelta a la posada.

CAPÍTULO 42



TAMERA SE AFERRÓ a la mano de Kester mientras se encontraban en un pequeño claro del bosque, justo fuera de la vista de la posada.

"Ohmigosh, esto es tan emocionante", susurró, como si hubiera multitudes a su alrededor que pudieran oírla. "Nunca pensé que llegaría a ver Qaf... aunque lo hubiera sabido antes de mudarme aquí".

Kester se rió, apretándole la mano. "Lo sé. Nunca pensé que llegaría a verlo. La gente no lo hace, ¿sabes? Los djinn son tradicionalmente muy reservados, y los forasteros rara vez son invitados a Qaf".

Un instante después, una niebla brillante pareció formarse en el camino que tenían ante ellos. Centelleó y se retorció, y poco a poco fue adquiriendo forma humana, antes de desvanecerse y revelar a un joven adolescente. Tardaron un minuto en darse cuenta de que era Remi, el chico de aquel picnic predestinado que parecía tan lejano.

"Así que he estado trabajando en mi entrada", anunció Remi, pareciendo satisfecho de sí mismo. "¿Qué tal lo he hecho?"

"Ha sido impresionante", admitió Tamera, reprimiendo severamente su diversión.

"Soy Remi", anunció el muchacho. Iba vestido todo de crema y oro, con pantalones anchos y una larga túnica de una rica tela, ribeteada en oro, y un chaleco muy bordado encima. Llevaba en los pies unas zapatillas de cuero de punta curvada y una ancha faja rodeaba sus estrechas caderas. Tenía los ojos brillantes, con un brillo travieso que le recordaba mucho a Jacinto.

"Oh, espera, ¡me acuerdo de ti!" Tamera le miró fijamente. "Eres el chico del picnic, el día que descubrí a los metamorfos".

El chico sonrió, y luego esos ojos brillantes se fijaron en Kester.

"Eres el hermano de Katerina, ¿verdad? Eres igual que tu hermana".

Sobresaltado, Kester le miró fijamente. "¡Tiene el pelo negro!"

"Sí, pero tienes la misma estructura facial y esos ojos dorados. Te confundiría con la familia cualquier día".

"Suenas diferente de lo que habría esperado de alguien del siglo XVI", observó Tamera.

"Me dejo caer mucho por aquí", respondió el chico con una sonrisa pícara. "No se me ocurre, así que no se lo menciones a nadie que no sea Jacinth, ¿vale? Podría meterme en un buen lío".

"Prometemos no decírselo a nadie", le aseguró Kester.

"¿Estás listo para irnos?"

Kester tendió la mano a Tamera y ella la cogió, sintiendo la fuerza reconfortante de sus

dedos. "¡Hagámoslo!", le dijo al chico.

Remi estiró los brazos y juntó las manos por encima de la cabeza. Un estruendoso aplauso retumbó en sus oídos y, de repente, ya no estaban en el bosque, sino en lo que parecía una aldea nómada, con tiendas de lana negra dispuestas por todas partes. Una amplia llanura cubierta de hierba se extendía hasta las montañas circundantes que se alzaban a lo lejos en todas direcciones. Hacía más calor que en Nueva York, pero no era incómodo.

Levantando la cabeza, Tamera olfateó con aprecio. El aire olía a carne asada, sobre un fondo de aromas florales, así como a caballos y otro ganado... quizá ovejas, pensó, al ver un rebaño de animales lanudos pastando en un prado inclinado más allá de la aldea.

"¡Tamera! Kester!"

Se volvieron y vieron a una espléndida Jacinto que se acercaba a ellos. Llevaba un vestido largo y recto de seda cruda, de un púrpura resplandeciente que cambiaba de tono según se movía. Estaba muy adornado con bordados dorados, lentejuelas y borlas. Llevaba el pelo recogido en una complicada trenza en la nuca, sujeto con horquillas enjovadas. Tenía las mejillas muy sonrojadas y estaba radiante. Douglas estaba a su lado, sonriente y orgulloso. De Remi no había ni rastro.

"¡Oh! Ha ido a buscar a Katerina y Troy", explicó Jacinth, al ver que Tamera buscaba a su acompañante. Las cogió a ambas de la mano, tirando de ellas. "¡Venid! Hemos montado un pabellón en el extremo opuesto de la aldea".

Un poco aturdida, Tamera trató de asimilarlo todo a la vez mientras seguían a Jacinto por la hierba de la aldea. El cielo era de un azul indescriptible, que Tamera nunca había visto antes, y unas nubes más blancas que el blanco flotaban perezosamente sobre el cielo, proporcionando un marcado contraste. Tamera echó mano del papel y los acrílicos para intentar capturar aquel azul increíble. En contraste con el cielo, por todas partes crecía una vegetación exuberante y florecía una profusión de flores.

"¿Estamos seguros de que es en Qaf donde hemos aterrizado y no en el cielo?". susurró a Kester, que parecía tan aturdido como ella.

Al oírlo, Jacinto se rió, con un sonido parecido al tintineo de campanas de plata. "Sí, soy Qaf. Es así de mágico".

Cuando rodearon la última de las tiendas, apareció un lago que se extendía hacia las montañas que se alzaban brumosas en la distancia. En la orilla había un espléndido pabellón... una carpa abierta, blanca, con centelleantes luces de hadas que le daban un aire mágico. A medida que se acercaban, Tamera pudo ver rosas blancas que trepaban, enroscándose, por los soportes, y se detuvo a mirar con asombro.

"¿Cómo demonios has conseguido que hagan eso?"

"Magia, ¿recuerdas? Vamos". Jacinto le guiñó un ojo y tiró de su brazo. "Hice que Remi te desembarcara al otro lado de la aldea, pensé que te gustaría la vista que se despliega".

"Mi alma de artista se muere de anhelo", confió Tamera. "¡Lo que daría ahora mismo por papel y pinturas!".

"Te traeré en otra ocasión", prometió Jacinto. "A ti y a Katerina. Podemos hacer una fiesta de pintura y dibujo".

"¡Oh! ¡Un trago de Qaf!"

Los dos soltaron una risita, mientras Kester ponía los ojos en blanco.

Tamera chilló y dio un salto hacia atrás, alarmada, cuando Remi, con Katerina y Troy a remolque, se materializó casi encima de ellas.

"Uy, lo siento", dijo Remi sonriendo. "Bueno, ya estáis todos".

"Gracias, Remi". Jacinto envolvió al chico en un abrazo. "Te lo agradezco".

"No hay problema", dijo con una amplia sonrisa. "Encantado de ayudar. Adiós por ahora".

Desapareció con un sonoro "pop", provocando la risa de Jacinto.

"¿No se queda?" preguntó Katerina, mirando fijamente el lugar que acababa de ocupar Remi.

"No, se supone que no debe estar aquí", les dijo Jacinto, lanzando una mirada por encima del hombro hacia el pabellón. "Mi madre está ocupada con los niños, pero es mejor que no lo vea, y en cuanto a Kieran...", puso los ojos en blanco.

"¿Por qué no iba a estar aquí? Está claro que es un amigo", preguntó Tamera.

"Es del siglo XVI", explicó Jacinth. "Los Djinn somos capaces de viajar en el tiempo, pero está expresamente prohibido, y las penas son elevadas. Remi no hace ningún daño cuando me visita, así que no digo nada, pero Kieran no sería tan comprensivo".

Pasó un brazo por los codos de Katerina y Tamera, y todas se encaminaron hacia la tienda. "Me alegro de que estéis aquí. Suzanne y Mac parecen un poco conmocionados". Sus ojos centelleaban de diversión.

Bajo el toldo elevado, varias mesas largas ocupaban el espacio, con una redonda, pero enorme, en el centro. Las mesas estaban cubiertas con manteles blancos, y los centros estaban adornados con velas y arreglos florales.

Jacinth los condujo a la mesa central, donde su madre, Zahra, estaba sentada en un extremo, con Benny y Molly a ambos lados. Junto a ellos se sentaba un señor mayor, que se levantó cortésmente cuando se acercaron a la mesa.

"Arthur, éstos son Katerina y su hermano, Kester, y sus Elegidos, Troy y Tamera. Arthur es Djinn y ha sido tutor de Benny", explicó.

"He oído hablar mucho de ti", dijo Katerina con una amabilidad que Tamera envidiaba.

Arturo hizo una especie de media reverencia. "Y yo a ti", respondió. "Me alegro de conocer a los amigos de Jacinto".

"¡Señorita Kat!" Benny la saludó efusivamente, mientras Molly saludaba con la mano, dando patadas bajo los pies. "¡Adivina qué, la señorita Jas es ahora nuestra madre!".

"Lo he oído", dijo Katerina, inclinándose para abrazar al chico.

"Dime, si vas a casarte con el tío Troy, ¿eso te convierte en mi tía?". preguntó.

Katerina sonrió, pellizcándole la nariz. "Así es. Y como Kester es mi hermano, eso lo convierte en tu tío".

Tamera se rió. "¡Y cuando me case con Kester, eso también me convertirá en tu tía!".

Riéndose, Troy pasó junto a ellos hasta Suzanne y Mac, que estaban sentados a la derecha de Arthur. "Hola, me alegro de que hayáis venido".

"Sí, el viaje fue precioso", replicó Mac, un poco pálido mientras miraba a su alrededor.

La tienda se iba llenando de Djinn, que se agrupaban para hablar o dirigirse a las mesas. Un grupo de niños jugaba a la mancha en la orilla del agua. Supuso que la mayor parte de la aldea debía de estar allí.

"Oh, estamos a tu lado", le dijo Katerina a Suzanne mientras echaba un vistazo a las tarjetas con los nombres de cada uno. Se sentó y atrajo a Troy hacia sí.

Tamera localizó sus propios sitios, frente a Suzanne y Mac, junto a Julian y Alessandra. Se mordió el labio inferior.

"Tú eres el mago, ¿verdad?" preguntó a Julian con inseguridad. "La mayor parte de aquel día en que nos conocimos me resulta borrosa".

"Tenías mucho que asimilar", dijo Julián, y Alessandra sonrió, asintiendo.

"Grité como una boba la primera vez que vi a Julian como Djinn", contó a Tamera.

"Apareció de la nada, justo delante de mí".

Al otro lado de la mesa, Suzanne se inclinó con curiosidad. "¿Ah, sí?"

Julian sonrió. "Gritó como una loca".

Ella le arrugó la nariz. "Al menos no he intentado quitarte la botella, como hizo Douglas con Jacinth".

Su risa era profunda y rica. "¡Cierto! Debo decir que te lo has tomado muy bien".

Una expresión de confusión cruzó el rostro de Suzanne. "Creía que Tamera había dicho que eras mago".

Hizo una mueca. "Es una larga historia. Me maldijeron para cumplir deseos como Djinn". Sonrió a Alessandra, y su mirada, algo dura, se suavizó al posarse en ella. Ella le devolvió la sonrisa y le tendió la mano. "Alessandra me liberó. Así que ahora vuelvo a ser simplemente un mago. Tengo una tienda de antigüedades, Whimsies, en Manhattan".

Suzanne miró a su alrededor, con los ojos muy abiertos. "La gente no para de entrar y salir. Literalmente. Un minuto allí, un minuto no. Incluso los niños".

Kester le sonrió y sus ojos dorados brillaron de emoción. "¿Verdad? Esto es otra cosa. Nunca pensé que llegaría a ver a Qaf. Quiero decir, soy un cambiaformas, sí, y nos enseñan sobre los Djinn, y sobre Qaf, mientras crecemos. Pero pocos de nosotros conocemos realmente a un Djinn, y nunca he oído hablar de uno que haya estado en Qaf".

Sonaron unas campanadas plateadas que llenaron la tienda con su sonido delicado, pero cautivador. En el extremo de la mesa, Zahra permaneció de pie, mientras un silencio expectante se apoderaba de los que estaban en la tienda.

"Estamos todos aquí para celebrar el matrimonio de mi hija, Jacinth, y su Elegido, Douglas". Los ojos de Zahra se empañaron al posarse en su hija, sentada junto a Douglas en la cabecera de la mesa. "Todos les deseamos lo mejor".

"¿Y nosotros?" preguntó Benny. Se oyeron risas por toda la tienda.

"Y damos la bienvenida a sus hijos, Talya, Ben y Molly, a nuestra familia Djinn", Zahra se inclinó para besar la mejilla del pequeño. Junto a Jacinth, Talya estaba radiante, con cara de asombro, como si no se hubiera esperado que la incluyeran.

Si todo el mundo toma asiento, empezaremos el banquete". Zahra miró a su alrededor, sustituyendo su mirada brumosa por un brillo travieso. "Como somos tantos y nuestros invitados de honor no están familiarizados con nuestra cultura, Jacinth y yo decidimos que lo mejor era servir la comida según la mejor tradición djinn... ¡mágicamente!".

Sus palabras fueron recibidas con risas y aplausos, mientras en las mesas aparecían fuentes y cuencos llenos de comida de todo tipo. Se llenaron copas de vino y zumo para los niños.

Mac miró su copa de vino con algo parecido al recelo, y Douglas se rió.

"Mac, sólo es vino. Es seguro, te lo prometo".

Junto a Mac, Suzanne soltó una risita. "¡Es igual que en Hogwarts!".

Su marido gimió, poniendo los ojos en blanco.

Tamera cogió una gran tajada de un jugoso asado de ternera de la fuente, y cogiendo el plato de Kester, puso otra tajada en el suyo. A su alrededor, otros llenaban sus platos.

A medida que avanzaba la comida, se iban sucediendo los brindis y las felicitaciones a Jacinth y Douglas. Tamera se concentró en beber pequeños sorbos de vino, pero cuando todos terminaron de comer y el postre apareció en la mesa, empezaba a sentirse un poco mareada.

"Uy", susurró a Kester, echándose a un lado, deseando apoyar la cabeza en su hombro, tan tentadoramente cerca. "Unos brindis más y puede que tengas que llevarme a casa".

Se rió entre dientes. "Ahora están sacando café turco, eso debería ayudar".

Soltó una risita. "Prefiero que me lleves tú".

"Oh, sí, te están atacando". La rodeó con el brazo y le acarició el pelo. "Sabes que es una recepción pequeña, ¿verdad?".

Ella se enderezó, parpadeando hacia él, y luego contempló la abarrotada carpa, en la que debía de haber un centenar de personas sentadas alrededor de las mesas. "¿Pequeña?"

"Ah, sí". Una sonrisa curvó sus labios. "No has visto nada. Vais a celebrar una boda griega. En cuanto mi madre, YiaYia y Katerina empiecen, no habrá quien las pare".

Ella tragó saliva consternada. "¿Podemos fugarnos?"

Sonó su risa. "Ni de coña, nena. Te la vas a ganar".

"Pero yo no sé nada de bodas", se lamentó.

Le besó la sien. "No te preocupes. Mi madre y YiaYia se encargarán de todo, y haremos que Katerina te diseñe un vestido impresionante. Lo único que tendrás que hacer es presentarte".

Tamera le sonrió, y un brillo de calidez la envolvió. "Puedo hacerlo".

CAPÍTULO 43



SEIS SEMANAS DESPUÉS...

TAMERA Y KESTER se cogieron de la mano frente al Kazakis Delicatessen, contemplando el espacio transformado. Unos toldos a rayas azules y blancas se extendían sobre varias mesas de hierro forjado con tableros de cristal, cada una de ellas con sillas a juego. Kazakis Delicatessen estaba pintado con letras arqueadas en la gran ventana de cristal.

Dentro, las brillantes luces del techo brillaban sobre las paredes blancas recién pintadas, haciendo que la tienda pareciera considerablemente acogedora y espaciosa. A través de la ventana, un colorido mural de una ladera griega ocupaba toda la pared izquierda. Las demás paredes eran simplemente blancas, con una llave griega en la parte superior. Un ribete azul brillante adornaba las puertas.

Kester abrió la puerta con una floritura, invitándola a pasar. Tamera suspiró de placer mirando las vitrinas de la derecha, con diversas carnes y quesos, y otra llena de galletas y dulces griegos recién horneados. El mostrador de trabajo, con sus fregaderos dobles, una cortadora de carne y un asador de giroscopios, estaba contra la pared derecha. Al fondo de la tienda había varias estanterías llenas de productos importados. Siguió adentrándose en la tienda, más allá del mostrador de trabajo, y sonrió al ver expuestas las obras de arte enmarcadas de Katerina y de ella misma.

"¡Kester, esto es maravilloso!" Levantó la nariz, olfateando. "¡Puedo oler el baklava! Me muero por probarlo".

Ambos se giraron cuando se abrió la puerta que tenían detrás, y Kester fue a ayudar a una joven a introducir un cochecito doble en la tienda. La mujer era exactamente igual que Katerina, excepto por el pelo de ébano, que era más largo, espeso y ondulaba por encima de los hombros. Sonrió alegremente a Tamera.

"¡Hola! Soy Melanthe, como probablemente habrás adivinado. Tú debes de ser Tamera".

"Sí, encantado de conocerte". Intentó no quedarse mirando. "Había olvidado que Katerina y tú sois gemelas".

Melanthe se rió. "Por suerte, a Katerina siempre le gustó el pelo corto, y yo prefería el mío largo, así que a la gente le resultaba fácil distinguirnos".

Tamera contempló a los dos bebés gemelos en el cochecito. Estaban despiertos, sus

piernecitas regordetas pataleaban, y sintió que el corazón le daba un vuelco.

"¡Ohmigosh, son tan adorables!"

Melanthe levantó a una niña, depositando un beso en su redonda mejilla. "Ellas son. Este amorcito es Anastasia, y la otra es Casandra".

"Buenos nombres griegos", aprobó Kester mientras entraba por la puerta con un corralito portátil. Lo desplegó y lo colocó en la esquina delantera de la tienda. "He dejado esta zona libre sólo para el corralito", dijo a su hermana.

"¿No sería éste un espacio privilegiado para una mesa para los clientes?", objetó.

"¿Estás de broma?" Tamera le guiñó un ojo. "¿Tener dos bebés en el escaparate? Eso atraerá a más clientes".

El hermano y la hermana se rieron.

"Es cierto", admitió Melanthe. Colocó a Anastasia en el corralito.

"¿Puedo coger uno? preguntó Tamera esperanzada, deseando tener entre sus brazos toda aquella adorabilidad.

"Por supuesto". Sonriendo, Melanthe levantó al otro bebé del cochecito y lo puso en brazos de Tamera. Tamera la acunó con cuidado, sosteniendo con el brazo la cabeza sorprendentemente pesada.

"Nunca había tenido un bebé en brazos", confesó, balanceándose suavemente de un lado a otro y mirando fascinada los pequeños labios de capullo de rosa, que en ese momento se dedicaban a soplar burbujas.

"Siéntete libre de cogerlos en brazos cuando quieras. Les encanta que los cojas". Rebuscando en la voluminosa bolsa que llevaba colgada del hombro, Melanthe sacó algunos sonajeros y peluches para ponerlos en el corralito, y colocó dos biberones sobre una mesa cercana.

"Pondré el cochecito detrás", le dijo Kester, cogiendo las asas y empujándolo.

"¡Tráeme un delantal!", gritó tras él, y luego se volvió para examinar el interior de la charcutería. "Vaya, sí que lo ha hecho, ¿verdad?".

"Sí". Tamera sintió un resplandor de orgullo. "Si lo hubieras visto en nuestra primera visita, con el agente, no pensarías que pudiera ser el mismo lugar".

La puerta principal volvió a abrirse y Jacinth entró, seguida de Douglas y Talya.

La adolescente miró asombrada a su alrededor.

"Esto mola mucho", dijo entusiasmada, y Tamera reprimió una carcajada. Por lo visto, la chica ya le estaba cogiendo el truco a la jerga.

Kester volvió del almacén y se intercambiaron saludos.

"Oh, ya son bebés humanos", exclamó Jacinth, cerniéndose sobre Cassandra. "Son adorables, Melanthe".

Talya parecía confusa.

"Oh, no estabas aquí", dijo Jacinth. "Melanthe fue obligada a dar a luz mientras estaba en su forma Cambiada, y las niñas también nacieron Cambiadas".

"Volvieron a cambiar espontáneamente hace dos días", dijo Melanthe, agachándose para acariciar la suave mejilla de Anastasia. "Fue un gran alivio, porque nadie sabía cuándo Cambiarían a humano".

Talya la miró horrorizada. "¿Quieres decir que nacieron como gatitos?".

Melanthe asintió, con aire triste. Kester fue a rodearla con los brazos.

"Ya está bien, hermanita", dijo. "Están sanos y ahora han cambiado. Lo peor ya ha pasado".

"Hasta que lleguen a la adolescencia", bromeó Tamera, y se alegró al ver que la tristeza desaparecía cuando Melanthe se echó a reír.

"¡Cierto!"

Katerina y Troy fueron los siguientes en llegar, exclamando sobre la charcutería y los bebés.

"No puedo quedarme mucho tiempo", dijo Troy, acercándose para echar un vistazo al estuche que contenía los dulces. "Tengo que volver a la clínica, pero quería hacer acto de presencia".

"Kester, esto tiene una pinta fabulosa", se entusiasmó Katerina. Arrastrando a Troy con ella, se dirigió a la parte trasera de la charcutería para admirar las obras de arte enmarcadas que allí colgaban. "Si esto no se vende, no se venderá nada", dijo, asintiendo con satisfacción.

"Lo sé", dijo Tamera, uniéndose a ellos. "La forma en que están expuestos es perfecta, con tus bocetos de animales intercalados con mis cuadros de paisajes".

"¡Son preciosas!" Una voz detrás de ellas hizo que las dos se sobresaltaran, y Alessandra sonrió disculpándose. "Perdona, no quería asustarte". Su mirada volvió a las obras de arte de la pared. "Reconozco tus bocetos, Katerina. ¿Estos cuadros son tuyos, Tamera?"

"Sí. Decidimos que se complementan".

"¡Sí que lo tienen!" Estudió detenidamente la docena de obras de arte enmarcadas. "¿Aceptáis encargos personalizados?"

Katerina se encogió de hombros. "Lo hago todo el tiempo".

"¿Y tú, Tamera?"

Parpadeó un poco. "¿Yo? ¿Supongo? Es la primera vez que pongo una obra a la venta".

"Pues deberías considerarlo", aconsejó Alessandra. "Viendo esto, creo que te encantaría mi jardín, con su zona de emparrado, y sus rosas trepadoras, y su columpio en el árbol. Y Katerina, a Julián le encantaría tener un retrato de Beauregard".

"¿Beauregard?" Ambos soltaron una risita, a la que se unió Alessandra.

"Lo sé, ¿verdad? Es un Borzoi, y simplemente precioso. Creo que sería un sujeto espléndido para ti... si quieres".

"¡Oh, ya lo sé!" exclamó Katerina. "¿Y si venimos una tarde? Haremos fuego en la hoguera y pasaremos una tarde de chicas, y Tamera y yo podremos pintar y dibujar. Si Jacinth puede venir, puede preparar chocolate caliente o café turco".

"¿Me estás ofreciendo voluntariamente otra vez? ¿Para qué esta vez?"

Todos se giraron cuando Jacinto se acercó a ellos.

"Una tarde de chicas en casa de Alessandra, para que yo dibuje a su Borzoi y Tamera empiece a pintar el jardín".

"¡Oh! ¡Oh, sí! Tamera, adorarás su jardín, es el espectáculo más hermoso".

"Aunque no tanto en esta época del año", admitió Alessandra. "Pero en primavera es todo un espectáculo".

Jacinto desechó esa consideración. "No importa. Aún podemos tomar bebidas calientes, tostar malvaviscos y hacer malvaviscos".

"Me apunto a esto", dijo Tamera con una sonrisa. "¿Te han hablado del Paint n Sip?"

Kester se abalanzó sobre ellas, siguiendo Melanthe su estela. "Ahora no, señoras. Tenemos una hora hasta que abramos oficialmente".

Pasó el brazo por la cintura de Tamera y ella se inclinó hacia él, sonriendo. "Esto es maravilloso", le dijo, y él inclinó la cabeza para acariciarle el pelo. Tamera cerró los ojos durante un largo minuto, y los sonidos a su alrededor se desvanecieron mientras se perdían en su pequeño mundo por un momento. Ella levantó la cara y sus labios se encontraron.

El momento se perdió cuando Melanthe tocó el hombro de Kester.

"Ya habrá tiempo para eso más tarde", les dijo con severidad. "Necesitamos las copas de champán".

"Vale, vale", refunfuñó Kester, guiñándole un ojo a Tamera mientras seguía a su hermana a la trastienda. Cuando reaparecieron, Melanthe llevaba una gran bandeja de entremeses, y Kester, detrás de ella, una caja de copas de champán.

"Voy a por el champán", se ofreció Tamera. Se dirigió al almacén, se dirigió a la gran nevera que había allí, sacó tres botellas y las llevó con cuidado a la charcutería.

Todos se reunieron en torno a una mesa central, sirviéndose comida, mientras Kester colocaba los vasos. Cogió la primera botella, abriéndola con un "pop" al salir el corcho. Tamera cogió la botella y empezó a servir mientras él abría las otras dos.

"¿También me dan champán?". quiso saber Talya.

Jacinto frunció el ceño. "Sólo tienes catorce años".

La adolescente fingió enfurruñarse y Jacinto se rió. "Además, no te gustaría de todos modos. Es un gusto adquirido. ¿Qué tal si conjuro un poco de sidra espumosa para que brindes con ella?".

Iluminada, Talya preguntó: "¿Qué es un brindis?".

"Es cuando bebemos en honor de alguien, o de algún acontecimiento, que es especial".

Talya casi se puso de puntillas. "¡Yo también quiero brindar!"

"Muy bien". En un instante, Jacinth tenía en la mano una copa de champán idéntica a las que se estaban pasando, llena de una bebida espumosa. Se la dio a Talya y luego cogió la copa de champán que le tendía Kester.

Cuando todos tuvieron una copa de champán, levantaron sus copas para el brindis. "¡Por Kazakis!"

"¡A Kazakis!"

"¡Kazakis!"

Kester inclinó entonces su copa de champán hacia Tamera, y se tocaron los bordes.

"A nosotros", dijo mirándola a los ojos, su amor evidente.

Ella le devolvió la sonrisa suavemente, con su felicidad como un cálido resplandor en su interior. "Por nosotros".

EL FIN

LIBROS DE ALLIE MCCORMACK

LA MAGIA DE LOS DESEOS Y LOS SUEÑOS

Deseos en una Botella

Un Regalo de Jacinth

Una Gata para Troy

Compañera Codiciada

Pícara Reacia

Una Bruja en el Tiempo

SOBRE LA AUTORA

Allie McCormack es una veterana militar discapacitada que ahora persigue el sueño de su vida: ser escritora. Allie ha viajado bastante y ha vivido en muchos lugares de Estados Unidos, además de un año en El Cairo (Egipto) como estudiante de intercambio y un año en Arabia Saudí contratada por un hospital de Riad. Allie vive ahora en la región vinícola del hermoso sur de California con su familia y dos gatos rescatados.

Allie dice: "Una escritora es quien soy y lo que soy... una escritora romántica. Escribo lo que sé, y lo que sé es romance. Docenas de líneas argumentales y literalmente cientos de personajes viven y respiran dentro de los no tan estrechos confines de mi imaginación, y es mi alegría y privilegio darles vida, compartirlos con los demás escribiendo sus historias."